



Una novela de:
D.D. GIANNI

LIBÉRATE

DE TUS
SECRETOS

D.D. GIANNI

LIBÉRATE

de tus secretos



: @ddgianni_books



: <https://www.amazon.com/author/ddgianni>

Los hechos y/o personajes de la historia son ficticios y producto de la imaginación de la autora, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

<https://open.spotify.com/playlist/6N2F6wwaqMzidSweMKKOWH?si=96233e918d3f4e8a>

INDICE

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo 1](#)
[Epílogo 2](#)

Prólogo

«Todos somos el secreto de alguien.»

—Anónimo

Damaris



Siete años atrás...

Viernes a la noche y yo en la cama leyendo un libro de medicina porque en esos días tenía que rendir los exámenes finales del semestre. Mi sueño era ser médica cirujana y esa meta era mi motor para estudiar diariamente a tope. Sabía que mi verdadera vocación era el quirófano y por mi cabeza solo pasaba formarme al máximo. Por esa razón no solía salir mucho a divertirme y en mi tiempo libre me la pasaba estudiando. Cumplir mi sueño era mi mayor prioridad y no había nada que pudiera interponerse en mi camino hacia él.

Debo aclarar que en la cama estaba sola, como todas las noches. A mis veinte años no tenía pareja ni novio ni nada por el estilo, y tampoco lo quería. Se los aseguro con total convencimiento. Pero esa era otra historia que más adelante les contaré.

Ah, y era virgen.

Sí, era virgen porque, además de salir poco, consideraba importante tener sexo con alguien con el que, por lo menos, conectara, y eso no me había sucedido. Tampoco era que esperaba el sonido de campanas o las mariposas revoloteando en mi estómago, pero por lo menos alguna señal que me hiciera saber que por fin estaba frente al hombre indicado. Y me refiero al indicado para acostarme con él, no el hombre de mi vida.

Pero no.

Hasta ese momento... nada. Absolutamente NADA.

Y no quería esperar más.

Por eso llevaba un tiempo dándole vueltas a la idea de que no importaba «el indicado». Todos los que conocía disfrutaban del momento y parecían pasarlo súper bien, así que también quería volverme un poco impulsiva.

Iba a perder mi virginidad de un modo irreflexivo y no pensaba acobardarme.

Mi decisión se la había hecho saber a Nate, mi mejor amigo y *roomie*. Dado que él y sus amigos estaban muy acostumbrados a esas cosas, le pedí que me aconsejara cuál de ellos estaría dispuesto a tener sexo con una virgen. Como varios de ellos me habían invitado a salir, suponía que no sería tan complicado, pero Nate no estaba de acuerdo conmigo. Él insistía en que mi primera vez debía ser con alguien en el que confiara y me sintiera segura, y que sus amigos no calificaban para eso. A mí me parecían apropiados para explorar mi sexualidad, así que estaba decidida a acostarme con alguno de ellos, aunque Nate no me ayudara y pusiera pegas a todos.

Pero el plan «Perder discretamente la virginidad» tendría que esperar hasta después de que rendiera los exámenes de la universidad que tenía en esos días porque nada era más importante que eso.

Con Nate Bradbury compartíamos un moderno y bonito piso de dos dormitorios, cocina americana, *living* comedor y terraza. Mi dormitorio era el único con baño en *suite*, y me lo había dejado para evitar que yo saliera de la habitación cuando él estaba con sus conquistas o sus amigos. Si bien nos conocíamos desde hacía unos años, nos adorábamos y nos habíamos vuelto inseparables. Nate era mi único amigo, porque a pesar de mi tendencia a demostrar muy poco mis sentimientos, él era muy importante para mí. Era el único al que le había permitido entrar en mi vida, y lo había hecho porque me había ganado por cansancio. No me había dejado alternativa porque me había perseguido hasta desmoronar mi resistencia.

Y nos hicimos amigos.

Amigos de verdad... y su perseverancia se la iba a agradecer toda la vida.

Y aquí mi confesión: Yo no tenía intención de estrechar lazos sólidos con nadie. No forjaba lazos con NADIE ni con nada. La vida me había arrebatado a mis seres queridos y no quería que eso volviera a suceder, así que me había propuesto no permitir que nadie se acercara lo suficiente como para hacerme sufrir. El amor y el sufrimiento eran dos caras de la misma moneda, y yo ya había tenido bastante del segundo, así que había decidido que no dejaría entrar a nadie en mi corazón, ni siquiera a una mascota. Mis murallas estaban firmes y mi corazón a salvo.

Esa era yo.

Una chica solitaria que solo se permitía mostrarse vulnerable ante Nate y tía Nancy, quien se había ocupado de mí a partir de mis diez años. ¿Por qué? Porque mis padres habían fallecido en un accidente de tránsito cuando yo tenía esa edad. Ese día yo también iba en el coche, pero milagrosamente apenas había tenido algunas heridas.

Mis padres... no se habían salvado.

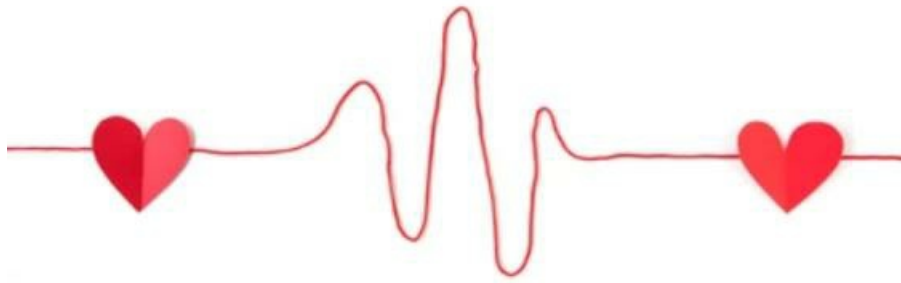
Por años deseé haber corrido con la misma suerte, pero tuve que enfrentar la vida y los desafíos de ésta sin ellos, además de vivir con el recuerdo de verlos morir ante mis ojos. Habían muerto en mis brazos y no había tenido posibilidad de ayudarlos ni de hacer nada, solo de abrazarlos mientras se les iba la vida.

Y aquí otra confesión: Por ese motivo había decidido ser cirujana. Iba a dedicar mi vida a salvar la de otros, a tratar de que ningún niño se quedara sin sus padres. A curar y salvar a los seres queridos de alguien. Tal vez no los pudiera salvar, pero si estaba en mis manos hacer que la gente viviera feliz durante más tiempo, quedaría satisfecha.

Aparte de tener a Nate, tenía a mi tía Nancy. Aunque la llamaba tía, no era familia sanguínea, era la mejor amiga de mi madre, pero como yo no tenía otros familiares y había quedado huérfana, esa mujer con su infinita bondad me había dado un hogar y se había hecho cargo de mí. Le agradecería toda la vida el que no me hubiera dejado sola y me hubiera cuidado con tanto cariño. Ella y Nate eran las únicas personas importantes en mi vida.

Nate estudiaba arquitectura, era deportista, carismático y muy guapo. Solía venir a nuestro piso con chicas y se encerraban en su dormitorio por horas, pero esa noche no estaba porque había salido a bailar y me había prometido no venir con nadie para que yo pudiera estudiar tranquila, así que era probable que no llegara hasta las cinco o seis de la mañana.

Por eso me sorprendió oír que alguien intentaba abrir la puerta de entrada, pero parecía tener graves dificultades para meter la llave en la cerradura.



Eran un poco más de las once y media de la noche cuando me dirigí hacia el *living* para preguntar quién intentaba entrar al piso. Antes encendí la luz y me detuve a unos metros de la puerta mientras oía el sonido que hacía la llave al girar en la cerradura y veía el pomo de la puerta moverse.

—¿Quién es?

Nada.

—Nate, ¿eres tú?

La puerta se abrió.

Y quedé paralizada, aunque no así mi corazón que martillaba en mi pecho a una velocidad récord.

Un joven me miraba tan sorprendido como lo estaba yo. Tendría veinticinco años o poco más y, sin duda, era el hombre más guapo que había visto en mi vida. Sus ávidos ojos no se despegaban de los míos. ¡Y qué ojos! De un llamativo tono gris claro, y que comenzaron a recorrer todo mi cuerpo como si yo fuera un postre servido para que él devorara. Yo solo llevaba un camisón de tirantes que no llegaba a cubrirme las rodillas y, aunque la prenda no era sensual, dejaba ver mis largas y torneadas piernas.

Su rostro me resultaba familiar, pero no sabía quién era y lo más preocupante era que tenía llave de mi piso.

¡Reacciona!, gritó, la inconfundible y autoritaria voz de mi conciencia.

—¿Quién eres y cómo tienes la llave de este piso? ¿Qué haces entrando en propiedad ajena? —increpé.

Volvió su mirada inquisitiva a mis ojos, dio unos pasos y cerró la puerta. Dejó una pequeña maleta junto a la puerta y me volvió a mirar. Me pareció que se tambaleaba un poco, como si hubiera bebido de más, pero no podía asegurarlo. Se acercó más y el *living* pareció empequeñecerse. Era muy alto. Seguro medía más de metro noventa y tenía una constitución musculosa, fuerte, de esas que se consiguen por pasar muchas horas haciendo ejercicio.

—Soy yo quién debe preguntarte quién eres. Aquí vive mi hermano Nate —afirmó, con voz profunda, el tipo de voz que te hacía evocar imágenes sensuales. Grave. Ronca. Sonora. Con un leve retintín de ¿borrachera?

¡Deja de divagar!, gritó, nuevamente, mi conciencia, logrando que me centrara en lo

importante, que no era la hermosa y sensual apariencia de ese hombre que...

Esperen un momento... ¿su hermano Nate?

Aunque no conocía en persona al hermano mayor de mi amigo, lo había visto en alguna que otra fotografía y ... sí, era él.

Lo poco que sabía de ese hombre era que se llamaba Clemente, que hacía unos años vivía en Nueva York, EE. UU. y que era abogado, pero no mucho más.

Y a pesar de todo, el que fuera el hermano de mi amigo me dio tranquilidad.

—Mi nombre es Damaris y vivo aquí, con Nate.

Se acercó más y yo sentí, por primera vez en mi vida, que la piel me hormigueaba. Mis mejillas ardieron al comprender lo que ese hombre me provocaba.

Deseo.

¿En serio? ¿Él?, preguntó, mi conciencia, negando con la cabeza.

—Imposible. No puedes ser la novia de mi hermano —afirmó, con el ceño fruncido.

—No soy la novia de Nate, soy la *roomie* y también su amiga.

—¿Roomie? ¿Vives aquí?

—Es lo que te acabo de decir.

—Nate no me lo dijo —señaló, con la sorpresa dibujada en su rostro, porque parecía no dar crédito a tenerme allí, frente a él.

—No sé lo que hablas con tu hermano, pero te aseguro que vivo aquí.

Después de unos segundos en los que solo me miraba sin pestañear, negó con la cabeza.

—Bueno... supongo que está bien —dijo al fin, miró a su alrededor y luego volvió a mirarme—. ¿Tienes algo fuerte para beber?

Se encaminó hacia los sillones y en ese momento confirmé que había bebido más de la cuenta porque al caminar se tambaleaba y hasta trastabilló, aunque recuperó el equilibrio en el último momento.

—Lo que deberías beber es un café —señalé, y soltó una risa sarcástica que no llegó a sus ojos.

—¿Dónde está mi hermano? ¿Duerme?

—Nate no está, salió a bailar. ¿Quieres un café? —insistí.

—Preferiría algún licor y... compañía. Ya que mi hermano no está y vives aquí —Tomó asiento y palmeó el sillón—, siéntate conmigo y conversemos. No quiero estar solo.

¿Conversar con él? Ni siquiera lo conocía, pero su oscuro pelo se notaba que era sedoso al tacto y me entraron unas inmensas ganas de pasar los dedos a través de él y...

¡Damaris!, me reprendió, mi conciencia.

—No puedo, estoy estudiando.

—¿Estudiando? ¿Qué estudias?

—Medicina.

—Medicina... vas a ser una bella doctora —afirmó, sonrió sin ganas y agregó—: Ya que no tienes nada fuerte para beber y estudias medicina, ayúdame con mi corazón roto. Ayúdame a

olvidar que la vida es una mierda y no da descanso. Hazme un rato de compañía.

¿Corazón roto? ¿Estaba así por un desengaño amoroso?

Mi primer pensamiento fue: *siento un poco de pena por ti*.

Eso pasaba por enamorarse. Las relaciones debían quedarse en una aventura y nada más. Jamás desearía ni esperar algo más profundo que una simple aventura.

Mi segundo pensamiento fue: *¿qué hay de malo en conversar un poco con alguien que lo necesita?*

Había estudiado por muchas horas y yo también necesitaba un descanso y... una distracción.

¿Él contaba como una distracción?

Por supuesto que sí.

—Siéntate conmigo —insistió—. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Damaris. Tú eres Clemente ¿verdad? —Mientras le hablaba, caminé hacia él y me senté a su lado.

—Clemente Bradbury, para servirte. —Alargó el brazo como para darme la mano, pero a último momento cambió la dirección y tomó un mechón de mi pelo entre sus dedos. No pude evitar estremecerme.

—¿Nate sabe que estás aquí? —pregunté.

—No, le voy a dar una sorpresa porque mi viaje fue... digamos que viajé de forma repentina.

—Exhaló—. ¿Sabes? Lo hice porque necesito olvidar. ¿Me ayudarías a olvidar, Damaris?

Se acercó un poco más y me puse un poco nerviosa.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—No me dejes solo. Seguramente no sea buena compañía, pero prometo intentarlo.

—Tengo que seguir estudiando, pero me quedaré unos minutos contigo. ¿Quieres un café? —volví a preguntar.

—No, gracias, solo necesito... solo necesito olvidar toda la mierda de mi puta vida.

Mi corazón se detuvo. Parecía tan abrumado. Tan lastimado.

—¿Qué necesitas olvidar?

Clemente llevó sus codos a las rodillas, ladeó el rostro hacia mí y me miró intensamente.

—Mejor no arruinemos el momento.

—Pero bebiste. No estás bien.

—¿Tan malo es querer recibir un poco de consuelo? —cuestionó, y en sus ojos había súplica, aunque no entendía que quería de mí.

Después de unos segundos de silencio, se acercó a mí y se dejó caer a mi lado apoyando su cabeza en mi regazo. Al principio quedé paralizada, pero instintivamente llevé mis manos a su pelo y comencé a acariciarlo. Clemente cerró los ojos y suspiró. Sentí como si se hundiera en mí, como si se estuviera derrumbando.

—Creo que nunca nadie me acarició así, con esta ternura. —Volvió a suspirar—. Acabas de curar la herida que sangraba en mi alma y me estaba desangrando —susurró, y mi corazón se

estrujó. Parecía tan agotado... de la vida. Y era tan joven.

Nos quedamos así durante unos minutos, con su cabeza en mi regazo y mis dedos deslizándose sobre su pelo. Cuando pensé que se había dormido, se sentó lentamente y me miró. En sus ojos había una necesidad tan grande que me estremecí. Se acercó aún más.

—Eres... eres... lo que necesitaba —susurró, en mi oreja.

Sorprendiéndome, jaló de mi mano para acercarme aún más a él. Se inclinó sobre mí, acariciándome el rostro con delicadeza. Las caricias me ponían un poco nerviosa, pero no me aparté. Para mi sorpresa, sus caricias no me desagradaron y no quería que se detuviera. Desconociéndome totalmente hice lo mismo y acaricié su rostro. Clemente cerró los ojos. Era un hombre bellissimo. Su piel era suave, aunque podía sentir el tacto rugoso de la barba de un par de días. Seguí con mi caricia por su mandíbula y al ver que se estremecía me detuve.

—¿Quieres que me detenga? —susurré, apartando un poco la mano, pero me la sujetó y la volvió a llevar a su rostro. Su mano en la mía me provocó un cosquilleo que ascendió por mi brazo y terminó por estremecer todo mi cuerpo.

—No te detengas. Lo necesito. Necesito pensar que le importo a alguien... por favor.

Me partió el corazón. Mi garganta estaba tan estrecha que apenas podía decir una palabra, pero hice un esfuerzo porque él lo necesitaba.

—Le importas a Nate, te lo aseguro —afirmé, porque su súplica me había partido el corazón.

Se acercó un poco más y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros, tanto que compartimos ese instante de respiración. El corazón le latía a mil por hora debajo de aquellos imponentes pectorales. Igual que a mí.

—¿Tienes una relación con mi hermano?

—Somos amigos —respondí, demasiado nerviosa y totalmente consciente del calor que irradiaba su cuerpo.

—¿Solo amigos? ¿Nada de romance? —susurró, casi sobre mis labios.

—No, absolutamente nada —respondí, sabiendo que eso significaba que él seguiría avanzando, y...

¿Lo íbamos a hacer?

Si no lo detenía, seguramente seguiría adelante.

En realidad, lo deseaba.

—Porque me encantaría besarte. ¿Confías en mí? —preguntó en un susurro, mientras deslizaba los labios por mi garganta y yo dejaba escapar un suspiro involuntario.

¿Confiaba en él?

Sí. Lo hacía.

No lo conocía, pero algo en mi interior me hacía confiar en él.

Mientras asentía con la cabeza me asaltó una duda. ¿Y si tenía novia? No quería hacerle daño a nadie. Si la tenía eso se detenía en ese instante.

—¿Tienes novia?

Me miró con seriedad como no lo había hecho hasta ese momento. Seguramente, su dolor estaba relacionado con ella.

—No tengo novia y, a partir de ahora, te aseguro que no quiero compromisos ni relaciones.

—Bien, en eso estamos de acuerdo porque yo tampoco los quiero.

—Eres una chica inteligente.

Nunca me había sentido así con nadie. Nunca había sentido el deseo de estar piel con piel.
Con él, SÍ.

No quería pensar. No quería que se detuviera.

Quería disfrutar y experimentar.

Estaba nerviosa, pero también... emocionada.

Y mandé al diablo todos mis resquemores.

—Bésame, Clemente.

Antes de que pudiera darme cuenta me había enmarcado el rostro con las manos y posado sus labios sobre los míos para acariciarlos con los suyos. Su respiración se aceleró. Su boca era ardiente, firme y con experiencia, y tenía sabor a licor.

No me importó.

Clemente Bradbury sabía besar, sabía cómo enloquecer a una mujer y hacer que perdiera la cabeza olvidándose de todo. Jamás hubiera imaginado que los besos me podían alterar de esa forma, porque mi corazón enloqueció y mi cuerpo se encendió.

Ambos jadeamos.

Sus labios se movieron incitándome a abrir los míos y me mordió el labio antes de que su lengua invasora no me diera tregua y se adentrara en mi boca para arrasarlo todo.

Nuestros labios se encontraron una y otra vez hasta que perdí la cuenta de los besos. Me mente se bloqueó totalmente y fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el hombre que tenía pegado a mi cuerpo y me seducía totalmente. Esa forma de besarme me estaba volviendo loca. En ese momento solo quería sentir y todos mis miedos desaparecieron. Me sorprendía la sensación de seguridad que me proporcionaba y me llevaba a querer más. Mucho más. Quería desnudarme y que sus manos acariciaran todo mi cuerpo.

¿Por qué había esperado tanto para sentir algo así?

Sus besos avasallantes hablaban de experiencia y, si bien ya había besado a otros chicos, nunca me habían resultado tan excitantes y placenteros.

Me tomó de los brazos y me hizo recostar en el sillón acomodándose debajo de él. Pegué un pequeño grito por la sorpresa, pero me tomé de sus anchos y fuertes hombros para acercarlo más. En esa posición podía sentir su erección, dura y potente, que apretaba y rozaba mi pelvis haciéndome sentir algo nuevo en mi cuerpo, un placer como nunca había sentido y un anhelo apremiante. Sentía hormigueo en lugares cuya existencia había ignorado hasta el momento.

No quería mostrarme tímida, así que busqué el borde de su camiseta y tironeé de ella para sacársela por la cabeza y poder acariciar su marcado torso. Eso pareció enardecerlo y comenzó a subir mi camión hasta sacármelo. Por primera vez estaba desnuda ante un hombre, porque en ese momento solo llevaba una pequeña braguita. El pudor que me invadió al sentirme desnuda ante sus ojos se desvaneció en cuanto volvió a posar sus labios sobre los míos, pero solo fueron

unos segundos porque su boca comenzó a bajar por mi cuerpo. Noté su cálido aliento sobre mis pechos desnudos y mi cuerpo se estremeció por entero, se sacudió como si hubiera recibido un latigazo y estalló en deseo. Por primera vez, me sentí una mujer sensual y atrevida. Su boca se encargó de acariciarlos, besarlos y lamerlos a su antojo. Llevé mis manos hasta su cabeza y las enredé en su melena. Clemente jadeó sonoramente. Ambos respirábamos con mucha dificultad. Nunca me había sentido tan viva, sus manos creaban magia en mi cuerpo y en ese momento, entre sus brazos, quería experimentarlo todo.

—Eres hermosa... eres deliciosa... eres perfecta —susurró y me besó de nuevo como lo había hecho antes, con gran pasión.

Mi mente se había bloqueado por completo y mi cuerpo comandaba la situación. Me olvidé de pensar y hasta de respirar. Nunca nadie había logrado eso. Yo siempre pensaba antes de actuar. En ese momento solo quería sentir y dejar toda precaución de lado. Las manos me temblaban, aunque no sabría decir si era debido al deseo o a los nervios.

—No te detengas —susurré, él jadeó y comenzó a deslizar las manos por mis muslos hasta llegar a mis bragas y acariciar mi sexo, entonces fui yo quien no pude evitar un gran gemido.

—¿Quieres que siga? ¿Quieres que lo hagamos? —preguntó, con la respiración agitada y una mirada oscura.

Lo iba a hacer. ¡LO IBA A HACER!
No pensaba echarme atrás.

—Tócame. Bésame —supliqué, desesperada por sentir sus manos en mi cuerpo, desesperada por tocarlo, por sentir su piel sobre la mía.

Unos segundos después bajaba la cremallera de su *jeans* y se los quitaba. Era perfecto, desde sus anchos hombros hasta sus musculosas piernas.

Me encantaba.

Sin decir nada se inclinó sobre mí, y para mi sorpresa me tomó de los tobillos y me separó las piernas, avanzando entre ellas. Se quedó suspendido sobre mi cuerpo, mirándome a los ojos. Se inclinó y volvió a besarme con esa pasión que nadie me había besado. Cerré los ojos y me dediqué a sentir mientras me retorció de deseo. Su boca se amoldaba a la mía a la perfección. Sus labios siguieron un camino imaginario por mi cuerpo hasta la parte interior de mis muslos y de allí hasta mis bragas de encaje. Sentía que me faltaba el aire y no podía dejar de gemir y moverme. Clemente no estaba mejor que yo. De repente se sentó, me quitó lentamente las bragas y me hizo doblar las rodillas. Sentí cuando su miembro se acomodó en la entrada de mi sexo y contuve la respiración.

—Voy a entrar, preciosa —avisó, mirándome con precaución, y yo asentí con la cabeza.

Se inclinó, apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza y volviendo a quedar suspendido encima de mí. Colocó mis muslos alrededor de sus caderas y presionó su miembro en mi sexo y, de a poco, comenzó a deslizarse en mi cuerpo. No pude evitar un gesto de dolor ante la punzada que sentí cuando mi virginidad fue desgarrada, pero no me quejé, no quería que notara que era virgen, aunque en ese momento se quedó inmóvil respirando con enorme dificultad.

—¿Te hago daño? —preguntó, con dulzura.
—No —respondí, acariciando sus hombros.
—Estás muy apretada —susurró, y gotas de sudor aparecieron en su frente.

Me observó por varios segundos, pero volví a cerrar los ojos porque me negaba a mirarlo. Enseguida comenzó a moverse lentamente. Enrosqué mis piernas en sus caderas con más fuerza y fui al encuentro de sus embestidas. Nuestros cuerpos parecían encajar a la perfección. De pronto, el dolor comenzó a disiparse y un intenso placer comenzó a crecer con cada embestida. Mi cuerpo comenzó a incendiarse. No pude evitar echar la cabeza hacia atrás. El dolor dio paso al goce y ambos jadeábamos y nos movíamos buscando la liberación de eso que crecía sin retorno. Sus embestidas se hicieron cada vez más fuertes y rápidas.

—Córrete para mí, preciosa.

Mi cuerpo se puso rígido y... estallé en mil pedazos. Me aferré con fuerza a su cuerpo cuando el mío comenzó a sacudirse por completo. Clemente continuó embistiéndome durante el clímax provocándome otro orgasmo demoledor que hizo que sintiera que mi cuerpo se incendiaba por completo. Él emitió un gemido gutural cuando su orgasmo llegó y se liberó dentro de mi cuerpo, y después de una última embestida se quedó inmóvil, jadeante y sudoroso. Se dejó caer sobre mi cuerpo y me abrazó. Parecía que el corazón se nos saldría del cuerpo y que no podíamos llevar aire a los pulmones. A los minutos se incorporó un poco y apoyó su frente en la mía.

—¡Por, Dios! Fue increíble. ¿Estás bien? —preguntó, acariciándome las mejillas y haciéndome estremecer.

Solo asentí con la cabeza, un tanto desconcertada por todas esas emociones vividas. Estaba como en estado de *shock*. Lo que acababa de ocurrir entre nosotros no lo olvidaría nunca. Había sido mi primera vez y, para mi sorpresa, había sentido un placer inigualable y una sensación extraña en el pecho. Clemente había sido pasional, pero también delicado. No tenía experiencia previa, pero podía asegurar que esa había sido perfecta.

Me dio un beso delicado y comenzó a retirarse de mi cuerpo con cuidado. Yo no podía hablar ni moverme. Sin dejar de abrazarme, se acomodó a mi lado como si quisiera que nos quedáramos así.

Pero no podíamos.

—Deberíamos vestirnos —dije.

Abandonamos el sillón y nos vestimos con rapidez, por lo menos yo lo hice con la mayor rapidez posible, él no parecía tener prisa y sus ojos se demoraban en mi cuerpo mientras recogía su ropa.

—Quédate conmigo —pidió.

Asentí y nos acostamos en el sofá. Me abrazó por la cintura pegándome a su cuerpo y no tardó en hundirse en un estado de sueño profundo y tranquilo. Yo estaba extenuada, pero combatí el impulso de quedarme dormida. Esperé unos minutos para asegurarme de que estuviera profundamente dormido, me desenredé con cuidado de sus extremidades e hice todo tipo de malabares para salir de entre sus brazos, logrando escabullirme de su cuerpo con el máximo

sigilo posible.

Se me ocurrió que era mejor irme por si al día siguiente nos sentíamos incómodos, incluso por Nate. Tampoco quería estropear el recuerdo de una noche que para mí había sido perfecta.

Fui hasta el dormitorio de Nate por una manta para cubrirlo y, al volver, lo observé en silencio por varios minutos.

—No dejes que apaguen tu luz, Clemente Bradbury. No permitas que rompan tu alma. Sigue luchando, siempre encontramos algo que valga la pena. No te rindas.

Balbuceó algo parecido a «Ninfa» y siguió durmiendo.

Yo seguía sin poder creer que hubiera tenido sexo con él. Tanto esperar por el hombre indicado y mi primera vez había sido con un hombre totalmente desconocido que seguramente estaba borracho y no recordaría nada de lo sucedido entre nosotros y, para más, era el hermano de mi mejor amigo.

Pero no me sentía mal, al contrario, mi experiencia había sido memorable.

Lo miré por última vez y me dirigí a mi habitación. Me saqué el camisón, me di una ducha rápida y me vestí. Tenía la certeza de que lo mejor era irme. Como era fin de semana podía ir a la casa de mi tía Nancy y pasar esos días con ella.

Tenía claro lo que debía hacer.

Si al otro día tenía noticias de Clemente, conversaríamos de lo sucedido sin exigencias ni reproches, porque él había dejado claro que no quería compromisos, ni yo tampoco. Si, por el contrario, no me buscaba ni decía nada, fuese porque no lo recordaba o porque no quería que nadie se enterara, yo también guardaría el secreto.

Despacio me dirigí hacia la puerta.

Me sentía distinta.

Estaba segura de que Clemente no recordaría lo sucedido entre nosotros y que esa sería la última vez que lo vería.

Y estaba bien así.

Nadie se enteraría de lo sucedido.

Sería mi gran secreto.

Capítulo 1

«Puedes engañar al cuerpo con otra piel, pero no al corazón con otra alma.»

—Lina Storni

Damaris



Actualidad

Me sentía más cansada que nunca. Había pasado muchas horas en el quirófano y estaba agotada. Me movía como en automático. Sí, había cumplido mi sueño. Era cirujana, me había especializado en cirugía general. A mis veintisiete años era una buena cirujana, en realidad era la mejor cirujana del hospital, me había graduado *summa cum laude*^[1]. Adoraba mi profesión, aunque había días que trabajaba tanto que después de salir del hospital no me podía mantener en pie. Como esa noche en la que el sueño pugnaba por cerrar mis ojos en cualquier momento. Llevaba más de veinte horas dentro del hospital y otras tantas sin comer. Eran las dos de la mañana y estaba agotada y hambrienta. Cuando me sucedía eso, lo que era bastante habitual, podía llegar a casa y dormirme al instante, pero nunca me sucedía cuando tenía que trabajar. Cuando la vida de alguien dependía de mí, la adrenalina me mantenía despierta y llena de energía.

Ocupé una mesa de la cafetería del hospital para tomarme un buen café caliente antes de conducir hasta mi piso. Me masajee el cuello y cerré los ojos durante unos segundos, pero la voz de la enfermera de guardia me hizo abrirlos y levantar la cabeza.

—Doctora Dorian, que bueno que aún está por aquí. Sabía que la iba a encontrar en la cafetería con su cafecito espabilador —dijo, con una sonrisa compasiva.

—Ya me conoces, Miranda. Tengo que espabilarme antes de sentarme frente al volante. ¿Por qué me buscabas? —pregunté, dando un rápido sorbo a mi café porque estaba segura de que no lo iba a poder terminar.

—Llegó un paciente que tiene un cuadro agudo de lo que parecería ser apendicitis.

—¿Y el doctor Keno? —pregunté, porque era el doctor que estaba de guardia en ese momento.

—El doctor quiere saber su opinión —afirmó, encogiéndose de hombros en señal de disculpa, como si fuera culpa suya.

André Keno era un doctor de treinta años que no dejaba de invitarme a salir. Quería tener una cita conmigo, pero eso no había sucedido ni iba a suceder. Si bien era muy atractivo, tanto que la gran mayoría de las mujeres que trabajaban en el hospital eran capaces de dar uno de sus brazos por salir con él, también era muy narcisista, engreído y altanero, y no me gustaban los hombres como él. El problema que se me presentaba era que, cada vez que ambos estábamos en el hospital, no perdía oportunidad para seguir insistiendo.

Yo era muy independiente. Lo más importante de mi vida era mi trabajo, además de mi tía y

Nate. Ellos eran mi única familia.

Solía salir con chicos que conocía, pero si la relación se ponía intensa o muy formal, cortaba todos los lazos. Para ser honesta, nunca había vuelto a sentir con nadie la conexión experimentada con Clemente Bradbury, y de eso hacía ya siete años. Esa única noche con él había sido una experiencia mágica, increíble, y quería volver a sentir ese placer, pero nunca lo había vuelto a sentir. A esa altura ya pensaba que me iba a pasar la vida buscando *eso* en otros brazos y solo me terminaría conformando.

Y no quería conformarme.

Quería lo que había tenido con él.

Si bien el recuerdo se había ido desvaneciendo lentamente en el tiempo, nunca se había ido del todo, había algo que no podía olvidar.

Después de él todos los hombres me parecieron insípidos. No es que estuviera enamorada de él, por supuesto que no. No era amor porque sencillamente yo tenía mi corazón cerrado, solo que con él había tenido esa conexión apasionada que no había vuelto a experimentar.

Nadie sabía de lo sucedido entre nosotros, ni siquiera él, porque estaba segura de que Clemente nunca lo recordó. Además, no nos habíamos vuelto a ver. Nate tampoco supo que al llegar su hermano yo estaba en el piso. Al día siguiente me había llamado para saber a dónde me había ido y me había contado que su hermano había llegado de forma sorpresiva desde Nueva York porque necesitaba alejarse unos días dado que había descubierto que su novia lo engañaba. También me había dicho que seguramente se había pasado de copas porque a la mañana siguiente tenía una resaca de mil demonios. Supuse que por la traición de su novia era que había bebido hasta emborracharse y, por esa misma borrachera, no recordaba lo sucedido entre nosotros. Y de eso estaba segura porque no le había hecho ningún comentario a su hermano.

Yo le había dicho a Nate que había decidido ir a visitar a mi tía y que no me había cruzado con su hermano. Aprovechando que me había contado de la visita de Clemente, le había propuesto quedarme en la casa de mi tía hasta que su hermano se fuera así estudiaba tranquila y él y Clemente tenían todo el piso para ellos. Nate me había creído e incluso me había agradecido que le permitiera estar a solas con su hermano porque, según él, se le veía un tanto deprimido.

Clemente solo se había quedado tres días en Uruguay y luego había regresado a Nueva York, tres días en los que yo no me había movido de la casa de mi tía.

Luego de ese encuentro había sufrido sola por dos semanas hasta la llegada de mi período porque habíamos sido descuidados y no habíamos usado protección. De eso era de lo único que me había arrepentido, pero por suerte no había habido consecuencias de ningún tipo.

Cinco años más tarde Clemente Bradbury había vuelto definitivamente a Uruguay. Yo ya vivía sola y desde ese momento había hecho todo lo posible por evitarlo y con un rotundo éxito. Ya hacía dos años que él vivía en Uruguay y nunca nos habíamos cruzado.

Mi secreto seguía guardado y debía quedar allí, en el pasado.

Negué con la cabeza para ahuyentar los recuerdos y comencé a caminar para seguir a la enfermera Miranda hacia los *boxes* de urgencia.

—Doctora, el paciente está en el *box* dos —me informó, al llegar.

—Gracias, Miranda.

—Gracias a usted, doctora. La verdad, no sé qué hace aquí, es que debería estar durmiendo en su casa. Tantas horas acá dentro y trabajando de la forma en que usted lo hace, es inhumano —dijo, negando con la cabeza.

—Puedo seguir un poco más, no te preocupes —señalé, y ella giró y se fue sin dejar de negar.

Me dirigí al *box* dos y, cuando estaba por entrar, André salió y se detuvo frente a mí.

—Damaris, ¡qué bueno que aún estabas por aquí! —exclamó, dándome un beso en cada mejilla.

—En realidad debería estar en mi casa y tú deberías estar haciéndote cargo de las urgencias.

—Lo sé, lo sé, y te pido disculpas, pero tu opinión es muy importante para mí, en realidad es invaluable, y este paciente me genera dudas y sabes que la apendicitis hay que tenerla en cuenta en todos los diagnósticos de dolor abdominal.

—¿Quieres que lo examine?

—Te lo agradecería, Damaris.

—Bien, voy a pasar a verlo —señalé, sin hacer otro comentario.

—Yo voy a estar en el *box* uno, pero vuelvo en unos minutos.

Asentí y entré.

El paciente era un hombre y estaba acostado en la camilla allí dispuesta. Parecía estar dormido y no notó mi presencia, así que decidí no acercarme y lo primero que hice fue tomar la planilla para leer su historia clínica. Era un hombre de 35 años de nombre...

Me dio un vuelco el corazón.

¡No podía ser!

Clemente Bradbury.

La planilla decía: ¡Clemente Bradbury!

Oh, mierda.

Tragué saliva, giré y lo miré.

En ese momento sus ojos grises me estudiaban con atención.

¡Oh, no, no!

Era más guapo de lo que recordaba, más atractivo, más imponente, aunque ya no veía ninguna emoción en su rostro, sólo mostraba una seriedad inflexible. Su pelo, otrora rebelde, ahora lo lleva más corto y su mirada parecía más dura.

—Buenas noches —saludó, y su voz no era como la recordaba. Ahora era más grave, más profunda.

No podía hablar paralizada como estaba por la sorpresa de verlo ahí.

¿Por qué tenía que ser él?

No quería volver a verlo.

Y no, no era cobardía. Simplemente prefería no pensar en él cuando recordaba esa noche, que muy a mi pesar, era más habitual de lo que quería reconocerme.

¿Y si se acordaba de mí?

¿Recordaría mi nombre?

Empecé a buscar una salida rápida, pero evidentemente ya no podía salir de allí sin quedar como una loca desquiciada.

¡Maldición!

—Buenas noches, señor Bradbury. Soy la doctora Dorian —dije, aunque no pude evitar que la voz me saliera temblorosa.

—¿Nos conocemos? —preguntó, sentándose en la camilla y mirándome fijamente como si mi rostro le pareciera familiar, pero sin abandonar esa completa seriedad.

En ese momento fui presa de un nerviosismo inusual. Era imposible permanecer indiferente a la sensualidad que desprendía. Sus músculos apenas contenidos en un fino traje gris oscuro que era probable que hubiera sido hecho a la medida.

—Estoy segura de que no nos conocemos, pero por su nombre, presumo que debe ser el hermano de Nate.

Frunció el ceño y me miró con más atención.

—¿Conoce a mi hermano?

—Somos muy buenos amigos, pero ahora vamos a lo importante y la razón por la que se encuentra aquí, dígame los síntomas por los que consultó —pedí, para cambiar de tema.

—Entonces es probable que en alguna ocasión nos hayamos visto porque su rostro me resulta... familiar —señaló, sin dejar de mirarme con seriedad.

—Estoy segura de que no nos hemos visto —afirmé, a cada segundo más nerviosa.

—Puede ser... —dijo, no muy convencido, y agregó—: Porque si la hubiera visto antes, estoy seguro de que no la hubiera olvidado.

¡Pues lo hizo!, exclamó, mi conciencia.

No presté atención a mi voz interior porque su afirmación me dejó perpleja. No sabía si sentirme insultada porque no recordara nada de una noche que para mí había sido tan perfecta o halagada porque pensara que de haberme conocido no me hubiera olvidado, porque eso último podía significar que me encontraba atractiva.

¿Halagada? ¡Por favor! Se acostó contigo y ni siquiera sabe quién eres, insistió, mi conciencia, muy ofendida.

Me llevé la mano a la garganta. Tomé el vaso de agua que estaba sobre la mesita, y que seguramente le habían dejado a él, y bebí un poco porque la garganta se me había secado, se me había olvidado el cansancio y el corazón me saltaba en el pecho. Había algo en la forma en la que me miraba que me alteraba demasiado. Sus preciosos ojos grises no perdían detalle de mí, aunque en ellos había algo especialmente frío. No eran como los recordaba.

—Cuénteme cómo se siente —insistí.

Por unos segundos siguió mirándome en silencio. En ese momento noté que tenía la camisa desabotonada y que se le veía su torso musculoso y cubierto de suave bello masculino. Enseguida recordé que mis manos se habían deleitado recorriéndolo totalmente y un escalofrío me atravesó el cuerpo.

Volví a tomar el vaso con agua y bebí otro trago.

Mis experiencias con ese hombre siempre me resultaban surrealista.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, porque seguro que parecía que yo necesitaba más asistencia que él.

—Sí, sí. Solo es cansancio porque llevo más de veinte horas en el hospital.

Me pareció que una leve sonrisa se dibujó en su rostro durante un instante, pero no podría asegurarlo porque fue solo leve y solo un instante.

—Debería ir a descansar. Ya estuvo otro doctor por aquí —afirmó, y más que una sugerencia

pareció una orden.

Volví a tomar agua. ¡Dios! Estaba dando un espectáculo lamentable.

—Leí su historia y veo que tuvo vómitos abundantes, dolor de cabeza y estómago, pero voy a necesitar realizarle un examen físico, ver el resultado del análisis de sangre que ya le realizaron y pedirle una ecografía.

—Lo que usted diga, doctora —respondió, aunque parecía un poco fastidiado. Ese hombre no era como lo recordaba, era más duro, más seguro, pero también más arrogante.

—Recuéstese en la camilla —pedí, con seriedad y acercándome a él.

Iba a tocarlo y, si bien sentía un cosquilleo en las manos por las ganas que tenía de hacerlo, sabía que eso no era bueno para mí. Ninguno de los hombres con los que había salido me habían provocado esas tremendas reacciones. ¿Por qué me tenía que suceder con él?!

—Permiso, voy a examinarlo —avisé, antes de tocarlo—. Cuénteme de sus malestares. ¿Ahora siente dolor en la zona abdominal? —consulté, y cuando apoyé mi mano en su abdomen para palpar la zona lo sentí estremecerse y pensé que era por el dolor—. ¿Tanto le duele?

—No me dolió —respondió.

—Pero se sobresaltó.

—No fue por dolor —afirmó, sin ninguna otra explicación, e instintivamente aparté mis manos porque mi cabeza volvió a recordar cómo se había estremecido aquella noche.

—¿Cómo se siente ahora? —pregunté, tomando el termómetro para tomarle la fiebre.

—No creo que quiera saberlo —afirmó, y estuve a punto de salir corriendo porque la intensidad de su mirada estaba comenzando a inquietarme demasiado.

—Se lo estoy preguntando porque necesito saberlo, señor Bradbury —señalé, con seriedad y dándole el termómetro para que él mismo se lo colocara.

—No puedo decirle lo que pasa por mi cabeza en este momento.

—No le entiendo —dije, totalmente desconcertada.

—Mejor así —fue su única respuesta y ni siquiera me miró, pero intenté no entrever ninguna intención especial en sus palabras.

—Deme el termómetro —pedí—. No tiene fiebre. ¿Tomó algo para bajarla?

—No he tomado nada, mi estómago no lo resiste —señaló y volvió a mirarme con esa intensidad que me abrumaba—. ¿Por qué siento que ya nos conocemos, doctora?

La puerta se abrió y André entró en el *box* mirándome con esa sonrisa seductora con la que siempre lo hacía. Clemente se quedó en silencio, pero lo miró con gran seriedad y arrugando la frente.

—¿Qué opinas, Damaris?

—¿Damaris? —preguntó, Clemente, y rogué porque mi nombre no le trajera recuerdos, porque eso pareció.

—La doctora se llama Damaris Dorian —aclaró, André, con suficiencia y como si tuviera algún derecho sobre mí.

—Damaris —repitió—. ¿De qué me suena su nombre? —preguntó, frunciendo el ceño y mirándome con cierta desconfianza.

—Seguramente porque Nate me debe haber nombrado en algún momento —señalé, tratando

de ocultar mis crecientes nervios, miré a André y agregué—: Necesito ver el resultado del análisis de sangre y que le realicen una ecografía, pero estoy segura de que no es apendicitis sino gastroenteritis aguda.

—Eres brillante —dijo, André, se acercó a mi oído y me susurró—: ¿Cuándo vas a salir conmigo?

Un carraspeo nos hizo desviar la mirada hacia Clemente que miraba a André con una seriedad mortal, incluso un destello de irritación asomaba en su rostro.

—Si no es apendicitis, entonces supongo que me puedo ir.

—Aún no. Hay que esperar por otros resultados, pero no creo que tenga que pasar por una intervención quirúrgica. El doctor Keno será quién seguirá atendiéndolo.

—¿Ya te vas? —preguntó, André.

—Sí, pero antes voy a mirar el resultado del análisis de sangre del señor Bradbury. —Miré a Clemente y pregunté—: ¿Vino con acompañante?

—Vine solo.

—¿Quiere que llame a Nate?

—No es necesario —respondió, con frialdad, como si yo lo estuviera tratando de incapaz.

—¿Se conocen? —preguntó, André, desconcertado.

—No nos conocemos, pero el señor es el hermano de un amigo. —Miré a Clemente con seriedad y añadí—: Cuídese y espero que tenga una pronta mejoría. Nos vemos, André.

—Nos vemos, Damaris. Y piensa en lo que te dije —comentó, André, aludiendo a su invitación.

Clemente me siguió observando con esos hermosos ojos grises que esa noche parecían inexpresivos y fríos.

—Nos vemos, doctora —saludó, con voz impersonal.

André lo miró con el ceño fruncido y yo salí de allí con toda la rapidez que me permitieron mis piernas. Apenas cerré la puerta exhalé un suspiro de alivio. El corazón me atronaba en el pecho como si me fuera a dar un puto infarto. El cansancio había desaparecido y estaba tan nerviosa que no supe ni como llegué hasta mi coche.

Nos vemos, había dicho Clemente.

Realmente, esperaba que no.

Capítulo 2

«La vida a veces convierte los déjà vu en realidad.»

—Anónimo

Damaris



Me desperté a las diez de la mañana del día siguiente. Ese día trabajaba en la noche y quería aprovecharlo. Si bien me había despertado tarde, no había descansado mucho. El hecho de haber visto a Clemente Bradbury me había inquietado demasiado. No esperaba volver a verlo o, mejor dicho, no esperaba que al verlo me sintiera de esa forma, tan alterada y abrumada. Me había sorprendido. Pero muy a mi pesar no había sentido solo el nerviosismo de alguien que oculta algo, había más. Me consumía el recuerdo de su torso desnudo y su piel tan suave. Me seducía su tentador aroma. Me hipnotizaban sus ojos grises, aunque no desprendían la calidez de años antes. Se había estremecido cuando lo había tocado de la misma forma en que lo había hecho aquella noche... y yo también.

Tenía que tranquilizarme, pero en ese momento me sentía como una pantera enjaulada. Necesitaba salir a correr. Correr siempre me ayudaba a deshacerme de la tensión y a pensar mejor. Era como que me ayudaba a desenmarañar mis pensamientos, desconectar del estrés diario y a tener ese rato conmigo. Corriendo me sentía libre. En general regresaba fresca y con la mente clara, aunque ese día no apostaba por eso.

Luego de desayunar me puse unas mallas, una camiseta de tirantes, me calcé las zapatillas y respiré hondo. Preparé la *playlist* en el móvil porque la música siempre me llenaba de vitalidad y salí al calor primaveral del mes de octubre. Mis piernas comenzaron a moverse mientras escuchaba «Keep On» por MUSZETTE. Llevaba seis kilómetros, físicamente me sentía muy bien y avanzaba a buen ritmo, aunque mi cabeza era otro tema. Los pensamientos sobre mi encuentro con Clemente no me daban tregua. Tenía que seguir evitándolo, pero sospechaba que nuestro encuentro en el hospital le había generado dudas y tenía temor a que me recordara.

Le había mentido a Nate ocultándole mi historia con su hermano, y eso me hacía sentir muy mal, si se enteraba se desilusionaría de mí.

¿Y Clemente?

¿Él tenía derecho a saberlo? Ya no sabía qué pensar.

No sé el rato que llevaba corriendo cuando mi teléfono sonó interrumpiendo la canción que escuchaba en ese momento. Llevaba audífonos así que solo presioné el botón y ni siquiera me detuve.

—Hola.

—¿Por qué estás tan agitada? —preguntó, Nate.

—Porque estoy corriendo.

—Aaah, pensé que podría ser por otra cosa más divertida, aunque quiero creer que si fuera lo que tengo en mente no contestarías el teléfono —bromeó.

—Depende. He tenido veces en las que he estado tan aburrida que cualquier excusa me

hubiera servido de distracción, incluso conversar contigo —bromeé, aunque lo de aburrida no era tan falso.

Nate largó una carcajada.

—¿Tan poco interesante?

—Ni te imaginas.

—Aunque ahora que lo dices, si tuvieras buen sexo no tendrías que salir a correr para descargar energía. Deberías ponerlo en práctica... aunque sea de vez en cuando.

—No sé por qué estamos hablando de esto. ¿Para qué me llamaste? —Volvió a reír.

—Porque me enteré de que estuviste con mi hermano.

Me detuve en seco. Si me hubiera dicho esa misma frase unos días antes hubiera infartado, pero sabía que en ese momento se refería al encuentro de la noche anterior. Igual no me tranquilizaba el hecho de que Clemente se lo hubiera mencionado porque eso podía llegar a significar que tenía alguna duda y buscaba información sobre mí.

O quizás, yo solo sentía la paranoia de alguien que oculta algo.

—Estuvo anoche en el hospital por un tema digestivo. ¿Cómo se encuentra?

—Está mejor, pero me sorprendió el interés que demostró por ti —comentó.

—¿Preguntó sobre mí?

—Así es. Y mi hermano no suele demostrar interés en mis amigas... ya sabes.

—No, no lo sé —afirmé, porque Nate casi nunca me hablaba de su hermano ni yo preguntaba. Me había entrenado para mantener la boca tan cerrada como fuera posible en cuanto nuestra conversación derivaba hacia el tema Clemente. Así que no sabía casi nada acerca de su vida.

—Clemente es... digamos que no hay muchas chicas por aquí con las que no se haya acostado. Cuando volvió de Nueva York lo hizo muy cambiado. No me malinterpretes, es un buen hombre y un excelente hermano, pero no puede mantener su polla dentro de los pantalones. Estoy seguro de que cambió por la infame traición de su entonces novia, esa maldita zorra le hizo mucho daño —confesó, y aunque no era asunto mío, esa información sobre la promiscuidad de Clemente me cayó como una patada en el estómago—. Pero tiene muy claro que mis amigas y, sobre todo tú porque eres como mi hermana, son territorio prohibido para él, así que su interés por ti me sorprendió.

—Debe ser porque no me conocía y fui quien lo atendió.

—Me dijo que al principio lo había atendido un imbécil que no sabía nada y que fue gracias a ti que no pasó por el quirófano.

—No fue tan así. El doctor Keno no es un imbécil, los síntomas de tu hermano eran dudosos y solo quería tener otra opinión.

—¿Keno? ¿El doctor que te quiere follar? —preguntó, y puse los ojos en blanco.

—El que me ha invitado a salir —corregí.

—Que en su caso es lo mismo.

—Más allá de lo que pienso de su personalidad, Keno es un muy buen médico.

—¿Y mi hermano qué te pareció?

—¿Qué? ¿Por qué lo preguntas? —interrogué, sin poder evitar sonar a la defensiva.

—Simple curiosidad.

Me tuve que sentar en un banco que había a unos metros. Esas preguntas solo me podían

ocasionar problemas. Nate podía creer que su hermano preguntaba porque tenía algún interés en mí, yo estaba segura de que era porque sospechaba lo que había sucedido entre nosotros. Siempre había creído que era imposible que se olvidara de todo y, probablemente, no estuviera tan equivocada. Quizás no había dicho nada porque no estaba seguro y se sentía avergonzado por la nebulosa que le produjo el alcohol, pero al volver a verme, quizás, había recordado algo.

Estaba en problemas.

—Me pareció muy serio —dije, y en eso no estaba mintiendo.

—Es serio y seguro de sí mismo, además de arrogante, atractivo y seductor —exhaló—. Digamos que mi hermano es un hombre de mundo que sabe cómo divertirse sin compromiso ninguno.

—¿A quién me recuerda? Aaah... ya sé... a ti —bromeé.

—Aunque no lo creas, yo soy un bebé de pecho comparado con Clemente. —Exhaló—. Si te llega a contactar, no me lo ocultes. Nosotros siempre nos contamos TODO —señaló, y al escucharlo afirmar eso con tanta seguridad tuve que tragarme la desilusión conmigo misma, fue como si la decepción que había sentido de mí en esos siete años se hiciera presente con una fuerza avasalladora.

—Sí, claro. Pero, puedes estar tranquilo porque no me va a contactar.

—No es que esté intranquilo. Me aseguré de que Clemente tuviera claro que contigo no se juega —afirmó, y a esa altura mis nervios eran incapaces de lidiar con mi estrés. Coloqué los codos en mis rodillas y enterré la cara en mis manos.

—Deja de crearte una historia que no va a suceder.

—No estoy tan seguro, pero tenme al tanto de todo porque, si sucede algo, voy a estar atento —suspiró cansinamente, como si ese tema no le gustara—. Bueno, también te llamaba para saber si hoy trabajas en la noche porque tengo una invitación.

—Tengo una cirugía programada para las siete de la tarde y no creo que salga antes de la medianoche.

—A esa hora está bien. Es el cumpleaños de Lalo y nos reunimos en su casa y más tarde vamos todos a bailar. No creo que llegues a la reunión, pero podemos encontrarnos en la disco.

—Tendría que alistarme en el hospital.

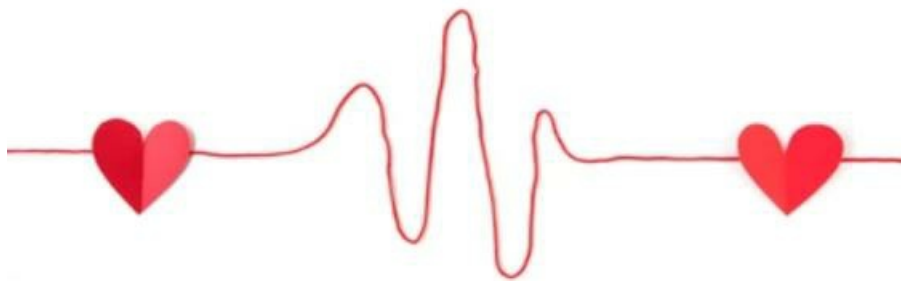
—Haz el esfuerzo, Dami. Hace mucho tiempo que no salimos juntos.

—Está bien. Haré el mayor esfuerzo por estar allí a una hora razonable.

—Gracias. ¡Te quiero! Y... avísame cuando te llame Clemente —pidió.

—No sigas con eso.

—Mmm...



La cirugía de esa tarde había salido muy bien y mi paciente estaba recuperándose en la unidad de cuidados intensivos. A las once de la noche fui hasta el vestuario para darme una ducha y

cambiarme. Después de tantas horas de pie no había lugar del cuerpo que no me doliera. Realmente no tenía ganas de ir a bailar, pero no iba a cancelar los planes porque quería ver a mis amigos y saludar a Lalo por su cumpleaños.

Mientras me estaba vistiendo sentí que me llamaban y temí que, como tantas veces, mis planes se vieran truncados.

—Doctora Dorian, ¿se encuentra aquí? Soy Malena —dijo, una de las enfermeras de ese turno.

—Aquí estoy. ¿Qué sucede, Malena?

—Mientras estaba en el quirófano le llegó un obsequio.

Miré a Malena que venía hacia mí, sonriente y con un gran ramo de rosas rojas, y no pude evitar sonreír. No era la primera vez que algún paciente me hacía llegar un obsequio en agradecimiento a la asistencia prestada. Flores, chocolates y pañoletas eran los obsequios que más había recibido.

—¿Para mí?

—Para usted, doctora. Lo recibí yo misma y vienen con una nota.

—Eso es bueno así sé a quién debo agradecer —dije, mientras tomaba el ramo.

—Ojalá sea al amor de su vida. Se lo merecería doctora —dijo, divertida.

—Qué ocurrencia, Malena. Ya veo que eres una romántica.

—Creo en el amor, doctora, y en el «felices para siempre» —dijo, sonriendo, mientras me entregaba el ramo.

—Uy, crees en el príncipe azul —dije, negando con la cabeza—. Me alegra saber que alguien aún cree en él —señalé, evitando decir que dudaba mucho que existiera alguien que te proporcionara el «felices para siempre», pero ¿quién era yo para desilusionarla?

—Quizás el remitente de las flores sea su príncipe. —Siguió sonriendo y, discreta como era, se dio la vuelta y se marchó.

Permanecí sentada mirando las flores. Eran de tallos altos, firmes y de color rojo sangre. Muy bonitas. Busqué la tarjeta que venía en un pequeño sobre cerrado y la saqué. Por más que estaba sentada, casi me caigo de culo a causa de la impresión.

Las rosas las enviaba Clemente Bradbury.

*Doctora Dorian:
Estas rosas no hacen justicia a su belleza,
pero con ellas quiero agradecerle su atención.
Clemente Bradbury*

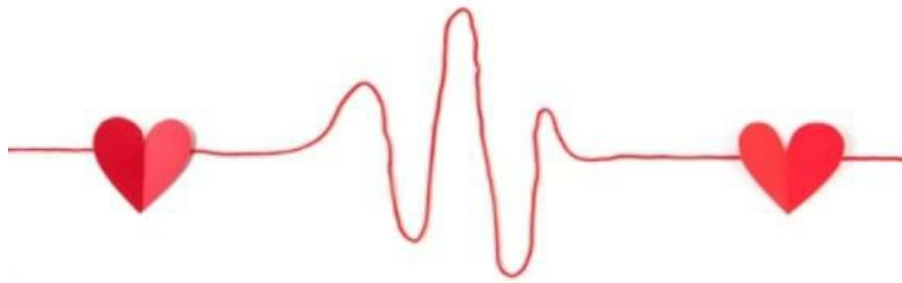
Nate tenía razón.

Evidentemente, ese hombre sabía cómo conquistar a una mujer y hacerla sentir especial, y yo iba a tener que andar con pies de plomo si no quería caer bajo su hechizo. La noche anterior Clemente me había parecido tremendamente guapo. Sus increíbles ojos grises, sus labios firmes y su mandíbula cuadrada combinaban para crear un rostro sumamente atractivo y viril. Si a eso le sumábamos que era alto, musculoso y firme por donde se lo mirara o... tocara, era imposible ser inmune a sus encantos y, para más, el memorable recuerdo que tenía de él no ayudaba a sacarlo de mi cabeza.

Pero lo iba a lograr.

Hacía mucho tiempo que había aprendido a controlar los impulsos porque sabía que no me

llevaban a nada bueno. Además, después de lo que me había dicho Nate sobre su vida, estaba convencida que no debía acercarme a Clemente Bradbury.



Llegué a la disco un rato después y la encontré abarrotada de gente. Entre el agotamiento que tenía encima, la música, las luces y el calor, comencé a sentir que me mareaba. Era tanta la gente que me costó dar con mis amigos y, aún más, caminar hacia ellos porque las personas me empujaban sin querer. Sentí un empujón enérgico y perdí el equilibrio, pero no llegué a caer porque un brazo fuerte me atrapó y me pegó a su duro cuerpo.

—Vaya, *mi* doctora en apuros. Qué bueno que estoy aquí para rescatarla.

Fui presa de una gran sacudida ante esa voz inesperada, pero, sobre todo, por sus labios haciéndome cosquillas en la oreja. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Había pasado exitosos siete años evitando a Clemente Bradbury y, de pronto, lo encontraba en todos lados.

¿Qué estaba sucediendo con mi suerte?!

Mi espalda estaba apoyada contra su pecho y, muy a mi pesar, se sentía muy bien, pero me aparté, giré y retrocedí un paso hacia atrás con tanta mala suerte que volví a tropezar con un chico y casi vuelvo a perder el equilibrio. Él me volvió a tomar de un brazo, pero enseguida me solté. Murmuré un agradecimiento rápido y subí la vista para mirarlo.

No fue una buena idea.

Sus ojos se encontraron con los míos y, estando tan cerca, volví a verlo como lo había visto esa noche, hacía siete años atrás.

—El hermano de Nate, ¿verdad? —pregunté, para hacerle creer que apenas lo recordaba.

—Clemente Bradbury, doctora.

—Clemente Bradbury, aclaremos que no necesito ser rescatada y ¿qué hace aquí? —inquirí, como si tuviera derecho alguno a averiguar sobre su vida, o peor aún, como si le reprochara el que estuviera en esa disco.

En ese momento me pareció que hacía un esfuerzo para contener la risa, seguramente por mi comportamiento tan fuera de lugar.

—Supongo que aquí intento hacer lo mismo que usted, que no es otra cosa que divertirme o distraerme, aunque sea un poco. Y, aunque hasta ahora no lo había logrado y tenía pensado irme, creo que ahora mismo la noche promete mucho más que hace unos minutos —señaló, haciendo una mueca de satisfacción e inclinándose un poco hacia mí.

Eso... me dejó sin palabras.

Me aclaré la garganta.

—Bueno... que se divierta. Yo tengo a mis amigos esperándome —afirmé, e intenté girar, pero me tomó del brazo para impedir que lo hiciera, logrando que yo lo mirara con más seriedad aún.

—¿Le entregaron las flores que le envié?

—Ah, sí, gracias. Perdón que olvidé agradecerse las, pero no hacía falta, no tenía que molestarse porque solo cumplí con mi trabajo —dije, y me miró entrecerrando los ojos.

—Solo cumplió con su trabajo —repitió—. En ese caso lo hizo muy bien porque ya ve que me encuentro en perfecto estado.

—Me alegra saberlo. Ahora me voy porque es el cumpleaños de un amigo y ya voy tarde.

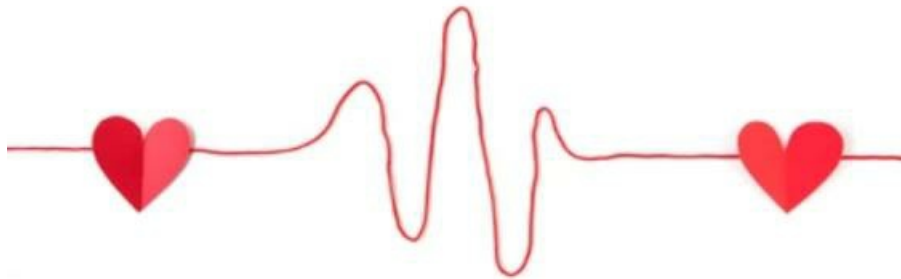
Acercó su rostro al mío y rozó mi oreja con sus labios.

—Nos estamos viendo, doctora.

Me alejé y lo miré con el ceño fruncido.

—O no —retruqué.

Giré y seguí caminando, obligándome a recobrar la compostura porque en ese momento era presa de un gran nerviosismo. Cuando llegué con mis amigos saludé a todos y me dejé contagiar por su alegría, dejé de lado mis pensamientos relacionados a Clemente y me uní al entusiasmo y el jolgorio del grupete. Gracias a ellos pude olvidarme de Clemente Bradbury y divertirme. Nate en ningún momento mencionó a su hermano, así que ni siquiera supe si se habían visto. Bailamos, reímos a carcajadas y me divertí como hacía mucho tiempo no lo hacía. Ayudó que esa noche no volví a verlo, aunque tenía la sospecha de que no sería la última vez que lo vería y que, más pronto que tarde, volveríamos a coincidir.



En los siguientes días tuve mucho trabajo y nada de noticias de Clemente. Estaba tan segura de que lo vería aparecer en cualquier momento que creo que me sentí un poco desilusionada.

¿Quién me entendía?!

Era la madrugada del sábado y, como ya era habitual en mí, estaba exhausta. A las dos de la mañana estaba tomando mi café espabilador en la cafetería del hospital para luego, y con suerte, emprender el camino a mi piso, pero como también solía pasar, mis planes se vieron truncados. En realidad, más que mis planes, fue mi tranquilidad la que se fue al garete cuando una persona se detuvo junto a mi mesa.

—Sabía que estaría aquí —afirmó, una voz masculina detrás de mí. Enseguida supe que era él. Es que, a esa altura, ya reconocía su voz, aunque estuviera dormida.

Dejé de mirar mi taza de café y levanté la mirada hacia Clemente.

¡Maldita fuera su estampa!

Era un hombre guapísimo. Llenaba la habitación con su presencia y su sonrisa seductora. Esa noche también iba vestido con traje y corbata. Te quitaba el aliento.

¿Por qué tenía que usar traje?

Estaba tan acostumbrada a ver hombres vestidos con la bata verde del hospital y los clásicos zapatos cómodos que usaba el personal sanitario que tenía debilidad por los hombres que vestían traje y usaban elegantes mocasines.

Y Clemente Bradbury vestía traje y lo combinaba con zapatos elegantes, y los sabía llevar muy, pero muy bien.

Cerré los ojos con la esperanza de que la tentadora visión hubiese desaparecido al volver a abrirlos, pero seguía allí. En esos segundos él aprovechó y apartó una silla para sentarse frente a mí. No dije nada porque estaba demasiado cansada como para ponerme a analizar qué hacía allí, solo esperé a que él lo explicara y me quedé sentada en silencio mirando, nuevamente, mi taza de café. Él, con mucha tranquilidad, pidió un café que le trajeron enseguida porque a esa hora la cafetería estaba casi desierta.

—Buenas noches, doctora Dorian.

—Buenas noches —saludé, pero sin levantar la vista de la taza de café.

—¿No va a mirarme? ¿Por qué pasa de sus buenos modales conmigo?

El muy maldito se estaba burlando de mí. Volví a levantar la vista, aunque sabía que era una mala idea. Clemente apoyaba los codos en la pequeña mesa y estaba inclinado hacia mí. Tenerlo tan cerca y mirarlo a los ojos hizo que sintiera algo parecido al vértigo.

—¿Buenos modales? Tampoco lo son el hecho de sentarse sin ser invitado.

—Tiene razón —dijo, sonriendo—, pero nosotros somos *conocidos* y es amiga de mi hermano, que me ha hablado muy bien de usted y la tiene en alta estima. Por eso mismo deberíamos dejar el formalismo, ¿no te parece?

No me gustó la forma en que dijo «conocidos» ni que Nate le hubiera hablado tanto de mí, me hizo sentir una vibración en todo mi cuerpo que me dejó en alerta, pero en respuesta a su sugerencia asentí con la cabeza.

—¿Aceptarías tomar un café conmigo?

—Ya estoy tomando un café y, además, me estoy yendo. Y si no lo notó, es de madrugada, llevo horas de pie en un quirófano y ya no tengo fuerzas ni para hablar. Este café —dije, señalando mi taza—, fue solo para despejarme un poco y poder conducir hasta el edificio en el que vivo.

—Puedo ver que estás cansada. Yo te llevo.

—No es necesario, gracias —dije, un tanto desconcertada por su presencia y ofrecimiento.

—Es lo menos que puedo hacer. Se te ve agotada.

Por supuesto que estaba cansada, eso no había cambiado, pero en ese momento todo mi ser

estaba concentrado en él.

—¿Qué pretende, Bradbury? —pregunté, entornando los ojos con desconfianza.

—Solo Clemente, por favor, y tutéame. Y respondiéndote, como te dije, estoy aquí por ti. Averigüé la hora en la que finalizabas tu jornada.

—Sigues sin decirme qué pretendes —insistí, ya sin formalismos y porque quería saber la razón principal de su presencia allí, no fuera que...

—Pretendo una cita contigo.

Casi escupo el café en su cara, aunque no pude evitar atragantarme y toser con torpeza mientras buscaba una servilleta. Me di una patada mental por ser tan torpe. No podía ser que él quisiera eso..., ¿verdad? Con todas las mujeres que tenía a su disposición ¿por qué yo?

—¿Estás bien?

—Olvidalo. No voy a tener una cita contigo.

—¿Por qué no? —preguntó, con seriedad.

—Porque no quiero salir contigo.

—Dame una buena razón —insistió, mirándome fijamente.

La verdadera razón no se la iba a dar porque lo que pensaba era que resultaba imposible tener una cita sabiendo que le estaba mintiendo u ocultando la verdad. No me gustaba mentir porque no me gustaba que me mintieran, pero habían pasado siete años y consideraba que era muy tarde para remediar mi error. Él... me odiaría por ocultarle lo sucedido entre nosotros.

—No tengo porqué.

—Pero me rechazaste y creo merezco una explicación —afirmó, y decidí darle una razón, aunque fuese otra gran mentira. Total, yo ya tenía la certeza de que con tantas mentiras y secretos en mi haber, iba a ir derecho al infierno, así que una más no cambiaría mi destino.

—Estoy saliendo con alguien —afirmé, y por unos segundos me miró con cierta molestia.

—Eso no es verdad porque Nate me dijo que no tienes novio.

—Tu hermano es un chismoso y, para que sepas, no le cuento toda mi vida a Nate. Es más, estoy saliendo con alguien del hospital.

Tensó la mandíbula y su rostro se endureció, perdiendo la confianza que demostraba desde que había llegado. Solo la intensa actividad que veía en sus ojos me dejaba vislumbrar lo que sentía, y en ese momento percibía una gran irritación.

—¿Con el fanfarrón que me atendió el día que vine a urgencias?

Aunque era un buen anzuelo si lo que quería era alejarlo, no podía meter al doctor Keno en mis mentiras.

—Ese «fanfarrón» como lo llamaste es el doctor Keno y es un excelente profesional, pero no, no es con él con quien estoy saliendo.

—No porque él no quiera —afirmó, con seriedad y lo miré con el ceño fruncido—. ¿Y cuánto llevan saliendo con ese otro doctor?

—No dije que fuera doctor y no es asunto tuyo —respondí, inmediatamente—. Y dime una

cosa... ¿por qué quieres tomar un café conmigo?

—Tómalo como un café de agradecimiento.

—Ya me agradeciste con las rosas.

Me miró y exhaló como si estuviera agotando su paciencia.

—Voy a ser totalmente sincero contigo —dijo, y tuve la certeza de que no debí insistir—, porque siento como si ya te conociera y quiero descubrir los motivos por los que me siento así contigo. No logro comprender que es lo que sucede.

—Es que...

—No, escucha... será solo un café.

—No insistas —dije, negando con la cabeza—. Ni remotamente voy a salir contigo. Ya te dije que estoy conociendo a otra persona. Y deja de averiguar sobre mí, no tienes derecho a hacerlo.

—¿Tienes algo que ocultar, Damaris?

Sentí un gran peso en el pecho. Tragué saliva y pestañee con rapidez mientras intentaba frenar mis emociones para que no se percatara de ellas, porque en ese momento me sentía hundir como en un abismo.

—¿Sabes? Me resultas bastante entrometido. —Dejó escapar una risa grave y sensual, y el sonido fue tan inesperado que me quedé mirándolo maravillada.

—Soy abogado y tu reticencia a la hora de responder me lleva a creer que ocultas algo ilegal o controvertido, así que ya sabes a quien recurrir para defenderte en caso de que lo que ocultas pueda ocasionarte problemas.

—Lo tendré en cuenta —dije, sabiendo que, si mi secreto salía a la luz, él no sería mi defensor, sino mi verdugo—. Bueno, esta conversación es muy estimulante, pero tengo que irme.

Me puse de pie y él hizo lo mismo.

—Te llevo.

—Ya te dije que no es necesario. Tengo mi coche.

—No seas testaruda, no puedes ni mantenerte en pie. No puedo permitir que conduzcas en este estado. ¿Siempre sales así de cansada? —preguntó, y me extrañó ver en él un indicio de inquietud—. ¿Es tan raro pensar que puedo estar preocupado por ti?

—No veo por qué deberías estarlo, además estoy acostumbrada a conducir a esta hora —respondí, sin poder evitar un bostezo y haciendo que él arqueara las cejas.

—No te voy a dejar conducir porque te caes del sueño. Te vas a dormir al volante y terminarás teniendo un accidente. Si no quieres ir en mi coche, lo dejo en el estacionamiento del hospital y conduzco el tuyo —afirmó, tomándome del brazo.

—¿Te volviste loco? Yo no necesito guardaespaldas.

—Entonces pretende que soy tu chofer o tu ángel guardián —afirmó, con seriedad, pero yo no pude evitar una risa irónica.

—No tienes cara de ángel, más bien de...

—¿Me viste bien? Por supuesto que tengo cara de ángel, pero debes saber que no soy un ángel caído, sino todo lo contrario.

—Lo que eres es un fanfarrón —afirmé, y él sonrió, y debo reconocer que su vanidad era tan sexy como él.

—De verdad, permíteme llevarte a tu casa..., por favor.

¡Oh, Dios! Estaba en problemas. Me moría de gusto al escucharlo suplicarme con esa voz.

—Cuando estoy cansada no soy buena compañía, te lo aseguro.

—Déjame decidirlo a mí.

—En serio, no sé qué pretendes, pero estoy cansada y contigo ya he tenido bastante surrealismo para toda mi vida —dije, sin darme cuenta de que lo decía por nuestro primer encuentro, que él no recordaba.

—¿Surrealismo? Te aseguro que estoy aquí y soy real.

Nos miramos a los ojos. Los segundos pasaron lentamente. Y, no sé por qué lo hice, pero decidí permitir que me llevara. Seguramente el cansancio ya no me permitía pensar con claridad.

—Muy bien, pero iremos en tu coche así no tienes que volver por él. Yo puedo dejar el mío aquí, hay veces que pasa más de veinticuatro horas en el estacionamiento.

—¿Te preocupas por mí, doctora?

—No abusos de tu suerte, Bradbury.

Volvió a sonreír y yo volví a sentir que todo mi cuerpo se estremecía. Caminó hacia la salida y yo lo seguí en silencio.

—Mi coche es ese. —Señaló y nos dirigimos hacia un todoterreno negro del que me abrió la puerta para que entrara.

Apenas se sentó a mi lado sentí que ocupaba todo el espacio del coche con su cuerpo y ni hablar de su aroma que invadió todos mis sentidos. Agradecí no estar mirándolo porque seguro que hasta cerré los ojos de puro placer.

Encendió el coche y también se encendió la radio en la que en ese momento se escuchaba «The Night We Met» por Lord Huron, y lo primero que pensé fue que era profundamente emocional y romántica para escucharla junto a él; y lo segundo fue que la canción parecía una broma sarcástica del destino. Se llamaba «La noche que nos conocimos» y hablaba del deseo profundo de volver a un momento feliz.

¡Maldito, traidor y bromista destino!

—¿Te molesta la música? —preguntó, como si hubiera leído mis pensamientos.

—No, para nada —respondí, porque por más que para mí esa canción era una ironía, llenaba el silencio.

No dijo nada más y salió del estacionamiento. Yo me dediqué a mirar por la ventana y a escuchar la hermosa canción sin emitir sonido alguno.

—Necesito que me digas la dirección, Damaris.

—Me extraña que no la sepas. ¿Nate no te la dijo? —ironicé, y lo vi sonreír.

—Te aseguro que no la sé.

Se la murmuré y luego cerré la boca mientras me dedicaba a mirar por la ventana las luces y la quietud de la ciudad a esa hora de la madrugada. Un par de veces intentó conversar, pero

renunció después de recibir solo respuestas monosilábicas. Poco después aparcaba delante del edificio en el que yo vivía y lo observaba con detenimiento.

—Vives en un lindo lugar.

—Gracias —dije, mientras desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Te acompaño hasta tu piso?

—No —respondí, enseguida, y él sonrió.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Me sorprende que me lo consultes.

—¿De verdad estás saliendo con alguien? Porque si es así, es un imbécil. Si fuera él, no te dejaría salir sola a esta hora y con el cansancio que tienes encima. Debería cuidarte.

¡Ay, madre! Mi mandíbula casi se cayó al suelo ante esas maravillosas palabras.

—No estoy saliendo con nadie. Lo dije para que dejaras de insistir. —Ni siquiera me di cuenta de que le decía la verdad. Ese hombre me atontaba el cerebro.

Sus fosas nasales se dilataron y su mirada se encendió. Tenía que irme antes de cometer una locura. Volteé y abrí la puerta.

—Nos vemos pronto, doctora —dijo, mientras yo salía del coche.

Volteé y lo miré con seriedad.

—O no —señalé, como ya le había dicho anteriormente, pero solo logré que sonriera.

Cerré la puerta del coche con suavidad y no lo volví a mirar. Era mejor no hacerlo. Ese hombre era como Satanás en persona, demasiado perfecto, demasiado atractivo, demasiado correcto..., su apariencia gloriosa era engañosa para llevarte a pecar. Y sino, había que mirar su profesión. Era abogado, exactamente el trabajo que esperarías que tuviera Satanás, por lo menos eso era lo que había visto en varias películas, incluso hacía unos días había visto una película vieja de Keanu Reeves, *El abogado del Diablo*, y era un claro ejemplo de ello. Y era una verdad universalmente conocida que no se debía hacer ningún pacto con el Diablo. Y yo ya había hecho uno hacía siete años, no caería en el error de volverlo a hacer.

Cuando llegué a mi piso me fui directamente al dormitorio y me tumbé en la cama. Estaba hecha un lío. Clemente me estaba volviendo loca. Me gustaba... mucho. No iba a mentirme a mí misma, ya bastante mentía a los demás.

No solo me gustaba... mi corazón se aceleraba al mirarlo y, si él me miraba, lo mío era casi un infarto inminente. Eso no podía permitirlo.

Me cubrí la cara con el antebrazo.

Quería olvidarme del mundo y que el mundo lo hiciera de mí, o por lo menos, él.

Dormirme con ese hombre en la cabeza se convirtió en una misión imposible.

Capítulo 3

«Los ojos no saben guardar secretos.»

—Anónimo

Damaris



Desperté con el sonido insistente de mi teléfono, pero lo escuchaba lejano. Recordé que aún seguía dentro de mi bolso porque la noche anterior ni siquiera lo había sacado de allí. Me senté en la cama y, sin mucho apuro, fui por él. Había dormido poco y estaba hecha polvo. Para espabilarme iba a necesitar más que un cafecito como el que tomaba en el hospital, esa mañana serían dos o tres tazas de café cargado. Era adicta a ese brebaje.

—Hola.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó, Nate.

—Eso hacía, hasta que interrumpiste mi sueño —respondí, en medio de un bostezo.

—¿Hasta qué hora trabajaste, mujer?

—Creo que me acosté pasadas las tres de la madrugada. —Otro bostezo.

—En ese caso ya dormiste suficiente porque son las diez.

—¿Suficiente para qué?

—Para salir a almorzar conmigo. Es sábado, yo no trabajo y tú estás sola en tu casa... ¡Espera! ¿Estás sola o interrumpí algo?

—Ya te dije que interrumpiste mi sueño —respondí, y lo escuché exhalar.

—Nena, tu vida social es una puta mierda y no hablemos de la romántica, así que... levanta ese culo espléndido que tienes y salgamos a divertirnos. Mi idea es pasar el día juntos, o por lo menos hasta que tengas que volver a encerrarte en ese jodido hospital. Ya va siendo tiempo de que tengas una vida fuera de él, que veas otro mundo. ¿Sabes? hay vida más allá de esas blancas y jodidas paredes.

—Ya que estás haciendo un trabajo tan bueno como mejor y consejero amigo, pásame a buscar en tu coche porque no tengo el mío.

—¿Qué le pasó al tuyo?

—Lo dejé en el hospital.

—¿Por qué?

Ay, Dios bendito. Estaba visto que los Bradbury resultaban ser muy buenos en una cosa en particular: ¡meterse en mi vida!

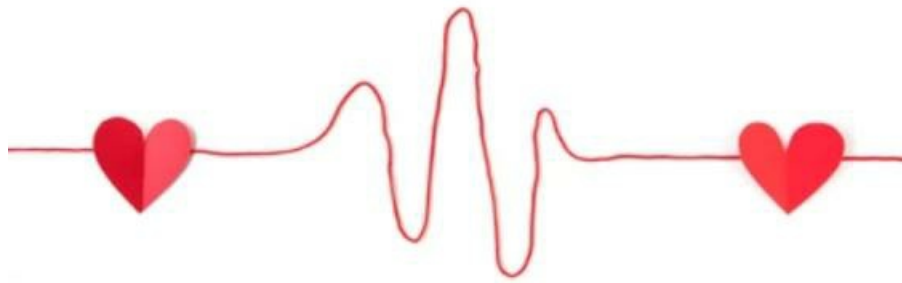
—Lo hablamos después. Ahora déjame en paz porque tengo que ducharme, desayunar y ponerme guapa para salir contigo —dije, porque si le contaba lo de su hermano, seguro que nos quedábamos sin almuerzo porque lo tenía en el piso en unos minutos.

—Tú no necesitas ponerte guapa, ya lo eres.

—Por eso te quiero. Ahora dime a qué hora pasas por mí.

—Al mediodía. Vamos a ir a un lugar lujoso, glamuroso y de moda.

—Ese plan está bien para mí —dije, porque no pensaba negarme ni discutir su invitación.



Nate llegó un rato después y me avisó que me estaba esperando frente a mi edificio. Apenas salí a la calle lo vi a unos metros, recargado sobre su coche, mientras varias mujeres que caminaban por la calle lo miraban boquiabiertas. Cuando me vio acercar caminó hacia mí y me envolvió en un abrazo.

—¡Hola, guapo!

Nate me soltó y su silbido de admiración me hizo reír.

—¿Voy a salir con semejante mujer?! —exclamó, mirándome de pies a cabeza con una gran sonrisa.

Estaba usando un vestido de un solo hombro en color mandarina, largo hasta la rodilla y que se ajustaba a mi figura en los lugares correctos resaltando mi pequeña cintura. Acompañaba con unas sandalias de tacón y un maquillaje natural. Me había dejado la melena suelta con unas suaves ondas.

—Me dijiste *glamour* y elegancia, y heme aquí.

—¡Estás deslumbrante, Dami!

—Gracias, tú también estás muy guapo... como siempre. Ya sabes que las mujeres te miran y suspiran en plan peliculero —señalé, haciendo que largara una carcajada.

No mentía. Nate era un hombre muy guapo, muy parecido a su hermano mayor, aunque Clemente tenía un porte serio del que Nate carecía y al mayor lo hacía ver... irresistible. Nate también era castaño, pero sus ojos eran marrones y transmitían simpatía, sin embargo, los ojos grises de Clemente, aunque me seguían pareciendo bellísimos, en esos días se me hacían de un gris glacial y demasiados serios, nada que ver a como los recordaba. Nate, aunque tenía un físico envidiable, tampoco era tan alto ni tan musculoso como él.

¿Para qué engañarme? En mi opinión, nadie podía compararse con Clemente Bradbury, era un hombre impresionante, condenadamente hermoso y de un atractivo sexual tan fuerte que te desestabilizaba. Un hombre que emanaba seguridad e irradiaba una esencia masculina misteriosa que impresionaba a cualquier mujer. Estaba segura de que nadie era inmune a su atractivo.

—¿Y qué me dices de ti y los hombres? Es un hecho que los tienes a todos babeando.

—Puede ser, pero lo raro es que me quieran para algo más que para meterme en su cama. Y aunque sabes que estoy totalmente de acuerdo con eso, hay veces que me resulta demasiado...

directo y calculado, por así decirlo.

—Si sigues pensando en no enrollarte en nada serio ¿qué tiene de malo?! ¡Llévalos a tu cama o métete en la de ellos!

—Lo hago... no muy seguido..., pero lo hago. Además, tu preocupación por mis necesidades sexuales es bienvenida, pero innecesaria. Te estás pareciendo a mi tía. ¡Lo que te falta es regalarme un consolador gigante para mi cumpleaños! —exclamé, riendo y haciendo que mi amigo largara una carcajada.

—¿Cómo olvidar ese día? Creo que nunca te había visto tan roja. Te lo quedaste mirando con la boca abierta y como si tuvieras la bomba atómica en tus manos. ¡Tu tía es genial!

Sí, mi tía me había hecho ese regalo y lo había hecho de verdad no de broma. Quería que, si no conseguía con quien acostarme, por lo menos usara el *juguetito*. Para ella los orgasmos eran imprescindibles para la salud física y mental.

Nate encendió el coche, pero sin dejar de reír.

—Hoy nos vamos a divertir —aseguró.

—Temo muchísimo lo que vas a decirme.

—Te aseguro que no tiene nada que ver con consoladores —dijo, y volvió a largar una carcajada.

Llegamos al lugar en el que había reservado y que no era otro que el más exclusivo *Lounge & Bar* de la ciudad.

—Sí que te has esmerado. ¿Me puedes decir cómo conseguiste la reserva con tan poca antelación? Tengo entendido que hay una lista de espera de más de seis meses —comenté, mirando toda la elegancia y el lujo del lugar.

—Nos lo merecemos, cariño. Eres la mejor cirujana de la ciudad y yo soy un Bradbury, además de que Frank, el dueño, es un conocido mío y de Clemente —dijo, haciéndome un guiño.

—Pensé que ibas a decir que eres el mejor arquitecto.

—Lamentablemente no lo soy, pero sí el más guapo, pero lo más importante, soy hermano de Clemente Bradbury el prestigioso y célebre abogado. Nadie se resiste a ese Bradbury.

Escuchar su nombre despertó en mí un cúmulo de emociones que traté de disimular. Si había algo en lo que era realmente buena era en cerrarme y guardar mis emociones. Con los años había perfeccionado esa habilidad, o por lo menos eso creía.

Nos dirigimos a la mesa que estaba reservada para nosotros y enseguida pedimos unos cócteles. La música que se escuchaba me encantaba. En ese momento sonaba la canción «Beautiful Things» por Benson Boone.

—Estás en deuda conmigo. Tienes varias cosas para contarme, Dami —dijo, mientras me miraba con seriedad y daba un trago a su cóctel—. ¿Qué ha pasado con mi hermano? ¿Se contactó contigo?

Suspiré. No quería seguir mintiendo. Además, Clemente podía contarle que nos habíamos visto.

—Ayer estuvo por el hospital —dije, y Nate se atragantó con su cóctel.

—¿Para verte a ti? —preguntó, totalmente asombrado.

—Sí, fue en la madrugada. Y unos días antes me hizo llegar un ramo de rosas para agradecerme la atención del día que estuvo en la urgencia.

El silencio hizo que los segundos pasaran muy lentamente para mí.

—Tu silencio es ensordecedor —señalé, al ver que me seguía observando, pero no emitía opinión.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Te aseguro que no —respondí, y me sorprendió que le pareciera tan descabellado, pero no dije nada mientras él me miraba entornando los ojos.

—Estamos en problemas, Dami —afirmó, negando con la cabeza y con gesto de preocupación.

—¿Estamos? ¿Problemas? Eso no tiene ningún tipo de lógica. Me puedes explicar lo que quieres decir.

En ese momento un camarero trajo nuestro almuerzo y no me respondió, pero siguió mirándome con seriedad y preocupación. Cuando volvimos a estar solos, negó con la cabeza.

—Dami, ya te dije como es Clemente con las mujeres y también lo que yo le dejé claro cuando estuvo averiguando sobre ti. Si insiste en acercarse es porque realmente lo impresionaste y no puede alejarse, pero debes saber que eso solo nos traerá problemas. Mi hermano, por mucho que lo quiera, para ti es el epítome de la decisión equivocada.

—Sigo sin entender lo de «problemas».

—Para entenderlo solo tendrías que preguntarles a las mujeres con las que sale una o dos veces, no más, y que, tras dejarlas, se limitan a hacer pública su angustiosa vida.

—¿Eso hacen? ¿Por él? —pregunté, asombrada y él dejó caer los hombros y se frotó la frente.

—Eso me han contado y no me extrañaría.

—¿De verdad?

—Mi hermano es ... digamos que solo sale con mujeres que no esperan nada de él. Si bien entiendo que tú estás por la misma porque no quieres una relación, en este caso no creo que sea conveniente. Es mi hermano y no me gustaría saber que hay algo entre ustedes, pero sin nada de ataduras. Me explico mejor —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Si Clemente saliera contigo, no me gustaría verlo con otra u otras mujeres, sentiría que te está traicionando. Nunca quise ni quiero eso para ti.

—No debes preocuparte —dije, no muy convencida.

—Limítate a no acostarte con él —dijo, y algo debió intuir en mi rostro, quizás yo lo observé con la vergüenza dibujada en él y un evidente arrepentimiento, porque lo siguiente que preguntó fue—: ¿Te acostaste con Clemente?!

—Baja la voz, Nate. ¿Quieres que nos echen?

Mi amigo me miró horrorizado y luego se pellizcó el puente de la nariz.

—Voy a preguntártelo una vez más y solo una vez, Damaris Dorian, ¿te acostaste con mi hermano?

Suspiré. Había llegado el momento de la verdad. Si daba el siguiente paso podía estar condenándome a perder su amistad, pero si no lo daba, me sentiría doblemente traidora; por

ocultarle la verdad en su momento y por mentirle cuando tuve la oportunidad de confesarle lo sucedido.

—No he sido sincera contigo, Nate. Sé que me vas a odiar, pero hay algo que debo contarte. Ojalá puedas perdonarme —dije, afligida y temiendo perder su amistad y confianza.

—¿Te acostaste con mi hermano?

—Sí, me acosté con Clemente, pero no recientemente... fue hace siete años y él no lo recuerda, no sabe quién soy. Clemente fue mi primera vez. —Lo miré esperando una reacción, pero ni siquiera pestañeó, estaba demasiado alucinado con mi humillante confesión.

Esperé unos segundos, minutos, ni sé el tiempo que pasó, hasta que decidí hablar porque mi amigo parecía estar en *shock*.

—Di algo, por favor —pedí.

—¡¿QUÉ?!

—Bueno, esperaba algo más elaborado para poder seguir explicándotelo.

Todavía no se estaba riendo de mi patética broma. Quizá se estaba aguantando para el final pensando que era toda una historia fantástica inventada por mí para hacerlo reír. Muy a mi pesar, no era un invento, era mi gran secreto.

¡Qué empiece el show!, exclamó, mi conciencia, cruzándose de brazos.

—¿Me estás diciendo que perdiste la virginidad con Clemente? —preguntó, y su rostro no podía reflejar más perplejidad y asombro.

Asentí con la cabeza.

—Déjame explicártelo, por favor.

—Es que no me voy a mover de aquí hasta que me des una buena explicación porque no termino de entender cómo puede haber sucedido eso y yo, que soy tu mejor amigo, no lo supiera. Tampoco puedo comprender que mi hermano se haya acostado contigo, fuera tu primera vez y él no lo recuerde. ¡¿Me estás tomando el pelo?! Porque te aclaro que no estoy para bromas —afirmó, con cierto sarcasmo.

Suspiré.

—¿Recuerdas la noche que Clemente llegó desde Nueva York de forma sorpresiva hace siete años? Nosotros vivíamos juntos en aquel piso pequeño —señalé, y Nate abrió los ojos como platos—. Cuando él llegó yo estaba en el piso estudiando, no me había ido a lo de mi tía como te dije en su momento, me fui después.

Su mandíbula se abrió hasta el límite.

—Me dijiste que no te habías cruzado con él.

—Lo sé, lo siento. Ahora permíteme contarte todo. Clemente entró con la llave que tenía y al principio ambos nos sorprendimos porque él no recordaba que vivieras con una amiga y yo no lo recordaba a él. Creo que nunca lo había visto personalmente. Nos pusimos a hablar y noté que había bebido de más, así que...

Nate se puso de pie tan rápido que casi vuelca la silla. Me miró con el horror y la angustia dibujados en su rostro.

—¿Mi hermano te forzó?! ¡Lo voy a matar, te juro que puede darse por muerto y...!

Lo miré, perpleja. ¿Cómo se le ocurría algo así? Jalé de su brazo para que se volviera a sentar, pero no lo hizo.

—¿Enloqueciste? ¡Clemente no me forzó! ¿Cómo puedes pensar eso de tu hermano? Siéntate por favor. Yo estuve de acuerdo en lo que sucedió, es más, quizás hasta lo haya incitado.

—No es que crea que Clemente sea capaz de esa atrocidad, pero me dijiste que estaba borracho y no recordaba nada —dijo, angustiado y negando con la cabeza.

—Pero no fue brusco en absoluto.

—¿Por qué lo hiciste, Dami? Mi hermano estaba borracho y había llegado amargado y furioso por la traición de su novia de aquel entonces —cuestionó, mirándome con lo que me pareció era desilusión, y eso me oprimió el corazón.

—No sé si lo recuerdas, pero en ese entonces yo pensaba en lo limitadas que eran las experiencias de mi vida y estaba decidida a experimentar, por primera vez, con el sexo, es más, te había pedido ayuda para tener una cita con uno de tus amigos —dije, pero Nate ni siquiera pestañeó, solo apretó los labios con fuerza y no emitió sonido alguno. Suspiré—. Tu hermano llegó, solo me pidió que le hiciera compañía porque se sentía solo, conversamos, una cosa llevó a la otra y... lo hicimos. Luego se durmió y yo decidí irme para evitar la incomodidad que supondría que al día siguiente él no recordara nada o, peor, lo recordara y se arrepintiera apenas verme.

Le dio un buen trago a su copa, todavía con la seria mirada fija en mí mientras lo hacía. Esa mirada hizo que me doliera el pecho.

—No lo recordó y ambos seguimos con nuestra vida... cómo debía ser. Solo fue una aventura de una noche y después de eso no lo volví a ver hasta hace unas semanas cuando estuvo en la urgencia del hospital. —Suspiré—. Y ahora viene mi otra explicación... creo que se quiere acercar a mí, no porque tenga interés romántico, sino porque mi rostro y mi nombre le resultan familiar y no lo entiende. Clemente me llegó a decir que creía conocerme de antes, pero yo se lo negué. —Volví a suspirar—. Te debo una gran disculpa por ocultártelo y mentirte. Te prometo que lo hice porque no quise crear un problema entre ustedes. Yo obtuve lo que quería... tu hermano también porque quería compañía y... nadie salió lastimado. —Tomé sus manos por encima de la mesa y él no las apartó—. Por favor, perdóname, Nate. No puedo seguir si no te tengo a mi lado. Sabes que eres una de las personas más importantes en mi vida, eres como mi hermano.

—Pero no confiaste en mí.

—No fue por falta de confianza, fue porque tenía claro que Clemente no lo iba a recordar y no quería que te sintieras mal. —Volví a suspirar con tristeza—. Dime que piensas. Dime algo, por favor.

—Aún lo estoy procesando —dijo, y retiró sus manos de las mías.

—Si te sirve de algo... estos últimos siete años han sido un martirio para mí porque tuve que cargar con una gran mochila de desilusión conmigo misma. Me sentía una mentirosa, traidora y...

—Lo eres —dijo, con esa seriedad a la que no estaba acostumbrada en él. Se estaba esforzando para parecer distante y amenazador, y yo estaba luchando contra el nudo que sentía en la garganta.

—Sí, lo soy, y haré lo que sea para lograr tu perdón.

—No confiaste en mí, me mentiste muchas veces, hasta me dijiste que tu primera vez había sido con aquel *rockero* indómito de pelo largo que nada tenía que ver contigo.

—Discúlpame. No supe cómo manejarlo. Insisto, lo hice porque no quería problemas entre tú y Clemente.

—Y dime algo, ¿qué sucederá si mi hermano llega a recordarte? —preguntó, y se recostó en la silla, observándome desafiante.

—Eso es poco probable. Pasaron siete años y nunca lo hizo.

—Tampoco te vio, y ahora que lo hizo no ha hecho más que preguntar por ti. ¿Y si llegara a recordar lo que sucedió entre ustedes?

—No lo sé, Nate. No lo sé... —dije, apoyando ambos codos en la mesa y tomándome la cabeza entre las manos.

—Está bien, te perdono.

Levanté la cabeza de golpe. Escruté su rostro en busca de signos de sarcasmo, pero encontré algo distinto: comprensión. Una gran sonrisa me iluminó el rostro, abrí la boca para gritar mi agradecimiento y él levantó una mano.

—Pero vas a tener que hacer algo a cambio.

—Lo que tú digas —manifesté, convencida de que no sería nada tan malo.

—Hablarás con Clemente y le confesarás lo que pasó esa noche entre ustedes.

—¿¡QUÉ?!

Capítulo 4

«El amor nace de un flechazo; la amistad del intercambio frecuente y prolongado.»

—Octavio Paz

Damaris



Contuve el aliento y el pánico se apoderó de mí. Eso sí que no lo esperaba. La expresión de alarma en mi rostro no logró que Nate se apiadara de mí, me siguió mirando con suficiencia y se cruzó de brazos.

Solo con pensarlo me faltaba el aire. No me podía ni imaginar lo que ocurriría si tuviera a Clemente frente a mí y le tuviera que confesar lo sucedido aquella noche.

Cerré los ojos durante un instante para tratar de calmarme y relajar la respiración. Levanté la copa de vino y le di un trago con la esperanza de que calmara mis nervios. Nate no solía bromear con esas cosas y, por la forma en que me miraba, esa vez no era la excepción.

—No me pidas eso, te lo suplico.

—Clemente tiene derecho a saberlo. Después que haga lo que quiera con esa información.

—¿Qué haga lo que quiera? —pregunté, al borde de un infarto—. Lo que hará es odiarme por el resto de su vida. Se sentirá humillado y me odiará a muerte, y seguramente me humillará a mí. Tu hermano es un hombre frío y desconfiado, tú mismo lo dijiste. Además, ¿por qué va a querer recordar algo que sucedió hace años y que a él le traerá malos recuerdos por lo de su novia? No me obligues a eso, por favor, Nate.

—Dami, no puedes seguir guardando ese secreto. Si Clemente lo recuerda...

Se detuvo en seco con la vista clavada en algo o alguien que estaba detrás de mí y, seguramente, acababa de entrar en el *restaurante*.

—No gires. Mi hermano acaba de entrar y, para variar, no está solo. Lo acompaña una mujer que está colgada de su brazo.

Abrí los ojos como platos. Tanto que seguro que parecía un personaje de *cómic* japonés. Esas palabras resonaron en mi cabeza y, muy a mi pesar, algo se retorció en mi estómago, pero tenía que aprovechar la situación.

—¿Ves lo que te digo? Clemente ya tiene su vida, no necesita que yo se la complique con algo que pasó hace siete años.

Nate siguió mirando hacia donde supuse estaba su hermano sin prestar atención a lo que le decía, aunque estaba segura de que lo oyó.

—Nate... ¿escuchaste lo que dije?

—No se la vas a complicar. Solo basta mirarlo para darse cuenta de que es una de esas aventuras pasajeras, citas puntuales sin compromiso de ningún tipo, así que no le vas a complicar nada. —Me miró y exhaló—. Pero hagamos una cosa, aún no se lo digas, espera un poco y déjame ver cómo se da todo.

—¿Todo lo qué? ¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo —dijo, y volvió a mirar por encima de mi hombro—. Ahora sonríe y actúa con naturalidad porque Clemente me acaba de ver y viene hacia aquí.

—¿Es broma?

—No.

—Hoy no es mi día de suerte. Esto no puede ir peor —dije, afligida.

—¡Ay, Señor! Cambia esa cara porque viene a saludar no a engancharte a un polígrafo para que digas tus secretos —dijo, sonriendo falsamente.

No pude retrucarle. Una sombra cayó sobre nuestra mesa y ambos levantamos la vista. Y, como era de esperarse, me encontré con Clemente Bradbury ahí de pie. Me enderecé enseguida. Nuestras miradas se encontraron y volví a sentir ese cosquilleo, esa vibración en todo mi cuerpo como siempre me sucedía con él. Quería apartar la mirada, pero no podía. Iba vestido informal, con una camisa de color azul marino, con los primeros botones desabotonados y unos pantalones color caqui. Tenía el pelo algo despeinado y sus ojos grises me seguían pareciendo hermosos, pero fríos. Era incluso más alto de lo que lo recordaba y más guapo. Seguro que nunca había visto a nadie tan atractivo en toda mi vida. Me quedé, literalmente, muda.

—Clemente, que bueno verte —saludó, Nate, haciendo que apartáramos la mirada.

Yo, nada.

Era incapaz de hablar, pero en ese momento noté que a su lado había una mujer. Era muy guapa, el cabello rubio, pero no natural, largo y liso, los ojos marrones, bastante alta y con un cuerpo de infarto. Debería tener treinta y pocos años. Estaba enganchada a su brazo izquierdo y con la mano libre le acariciaba el bíceps y sonreía demasiado, tanto que se notaba que era una sonrisa falsa, o a mí me lo parecía. La miré unos segundos y, a pesar de que no la conocía de nada, no pude evitar sentir antipatía por ella.

Por él... también.

¿Por qué? Ni idea.

—Dami, él es mi hermano. Ya lo conoces porque lo atendiste en el hospital.

Esforcé la voz y conseguí decir una frase corta, pero por lo menos con sentido.

—¿Cómo está?

—Como verá, muy bien, doctora. —Miró a su acompañante y añadió—: Ella es... —Se detuvo y pareció pensarlo. ¿No sabía su nombre? Aunque, enseguida dijo—: Eva.

—Ava —lo corrigió, sin perder la sonrisa que parecía dibujada en su rostro porque no la abandonaba nunca, y me quedó claro que realmente no recordaba el nombre de su acompañante. Lamentablemente eso ya decía mucho de él y confirmaba lo que me había dicho Nate sobre su comportamiento con las mujeres.

—Yo soy Nate, el hermano de Clemente, y ella es...

—La doctora Damaris Dorian —dijo, Clemente, interrumpiendo a su hermano y haciendo que

Nate me mirara y arqueara una ceja.

Su intensa mirada me hizo sentir un latido en la parte baja del abdomen, así que, con esfuerzo, aparté la mirada y miré a la chica.

—Un gusto conocerte, Ava —dije y ella siguió sonriendo.

—Sí, encantado de conocerte —repitió, Nate.

—¿Eres doctora? —preguntó, Ava, y su voz me sonó muy chillona, con un deje de niñería.

—Es cirujana —dijo, Nate, respondiendo por mí—. Y te diría que la mejor del país. Estamos ante una eminencia —remató, mirándome y haciéndome un guiño.

—¿Plástica? Porque yo adoro a los cirujanos plásticos.

—No soy cirujana plástica, me decidí por la cirugía general —dije, y pude notar que Clemente me miraba con seriedad.

—Y es excepcional. La mejor —repitió, mi amigo, y su hermano lo miró con una seriedad mortal—. Supongo que tienen reservada una mesa para almorzar —afirmó, mirando a su hermano que parecía no querer moverse de allí.

—Sí, tenemos, pero ¿les molesta que los acompañemos? No siempre tengo el placer de poder compartir un almuerzo con mi hermano y su... —Se detuvo para que alguno de nosotros completáramos su frase.

—Eh... sí, supongo que a Dami no le molestará —dijo, Nate, pero sin aclararle nuestra relación y obligándose a sonreír, aunque mirándome con desconcierto.

—Por supuesto que no —dije, porque evidentemente era educada y no les iba a decir que se largaran, aunque era lo que me hubiera gustado.

No había terminado de decirlo cuando Clemente ya estaba apartando una silla para que su acompañante se sentara junto a Nate. En ningún momento me había planteado que él optaría por sentarse justo a mi lado, pero lo hizo. Nate no dejaba de mirarlo con asombro y yo evité por todos los medios mirar hacia abajo, donde su pierna rozaba la mía, aunque, ni él ni yo hicimos nada para evitarlo por más que había más espacio. Podía oler la fragancia de su perfume embriagador y varonil y comprendí que a partir de ese momento el almuerzo sería una tortura. Mi cuerpo ardía por su cercanía. Era una sensación que no había tenido nunca con nadie, ningún hombre me había puesto jamás tan ansiosa, sólo él, con su fuerte presencia y su estampa intimidante. Los recuerdos de aquella noche me asaltaron y tuve ganas de salir corriendo.

—Veo que ustedes ya ordenaron, así que continúen almorzando mientras nosotros ordenamos nuestros platos —señaló, y levantó la mano para llamar al camarero.

¿Almorzar? A mí ya no me pasaba ni un bocado. Nate me miró y se encogió de hombros levemente para demostrarme que no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Yo ya estaba alterada porque su muslo estaba pegado al mío. Lo miré de soslayo y noté que sus hombros ocupaban mucho más que el respaldo de la silla, y tuve que mirar hacia otro lado porque mi cuerpo se volvió a estremecer.

Sin ganas, comencé a comer.

—¿Qué tal va todo? —preguntó, Nate, supongo que para romper el hielo.

—Tan bien como siempre —respondió, con esa voz grave que hacía que mi estómago se agitara, pero que lamentablemente estropeaba siendo tan pedante y sumándole una sonrisa de

suficiencia.

—Y, ¿dónde se conocieron? —siguió, preguntando, Nate, pero esa vez mirando a Ava, y supuse que lo hacía para tratar de que no nos quedáramos en un incómodo silencio.

—Nos conocimos anoche —respondió, la chica, y la sonrisa regresó a ella luciendo más dientes que nunca.

Dejé de masticar y levanté la cabeza de golpe.

¿Anoche?

En la madrugada había ido al hospital y luego me había llevado a mi edificio.

¿Cuándo había estado con ella? ¿Antes o después de estar conmigo?

No pude evitar mirarlo.

Nuestras miradas se encontraron y durante un largo instante pareció que solo estábamos nosotros dos en la mesa. Su mirada se desvió hacia mis labios y después de unos segundos las apartamos al mismo tiempo. Después de eso su expresión cambió de nuevo a la fría de siempre. No sé si fue por nuestro intercambio de miradas, pero Ava se estiró sobre la mesa y le tomó una mano. Empezó a coquetear de inmediato y a sonreír demasiado. Y aunque no estaban solos, a los ojos de los demás eran una pareja disfrutando de una cita romántica. En ese momento él solo tenía ojos para ella.

Algo se me retorció en el estómago, pero de todas formas no tuve mucho tiempo de pensar en ello porque Nate me dio una patada por debajo de la mesa y me hizo un gesto de asco que me hizo sonreír.

—¿Y ustedes cómo se conocieron? —preguntó, Ava, sin borrar esa estúpida sonrisa que ya me estaba hartando.

—¿Por dónde comenzamos, Dami? —preguntó, Nate, mirándome sonriente, pero su sonrisa era real, no como la de esa, esa, esa...

—¿Por aquel campamento en el que me hiciste la vida imposible? —dije.

—No te hice la vida imposible, te salvé de todos esos chicos que pululaban a tu alrededor y yo tenía que mantener a raya. Esta chica siempre fue una rompecorazones, pero ella solo estaba interesada en los libros y... en mí.

—Eso quisieras —dije, riendo, y por primera vez, desde que estaban allí, pude relajarme un poco.

Nate comenzó a contar algunas anécdotas nuestras y la única persona que no parecía estar pasándola bien con la conversación era Clemente, cuyo rostro solo reflejaba hastío.

El camarero llegó con los platos de la parejita feliz y la conversación se vio interrumpida. Ava, en vez de comer, comenzó a hacerle caras a Clemente y a acariciar su mano y su rostro. Sentí una inesperada punzada de irritación. Nate me volvió a dar una patada y con su cabeza señaló mi teléfono que estaba sobre la mesa. Lo vi teclear algo rápidamente y mi teléfono vibró.

No dudé en tomarlo.

Me había enviado un mensaje:

Nate:

«Diles que este mje es del hospital
y que debes irte x una emergencia.
Ya tuve suficiente de estos dos.
Lamento que nos fastidiaran

nuestro almuerzo»

Dejé el teléfono y miré a Nate asintiendo levemente con la cabeza. Yo también quería irme de allí lo antes posible.

—Lo siento, recibí un mensaje en donde me avisan de una emergencia en el hospital y debo irme —dije, poniéndome de pie.

Nate también abandonó la silla y la parejita nos miró, Clemente con seriedad y Ava con... su sonrisa siniestra de *Joker* en *Batman*, porque parecía incapaz de dejar de hacer esa mueca.

¿Celosa?, preguntó, mi conciencia.

¡Por supuesto que no!

—Te llevo —dijo, Nate.

Y no sé por qué, pero no pude evitar decir:

—Sí, te lo agradezco porque anoche dejé el coche en el estacionamiento del hospital. Una muy mala decisión, pero de los errores se aprende.

—Yo también siempre digo eso —afirmó, Ava, pero no la miré, estaba demasiado ocupada viendo como Clemente se daba cuenta de lo que significaban mis palabras y con cada segundo que pasaba fruncía más el ceño y las fosas nasales se le dilataban.

En ese momento la que sonrió falsamente fui yo.

—Un placer compartir este tiempo con ustedes. Espero que sigan pasándola bien —dije.

—Lo mismo digo —expresó, Nate, que quiso pagar nuestro almuerzo, pero su hermano no se lo permitió.

Mi despedida fue solo un «Nos vemos», pero ni siquiera me molesté en acercarme a saludar como correspondía y comencé a caminar apresuradamente hacia la salida y sin mirar atrás. Nate fue más educado y se quedó saludando con besos y abrazos. Me alcanzó cuando estaba entrando en el estacionamiento.

—Como sospechaba, mi hermano está hasta las trancas.

Pestañee varias veces. Tardé un momento en comprender sus palabras, pero cuando lo hice me quedé mirándolo con un poco de desilusión. No sé por qué sus palabras me golpearon con tanta fuerza. Sí, noté una punzada en el estómago, en realidad sentí como si me hubieran dado un puñetazo.

Era decepción.

Nate conocía a su hermano mejor que nadie y, si estaba convencido de que estaba enamorado de «Miss sonrisa falsa», era porque debería ser así. No estaba segura de por qué ese comentario me molestó cuando solo debería producirme alivio ya que eso significaría que Clemente me dejaría en paz y Nate no me obligaría a confesarle mi secreto. Pero me molestó... bastante.

—Rápido para enamorarse ¿no? Porque la conoció ayer —dije, sin poder evitarlo.

—No, la conoció hace siete años.

Capítulo 5

«Cerraré los ojos, por el placer de encontrarme con tu recuerdo.»

—Anónimo

Clemente



¿Qué tenía la doctora que me alteraba tanto? Sin duda era una mujer hermosísima y sensual, aunque ella no parecía ser consciente de ello, pero no solo era su belleza la que me afectaba, había algo más. Desde que la había visto en el hospital no podía sacarla de mi cabeza.

Al verla había sentido como un *déjà vu*.

Por un momento me había sentido totalmente desconcertado porque observar sus ojos había sido como una vuelta atrás en el tiempo. Aunque la doctora había dejado claro que no me conocía, sentía que ya había visto esos profundos y hermosos ojos de color dorado que, presentía, iban a ser como auténticos imanes de problemas para mí.

Pero ¿dónde?

Probablemente era como ella decía porque estaba seguro de que, de haberla conocido, no la habría olvidado y la hubiera perseguido hasta tenerla en mi cama, aunque para eso último había una «pequeño» problema, su amistad con Nate.

Desde que la preciosa doctora se había cruzado en mi camino me sorprendía en algún momento del día pensando en ella. Esa mujer me había impactado, pero, insisto, había algo más que no terminaba de entender. Hacía muchos años que no sentía esa necesidad y ansia inextinguibles por una mujer como las sentía por ella, o quizás, nunca las había sentido. A eso había que añadir que me molestaba sobremanera el interés que despertaba en otros hombres, incluso el de mi propio hermano.

Por esa razón tenía que saber que mierda era lo que me estaba sucediendo porque era algo que excedía a mi comprensión y me despertaba un anhelo difícil de dominar.

Tenía que conocerla mejor.

Tenía que desentrañar la compleja maraña de emociones que despertaba en mí.

Nate me había advertido de que Damaris no era el tipo de mujer que yo frecuentaba, pero ¿qué había de malo en invitar a una conocida a una copa para conversar?

Nada ¿verdad?

En ese momento recordé lo que había dicho ella en el almuerzo. Sus palabras jugaban en mi mente en un bucle sin fin: «...anoche dejé el coche en el estacionamiento del hospital. Una muy mala decisión, pero de los errores se aprende».

¿Error? ¿Mala decisión? ¿Eso es lo que pensaba? Tenía que demostrarle que estaba equivocada.

La noche anterior, después de dejar a Damaris en su edificio, me sentía tan frustrado que había ido a un bar a beber más de lo habitual. Así que, cuando Ava o ¿Eva? me había mirado directamente y con sumo interés, ni lo había dudado. Al igual que la mujer había dado un paso al frente inclinándose hacia ella, pero había sido ella la que, sin demora, había roto el hielo y muy directamente.

—Tengo tequila en mi casa y es mejor que este. ¿Qué me dices, guapo? —dijo, señalando su vaso y el mío.

Era un ofrecimiento que la parte inferior de mi cuerpo ansiaba recibir, así que estuve más que dispuesto a aceptar la oferta. Habíamos ido a su casa y follado toda la noche. Mi cuerpo estaba agotado, pero esos encuentros solo aliviaban mi deseo físico, nada más.

Al día siguiente, al despertar cercano al mediodía, aún seguía en la cama de Ava y ella dormía a mi lado. Tomé el teléfono para ver la hora y vi que tenía un mensaje de un amigo que era el propietario del mejor *Lounge & Bar* de la ciudad. La foto que me enviaba y el mensaje que la acompañaba me hicieron sentar como impulsado por un resorte. Era una foto de Nate y Damaris sentados en una mesa del lugar. Ella reía y se veía bellísima y feliz. En ese momento quise ser yo él que le provocara esa risa, pero conmigo nunca reía.

Mi amigo agregaba un mensaje:

Frank Juluti:

«Quiero la suerte de Nate!!! Jodido
cabrón!! Esa mandarina está para
comérsela entera»

Lo decía por Damaris porque ese día vestía de ese color, pero la broma no me había hecho ni pizca de gracia. El nudo de los celos me había llegado hasta la garganta. Ni siquiera me gustaba que otros hombres sintieran placer al mirarla, que se deslumbraran por ella, que la miraran embelesados. Era absurdo porque no tenía ningún derecho, sin embargo, pensar en ella, en ellos...

Respiré intentando recuperar el control.

Sin pensarlo mucho decidí que tenía que estar allí. Cuando me estaba vistiendo la chica despertó y comenzó a seducirme para que volviera a la cama.

No lo logró.

Yo tenía otro objetivo en mente.

Pero le disgustó ser rechazada y se hizo de mis pantalones que aún estaban en el piso negándose a entregármelos.

El tiempo pasaba y yo a cada minuto estaba más cabreado, así que para no perder más tiempo

no tuve otra opción que pedirle me acompañara a almorzar.

No fue buena idea, pero me sirvió para notar que no le era tan indiferente a la doctora, porque cuando Ava me coqueteaba, su rostro se endurecía. No podía decidir si estaba más excitado por el hecho de que existiera una posibilidad real de que Damaris estuviera celosa o porque su pierna rozaba la mía y me estremecía todo el cuerpo.

El verla con mi hermano no me había gustado y no había podido evitar ir hasta su mesa y sentarme con ellos, es más, lo había hecho a su lado. Tanto Nate como Damaris insistían en que solo los unía una amistad, pero yo no podía dejar de envidiar la conexión que tenían.

Después de que Damaris y Nate se fueran del *restaurante*, mi apetito y ganas de quedarme allí se habían esfumado, así que esperé a que mi acompañante terminara de comer su ensalada y luego la llevé hasta su casa. No le pedí su número de teléfono ni le di el mío. No daba falsas esperanzas. Aunque debo confesar que no hubiera dudado en dárselo a la doctora Dorian o pedir el de ella... si ella hubiera mostrado interés.

En la tarde decidí ir al gimnasio a descargar los elevados niveles de adrenalina que circulaban por mi sangre. Incluso, sacarme los mocasines y anudarme las zapatillas me ayudaba a desestresarme. Ese día elegí comenzar con la cinta y, dependiendo de mi cansancio, pasaría por el saco de boxeo.

Las gotas de sudor bajaban por mi frente mientras corría escuchando «Eye Of The Tiger» la mítica canción de la película «Rocky» interpretada por la banda Survivor y que yo siempre asociaba a ejercicio físico y esfuerzo.

En ese lugar me concentraba en mí, hasta una bocanada del olor del gimnasio me ayudaba a ello. Allí siempre intentaba llegar al límite del cansancio físico y mental para lograr acallar un poco la cabeza.

Sí, tenía mis fantasmas que silenciar. Fantasmas del pasado que seguían acechándome y me acompañaban desde la niñez.

Vista desde afuera mi vida era el sueño de muchos, pero para mí, había algo que no terminaba de encajar al punto de sentir una inmensa soledad. Y no era porque no estuviera rodeado de gente, era que, a pesar de estarlo, me sentía solo.

Aumenté la velocidad para no pensar.

Llevaba corriendo casi cinco kilómetros cuando la música se interrumpió por una llamada entrante.

Era mi hermano.

—Nate —dije, al atenderlo.

—¿Mal momento? —preguntó, seguramente al escuchar mi respiración agitada. ¿Pensaría que estaba follando? Ni que lo fuera a atender si estaba en esa situación.

—Estoy corriendo en el gimnasio.

—Últimamente a todos se les ha dado por correr cuando necesito hablarles. Con Damaris siempre me pasa lo mismo —dijo, y presentí que su nombre no surgió en la conversación por casualidad. Si lo que quería era despertar mi interés, lo había logrado.

—¿Ella también suele correr? —pregunté, apagando la cinta.

—Sí, pero lo hace al aire libre. ¿Por qué te interesa?

—¿Interés? No, a mí solo me interesa ganar dinero —respondí, mostrando una indiferencia que no era real, y la risa irónica de mi hermano me demostró que no lo había engañado.

—Entonces, hipotéticamente hablando, ¿qué pasaría si Damaris me hubiera preguntado por ti?

Mi corazón se detuvo.

—¿Lo hizo? —Otra risa de mi hermano, y esa vez no fue irónica, fue real.
—No; no lo hizo. Era para ver tu reacción. No te cabrees conmigo.
—Solo pregunté porque es una linda chica, pero a mí solo me van las chicas malas y temporales, y me dejaste claro que ella no lo es.

Nate soltó un suspiro.

—¿Qué pasa contigo, hermano? Últimamente no te gusta nada, no te emociona nada, nada te hace feliz. Puedes confiar en mí, Clemente. Siempre confiamos el uno en el otro. Echo de menos las horas que siempre pasábamos juntos y charlábamos de todo. Cuando estabas en Nueva York hablábamos más que ahora que vives a unos minutos de mi casa.

—¿Para qué me llamaste, Nate? —pregunté, y de un modo instintivo mis dedos buscaron el medallón que llevaba colgado al cuello con una cadena. Cada vez que lo tocaba tenía la sensación de tener a mi madre conmigo. Nuestra madre nos lo había regalado para una Navidad. Lo llevábamos siempre con nosotros y, en mi caso, como un recuerdo del joven entusiasta que había sido antes. Nada ni nadie, y por nadie me refiero a mi padre, había conseguido que me deshiciera del único recuerdo tangible que me quedaba de mi madre. Ella había fallecido hacía unos cuantos años por un repentino y fulminante derrame cerebral. De mi padre no quería ni acordarme, solo eran malos recuerdos, pero de eso les contaré más adelante.

—Te llamé, justamente, para hablar de Damaris, pero si no tienes interés, enton...

—¿Qué tienes para decirme? —pregunté, interrumpiéndolo porque con ese comentario había borrado de un plumazo la tranquilidad lograda con el ejercicio.

—Mejor lo dejamos para otro momento.

—Nate, necesito saberlo —afirmé, y mi hermano exhaló.

—Lo sospechaba. ¿Te parece encontrarnos en algún lugar o prefieres que pase por tu casa?

—Me da igual.

—Entonces te veo a las nueve de la noche en el mismo lugar en el que estuvimos hoy en el almuerzo. Llamo a Frank para que nos reserve un lugar en la barra porque a esta hora ya no creo que tenga mesas libres.

—Bien. Allí estaré.

Cuando corté iba a encender nuevamente la cinta y una idea se instaló en mi cabeza. ¿Y si lo que me quería decir Nate era que había comenzado una relación con ella? En el almuerzo los había visto muy juntos y la conexión que tenían era indisimulable.

No encendí la cinta. Necesitaba otro tipo de ejercicio.

Comencé a golpear con fuerza el gastado saco de boxeo. Mis movimientos se volvieron más rápidos mientras trataba de descargar toda la frustración que sentía. Sabía que no era solo por la conversación con mi hermano y ni siquiera por las incomprensibles emociones que sentía al ver a Damaris.

Era otra cosa...

Al día siguiente se cumplían siete años. Siete años del día que llegué a mi casa y encontré a mi prometida en la cama con dos tipos.

Sí, dos.

Y sí, la mujer con la que pensaba formar una familia se había acostado con otros en nuestra cama, en nuestro hogar. La pesadilla de muchos fue mi realidad. Los tipos con los que la encontré eran vecinos del edificio y vivían en el piso de arriba. Quién sabe el tiempo que llevaba acostándose con ellos y, seguramente, con otros.

Siete malditos años y no me podía sacar esa imagen de la cabeza.

Esa puta egoísta me había hecho volver a sentir un desgraciado, un fracasado. Me habían humillado... otra vez. Habían vuelto a destruir mi amor propio. Deseé cagar a trompadas a los tipos, pero no lo hice. No lo hice porque no quería parecerme a mi padre.

Yo no era ni sería como él.

A ella la había echado y había sacado todas sus cosas para la calle porque seguro tenía varias camas en las que quedarse. Si bien en muchas ocasiones intentó ponerse en contacto conmigo, la bloqueé de todos lados y vendí el piso en el que vivíamos. Nunca más nos volvimos a ver.

Comencé a golpear frenéticamente el saco, una y otra vez, sintiendo a mis doloridos nudillos chocar con la tela raída, pero no me detuve, como tampoco lo hizo mi mente. Esa noche salí de mi piso con una maleta. No podía quedarme allí. En ese momento trabajaba y vivía en Nueva York, así que, esa misma noche compré un boleto de avión con destino a Uruguay. Necesitaba un abrazo. Necesitaba consuelo. Necesitaba a la única persona en la que confiaba, mi hermano Nate.

Al llegar a Uruguay lo había llamado, pero sin respuesta, así que me había ido directamente a un bar para ahogar las penas. Cuando mi cabeza ya estaba embotada por el alcohol y el corazón no dolía tanto, decidí irme a su piso. La dirección la tenía en un mensaje que me había enviado Nate, no la recordaba, pero se lo mostré al conductor del taxi y me llevó hasta allí. Llave tenía porque Nate era precavido y me había dado un juego, así que entré a su piso decidido a dormir hasta que él llegara.

Necesitaba anestesiarse el dolor y la humillación.

Y dormí.

Y soñé con una ninfa.

La ninfa de mis fantasías secretas.

La ninfa de mis sueños.

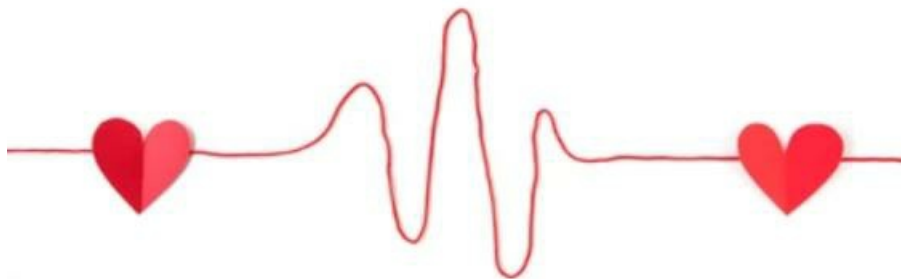
Un sueño que me permitió seguir adelante. Fue tan real y significativo que lo anhelaba todos los días de mi maldita vida. Cada noche cerraba los ojos deseando volver a caer en el embrujo de esa ninfa, pero nunca más me visitó. Solo me quedó una difusa imagen de su sensual y bello cuerpo, pero que, con el tiempo, fue desapareciendo. Esa noche la hermosa mujer me amó y deseó como ninguna otra lo había hecho. Aquella forma de hacer el amor me había parecido absolutamente real.

Con la ninfa de mis sueños.

Se había entregado a mí sin reservas, como si yo fuera la razón de su existencia. Y en realidad lo era porque ella estaba en mi mente, pero esa hermosa, sensual y cálida mujer me había hecho volver a creer en la felicidad, por lo menos mientras duró su compañía.

Nunca, nadie me había hecho sentir lo que sentí esa noche.

Quizás, sigo por la vida buscando eso, pero ya entendí que los sueños no se hacen realidad.



Llegué al *Lounge & Bar* unos minutos antes de la hora fijada, pero mi hermano ya estaba allí sentado en un taburete de la barra conversando con nuestro amigo Frank, el dueño del lugar.

—Miren quien llegó. ¿Por qué tengo el honor de que este prestigioso abogado venga dos veces, en el mismo día, a mi humilde negocio? —preguntó, Frank, mientras estiraba la mano por encima de la barra para saludarme.

—¿Cómo estás, Frank? Y no seas modesto porque tienes claro que este lugar no tiene nada de humilde —dije, y él sonrió.

Saludé a Nate y me senté a su lado.

—¿Qué te sirvo, Bradbury? —preguntó, Frank, y miré lo que estaba bebiendo mi hermano que no era otra cosa que la mejor cerveza conocida.

—Lo mismo que Nate, gracias.

Frank se fue y miré a Nate.

—Esto está hoy inusualmente tranquilo —comenté, mirando el lugar que siempre estaba atestado de gente.

—Aún es muy temprano —señaló, dándole un trago a su cerveza.

—¿Cenaste?

—Comí algo con Damaris porque hoy pasé el día con ella —respondió, y se me revolvió el estómago al oírle, pero justo llegó Frank con mi cerveza y di un largo trago para bajar ese sabor amargo que sentía.

—Los dejo porque tengo clientes. No se vayan sin despedirse —indicó, Frank, y se alejó.

—¿Es tu pareja?

—¿Damaris?

—Estamos hablando de ella —respondí, un tanto molesto.

—No; es mi amiga. Ya te lo había dejado claro.

—Pero me acabas de decir que pasaste el día con ella y hoy los vi juntos y se comportaban como una pareja.

—¿Estás celoso, hermano?

—¿Celoso? Deberías conocerme mejor. Yo solo soy celoso de mi intimidad porque no me gusta que nadie se entrometa en mi vida —afirmé, y volví a tocar el medallón que llevaba siempre porque el hacerlo me tranquilizaba.

—Joder, Clemente.

Nate exhaló profundamente y su mirada se desvió hacia mi mano y, al ver el medallón, tragó saliva y también tocó el suyo. No fue necesario que dijéramos nada. Ambos sabíamos en lo que estábamos pensando. Nuestra cariñosa madre. Unos segundos después volvió a suspirar y lo soltó. Yo hice lo mismo.

—¿Qué es lo que te pasa con Damaris? Y no me vengas con esas frases en las que pretendes sonar indiferente porque sé que no lo eres, con ella no lo eres.

¿Qué es lo que me pasaba con ella?

Mi mente comenzó a pensar en todas las veces que la había visto y lo que me provocaba.

Ni yo sabía lo que me pasaba, pero lo quería averiguar.

—¿Adónde te has ido? —inquirió, Nate, haciendo que pestañara para eliminar esos pensamientos.

—Ya te dije, me parece una mujer muy bonita, inteligente y... sería. Por lo menos conmigo es sumamente seria.

—Damaris es una mujer sensacional. Ella y mamá son las mejores mujeres que he conocido. Y te aseguro que no ha tenido una vida fácil y, sin embargo, es maravillosa, honesta y de gran corazón.

Mi estómago se puso rígido.

—¿Y por qué no estás con ella?

—Porque entre nosotros no hay interés romántico. Dudo que pienses que los hombres y las mujeres son capaces de tener una relación puramente de amistad, pero te aseguro que es posible.

—Sentí tal alivio que hasta yo me sorprendí—. Si te soy sincero, cuando la conocí me encantó y la quería como novia, pero ella nunca demostró más que un gran cariño de amiga y no insistí. Luego la amistad creció y logró meterse en mi corazón, pero como mi mejor amiga. La adoro. Fíjate que hasta llegamos a vivir juntos.

—¿Vivieron juntos? Nunca me lo dijiste.

—Fuimos *roomies*. La vez que viajé a Nueva York para visitarte y te dejé la llave de mi piso te lo iba a decir, pero estabas con Gladys, tu novia, y tuve temor a que fuera celosa y, si venías a Uruguay, no te dejara quedarte conmigo. Por esa razón no te aclaré que mi *roomie* era mujer.

—Pero las veces que vine nunca la vi en tu piso.

—La primera vez que viniste... —Se detuvo y me miró con seriedad, pero supuse que era porque esa vez fue la del viaje relámpago por la traición de Gladys, mi ex.

—La recuerdo, no te preocupes, puedes hablar de ello —dije, para que no se sintiera impedido de hablar, pero me quedó mirando raro, parecía que por su mente pasaba otra cosa.

—Esa vez Damaris estaba en la casa de su tía estudiando para un examen de la universidad y en tus siguientes visitas ella se iba antes de que llegaras para que estuviéramos más cómodos.

—¿Estás seguro de que nunca nos cruzamos? Porque desde que la vi su rostro me resulta familiar —confesé.

—No lo sé, capaz que alguna vez se cruzaron —respondió, pero noté que titubeó un poco—. Bueno, volviendo al tema por el que te llamé... la verdad es que... estoy convencido de que Damaris te interesa, hoy no pudiste disimularlo.

—Ya te dije, me parece una mujer muy bonita.

—No me refiero a eso, Clemente, hay algo más.

—No busco una relación, Nate, eso ya lo sabes. —Me pasé una mano por el pelo, que me caía por la frente, exhalé y entonces me rendí—. Está bien. Puede ser que ella me provoque algo que aún no logro entender, pero no te hagas una idea equivocada.

A pesar de lo que todos pensaban, mis reticencias a una relación seria de pareja poco tenían que ver con la traición de Gladys o lo que ella hubiera significado para mí, pero bastante había aprendido, gracias a ella, sobre lo fatídico que podía resultar depositar mi confianza en alguien.

—Yo no me hago ninguna idea, ni siquiera quiero pensar en ello, pero necesito saber qué vas a hacer —inquirió, y su tono tenía algo amenazante.

—Tenía pensado invitarla a tomar una copa para poder charlar con ella —dije, al fin.

—¿Y?

—Y nada... No sé... conocerla.

—Una cita —afirmó, ladeando la cabeza, y yo bufé.

—No diría que una cita, solo salir a tomar una copa sin otra intención que conocerla mejor. Y ni siquiera sé si va a aceptar. Hay momentos que creo que me odia.

Nate largó una carcajada y unas mujeres que estaban a unos metros de nosotros nos miraron y sonrieron sensualmente.

—Creo que nos están mirando como para invitarnos a su mesa —dijo, Nate.

—No me interesa.

—¿En serio? ¿Estás de celibato? ¿O tienes ese tipo de problemas de la gente mayor, hermanito? Porque si es eso, podemos hablar con Damaris para que te recete las pastillitas para solucionarlo —dijo, riendo.

—Muy gracioso. No tengo ese tipo de problema. Es solo que esta noche no estoy por la labor.

—Interesante —dijo, bebiendo un trago de su cerveza y sin dejar de reír.

—¿Qué es lo interesante?

—Nada, nada, pero te conozco y sé leer entre líneas.

—¡Qué te den!

Capítulo 6

«El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.»

—William Shakespeare

Damaris

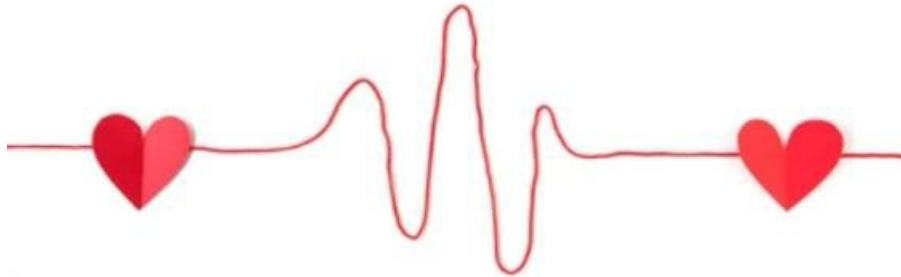


Al hospital llegué temprano, eran las seis de la mañana del sábado y estaba preparando todo porque a las nueve tenía una cirugía programada. El día anterior lo había pasado con Nate y había disfrutado mucho, salvo el encuentro con su hermano y su cita. Para que mentir, con ellos me había sentido incómoda y algo molesta. No estaba segura de por qué me molestaba verlo con otra mujer, pero lo hacía. Al recordarlo un resoplido enfadado se escapó de mis labios.

Para mi tranquilidad, luego de abandonar el *restaurante* me había olvidado de ellos y había disfrutado al máximo de la compañía de Nate. Pocas veces teníamos la oportunidad de estar tanto tiempo juntos y, cuando lo hacíamos, lo disfrutábamos y le sacábamos el máximo jugo. Mi vida no sería la misma sin el apoyo, compañía y complicidad que me brindaba Nate.

De su hermano y la confesión de mi secreto no habíamos vuelto a hablar, me había quedado con la sensación de que, al verlo con otra mujer, él no había querido insistir con ese tema.

Por lo menos ese encuentro había servido para algo, pensé.



La cirugía, aunque no había sido fácil, había ido bien. Después de informar a los familiares del paciente, me fui al vestuario a cambiarme. Estaba agotada, no había probado bocado alguno desde el desayuno, y eso había sido a las cinco y media de la mañana. Si no había ninguna urgencia o complicación, probablemente saliera del hospital a las cinco o seis de la tarde.

Quería descansar y hacer algunas compras para la semana, pero lo primero era dormir un rato porque estaba exhausta. Necesitaba descansar y desconectar. Dos palabras que se habían convertido en mi mantra de vida.

Estaba en la cafetería comiendo una ensalada con pollo al horno y mi teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa.

Era Nate.

—No puedes vivir sin mí —dije, al atender.

—Exactamente. ¿Qué haría sin ti? No podría porque tú eres como mi conciencia y...

brutalmente honesta.

—Suenas como si fuera seria, severa y la que siempre reprende. ¡Una aburrida!

—Lo eres, pero igual te quiero. Y dime ¿cómo te fue en la cirugía que tenías programada? ¿Salvaste una vida o el paciente está tocando el arpa con San Pedro?

—No bromees con eso, Nate.

—Ves, me estás reprendiendo —dijo, y no pude evitar sonreír.

—La cirugía salió muy bien. Ahora estoy almorzando porque estaba famélica.

—¿Recién? Son las tres de la tarde, Dami. Cualquier día de estos te vas a desmayar en el *block* quirúrgico.

—Eso no va a suceder —dije, al mismo tiempo que masticaba mi comida; y me pasó por la mente la figura de mi tía regañándome cuando yo hablaba con la boca llena, pero no era la primera vez que el hambre ganaba a los buenos modales.

—La manera en que vives es insostenible para cualquiera. No comes ni duermes lo suficiente, y no hablemos de tu vida social. ¿Cuándo fue la última vez que te enrollaste con alguien? Mejor ni me respondas —dijo, sin dejarme hablar—. Pero, bueno... con la diversión yo te puedo ayudar. ¿A qué hora sales del hospital?

—Creo que a las cinco o seis, no sé con exactitud.

—Ah, entonces puedes acompañarme.

—¿Acompañarte? ¿A dónde?

—A la inauguración del local de un amigo. Es en la noche porque es una Disco Pub. Iba a ir solo porque imaginé que estarías cansada, pero tienes veintisiete años y debes divertirte.

—No sé...

—No es una pregunta, Dami. Si quieres vamos solo un rato y temprano ya estás en tu casa.

—¿Y qué sería temprano para ti? —consulté, porque nuestros horarios eran completamente distintos.

—¿Trabajas el domingo?

—En la noche —indiqué, sabiendo que con ese dato insistiría hasta que yo claudicara.

—Perfecto. Puedes dormir toda la mañana y la tarde del domingo.

—Está bien, pero yo me quedo solo hasta las dos o tres, nada más.

—Hecho. Tenemos un trato. Paso por ti a las diez.

—Eres una pesadilla ¿lo sabías? —dije, y rio.

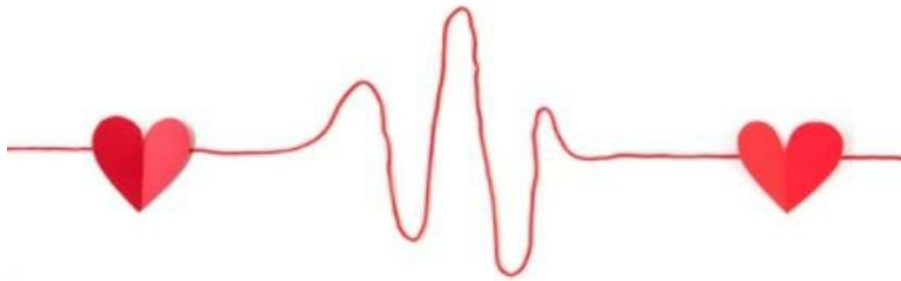
—Eso solo lo dices tú, porque el resto de las mujeres dicen que soy un sueño.

—Diles que yo puedo hacerles una buena cirugía ocular y de implante auditivo, porque es evidente que no ven ni oyen bien —bromeé, y largó una carcajada.

—No sé de lo que hablas, preciosa. A las diez estoy por tu piso.

—Nos vemos.

Corté la llamada y seguí atacando mi almuerzo. Si bien estaba cansada, me encantaba salir con Nate porque eso siempre era diversión asegurada.



Un rato antes de las diez estaba lista para la salida con mi amigo. Había elegido un vestido negro de seda con escote de pico y la espalda descubierta, un vestido que me hacía ver como una chica *sexy* y descarada como esas que aparecen en las películas de James Bond, cosa que yo no era, pero podía disimularlo. Complementaba con unas sandalias negras de tiras de gran tacón, maquillaje profesional y el pelo suelto. Esa noche no era la doctora seria y «aburrida» de siempre. No sé por qué me había esmerado porque no era una cita, solo salía con Nate, pero algo en mi interior me había llevado a hacerlo.

Apenas me avisó que venía llegando tomé mi bolso de mano, mi teléfono y las llaves de mi piso. Cuando Nate me vio se le desencajó la mandíbula, y yo no pude más que sonreír satisfecha.

—¡JE-SUS! Ahora voy a tener que pasar toda la noche espantando a todos los hombres que no te van a dejar en paz.

—Eso fue divertido —espeté, riendo y haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Te viste bien?

—Quería dejar a la doctora y verme como una chica «normal» —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Normal, dices? Te ves como una maldita diosa. Vas a hacer de mi noche un tormento o, peor aún, te vas a pasar toda la noche desfibrilando los corazones de todos los hombres presentes —dijo, poniendo gesto de afligido.

—¡Cómo no! Seguro que apenas entremos te vas a ir con alguna chica y te olvidas de mí.

—Yo no soy así —espetó, haciéndose el ofendido.

—¿En serio?

—Eso solo pasó algunas veces, pero hoy voy a tener que vigilarte porque eres una bomba *sexy* —señaló, mientras nos montábamos en el coche y murmuraba algo que sonó como «cae rendido... atrapado totalmente», pero no podía asegurarlo porque esas palabras no tenían ningún sentido.

—Enciende el coche y vámonos de una vez porque si me sigues diciendo esas cosas subo a cambiarme.

—De ninguna manera —dijo, e hizo lo que le dije, alejándonos de mi edificio a toda velocidad —. Hoy seguro que te vas a divertir.

Nate se pasó todo el trayecto dándome consejos que no le había pedido para mi «noche loca» en ese local que desconocía, consejos que ignoré totalmente.

—¿Prestaste atención a todo lo que dije?

—Por supuesto —respondí, fingiendo que lo había hecho, pero la verdad era que me lo había pasado disfrutando del paisaje nocturno mientras solo escuchaba «bla, bla, bla...».

—Ahí está. —Señaló por la ventanilla, sacándome de mi ensoñación—. Ese es el sitio.

Era un enorme bar tipo *pub*, nuevo y luminoso, ubicado en plena rambla de Montevideo. Cuando llegamos estaba repleto. Por donde miraba veía mujeres guapas ataviadas con ropas sensuales y llamativas, y hombres muy atractivos. Me alegré de haberme esmerado en arreglarme porque todos se veían espléndidos. Nate tenía razón, necesitaba divertirme. Estaba lista para comenzar mi noche de juerga, solo esperaba no morirme de incomodidad para cuando terminara.

—Parece que media ciudad está aquí —dijo, Nate, apenas entramos, y tomó mi mano y comenzó a tironear de mí—. No me sueltes.

—¿Adónde vamos? —pregunté, elevando la voz para que pudiera escucharme por encima de la música.

—A la barra a saludar y felicitar a mi amigo, el dueño de este sitio, que ya veo será un rotundo éxito.

Caminamos abriéndonos paso entre la multitud que bailaba al ritmo de una versión remix de la canción *Can't Feel My Face* de The Weeknd. Cuando llegamos a la barra, Nate se hizo un hueco para mí y él y levantó la mano. Uno de los hombres que estaban sirviendo bebidas lo miró, sonrió e inmediatamente vino hacia nosotros.

—¡Qué bueno verte! —gritó, chocando su mano con Nate.

—Felicitaciones, John. Esto está increíble.

—Gracias, Nate. Estoy feliz con este éxito.

—Te lo mereces, amigo. Cuentas conmigo para lo que necesites. —Me miró y agregó—: Ella es Damaris, una amiga.

—Encantado, Damaris. Gracias por venir —dijo, y se acercó para darme un beso en la mejilla.

—Gracias a ti y felicitaciones por el local. Es espectacular.

—Muchas gracias. Disfruten, luego los veo —dijo, y se giró porque lo estaban llamando de la otra punta de la barra.

—¿Te gusta? —preguntó, Nate.

—Sin duda va a ser el sitio de moda.

—No lo dudo.

En ese momento John volvió y nos dejó dos cócteles que, según él, eran la especialidad de la casa. Luego se fue para seguir atendiendo.

—Hagamos un brindis —dijo, Nate, tomando su copa y yo lo imité—. Por las grandes amistades y la diversión.

—Brindo por eso.

Bebí un sorbo y el gusto afrutado me encantó, pero se notaba que tenía bastante alcohol.

—Está exquisito y... fuerte —dije.

—Te vas a tomar varios así te desinhibes.

Nunca me había gustado la pérdida de control que el alcohol y las drogas traían consigo, así que jamás me había dejado llevar por ninguna de las dos cosas. El alcohol lo disfrutaba, pero sin perder la conciencia y las drogas jamás las había probado.

Unos minutos más tarde ambos habíamos vaciado nuestras copas. John se acercó nuevamente y nos dejó dos chupitos.

—Prueben este vodka, todo es invitación de la casa. Se debe beber hasta que se ve el fondo del vaso —dijo, sonriente y haciéndome un guiño.

—Esto es fuerte, Dami —dijo, Nate.

—Creo que lo probé una sola vez. ¿John dijo hasta ver el fondo? Veamos. —Levanté mi vaso de chupito y Nate hizo lo mismo.

—Por esta nueva experiencia, entonces —dijo, Nate y bebió todo su vodka.

Yo lo bebí de la misma forma en que lo había hecho él y sentí como si la lava de un volcán bajara por mi esófago y encendiera mi estómago.

—¡Dios! ¡¿Por qué las personas beben esto?! —grité, tosiendo, y Nate largó una carcajada.

—Te dije que era fuerte.

—Vamos, hagan un brindis conmigo —dijo, John que llegó sonriendo y dejó tres chupitos sobre la barra, y yo recompuse mi expresión lo más rápido que pude.

—No es tan fuerte —dije, mirando a Nate, y arqueó las cejas y volvió a carcajearse notando que me quería hacer la valiente delante de su amigo, aunque unos minutos antes casi me había incinerado.

—Me gusta esta chica, Nate. No la sueltes —dijo, John, levantando el vaso—. Por los amigos y las bellas chicas.

—Salud —dijo, Nate, yo solo bebí con un poco más de cuidado y esa vez no sentí que quemara tanto.

John se volvió a ir y Nate me invitó a bailar. Nos movíamos al ritmo de «I Don't Wanna Wait» por David Guetta & OneRepublic mientras el alcohol corría por nuestras venas. No sé si eran los tragos que habíamos tomado, pero no podíamos dejar de reír. Llevábamos un rato bailando cuando noté que unas chicas lo miraban con descaro y sonreían seductoras. Nate era muy atractivo y nunca pasaba desapercibido. Cuando la canción terminó me acerqué a él para hablarle al oído.

—Ve a bailar con esas chicas que no te sacan los ojos de encima —dije, señalando a las dos chicas con la cabeza—, yo necesito sentarme un poco.

—No. Me quedo contigo.

—Nate, de verdad, necesito ir a la barra a beber algo fresco. No puedo más del calor. Te prometo esperarte allí. Diviértete y solo te pido una cosa, dado que he bebido una cantidad considerable de alcohol, no permitas que termine bailando encima de alguna superficie elevada —bromeé, evitando decirle que todo me daba vueltas.

—Sería el sueño de todos los hombres que hay aquí —dijo, riendo—. Pero, tranquila que no lo permitiré.

Me dirigí a la barra y me senté en otro taburete distinto al que había estado antes porque ese ya estaba ocupado.

John me vio y vino hacia mí.

—¿Nate te dejó sola?

—Se quedó bailando, yo necesitaba sentarme y tomar algo fresco. ¿Puedes traerme una cerveza?

—Tus deseos son órdenes —dijo, se alejó y a los segundos vino con dos cervezas que chocamos antes de dar un largo trago.

El frío de la cerveza me alivió la sed, aunque sabía que estaba abusando del alcohol y, lo que era peor, mezclándolo.

—Disculpame un momento, ya vuelvo —dijo, John, y se alejó a atender lo que le requería.

—Eres demasiado guapa como para estar aquí sola —dijo, una voz masculina a mi espalda. Miré por encima del hombro y vi a un chico sonriéndome. No era mucho mayor que yo y parecía simpático—. Creo que eso ha sonado cursi y trillado, ¿verdad?

—Pues sí —dije, mirándolo sonriente.

—Soy Kevin. —Saludó, extendiendo la mano hacia mí.

—Damaris. —Correspondí a su saludo. No tenía muchas ganas de coquetear, pero le había prometido a Nate que me divertiría, así que lo iba a intentar.

—Te iba a invitar una copa, pero veo que ya tienes.

—Sí, gracias igual. —Di otro trago a mi cerveza porque tenía muchísima sed.

—¿Bailas conmigo?

—No, no lo hará —afirmó, esa voz tan conocida que me puso los pelos de punta antes incluso de comprobar a quién pertenecía—. Como verás, no vino sola.

Casi escupí la cerveza.

La única esperanza era que el vodka que había bebido me estuviera causando alucinaciones.

Miré a Kevin que apretaba la mandíbula y parecía frustrado, pero se despidió de mí y se alejó.

¿Giraba? ¿No giraba?

Y me quedé paralizada incapaz de comportarme con normalidad.

Cuando me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo plantada allí en silencio, giré despacio, casi a cámara lenta.

Y casi caigo de culo de la silla.

Estaba de pie a escasos centímetros de mí. Llevaba una camisa negra con los primeros botones sueltos y me miraba como si fuera lo único que había en todo el lugar.

¡Qué digo lugar!

En todo el maldito planeta.

Era demasiado contacto visual y demasiado intenso, además de que el rostro del hombre era una obra de arte. Sus hermosos ojos grises brillaban bajo las resplandecientes luces y me hipnotizaron robándome toda capacidad de reacción.

Nos quedamos en silencio y sin apartar la mirada.

Mi cuerpo estaba tan tenso que sentía que se podía partir sin mucho esfuerzo.

Corre, Damaris. Lárgate y corre ahora mismo.

Pero... no lo hice.

Capítulo 7

«Cuando dos personas están destinadas a estar juntas, no importa dónde estén o con quién estén, tarde o temprano se encontrarán.»

—Anónimo

Damaris



¿Cómo estás, doctora? —preguntó, acercándose aún más para que lo escuchara.

—Muy bien, pero es probable que estuviera mejor si no hubieses espantado al hombre con el que conversaba.

—¿Espantar? No lo creo, pero... si eso piensas... lo siento —expresó, pero no sonó como si lo sintiese en absoluto—. Creí que debía intervenir, sobre todo porque pareces un poco achispada.

—¿Achispada? No estoy borracha. —¡Maldición! Arrastraba las palabras.

Clemente enarcó una de sus cejas en un gesto divertido.

—Eres muy mala mentirosa —declaró.

¿En serio? No tiene ni idea, se burló mi conciencia.

Tomé mi cerveza y di un largo trago. Abandoné el taburete de un salto.

¡Mierda!

¿El lugar giraba? Quizás no me había dado cuenta y era como esos *restaurantes* con pisos rotatorios para que los comensales disfrutaran de las vistas.

Sí, debería ser eso.

—¿Te sientes bien? —preguntó, tomándome de un brazo.

—Por supuesto. Y voy a ir a bailar.

Al estar de pie lo pude apreciar en su totalidad. Su aspecto hizo que perdiera la capacidad de pensar. Él también me dedicó una mirada minuciosa de arriba abajo hasta que sus ojos quedaron fijos en los míos. El calor que sentí no tenía nada que ver con la bebida que había ingerido o la temperatura del lugar. Para liberarme de la fuerza hipnótica de su mirada solté mi brazo con brusquedad.

—No creo que sea buena idea, doctora.

—Deja de llamarme así, mi nombre es Damaris. —Me aparté, solo para quedar, nuevamente, atrapada en su mirada.

—Créeme, no lo he olvidado. No sale de mi jodida cabeza —afirmó, haciendo un gesto de exasperación y pasándose una mano por el pelo con frustración.

En el preciso instante que procesé sus palabras y comprendí lo que había dicho... quería decirle que su cabeza no me parecía jodida en absoluto...

¡¡¿Quééé?!! ¡Eso no!, gritó, mi conciencia.

Aaah eso no... en realidad solo quería preguntarle por qué mi nombre no salía de su «no jodida» cabeza, pero mi conciencia negó con la cabeza y levantó el dedo índice moviéndolo de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, negando de forma contundente.

No pregunté nada, pero no aparté la mirada y él tampoco lo hizo.

Nos quedamos en silencio, con las palabras que acababa de decir flotando en el aire.

—Voy a ir a bailar... con Kevin —dije, e intenté alejarme, pero volvió a tomarme del brazo.

—No estás en condiciones de bailar, y ¿quién es Kevin?

—Señor Bradbury, le agradecería que...

—Clemente —me corrigió y me quitó la botella de cerveza de la mano, en ese momento sus dedos rozaron los míos y ambos alzamos la mirada confundidos por la descarga eléctrica sentida.

—¡¿Qué haces?! —exclamé, al reaccionar.

—Diría que, por esta noche, es posible que hayas bebido más que suficiente.

—No estoy borracha y voy a ir a buscar a Kevin porque quería bailar conmigo... y yo con él —afirmé, sintiendo mis piernas un poco flojas, pero no pensaba arrepentirme y darle la razón, sobre todo porque me miraba con una sonrisa de suficiencia.

—Si no hubiera intervenido, más que a la pista de baile, ese tipo te hubiera llevado a un rincón oscuro a meterte mano y quien sabe que más.

—¿Y qué importa si lo hubiera hecho? —Podría estar mareada, pero no iba a permitir que se metiera en mi vida.

—Aunque no lo creas... importa. A. Mi. Me. Importa.

El corazón se me detuvo y luego empezó a palpar como loco. Esas palabras podían significar muchas cosas, pero otra vez opté por no preguntar, aunque lo que debí haber hecho fue cerrar mi boca.

—Seguro tienes a más de la mitad de las mujeres de esta disco rogando para que les prestes un poco de atención, así que, ve por ellas, campeón, y DÉJAME EN PAZ. Buenas noches —dije, intentando alejarme, aunque, en vez de molestarse por mi comentario, sonreía.

—Así que piensas que soy guapo —afirmó, volviendo a detenerme.

—¿Yo? Yo... yo no dije eso. —Pude ver que le temblaron las comisuras de la boca debido al irreprimible impulso de sonreír.

—Si piensas que más de la mitad de las mujeres de...

—Sabes que..., olvídale —dije, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—. Estoy mareada y no sé lo que digo.

—No pienso olvidarlo, doctora. Es sabido que los borrachos dicen siempre la verdad, e insisto, tú estás...

—No estoy borracha, solo mareada —señalé, aunque a cada segundo me sentía más inestable y, aun así, comencé a dar unos pasos.

—Tú lo has dicho, estás mareada, entonces no puedes quedarte. Te voy a sacar de aquí para llevarte a tu piso —dijo, y comenzó a caminar a mi lado.

En ese momento Nate se interpuso en mi camino y noté que no se sorprendió de ver a su hermano. ¿Ya se habrían visto?

—Y yo que me preocupaba de que no te lo pasaras bien —dijo, Nate, mirándome a mí y luego a su hermano, así que no supe a quién iba dirigido su comentario—. ¿Adónde van?

—Yo... a bailar con Kevin —afirmé, y escuché lo que pareció un gruñido de ¿Clemente?

—¿Quién es Kevin? —preguntó, Nate, con el ceño fruncido.

—Es un imbécil que intentaba propasarse con ella —respondió, su hermano.

—¿Propasarse? ¡Solo me invitó a bailar! —exclamé, pero hice un movimiento brusco y, si no fuera por «mi salvador», casi me voy de bruces al piso.

—Nate, ¿por qué dejaste que bebiera tanto? —reprochó, Clemente, sujetándome de la cintura.

—No bebí tanto —dijo, pero no con mucha seguridad—, es que tiene mal beber.

—Conteo —dijo, Clemente, como si fuera un código que solo él y su hermano conocieran.

—Un cóctel frutado con alcohol, dos o tres vodka... varias cervezas y... puede que algo más.

—¿Y eso te parece poco?! —regañó, Clemente y yo los miraba y no sabía si reír o gritar—. No puede quedarse en este estado.

—Estoy aquí. No hablen de mí como si no estuviera presente —señalé, soltándome del agarre de Clemente.

—Dami, tal vez deberías dejar que mi hermano te lleve a tu piso —sugirió, Nate, y parpadeé y lo miré con los ojos como platos. ¿Había enloquecido?

—Por supuesto que no. Vine contigo.

—Yo me encargo de que llegue sana y salva.

—Acompáñala hasta la puerta de su piso y cerciórate de que entre y cierre la puerta —dijo, Nate.

—En realidad, me cercioraré de que se meta en la cama —dijo, y tanto Nate como yo lo miramos perplejos.

—Eso no creo que sea necesario, pero si ella quiere... —dijo, Nate, y pude ver que intentaba no reír.

—Sigo estando aquí —repetí.

—Dami, Clemente te va a llevar en su coche. Mañana hablamos, aunque seguro que vas a tener una resaca de mil demonios y me vas a odiar por todo esto.

—Nate, no creo... —comencé a decir, dirigiéndole una mirada de súplica, pero él parecía totalmente de acuerdo con su hermano.

—Por favor, Dami, permite que te lleve —pidió.

—Por favor —dijo, también, Clemente.

—Está bien, si me lo están rogando así... —dije, levantando las manos en señal de rendición dado que estaba claro que discutir no serviría de nada.

—Vamos —dijo, inmediatamente Clemente, y tomó mi mano y comenzó a tironear de mí.

Volteé el rostro y miré a Nate que me observaba con una sonrisa de oreja a oreja y mirada traviesa. Le fruncí el ceño, pero no pareció entenderme y se limitó a tirarme un beso. Volví a voltear y esa vez mi mirada quedó fija en la gran espalda de mi acompañante que iba un paso más adelante. Me llevaba fuertemente tomada de la mano y debo admitir que disfrutaba de la sensación mientras me guiaba hacia la salida. El calor de su mano era abrasador y una luz roja comenzó a parpadear dentro de mi cabeza, pero la apagué y me relajé. Tampoco estaba en condiciones de luchar.

El trayecto hasta su coche transcurrió en silencio y sin que fuera muy consciente de lo que estaba haciendo. Notaba mi cuerpo extrañamente pesado y torpe. Agradecí haber llegado a su coche porque las piernas no me responderían por mucho más tiempo. Clemente me sostuvo la puerta para que entrara y me deslicé dentro sin decir una palabra. Después de cerrar mi puerta

rodeó el coche, abrió la puerta del conductor y se montó, pero no lo encendió. Por varios segundos nos quedamos en silencio. Tenerlo a unos centímetros me alteraba, pero tenía que ocultar lo mucho que me impactaba su cercanía.

—No te lo dije, pero esta noche te ves impresionante —manifestó, pero sin mirarme.

Abrí los ojos de par en par al darme cuenta de lo que acababa de decir, y estaba tan atónita que no encontraba una respuesta elocuente. Volteé la cabeza y miré fijamente su perfil, estaba perpleja por lo que había escuchado. Sí, también estaba un poco mareada por el alcohol, pero no tanto como para no comprender lo que esas palabras significaban. Clemente Bradbury me estaba seduciendo, y yo estaba tratando de hilar mis pensamientos para poder responderle. Envalentonada por el alcohol, pregunté:

—¿Así es como seduces a las mujeres?

Giró el rostro y me miró. Sentí como si mi estómago hubiera sido invadido por una bandada de pequeñas, enloquecidas y cabronas mariposas que no paraban de revolotear. Sin ser muy consciente de lo que hacía me humedecí los labios. Él no apartó sus ojos de ellos. Una de sus manos subió hasta mi barbilla para levantarme la cabeza y mirarme a los ojos. Su respiración se tornó entrecortada al igual que la mía y sus fosas nasales se dilataron.

Iba a pasar.

Me iba a besar.

Y me negaba a acobardarme.

Cerré los ojos, esperando sentir su boca en la mía, pero en lugar de eso...

—¿Te sientes mal? —preguntó, e inmediatamente abrí los ojos para ver en los suyos demasiada preocupación.

Y me quedé ahí, boquiabierta.

—Damaris ¿te sientes mal? —repitió.

—No.

¡Maldición! No me soné convincente ni a mí misma.

—Estás muy pálida. Creo que es mejor que te lleve a tu piso lo antes posible. —Apretó sus labios hasta formar dos finas líneas horizontales. Me soltó y encendió el coche—. Deberías irte a la cama cuanto antes.

—¿Contigo?

UN MOMENTO.

¿Acababa de decir «eso» en voz alta?

Incluso en mi estado de aturdimiento era capaz de darme cuenta de que...SÍ.

Oh, por el amor de Dios.

No podía creer que lo hubiera dicho.

No podía creer que hubiera aceptado que él me llevara en su coche.

Sentí la necesidad de golpearme la frente contra el cristal de la ventanilla del coche, en cambio puse los ojos en blanco. Mis mejillas ardían, así que la palidez ya no era un problema.

Él arqueó una ceja. Pareció atónito por un segundo, justo antes de mostrar otra de sus sonrisas de suficiencia.

—¿Es una invitación, doctora?

—Eso quisieras.

—No lo voy a negar, pero... hoy no.

Muy a mi pesar sentí una punzada de desilusión que también hirió mi orgullo. No es que quisiera acostarme con él... bueno... sí quería, y aunque sabía que eso era una muy mala idea, mi cuerpo seguía anhelándolo.

Como pude, disimulé la decepción.

—Ni nunca —afirmé, sin mirarlo para ocultar lo que sentía en ese momento.

—No lo sé..., pero lo que tengo claro es que solo será cuando no tengas tanto alcohol en las venas. No sería justo para ninguno de los dos.

Y esas palabras paralizaron mi mundo.

No sería justo...

Si eso era lo que pensaba y se enteraba de mi secreto... me odiaría para siempre porque esa noche él estaba ebrio y eso a mí no me había detenido.

Quería desaparecer.

Quería olvidarme de que él estaba allí.

No quería mirarlo, no podía.

Me pesaban los párpados, así que cerré los ojos.

Mis capacidades empezaban a ser nulas.

Y el sueño me golpeó fuerte y perdí la consciencia.

Capítulo 8

«Entonces sentí una tremenda opresión en el pecho, una opresión en la que no parecía estar afectado ningún órgano físico, pero que era algo asfixiante, insoportable. Ahí, en el pecho, cerca de la garganta, ahí debe estar el alma, hecha un ovillo.»

—Mario Benedetti - «La tregua»

Clemente



Observé a Damaris dormida y acurrucada en el asiento del copiloto de mi coche, con su hermosa melena tapándole parte del rostro, y las manos comenzaron a temblarme por el inmenso deseo de acariciarla. En algún momento del trayecto hacia su edificio se había quedado dormida porque su respiración constante lo demostraba. Yo hice todo lo posible por no despertarla, incluso conduje a una velocidad menor a la permitida. Me fastidiaba ver que ya casi habíamos llegado a su edificio. Me gustaba tenerla a mi lado. Conduje más despacio, bastante por debajo del límite.

¿Qué me pasaba?

No lo entendía.

Me resultaba raro notarla dormida a mi lado. La veía tan vulnerable, tan serena, como si confiara totalmente en mí, y me gustaba mucho esa sensación.

Aparqué el coche frente a su edificio, pero no la desperté. Me quedé allí por varios minutos y la seguí observando. Al mirarla, en todo en lo que podía pensar era en cuidarla, en asegurarme de que estuviera a salvo del mundo, en que estuviera comiendo bien y no solo bebiera café, en que estuviera descansando porque sabía que dormía poco y trabajaba demasiado. Esa hermosa mujer había despertado en mí un anhelo de protección hacia ella como nunca me había sucedido.

No podía apartarme.

Era como si una fuerza invisible me atrajera hacia ella.

¡¿Qué mierda me pasaba?!

Era aterrador.

La seguí observando.

Verla allí me desbordaba el pecho de una extraña y cálida sensación. No sabía qué era y me acojonaba averiguarlo porque nunca lo había sentido, ni siquiera con Gladys.

Negué con la cabeza porque lo que menos quería en ese momento era recordar a mi ex.

Me volví a centrar en Damaris.

El vestido que llevaba no ayudaba en absoluto a calmarme, solo podía pensar en quitártelo, en besar su cuerpo, en...

Oh, mierda.

Aparté la mirada de su cuerpo.

Tenía que salir del coche porque estaba demasiado alterado. Me bajé, respiré profundamente y traté de serenarme. Unos minutos después abrí lentamente la puerta del lado del pasajero. Damaris seguía durmiendo. Me acerqué a ella y me incliné para hablarle.

—Damaris —llamé, apoyando suavemente mi mano en su hombro, la piel era suave, tan suave que tuve que quitar la mano porque sentí que todo mi cuerpo se estremeció. Ella no movió ni un músculo. Tenía un sueño muy profundo y, seguramente, estaba extenuada, además de borracha. Pensar en lo poco que dormía me hizo enfurecer—. Damaris, cariño.

—Bisturí —murmuró, sin abrir los ojos, y sentí una gran puntada en el pecho. Damaris trabajaba tanto que seguía haciéndolo hasta en sueños.

Desprendí su cinturón de seguridad decidido a tomarla en brazos, pero en ese momento abrió los ojos, me miró y frunció el ceño.

—¿Bradbury? ¿Qué haces? —preguntó con voz somnolienta y... *sexy*.

¡Mierda! Volví a alterarme.

—Sí, soy yo. Te iba a ayudar a salir del coche. ¿Puedes hacerlo sola?

Con expresión aún confusa, casi se cayó del asiento cuando intentó ponerse de pie.

—Ven aquí... —dije, sujetándola por la cintura—. Te llevaré en mis brazos.

—¡No!

Pasé un brazo por debajo de sus piernas y, con un movimiento rápido, la cargué.

—¡Suéltame! —ordenó, pataleando.

—Quédate quieta o ambos caeremos —advertí.

Mi brazo derecho estaba alrededor de sus piernas y con el otro rodeaba su espalda desnuda.

Ay, santo Dios.

¡Maldito vestido!

Mis manos acariciaron la suave y sedosa piel de sus muslos y su espalda, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no deslizarlas y sentir toda su piel. Cerré el coche con el pie y comencé a caminar hacia la entrada de su edificio.

El conserje se acercó y me abrió la puerta.

—Gracias —dije, entrando al *hall*, y el hombre sonrió y asintió con la cabeza.

—Muchas gracias, señor Blanco —dijo, Damaris.
—¿Cómo está, doctora?
—Un poco cansada —dije, para que Damaris no se avergonzara.

Mientras esperábamos el ascensor sentí sus manos rodearme el cuello y mi pulso se aceleró.

—No tienes que hacer esto —susurró, y su voz me hizo sentir algo en el pecho y... más abajo.
—Quiero hacerlo —dije, sin mirarla porque su rostro estaba demasiado cerca del mío y no estaba seguro de poder contener las inmensas ganas de besarla—. Además, le prometí a Nate que te cuidaría.
—No necesito que me cuiden.
—Yo creo que sí.

En ese momento el ascensor llegó y abrió sus puertas.

—¿Qué piso?
—El diez —respondió y, aunque quiso evitarlo, no pudo evitar bostezar y que yo la viera por el espejo del ascensor.
—¿Estás lo suficientemente despierta como para decirme dónde tienes las llaves?
—Aquí —dijo, levantando su elegante bolsito de mano y sacándolas.

Cuando finalmente estuvimos en su piso, busqué el interruptor de la luz y la encendí. Su moderno *living* quedó iluminado, pero Damaris había apoyado su cabeza en mi hombro y se había vuelto a dormir. No pensaba despertarla, así que, o la dejaba en el sillón o iba habitación por habitación hasta dar con la de ella. Miré el sillón largo e imaginarla allí me hizo sentir como un *déjà vu* que me dejó algo confuso, pero seguí caminando porque descarté la idea del sillón. Quería que durmiera en su cama para que descansara cómoda.

Su habitación estaba al final del pasillo. No encendí la luz porque con la luz de la luna entrando por el gran ventanal podía ver perfectamente y no quería despertarla.

—Creo que es hora de ir a la cama, doctora —susurré.

La tumbé en la cama y ella soltó un pequeño suspiro. Enseguida lamenté perder el contacto con su cuerpo. Le agarré con suavidad los tobillos para quitarle los zapatos, pero me detuve unos segundos observándolos. Sus estilizadas piernas eran un deleite para la vista y esos tacones..., deberían estar prohibidos fuera del dormitorio. No pude evitar que se me escapara un pequeño gruñido de impotencia. Negué con la cabeza y me centré en lo que debía hacer, aunque esos zapatos tenían demasiadas tiras y no me facilitaban la labor. Era una verdadera tortura y, como si no fuera poco, Damaris se movió y murmuró algo que se pareció bastante a mi nombre... o yo ya estaba delirando. Cuando terminé tenía una erección del tamaño del Everest. Sí, un poco presumido lo mío, pero así me sentía. Miré alrededor de la habitación buscando algo con qué cubrirla. No pensaba levantarla para meterla debajo de las sábanas, eso sería demasiado contacto y no sabía si podría resistirlo. Vi una manta en el borde de la cama y la cubrí con ella. No podía soportar seguir viendo tanta de esa sedosa y maravillosa piel.

Luego de eso, en lugar de marcharme como debí haber hecho, me permití unos minutos para contemplarla bajo la suave luz de la luna que penetraba por el ventanal. Me resultaba difícil apartar la mirada de ella.

Era preciosa.

Su respiración se había hecho más profunda y su hermoso rostro se veía dulce, relajado y muy juvenil. Tenía los labios entreabiertos y me moría por acariciarlos, pero no lo hice. No lo haría sin su consentimiento. Mirarla me provocaba un extraño revoloteo en el estómago. Nunca la había visto dormir, pero nuevamente sentía que ya lo había hecho, era una sensación que me confundía, como todo lo que ella me hacía sentir.

—Clemente —murmuró, claramente, sin abrir los ojos y cuando todavía seguía mirándola embelesado.

Me quedé congelado donde estaba.

No debía hacerlo, debía irme de allí cuanto antes..., pero me quedé. Me senté en el borde de la cama y le aparté unos cabellos que cubrían su rostro.

—¿Sí?

—Fuiste el primero... —balbuceó.

¿Fui el primero? ¿El primero de qué?

Supuse que estaría soñando y no hablé más para no despertarla. No sabía si irme de una vez o acompañarla un rato más. Sentía como si una fuerza invisible me atrajera hacia ella de manera inevitable, pero opté por lo primero. No me podía quedar allí observándola como un psicópata acosador.

Cuando llegué a la puerta volteé para contemplarla una última vez.

«*Fuiste el primero*»

—¿Qué estarás soñando, doctora? —murmuré.

Y entonces ocurrió.

Reí.

Saber que soñaba conmigo me produjo una risa irrefrenable como hacía mucho tiempo no me sucedía.

Capítulo 9

«Cuando un hombre y una mujer en verdad se encuentran, la búsqueda termina, pero inicia la travesía.»

—Daniel Habif

Damaris



¿Qué era ese maldito y molesto ruido? Sonaba tan fuerte como para causarme tinnitus^[2] o daño permanente en mis oídos. Y al ser doctora lo decía con conocimiento. Me tapé la cabeza con la almohada para aislar el ruido, pero era imposible, así que rogué para que cesara porque me iba a estallar la cabeza. Cesó, y al cabo de cinco segundos comenzó a escucharse de nuevo.

Giré en la cama.

Auch.

Mi estómago no estaba mejor que mis tímpanos y el dolor de cabeza era infernal. Además, la noche anterior no había corrido las cortinas y la luz del sol se filtraba por la ventana y me estaba matando. Me aparté el pelo de la cara e intenté abrir los ojos, pero no pude porque me molestaba demasiado la claridad.

¡Maldición!

Eso solo podía ser... resaca.

Lo que significaba que había bebido hasta la inconciencia.

Abrí los ojos y miré alrededor. Di gracias por estar en mi habitación. A la que, por cierto, no tenía ni idea de cómo había llegado, pero si había perdido la conciencia de esa forma, significaba que alguien me había traído a mi piso.

¿Nate?

La resaca y la confusión me impedían pensar con claridad.

Repentinamente me vinieron recuerdos algo vagos de la noche en la disco, Nate, el vodka, las cervezas, el cóctel... y ... volví a sentir náuseas..., que esa vez no eran por el alcohol.

—Oh, por el amor de Dios... ¿qué hice? —Me senté de golpe y me tomé la cabeza con ambas manos haciendo una mueca de dolor que me llevó a masajearme las sienes con los dedos.

La cabeza me dolía horrores.

Es lo que mereces, reprochó, mi conciencia, con las manos en las caderas.

Esa molesta voccecita interior y los recuerdos me obligaron a volver a la realidad. Comprobé mi estado y, para mi tranquilidad, aún llevaba toda la ropa de la noche anterior, salvo los zapatos.

Suspiré y, abrumada como me sentía, me dejé caer hacia atrás. El sonido cesó, pero igual mi cabeza parecía que me iba a explotar en cualquier momento. Estaba confusa, pero debía organizar las ideas y la poca información con la que contaba.

—¿Cómo se me ocurrió beber así? ¿En qué estaba pensando? —murmuré, pero hasta ese susurro me taladró la cabeza.

Necesitaba algo para la migraña y así poder pensar mejor. Haciendo un gran esfuerzo me levanté. La habitación me daba vueltas. Volví a sentarme y, en ese momento recordé todo, o por lo menos lo más importante. Clemente me había traído a mi piso y estaba segura de que él me había metido en la cama.

Justo él, me lamenté, avergonzada, pero ya nada podía hacer.

A lo hecho, pecho.

Después de una larga ducha, tomé paracetamol para el dolor de cabeza y me preparé una gran taza de café humeante. No podía arrancar mi día sin un café en la mano, y mucho menos un día como el que se me presentaba esa mañana. Sentada en la silla alta de la barra de desayuno que separaba la cocina del comedor, bebía lentamente mi café intentando revivir. Adoraba ese brebaje y no volvería a traicionarlo por el vodka, esa bebida del infierno que no pensaba volver a beber en mi maldita vida.

La culpa no es del vodka, sino de quien la bebe sin moderación ninguna, reprochó, esa maldita vocecita llamada conciencia.

—Ay, cállate —dije, discutiendo conmigo misma.

En ese momento vi que en la barra había una nota y la tomé. La letra era muy pulcra.

Buenos días, Damaris, aunque no sé si para ti serán muy buenos. Espero que la resaca — ironía de tu cuerpo ante tu afirmación de anoche: «No estoy borracha, solo mareada»—no sea tan grande.

Dudo que recuerdes algo de lo sucedido anoche, así que paso a detallártelo:

Después de dejarte en tu cama me encargué de cerrar la puerta y las llaves las pasé por debajo, allí deberías encontrarlas.

También le avisé a Nate que habías llegado sana y salva, aunque de lo último tenía mis dudas por las GRAN ingesta desmedida de alcohol.

En la nevera te dejé una bebida isotónica para la rehidratación. Bébela, te hará bien.

Estaremos en contacto.

CB.-

Se estaba burlando de mí.

¡Qué se metiera la bebida isotónica y sus consejos de «experto» por donde le cupieran!

Ahora no solo tenía que lidiar con la resaca, sino también con los daños morales. Ni siquiera recordaba la cantidad de cosas vergonzosas que había hecho. Mi arrepentimiento y vergüenza iban en aumento y había pasado de «no voy a beber vodka en mi maldita vida» a «buscaré mi pasaporte y compraré un pasaje —sin retorno— al lugar más remoto del planeta».

No debía olvidar que el alcohol no solo era malo para el hígado, sino también era el primer enemigo de las buenas decisiones.

Volví a leer el final de la nota: *Estaremos en contacto...*

Pues yo ¡NO quería volver a verlo!

Pero... tampoco quería que se olvidara de mí.

¿No era de lo más ilógico?

Me tomé la cabeza entre las manos.

Estaba confundida.

¡¿Por quééé me sucedía eso, Diooos?!

Deja el drama, ordenó, mi conciencia, y le saqué la lengua.

Sí, sé lo que pensarán, muy maduro lo mío, pero necesitaba mi momento de drama.

Fui hasta la puerta de entrada y recogí las llaves. Cuando estaba volviendo a la cocina el sonido que me había despertado volvió y lo hizo con más intensidad. Era el *ringtone* de mi teléfono. Esa vez lo tomé para silenciarlo de una vez por todas, estaba dentro de mi bolso de mano. Al desbloquearlo noté que tenía un par de llamadas perdidas de un número desconocido, y era el mismo que me llamaba en ese momento.

—¿Hola?

—Buenos días, Damaris. Qué bueno que sigues viva.

Mis cuerdas vocales se congelaron.

—¿Damaris?

—¿Quién habla? —pregunté, aunque tenía claro quién era.

—Sabes muy bien quién soy —aseguró, con petulancia.

—¿Cómo conseguiste mi número? —No pude evitar sonar enfadada, pero no pareció afectarle porque creí haber escuchado que reía.

—Nate —respondió, y era más que obvio, como también lo era el hecho de que iba a estrangular a mi amigo—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy perfectamente —respondí, secamente.

—¿Siempre eres así de malhumorada en las mañanas?

—Antes de tomar mi dosis de café, sí, soy así. No soy agradable, así que es mejor que me permitas seguir con mi desayuno, porque, además, no deseo escuchar regaños.

—No te estoy regañando, y si te quieres librar de mí, te aseguro que no lo vas a lograr —afirmó, y el pulso se me disparó—. ¿Qué tal te lleva la resaca?

—No tengo.

—Eres muy mala mentirosa, ¿lo sabes?

—Vamos a aclarar algo, te agradezco que ayer me hayas traído hasta mi piso y...

—... te haya metido en la cama. —Terminó la frase, y lo hizo con voz sensual. Casi escupo el café—. Fue una noche que tardaré en olvidar.

—Pero yo quisiera hacerlo, así que no me apetece hablar de ello.

—A todos nos ha pasado alguna vez —afirmó, y con ese comentario no pude evitar recordar la noche en la que lo conocí y era él quien estaba ebrio.

—Yo... nunca me había emborrachado de esa forma —confesé.

—Lo sé.

—Debo suponer que eso también te lo dijo Nate, que me parece tiene una gran boca y que al parecer es un mal de familia —afirmé, y escuchar su risa me erizó toda la piel.

—No soy cotilla, solo curioso... y solo de lo que me interesa. Y... tengo algo que agradecerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti, doc. Gracias por hacerme reír. Hace mucho tiempo que no lo hacía. —Sus palabras me golpearon y me estrujaron el corazón.

¿Por qué no reía?

De todas formas, eso también implicaba que debía haber hecho varias cosas ridículas. Suspiré.

—No voy a volver a beber en mi vida —me lamenté.

—Nooo, no lo dije por eso, te lo aseguro. Más allá de que eres... menos seria cuando bebes, te

aseguro que no debes avergonzarte de nada. Pero bueno, te llamaba porque quiero invitarte a almorzar. Nate me dijo que hoy trabajas en la noche, así que puedes almorzar conmigo.

—A tu hermano no le pienso contar nada más de mi vida. —Volvió a reír.

—Solo me ha dicho cosas buenas de ti —señaló—. Bueno, ¿qué me dices?

—¿Almorzar? —Vacilé.

—Vamos, Damaris, no muerdo.

—Estoy ocupada.

—¿Me estás evitando?

—¿Por qué te evitaría? —cuestioné, tratando de mantener todas las emociones bajo control.

—No me respondas con otra pregunta —dijo, y yo bufé sin delicadeza ninguna, aunque admito que estaba considerando su propuesta.

—Está bien —contesté, después de una eternidad.

Quería conocerlo mejor tanto como quería alejarme de él, pero, en esa oportunidad, ganó la necesidad de descifrar el jeroglífico emocional que me provocaba ese hombre. Su arrogante actitud me sacaba de quicio, pero me gustaba el hormigueo que me recorría la piel y el vacío que sentía en el estómago.

—¿Aceptas? —preguntó, un tanto sorprendido.

—Sí.

—Estupendo. Son las once, paso por ti en una hora —propuso, enseguida, como si tuviera temor a que me arrepintiera, y no le faltaba razón porque ya lo estaba reconsiderando.

—Puedes decirme el lugar e iré por mi cuenta —planteé, y lo escuché exhalar.

—Paso por ti. Nos vemos en un rato —afirmó, y cortó la llamada.

Me quedé mirando el teléfono. Entonces sucedió algo que no debía suceder. Mi corazón hizo una gran pirueta... de emoción.

Seguro que el vodka me había estropeado la cabeza, pero bien estropeada.

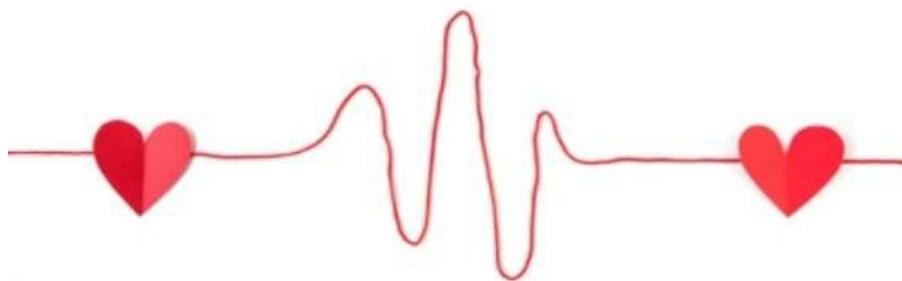
Tenía que ser cuidadosa.

Una cosa era que Clemente tonteara conmigo y otra muy distinta era dar un paso más allá.

¿Estaba preparada para dar ese paso?

¡No!, exclamó, mi conciencia, un tanto aterrada.

Sin embargo, eso no era del todo verdad, y había prometido no volver a mentir, especialmente a mí misma.



Un rato antes del mediodía estaba lista para el almuerzo con Clemente. Aún no podía creer que hubiera aceptado su invitación, pero allí estaba, mirándome en el espejo y cuestionándome si no me había esmerado demasiado en mi arreglo, pero me convencí de que después del espectáculo que había dado la noche anterior, solo era por mantener mi autoestima alta.

Había elegido un sencillo vestido de color azul marino, sin mangas y que resaltaba a la perfección mi figura. Llevaba sandalias beige de un tacón sensato, me había dejado mi larga melena suelta y el maquillaje era natural.

Cuando tomé el teléfono para comprobar la hora me sudaban las palmas de las manos y sentía un nudo en el estómago. Estaba asustada. No era algo que me gustaba admitirme, pero realmente estaba asustada de lo que podía derivar de ese encuentro, porque si algo tenía claro era que ese hombre me gustaba... mucho.

No quería parecer ansiosa, pero tampoco quería que él volviera a subir a mi piso, así que, decidí bajar y esperarlo en el *hall* del edificio.

Minutos después lo vi estacionar su todoterreno negro en la puerta y salí a la calle. Caminé sintiendo las piernas como si fuesen de gelatina. Clemente bajó del coche y enseguida me miró. Me quedé inmóvil. Se veía devastadoramente guapo. Lo vi venir hacia mí mirándome de una forma tan penetrante que me estremeció el cuerpo entero. Llevaba una camisa blanca con los primeros botones sueltos y un *jeans* también de ese color. Estaba tan atractivo que no parecía real. Dejé que mis ojos viajaran por su cuerpo notando la forma en que su ancho pecho y hombros tiraban de la tela de la camisa. Quería apartar la mirada, pero... ¡uf!... no podía.

Su mirada recorrió todo mi cuerpo y, cuando llegó a mi lado, sus ojos se detuvieron en mis labios. Sin darme cuenta yo hice lo mismo y me encontré enfocando mi mirada en los suyos. Labios firmes, sensuales, besables.

—Estás hermosa. No... esa palabra es demasiado simple, aunque no creo que encuentre palabras para describirte. Impresionante...

¡Qué Dios me ayudara!

Me ruboricé hasta las orejas. Porque no era solo lo que había dicho, sino la forma en que lo había hecho. Y no me podía resistir a eso, a no ser que...

—¿Qué tal llevas la resaca?

...lo estropeará.

Y que te lo dijera alguien así de *sexy* avergonzaba y desilusionaba un poco más. No podía creer que hubiera roto el hechizo de esa forma tan grosera, pero quizás era mejor así. Por otro lado, era inútil negar lo evidente, él me había visto ebria. Discutir no serviría de nada.

—Estoy mejor.

Un atisbo de esa sonrisa malévola suya se asomó a su rostro.

—Es bueno saberlo, doctora.

—No creo que seas la persona más adecuada para estar dando juicios de valor —dije, debido a lo abrumada que me sentía y sin pensar demasiado mis palabras.

—¿Me estás juzgando por algo en particular? Porque no creo que me hayas visto borracho.

—No, discúlpame si así se sintió —dije, arrepentida.

—Por un momento tuve miedo de haber hecho algo que te hubiera molestado y no recordarlo, la verdad. —Su boca se torció con esa sonrisa reticente, pero yo solo me tensé.

—Discúlpame.

—¿Nos vamos?

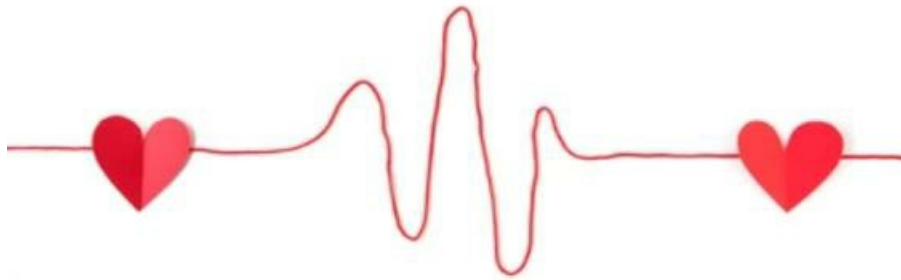
De repente, me di cuenta de que, a pesar de estar muy nerviosa, la alegría que me provocaba pasar esas horas con él estaba fuera de discusión y eso me perturbaba un poco.

Nos montamos en el coche y mientras conducía de forma tranquila solo me preguntó alguna cosa de mi trabajo en el hospital. Apenas arrancó el motor, encendió el equipo de audio y comenzó a escucharse la preciosa canción «Bad Liar» por la banda Imagine Dragons, pero a mí me parecía una broma de mal gusto del destino.

¿En serio tenía que ser esa canción?

Esa canción era como un llamado a enfrentar la verdad, a ser honestos con uno mismo y con los demás.

¿Sería una señal del Universo?



—¿Te parece bien esta mesa? —consultó, cuando un camarero nos acompañó hasta una mesa ubicada en la terraza del *restaurante* especializado en comida italiana. Era un lugar sumamente elegante, con carácter italiano clásico, acogedor y con una gran vista.

—Sí, gracias —respondí, y él enseguida separó mi silla en un gesto caballeroso.

En el momento de elegir el plato ambos dejamos que el camarero nos indicara los platos mejor valuados. Ese día la sugerencia era *risotto*, así que, viendo las distintas opciones, decidí pedir *Risotto Parigina* una receta con nata, espinacas y gorgonzola; Clemente prefirió el *Risotti alla crema di spinaci*. Para acompañar vino *Sauvignon Blanc* y agua sin gas, porque yo no pensaba ni acercarme a la botella de vino.

—¿Te gusta el lugar? ¿Habías venido? —preguntó, y estaba tan cerca que su cálido aliento me rozó el rostro y la piel se me erizó.

Mis ojos se clavaron en él. Me miraba con esos hermosos ojos grises que en ese momento no me parecían glaciares sino chispeantes. Lo tenía tan cerca que podía contar hasta sus largas pestañas. Era demasiado guapo y yo lo observaba como si hubiese olvidado ese detalle y lo viera por primera vez.

—Es un lugar muy lindo y ya había venido en un par de ocasiones.

—¿En citas? —preguntó, con tranquilidad, pero me pareció que en sus ojos había desafío. Y yo no era del tipo de mujer que retrocedía ante un desafío, ni siquiera ante uno indirecto.

—Sé que te puede parecer sorprendente, pero tengo vida propia después de salir del hospital —repliqué.

—No dije lo contrario. Imagino que debes tener muchísimas invitaciones.

—En este lugar no fueron citas, solo salida con amigos o conocidos, como lo es ésta —respondí, y me quedé mirándolo, viendo en su rostro lo que probablemente él veía en el mío: otro desafío.

¿Me convenía desafiarlo?

—¿Y qué te hace pensar que *esto* no lo es?

Y sí... yo solita me había metido en ese brete.

—No lo es. —Nos mirábamos en una invisible batalla mientras se hacía un silencio un tanto incómodo.

—Discrepo —dijo, luego de unos segundos y con seriedad.

Se dobló las mangas de la camisa, dejando a la vista unos fuertes brazos. Era toda una escultura de bíceps voluminosos que irradiaba autoridad, pero cuando apoyó los antebrazos en la mesa, pude notar que en el derecho tenía un tatuaje, uno que no recordaba haber visto la noche que estuvimos juntos. No podía apartar la mirada del bello dibujo. Eran alas de diseño tribal.

Cuando alcé la mirada hacia él, lo encontré observándome con los ojos entornados.

—¿Te gusta? —preguntó, en tono grave.

—Es un bonito tatuaje —dije, y hasta yo me di cuenta de que soné como una mojigata.

—¿Tienes algún problema o estereotipo con ellos?

—Para nada. Como doctora solo puedo cuestionarlos cuando producen infecciones en la piel, reacciones alérgicas y... pero no quiero aburrirte con eso —dije, haciendo un gesto con la mano para terminar con esa conversación y no pude evitar desviar la mirada de nuevo hacia su brazo tatuado.

—Nunca me aburrirías —afirmó, y esa sensación extraña en el estómago aumentó y les aseguro que no era hambre.

Pero como allí habíamos ido a almorzar, el camarero llegó con nuestros platos y la conversación quedó interrumpida.

—Buen apetito.

—Buen apetito para ti también —dije.

Por unos segundos solo disfrutamos de la comida, pero podía sentir su intensa mirada fija en mí y esa vibración en todo mi cuerpo volvía con más fuerza, tanto que, aunque el *risotto* estaba delicioso, tenía que hacer un esfuerzo para comer.

—¿El tatuaje tiene algún significado? —pregunté, por decir algo, pero al ver que se quedaba inmóvil y su rostro se tensaba me apuré a añadir—: Discúlpame, no tienes que decírmelo. Fue una indiscreción por mi parte.

Era algo tan personal que compartir el significado resultaba un poco intrusivo, en general, los tatuajes eran una expresión de algo que se llevaba dentro, y todo me hacía pensar que para él también.

Se inclinó en el respaldo y, cuando se cruzó de brazos, las costuras de la camisa parecieron estar a punto de reventar en la zona de sus hombros. Una expresión parecida a la melancolía le cruzó el rostro durante un segundo y por un momento estuve segura de que no me iba a responder.

—No te preocupes, no es nada que no pueda compartir. —Respiró hondo e hizo silencio por

unos segundos—. Son alas. Simbolizan libertad, el espíritu, el alma, el cielo y lo divino, pero, sobre todo, el amor a los sueños. En mi caso lo hice por lo último. Hace unos años tuve un sueño que me ayudó a seguir adelante, un sueño que... —Se detuvo y me miró con tanta intensidad que tuve que luchar contra el nudo que sentía en la garganta—. Creo que, en cierto modo, tú me lo recuerdas.

Capítulo 10

«Que difícil se vuelve el beso en la mejilla, cuando los labios ya se conocían.»

—Anónimo

Clemente



Damaris estaba totalmente quieta, incluso el tenedor había quedado a medio camino entre el plato y su boca. Me miraba en silencio. Lo único que me preocupaba era lo que podía llegar a ver en mis ojos porque ese sueño era demasiado importante para mí y... le acababa de decir que ella me lo recordaba. Podía sentir los engranes en su cerebro echándose a andar, pero lo segundos pasaban y no me preguntaba nada.

—¿No me vas a preguntar por qué me lo recuerdas?

—Ya hice demasiadas preguntas personales —respondió, y me pareció que estaba nerviosa.

—Damaris —dije, con suavidad para que me mirara—, no me molestaría contártelo, pero creo que es mejor que lo haga en otro momento. Sigamos disfrutando del almuerzo. La comida es excelente ¿verdad?

Algo en ella, no sé si fue el verla tan nerviosa o el gesto en su rostro, me hizo comprender que aún era muy pronto para explicarle que me hacía sentir cosas que me tenían confuso. O bien me lanzaba y le decía como me hacía sentir, o dejaba que todo fluyera.

Solo me bastaron unos segundos para entender que era mejor conocernos poco a poco mientras intentaba desenmarañar el cúmulo de emociones que se enredaban en mi pecho cada vez que la tenía cerca.

Para evitar que el ambiente se pusiera demasiado incómodo decidí cambiar de tema.

—Cuéntame un poco por qué elegiste ser cirujana. Nate me dijo, y pude comprobarlo, que eres la mejor cirujana del hospital.

Si bien se sonrojó, noté que su rostro se iluminó. Evidentemente era una mujer a la que no le gustaba que la alabaran, pero sí la hacía sentir cómoda el hablar de su trabajo. Cualquier incomodidad que quedara, fue eliminada, por lo menos temporalmente, y su sonrisa apareció iluminando todo el lugar.

—Tu hermano me hace mucha fama, pero sí es verdad que adoro mi trabajo.

—Y eres la mejor, además de una persona sumamente generosa, entregada y que a menudo ignora sus necesidades para atender las de sus pacientes.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —preguntó, entornando los ojos, porque era evidente que yo no la conocía tanto como para afirmarlo con tanta determinación.

—Nate —respondí, y puso los ojos en blanco haciéndome sonreír.

—Para mí el mejor cirujano es aquel que se concentra solamente en el beneficio al paciente, en ayudarlo, curarlo y mitigar su dolor, todo eso olvidándose del narcisismo que, lamentablemente, existe y mucho.

—¿Por qué decidiste ser doctora? —insistí, con verdadero interés, pero noté que su rostro de repente se tensó y después sacudió la cabeza lentamente.

—Digamos que la respuesta a esa pregunta no es alegre. —Suspiró e hizo una pausa tan larga que pensé que no iba a continuar, pero me equivoqué—. Mis padres fallecieron cuando yo tenía diez años en un accidente de tránsito. —La vi tragar saliva y tuve que hacer un esfuerzo para no ir hacia ella y abrazarla—. Yo también iba en el coche, pero solo tuve algunas lesiones sin mayor importancia. Yo... no pude hacer nada por ellos. Sé que era una niña..., pero en ese momento me juré que haría todo lo que estuviera a mi alcance para salvar vidas y, sobre todo, intentar que ningún niño se quedara sin sus padres.

Tragué saliva para bajar el nudo que se me había formado en la garganta.

—Lo siento mucho, Damaris. —Estaba conmovido, mi respiración era lenta y silenciosa. No sabía que decir. Damaris me miró y sonrió tristemente.

—No sientas pena por mí. Lo he trabajado muchos años con ayuda de una psicóloga y estoy bien. Ayudar a la gente a sanar es una forma de honrarlos.

Pocas personas me sorprendían.

La doctora Damaris Dorian lo había logrado.

Mi corazón hizo un salto mortal de admiración hacia ella. Sí, admiraba a esa fuerte y bondadosa mujer.

—Discúlpame... no sé qué decir —me sinceré—. Yo... no lo sabía. Realmente te admiro por ir tras tu sueño. Si bien lo que te sucedió fue una tragedia, algo muy triste... tu sueño fue y es muy generoso y noble.

—Gracias —respondió, y nuevamente sonrió con melancolía. Algo dentro de mí se abrió de par en par.

No quería verla triste. Me mataba. Por suerte en ese momento un camarero se acercó a llevarse nuestros platos porque si no me hubiera abalanzado sobre ella para abrazarla tan fuerte que pudiera borrar su pena. En lugar de eso seguimos conversando y bebiendo con tranquilidad el resto del vino sin prisa por marcharnos. La incomodidad había quedado atrás. Damaris hablaba y yo no podía evitar mirarla embelesado, y tal vez por primera vez, ella también me estaba viendo

a mí. Su voz me demandaba tanto como sus hermosos, puros e hipnóticos ojos dorados.

Cuando llegó el momento de irnos no quería moverme de allí y sospechaba que Damaris tampoco, pero sabía que esa noche trabajaba y debía descansar.

—Será mejor que me vaya porque debo prepararme para ir al hospital.

—Por supuesto. Te llevo.

Damaris echó a andar para salir del *restaurante* y la seguí. Me acerqué todo lo que pude a ella y no pude evitar poner una mano en la parte baja de su espalda e inmediatamente sentí una descarga eléctrica recorrerme el brazo. Ella también se estremeció y se adelantó unos pasos para alejarse de mí. No lo volví a hacer, aunque noté en los dedos un hormigueo de deseo por volver a sentir su contacto.

Mientras caminábamos hacia la salida me llegó una bocanada de aire impregnada de su fragancia. Esa fragancia embriagadora que me estaba volviendo loco y me encontré preguntándome si sabría tan bien como olía. Caminar detrás de ella tampoco ayudaba porque su trasero se veía genial en ese vestido.

Cuando al fin llegamos fuera, nos dirigimos hacia el estacionamiento mientras yo inhalaba el aire cálido una y otra vez tratando de que mi mente se calmara. Quería sentir toda su piel rozando la mía, escuchar los sonidos que hacía cuando perdía el control, ese mismo control con el que yo mismo estaba perdiendo la batalla. Mi mente no hacía otra cosa que elaborar escenarios en donde Damaris estaba desnuda y... en un sillón.

¿Por qué siempre la veía siendo protagonista de mi sueño?

¿Por qué siempre la ninfa de mis sueños se transformaba en Damaris?

Nunca me había sucedido con ninguna mujer.

Esos pensamientos también hicieron que mi cuerpo se inquietara, sobre todo, de cintura para abajo.

Tenía que calmarme.

Al llegar al coche le abrí la puerta y, cuando giró para agradecerme la invitación, la tenía tan cerca que por un momento estuve seguro de que el poco control que me quedaba se iba a ir de paseo y llevaría mi boca a la suya para besarla con hambre, con esa urgencia que estaba sintiendo. Pero no lo hice, aunque me requirió de un esfuerzo gigantesco.

—Gracias por el almuerzo, Clemente. He pasado un rato muy agradable y el risotto ha sido el mejor que he probado. —Escuchar mi nombre en sus labios siempre hacía que me recorriera una sensación extraña por el cuerpo.

Asentí con la cabeza evitando mirarla a los ojos, no la podía mirar hasta estar seguro de tener todas las emociones bajo control porque no sabía de qué sería capaz.

Damaris me llevaba al límite.

El trayecto a su edificio fue tranquilo y logré calmarme, aunque tenerla junto a mí no ayudaba. Para distraerme puse música y hablamos ocasionalmente de temas intrascendentes, hasta que comenzó a preguntar y terminé hablando de mis *hobbies*, que no eran otros que ejercicio, jugar al fútbol con amigos y, cuando tenía algunos días libres en el trabajo, viajar. No acostumbraba a hablar de mi vida privada, así que me sorprendí cuando me encontré contándoselo con naturalidad. Damaris me escuchaba con atención y realmente parecía importarle todo lo que le decía.

Cuando llegamos a su edificio sentí una opresión en el pecho. No quería que se fuera. No

quería que saliera del coche.
Pero lo hizo y yo también.

—Gracias por traerme —dijo, colocándose el bolso en el hombro.

—Me alegro de que aceptaras. —Nuestras miradas se encontraron y volví a sentir esa necesidad de estrellar mis labios en los de ella.

El aire entre nosotros pareció calentarse. Mis pulmones se llenaron con su aroma y un impulso salvaje corrió por mis venas. Y ya no pude más. Acerqué lentamente mi rostro al de ella y...

—Mejor entro —dijo, tomando aire y apartándose, pero estaba convencido de que su mirada transmitía dudas y que, si la hubiera besado, me hubiera correspondido.

—Sí, deberías. Gracias por tu compañía —dije, en cambio.

Seguimos mirándonos por unos segundos como si no pudiéramos apartar la vista, mientras me preguntaba por qué esa mujer me perturbaba tanto. El anhelo de permanecer con ella era demasiado grande. Me pasé una mano por el pelo que me caía por la frente y exhalé.

Tenía que irme cuanto antes.

—Será mejor que me vaya —dije.

Damaris asintió, volteó y comenzó a caminar hacia su edificio. Bajé la cabeza y respiré profundo varias veces. Cuando volví a mirar hacia la puerta de su edificio, ya no estaba allí.

Ojalá hubiera sido lo bastante valiente como para decirle que quería entrar con ella. Ojalá la hubiera besado...

Capítulo 11

«Ten cuidado con quien haces recuerdos. Esas cosas pueden durar toda la vida.»

—Anónimo

Damaris



Al hospital llegué un rato antes de la hora en la que debía estar allí. Necesitaba dejar de pensar en Clemente y solo lo lograba trabajando. Estaba segura de que esa tarde habíamos estado a punto de besarnos..., pero me había acobardado.

¿Por qué lo había hecho?

No tenía ni idea.

Desde que lo había vuelto a ver no podía dejar de recordar la noche en que estuvimos juntos. No podía dejar de fantasear sobre él a cada momento. Al verlo había comprendido que él siempre sería especial para mí. Quería estar con él, pero todo me indicaba que era una muy mala idea. Era el hermano de Nate y eso ya era suficiente motivo para no dar un paso en falso. Quizás lo mejor era poner distancia entre nosotros y, sobre todo, construir unas gruesas barreras en torno a mi corazón.

Cuando salía del vestuario vestida con el uniforme médico vi que André venía caminando hacia mí con una gran sonrisa.

—Qué bueno encontrarte, preciosa. Hace varios días que no nos veíamos —saludó, dándome un beso en cada mejilla.

—¿Cómo estás, André?

—Ahora que te veo, mucho mejor.

—¿Hoy trabajas en la noche? —pregunté, eludiendo como siempre sus comentarios halagadores.

—Sí, hoy me toca guardia en la noche. Sé que tú tienes dos cirugías programadas, pero avísame cuando estés por la cafetería y nos tomamos un café. Tengo muchas ganas de charlar contigo.

—Lo haré, pero ahora me voy porque tengo que comprobar a mis pacientes y luego ir al quirófano.

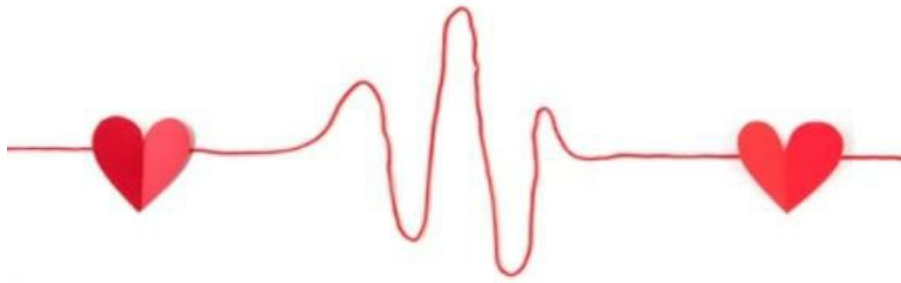
—Sí, claro. Cuando pregunté por ti me dijeron que una de las cirugías que tienes hoy es cardíaca, así que supongo que no saldrás hasta la una o dos de la madrugada —señaló, y me tomó una mano—. Mucha suerte. Aunque tú no la necesitas porque eres la mejor.

Inmediatamente aparté mi mano.

—Gracias. Me tengo que ir —indiqué, y comencé a caminar para alejarme de él.

—No olvides avisarme cuando quedes libre.

Seguí caminando.



Las dos cirugías programadas habían salido bien y mis pacientes estaban en la unidad de cuidados intensivos evolucionando favorablemente. Ya había informado a las familias y en ese momento me encontraba en la cafetería sentada frente a un *cappuccino* y un delicioso pastelito dulce. Había desconectado mi capacidad auditiva para que nada se colase en ese momento de paz y, por ese motivo, no le había avisado a André que estaba allí, pero presentía que llegaría en cualquier momento, así que aprovechaba al máximo esos minutos de tranquilidad.

Bebí un sorbo del *cappuccino* y sentí como se me calentaba y reconfortaba el cuerpo. Solía disfrutar de ese momento luego de las cirugías. Era la alegría y tranquilidad que me generaba haber ayudado a la salud de una persona y hasta muchas veces, salvar su vida.

Pero en esa ocasión estaba distraída.

Y la culpa la tenía... Clemente o, para ser exacta, mi mente que no podía dejar de pensar en él. Nunca, nadie, me había hecho sentir de esa forma.

Tenía claro que me estaba intentando seducir y que, si yo decidía aceptarlo, terminaríamos en una cama dando rienda suelta a esa pasión contenida que nos envolvía cada vez que estábamos cerca. Si bien yo deseaba que eso sucediera, también sentía algo que no me permitía bajar la guardia, que no me permitía refrenarme de tomar precauciones.

A ver..., sí quería volver a tener sexo con Clemente, y después de todo lo sucedido entre nosotros en los últimos días, no lo veía como algo imposible, pero si se daba la posibilidad, ¿qué sucedería después? Las relaciones formales no eran lo mío y Nate había dicho que tampoco eran una posibilidad para Clemente.

¿Entonces?

Seguro que me propondría solo sexo.

Si fuera cualquier hombre, ni lo pensaba.

El problema que se presentaba era que no era cualquier hombre, era el hermano de Nate, mi mejor amigo.

Tenía una hermosa amistad con Nate y no la pondría en peligro por nada del mundo, y sospechaba que si Nate se enteraba que nuestra relación era en esos términos se iba a sentir incómodo.

Aunque en realidad ya había tenido sexo con Clemente.

Volví a rememorar la increíble noche en la que habíamos estado juntos. Al cabo de unos segundos suspiré y traté de alejar esas imágenes de mi mente porque el aire de la cafetería pareció calentarse para mí y juro que hasta me costaba respirar.

Para distraerme tomé el teléfono y comencé a leer mensajes pendientes de amigos y conocidos, hasta que...

—¿Por qué no me avisaste que estabas aquí?

Antes de levantar el rostro para mirar a André, cerré los ojos por un instante. Adiós a la tranquilidad.

—Porque estoy agotada y quería estar un rato a solas, André —dije, mirándolo con seriedad.

—¿Por qué? —preguntó, mientras apartaba una silla y se sentaba frente a mí—. Mejor distraerte conversando un rato de algo que no tenga que ver con este hospital —señaló, mientras la camarera se acercaba a nuestra mesa sin quitarle los ojos de encima.

Por la forma en que la chica lo miraba y las reacciones que tenía con él, estaba segura de que habían tenido sexo. No me sorprendía porque André era guapísimo y todas las mujeres babeaban por él, aunque sus relaciones eran sin ningún tipo de compromiso por su parte. Para André, solo era sexo como entretenimiento. Y no era que lo juzgara porque yo tampoco estaba interesada en una relación formal, pero me molestaba que saliera con todas las chicas del hospital y creara un ambiente incómodo entre ellas. Hasta algunas se habían dejado de saludar. Sin duda que, si alguna de sus enamoradas se enteraba de que me había invitado a salir, pasaría a ser destinataria de su ira.

—Estoy cansada y necesito un poco de silencio.

—Yo solo estoy aquí para hacerte compañía —dijo, y en ese momento la chica estaba colocando su café en la mesa y me miró con el ceño fruncido.

¡Perfecto! A partir de ese momento debería asegurarme de que ella no preparara mi pedido porque estaba segura de que era muy capaz de escupirme en el café.

André ni siquiera reparó en ella.

—¿No deberías estar en urgencia? —cuestioné, dándole otro sorbo a mi bebida caliente.

—Me puedo tomar unos minutos —señaló, y me miró por encima de su taza, cuando la dejó en la mesa añadió—: No quiero dejarte sola. Sabes que por ti haría cualquier cosa. ¿Cuándo vas a aceptar salir conmigo? Tú sabes que daría...

Un carraspeo bien audible nos hizo levantar la vista y mi corazón se detuvo por unos segundos cuando mis ojos se encontraron con los de Clemente, ahí de pie junto a mí. Con gran esfuerzo controlé mis rasgos para no mostrar ninguna reacción, salvo sorpresa.

—¿Clemente?

—¿Cómo estás, Damaris? —preguntó, ocupando una silla vacía entre André y yo.

—Y tú ¿eres? —cuestionó, André, mirándolo con desdén.

—Clemente Bradbury —dijo, sin más explicación.

—Un amigo —respondí, enseguida, aunque estaba sorprendida de verlo allí en la madrugada. ¿Ese hombre dormía?

—¿Bradbury? ¿Nos conocemos?

—Lo dudo —dijo, Clemente, obviando comentarle que unas semanas atrás lo había atendido en urgencia, y yo decidí no aclararlo.

—Tu cara se me hace familiar —insistió, André, y enseguida añadió—: Ya te recuerdo, hace unas semanas atrás estuviste ingresado por un cuadro digestivo.

Clemente asintió con la cabeza, su rostro era una máscara perfecta de cortesía, pero no me pasó por alto el enfado que reflejaban sus ojos. Luego volteó el rostro y me volvió a mirar.

—¿Cómo han ido las cirugías?

—Bien, gracias —respondí, aún en *shock* y un tanto incómoda por la tensión palpable que había en ese momento.

—¿Has comido algo? —consultó, Clemente, con un tono realmente preocupado, cosa que me sorprendió. ¿Por qué se preocupaba por mí? ¿Se tomaría todas esas molestias solo para llevarme a la cama?

—Como verás *estábamos* tomando un café con un bocadillo —dijo, André, con evidente enfado y poniendo énfasis al decir «estábamos».

Clemente lo miró con aparente calma, pero noté que se le contrajo un músculo de la mandíbula. Después de esa mirada hacia André en la que no mostró el más mínimo interés por lo que le decía, volvió a mirarme.

—¿Esto es lo primero que comes desde nuestro almuerzo de hoy? —Y tuve clarísimo que lo dijo para hacerle saber a André que habíamos almorzado juntos.

Y André lo entendió.

Y allí estaba, con una mirada de reproche en sus ojos, como si haber almorzado con Clemente fuera una traición hacia él.

¿Me importó?

Ni un poco.

Yo solo lo consideraba un compañero de trabajo y jamás le había demostrado otro tipo de interés.

André nos miró con seriedad y se puso de pie.

—Nos vemos luego, Damaris. —Dio la vuelta y se marchó, y pude ver un atisbo de sonrisa burlona en el rostro de Clemente, aunque no lo miró, siguió con sus ojos fijos en mí.

—No me respondiste.

—¿Sobre qué? —pregunté, porque entre el cansancio y la sorpresa de tenerlo allí no podía hilvanar dos pensamientos seguidos. ¡Maldito atontamiento!

—¿Solo has bebido esto? —preguntó, señalando la taza de *cappuccino*.

—Y comí un bocadillo dulce; son las tres de la madrugada, no puedo comer nada más, mi estómago no lo aguantaría.

—Trabajas demasiado —dijo, negando con la cabeza.

—Gracias por tu preocupación, pero no hay necesidad.

—¿Cuándo tienes que volver al trabajo? —preguntó, inclinándose sobre la mesa para estar más cerca de mi rostro y oí la manera en la que mi corazón se aceleró.

—Aún me queda un rato aquí, pero después de mucho tiempo, tengo dos días libres a partir de mañana, bueno, en realidad de hoy porque ya es de madrugada.

—Perfecto —dijo, con una sonrisa de satisfacción.

—¿Perfecto? ¿Para qué?

—Mañana en la noche tengo un evento y... necesito acompañante. ¿Vendrías conmigo?

Y eso sí me pilló desprevenida. Parpadeé por la sorpresa y creo que hasta se me desencajó un poco la mandíbula. Por unos segundos solo lo miré.

—Por favor —añadió, extendió su mano y rozó suavemente mi brazo con la palma, poniéndome la piel de gallina donde se tocó nuestra piel. Era una sensación reconfortante que traté de reprimir con todas mis fuerzas.

—Es que...

—De verdad me gustaría que me acompañaras.

—¿Por qué yo? Imagino que debes tener varias amigas a las que invitar —señalé, tratando de ocultar lo mucho que me impactaban su tacto y su cercanía.

—Me gustaría que fueras tú.

El debate en mi interior fue inmediato. Volví a ponerme nerviosa, incluso me dolía el estómago. Una sensación a la que me estaba acostumbrado desde que Clemente Bradbury estaba en mi vida. Pese a la atracción que sentía por él intentaba resistirme. Mientras mis pensamientos iban a mil por hora, nuestras miradas se cruzaron y en vez de rehuirla, la mantuve en sus ojos. Percibí algo diferente en él, algo que me confundió y me recordó a la noche en la que lo había conocido. No sabría decir de qué se trataba, pero me pareció que en sus ojos había cierta debilidad o confusión.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Enderezó su espalda y asintió con la cabeza—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué viniste al hospital en la madrugada?

—¿Estás ciega, Damaris?

¿Requería esa pregunta de alguna respuesta? Porque era incapaz de pensar en una. Si respondiéndome con ella pretendía esclarecérmele, no lo había conseguido, estaba peor. Sentía una mezcla de nerviosismo y emoción.

—Me tengo que ir —dije, poniéndome de pie.

—Luego hablaremos de mi invitación, porque no voy a dejar de insistir. —También abandonó su silla—. ¿Te llevo hasta tu edificio?

—No, no; aún tengo que ingresar los resultados de las cirugías en las historias de mis pacientes, pero gracias.

—Puedo esperarte —insistió, y realmente noté que lo decía de verdad, seguro que se hubiera quedado el tiempo necesario, y eso me confundió aún más.

—No lo permitiría —dije, comenzando a caminar hacia la salida de la cafetería seguida por él.

Cuando llegamos a la puerta giré para despedirme. Clemente estaba observándome mucho más de cerca de lo que pensaba. Mi estómago, cual gimnasta en los juegos olímpicos, dio una doble voltereta y un triple salto. Yo... opté por hablarle a su pecho en vez de a su cara. Así era más fácil.

—Me tengo que ir —repetí, como una tonta.

—Asegúrate de estar bien despejada cuando te sientes frente al volante, sino, llámame.

Subí el rostro y me quedé mirándolo. Estaba tan serio que podría asegurar que lo decía de verdad. No dudaba de que, si lo llamaba, vendría por mí.

De repente lo vi mirar por encima de mi hombro y su rostro se endureció. Sus manos me acunaron la cara y me obligaron a mirarlo a los ojos. Algo pareció cambiar en él. Su mirada se desvió hacia mis labios y lo vi tragar saliva. La respiración se me entrecortó, me faltaba el aire y

mi corazón latía mucho más fuerte de lo que debería. Tardé unos segundos en reaccionar.

—¿Qué haces? —dije, tratando de alejarme e intentando que el corazón me volviera a latir con normalidad.

—Sígueme la corriente. El imbécil del doctor Keno viene hacia aquí.

—¿Qué?

Y entonces me besó.

Sus labios eran los más cálidos, suaves y perfectos, y me besaba exactamente igual a como lo recordaba, o quizás mejor. Sus manos me sujetaron de las caderas y me apretaron contra él hasta que nuestros cuerpos se adaptaron el uno al otro. Debía detenerlo..., pero no podía. Sin ser capaz de pensar en lo que hacía, mis dedos se deslizaron por su suave pelo y él me apretó aún más contra su cuerpo. Cuando nos apartamos, ambos nos mirábamos sorprendidos. Clemente tenía los labios hinchados, como seguramente los tenía yo.

—Ahora puedes estar tranquila, no te va a molestar más —afirmó, con la voz ronca.

—Eso... no era necesario —dije, tensa, nerviosa y... excitada.

—Sí, lo era. Tú te libraste del doctorcito ese y yo tengo compañera para el evento.

—¿Qué?

—Me debes una y ahora vas a tener que acompañarme. Es lo menos que puedes hacer por mí. Te recogeré a las ocho y media. —Comenzó a caminar hacia la salida, pero a los dos pasos volteó y me miró, yo seguía atónita—. Olvidé decirte que es un evento de etiqueta. Nos vemos esta noche.

Incapaz de conseguir articular ni una mísera palabra, me quedé allí, mirándolo alejarse, mirando su espalda, estupefacta y preguntándome qué demonios acababa de ocurrir. Su andar era elegante, seguro e irradiaba sensualidad y virilidad. Dejé que mis ojos viajaran por su cuerpo, notando la forma en que su ancha espalda y hombros tiraban de la tela de la camisa que llevaba puesta. Y maldición, tenía el trasero más magnífico que había visto en un hombre.

Volvió a detenerse a unos metros. Miré hacia arriba porque en ese momento mis ojos estaban clavados en su firme trasero, y me encontré con los ojos grises de Clemente mirándome por encima del hombro y con una sonrisa insolente.

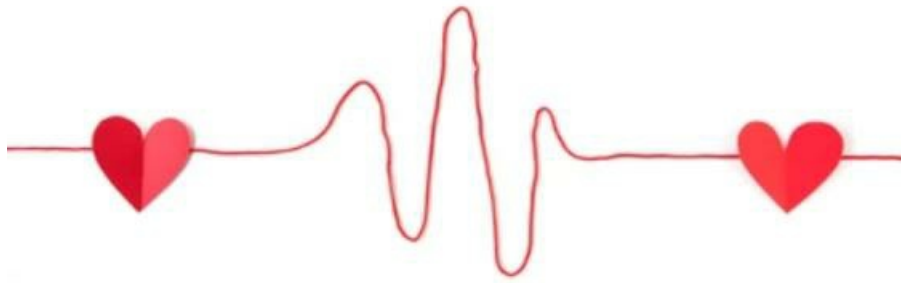
¡Maldición! Me había pillado comiéndolo con los ojos.

Me sonrojé hasta las orejas y su sonrisa se ensanchó gradualmente. Sin perderla, negó con la cabeza y siguió caminando con paso firme.

Lo observé hasta que lo perdí de vista.

Tenía que seguir trabajando. Aún me quedaban unas horas en el hospital, pero me iban a requerir de un gran esfuerzo porque mi cabeza estaba en otro lado. Estaba en Clemente Bradbury y en el beso que nos habíamos dado. Porque el beso podría haber acabado, pero yo seguía sintiéndolo en mi boca.

Clemente acababa de liberar algo que estaba atrapado, algo demasiado peligroso como para dejarlo salir.



En mi día libre había pensado dormir mucho, andar en pijama todo el día, ver alguna película y *vegetar*, pero ante el giro de los acontecimientos, después de dormir unas horas me levanté y fui a la peluquería para arreglarme el pelo y maquillarme. Ya que era un evento de etiqueta quería ir elegante y guapa.

¿Solo por eso?, preguntó, mi conciencia, pero aparté la vocecita burlona de mi cabeza, aunque la muy cabrona no se silenció.

Podías haberle dicho que no.

¿Habría algo para silenciarla del todo?

Pero lo cierto es que, aunque pudiera apagarla, eso no borraría la verdad. Como siempre, mi conciencia tenía razón. Iba a esa fiesta porque quería volver a verlo.

¡Ese beso me había fastidiado la cabeza!

Y ahí estaba. Haciendo todo lo posible por verme deslumbrante.

Como el vestido tenía un escote en la espalda que la dejaba completamente al descubierto, la peluquera decidió recogerme el pelo en un moño en lo alto de la cabeza, era moderno, desarreglado y perfecto para lucir el vestido, que era largo, de finos tirantes, drapeado y elegante. Si bien era una chica alta, llevaba unas sandalias espectaculares con gran tacón.

Cuando me miré en el espejo de mi vestidor asentí satisfecha. Parecía lista para desfilas por una alfombra roja.

El sonido del timbre me hizo dar un brinco. Me acerqué a la puerta con la frecuencia cardíaca demasiado acelerada. Esos latidos no eran saludables. A punto estuve de tomarme el pulso, pero no valía la pena porque sabía que el motivo era la persona detrás de la puerta, que no era otro que Clemente Bradbury.

Abrí la puerta y sentí que mi cuerpo se quedaba inmóvil. No era posible ser tan guapo. Vestido con aquel traje tan elegante y refinado se veía devastadoramente atractivo y sensual.

Sencillamente, me dejó sin respiración.

En ese momento tuve el deseo de tirar de él y encerrarlo en mi dormitorio, y si me hubiera guiado por su mirada abrasadora y minuciosa, estaba segura de que no hubiera puesto ningún reparo. No pude evitar sentir un inmenso regocijo interior al ver la forma en que sus ojos brumosos de deseo se posaron en mí.

A punto estuve de gritar: ¡Qué le den a la fiesta de etiqueta! Y hacer la fiesta en mi dormitorio, pero su voz me sacó del sinfín de pensamientos que me rondaban en la cabeza, y que eran todos lujuriosos.

—¡Madre mía! Yo nunca... quiero decir... —Carraspeó—. Estás hermosa y... deslumbrante —dijo, soltando el aire de sus pulmones.

No lo podía creer. Clemente Bradbury estaba tropezando con sus palabras. No había ni rastro

del hombre que conocía, de ostensible seguridad, con un dominio férreo de sí mismo y una arrogancia natural. Aunque le llevó unos segundos, se recompuso y sonrió, aunque, igualmente se notaba inquieto y me pareció que un tanto molesto por haberse mostrado inseguro y nervioso.

—Gracias. Tú también te ves muy... elegante —dije, y esbozó una lenta sonrisa.

—¿Lista?

—Solo tengo que ir por mi bolso de mano. No demoro mucho —respondí, y le di paso para que entrara.

—Vives en un lindo lugar —dijo, mirando todo con atención.

Volteé y lo miré con una ceja arqueada.

—Ya lo conocías —señalé, porque la noche de mi borrachera hasta había conocido mi dormitorio, aunque me arrepentí de mencionarlo porque prefería no recordar ese vergonzoso suceso.

—Esa noche no le presté mucha atención. Estaba enfocado en otra cosa —afirmó, y se acercó deteniéndose frente a mí.

Durante un momento nos miramos en silencio. Su mirada me erizó toda la piel.

Esa mirada era pasión.

Era posesión.

—Yo... —Comenzó a decir, nuevamente con inseguridad.

—Deberíamos irnos —afirmé, porque no podíamos permanecer un segundo más tan cerca uno del otro.

—Sí, y AHORA —gruñó, o por lo menos así me sonó, era como si tuviéramos que salir de allí porque le requería de un gran esfuerzo no tocarme ni besarme.

Lo entendía.

Me sucedía lo mismo.

Durante un momento nos miramos en silencio, hasta que negó con la cabeza y estiró su mano, ofreciéndomela. Acepté dubitativa y en ese instante una corriente me recorrió el cuerpo. Tomado de mi mano se encaminó hacia la puerta. Caminé con las piernas temblando, el estómago lleno de locas mariposas que parecían volar en estampida y el corazón latiéndome aceleradamente.

El tiempo que duró el trayecto en el ascensor fue una tortura. Descendimos con otras personas, pero Clemente no soltó mi mano y se acercó tanto a mí que podía sentir la energía sensual que irradiaba. Era una fuerza demasiado poderosa para un espacio tan reducido y... olía divinamente.

Cuando llegamos al *hall* del edificio suspiré de alivio. Sin soltarme me condujo hasta su coche. Me abrió la puerta y, acomodando el vestido me deslicé en el asiento. Cuando se sentó junto a mí comprendí que, el momento de debilidad que había tenido al aceptar acompañarlo esa noche, lo iba a pagar caro y esa noche iba a ser una verdadera tortura. Su cercanía me estaba matando y cada vez más estaba cayendo bajo su embrujo.

—¿A dónde vamos? —pregunté, porque la realidad era que no tenía idea de nada, solo que era de etiqueta.

—A una cena benéfica... la anual que organiza el Colegio de Abogados.

Había ido a algunos eventos que apoyaban a organizaciones benéficas relacionadas con la

salud de los seres humanos y era benefactora de varias de ellas, pero la realidad era que nunca me había sentido demasiado bien en esos lugares, me gustaba ayudar, lo hacía de corazón, pero hablar trivialidades o sobre empresas que no conocía, así como sonreír constantemente, me agotaba.

—¿Estás bien? ¿Sucedo algo? —preguntó, supuse que al ver que me había quedado en silencio.

—Sí, ¿por qué no lo estaría?

—No sé, asumí que tu silencio era porque no te gustaba ese tipo de evento.

—No es eso. Solo me quedé pensando.

—¿Debo preocuparme?

—En absoluto. Solo pensaba en que nunca estuve en una gala benéfica de abogados. He ido a varias relacionadas con la salud. No siempre pude, pero desde que mi situación financiera me lo permitió, apoyó a varias. Sobre todo relacionadas con niños.

En ese momento me miró y, sorprendiéndome, abandonó la avenida por la que transitábamos y aparcó en una calle más tranquila.

—¿Sucedo algo? —Y esa vez fui yo quien preguntó.

Clemente me miró y se desprendió el cinturón de seguridad.

—Damaris...yo...

Acto seguido y sin darme oportunidad a nada, me atrajo hacia él y llevó mi boca contra la suya. Fue tanta la sorpresa que quedé paralizada, pero cerré los ojos disfrutando del calor de sus labios sobre los míos. Sus labios eran suaves y se movían sobre los míos con gran delicadeza.

Durante unos segundos nos besamos suavemente.

Eso que él me hacía sentir era lo que había buscado todos esos años, sin éxito, pero no pude pensar más porque me sujetó la nuca e incrementó la presión de su boca, obligándome a abrirla para invadirla con su lengua. Se estaba adueñando de mi boca, de mis pensamientos, de todo... y yo lo recibía con la misma pasión.

En ese momento todo me importaba muy poco.

Subí las manos, le sujeté por el pelo y me uní a su beso con el mismo entusiasmo que él lo hacía.

Y comprendí porque nadie me había hecho sentir como él.

Sus besos eran únicos.

Clemente sabía cómo hacer que me olvidara de todo.

Pasó sus manos por mi espalda desnuda y yo no pude evitar gemir.

Al separarnos ambos respirábamos con dificultad, pero me impactó el desconcierto que vi en sus ojos.

Si bien horas antes en el hospital me había besado, este beso había sido distinto. No podía justificarlo más que con el deseo que sentíamos.

Acabábamos de marcar un antes y un después entre nosotros.

—¿Qué es lo que me sucede contigo? ¿Por qué al besarte siento como un *déjà vu*?

El corazón comenzó a galoparme frenéticamente. Esas palabras comenzaron a rebotar en mis

oídos provocando que sintiera una presión en el pecho.

Él se apoyó en el respaldo del asiento respirando con dificultad.

—¿Qué me estás haciendo, Damaris?

Me mantuve en silencio mientras trataba de llevar aire a mis pulmones y calmar mis latidos.

Giró el rostro y me miró.

—Te deseo, Damaris. Te deseo con desesperación. La atracción que siento por ti me está volviendo loco. No puedo mantenerme alejado de ti. Eres lo único en lo que pienso, día y noche.

—Yo... también te deseo —susurré, cuando al fin conseguí ser capaz de coordinar mi voz con mis pensamientos, y Clemente suspiró aliviado. También comprendí que con esas palabras había cambiado todo.

Era nuestra rendición.

—No es momento ni lugar para empezar algo que acá no podremos terminar, pero podemos volver a tu piso o ir al mío, no importa a cual.

Respiré hondo.

—Creo que es mejor que vayamos a esa cena. Seguro que debes tener que asistir.

Clemente exhaló.

—Sí, debería.

—Además, creo que deberíamos hablar.

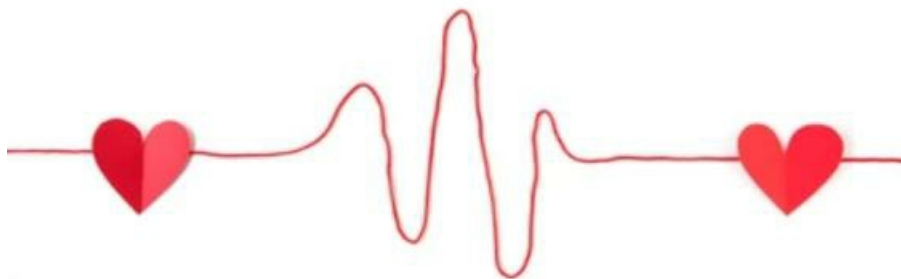
Me miró directamente a los ojos.

—Supongo que debes querer tener las cosas claras. Saber a qué te enfrentas —dijo, aunque en realidad era al revés, era yo quien debía dar explicaciones.

—Algo así.

—Es entendible —musitó, mirándome con ojos tormentosos.

Noté que el pulso le palpitaba salvajemente en sus sienes, pero sin decir nada más, encendió el coche y seguimos nuestro camino.



En el trayecto hasta el lugar en el que se realizaba la cena benéfica no hablamos nada, la música se encargó de llenar el silencio logrando que no se sintiera tan incómodo. En ese

momento sonaba «Wings» por la cantante Birdy. Una preciosa canción que logró que mis pensamientos se aquietaran un poco. Entre nosotros se había creado como una barrera invisible. Era como si hubiéramos perdido la conexión que siempre habíamos tenido, pero no entendía ni sabía los motivos.

Parecía que el beso en vez de habernos acercado nos había alejado.

Sus ojos estaban distantes. Parecía que se había ido lejos..., lejos de mí.

Comprendí que yo ya no quería estar allí.

No quería estar junto a Clemente Bradbury.

No quería sentirme tan incómoda, sin saber hacia dónde mirar, sin saber que cara poner, sin saber que mierda pintaba yo allí.

Quería marcharme.

Quería estar en mi piso, libre de la presión de tener que mostrarme con entereza cuando no tenía ni asomo de ella.

Pero no podía dejar de preguntarme: ¿Qué era lo que había sucedido?

Capítulo 12

«Yo era cenizas. Tú me tocaste. Volví a arder.»

—Alejandro Jodorowsky

Damaris



La gala benéfica se realizaba en un reconocido hotel cuyo nombre era sinónimo de lujo y estilo. Al llegar, y mientras caminábamos por el pasillo de la prensa, no me sorprendieron las muchas ráfagas de luz provenientes de los *flashes* de las cámaras. En esos eventos siempre era así y nunca me había gustado.

Mientras subíamos las escaleras, Clemente apoyó su mano en mi espalda baja. La sensación me provocó oleadas de calor y, conforme ascendía, sentía un palpitar creciente en mi estómago.

Cuando las puertas se abrieron y entramos a ese salón abarrotado de gente acaparamos la atención de un gran número de presentes. Supuse que era porque Clemente era un abogado reconocido, pero igual me sorprendió el interés suscitado.

—¿Tan famoso eres? —pregunté, al ser el foco de atención.

—¿Famoso? ¿Por qué lo dices?

—Porque todos te miran —afirmé, y el negó con la cabeza.

—No es a mí a quien miran, Damaris, es a ti —dijo, y tomó mi mano y la apretó con posesión.

Después de saludar a varios de sus conocidos, a quienes me presentó como «la doctora Damaris Dorian», llegamos a la mesa asignada y tomamos asiento. En la elegante mesa con cubertería de plata éramos diez personas. Lo miré de reojo y lo vi ajustándose la corbata y desabrochándose la chaqueta. No parecía cómodo. Yo tampoco lo estaba.

Mientras la gente comenzaba a entrar, una por una, llenando las mesas, yo observaba todo, pero, sobre todo, a él. Saludó a todas las personas con las que compartíamos la mesa presentándose como lo había hecho antes. Salvo con dos hombres que lo saludaron con familiaridad, Clemente no parecía tener afinidad con el resto de las personas que nos acompañaban en la mesa. Él se puso a conversar con el hombre que estaba a su izquierda y yo con la dama que estaba a mi lado, llamada Maxine. Al parecer, hacía más de un año yo la había atendido en el hospital por un corte en una pierna provocado por una caída, pero era imposible que yo la recordara. Ella insistía en que recordaba mi nombre y mi rostro porque mi atención había sido maravillosa y que, cuando iba al hospital, siempre trataba de atenderse conmigo, pero nunca conseguía turno. Conversando con ella logré distenderme un poco.

—Voy a por una copa —avisó, Clemente, y se alejó hacia la barra.

Me quedé allí, con la misma sensación de que algo no iba bien. Ese hombre había ido en la madrugada varias veces al hospital solo para verme o acompañarme hasta mi edificio. Me había besado dos veces, porque, aunque la primera había sido para «espantar» a André, para mí había sido un beso en toda regla. Pero una vez que estaba con él, parecía querer estar solo. Y lo más

preocupante era que esa actitud la tenía desde que nos habíamos besado en su coche. Seguía sin entender que era lo que había sucedido para que cambiara tanto su estado de ánimo.

El tiempo pasaba y él no regresaba a la mesa. Los demás parecían encantados después de un rato bebiendo *champagne*, comiendo y elogiando a la organización del evento, tanto en la apariencia como en lo recaudado por la causa. Yo solo conversaba con los que estaban allí y bebía algo, pero la comida no me pasaba. Estaba hundida en una confusión absoluta.

Un par de veces me preguntaron por él y lo excusé diciendo: «Le ha surgido un imprevisto». La realidad era que no tenía idea dónde podía estar. No quería ser melodramática, pero tampoco una imbécil, así que había decidido que le iba a dar quince minutos y, si no volvía, me marcharía del lugar y esa sería la última invitación que le aceptaría.

Estaba contando los minutos cuando una voz conocida me distrajo.

—¿Damaris?

Levanté la vista y me encontré con Dominic Baines de pie, a mi lado, y con una gran sonrisa. La alegría que sentí al ver a un conocido fue la misma que demostró él al verme. Dominic era enfermero en el hospital y muchas veces trabajábamos juntos. Era una persona alegre y simpática y nos llevábamos muy bien.

—¡Dominic! ¡Qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo! —exclamó, y se sentó en la silla vacía que antes ocupaba Clemente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy acompañando a un amigo.

—¿Solo amigo? —preguntó, haciéndome un guiño.

—Sí, solo amigo —respondí, aunque en realidad éramos casi unos extraños—. ¿Y, tú?

—Vine a acompañar a mi padre que es abogado. Ya sabes... siempre tuvo el sueño de que yo también me dedicara a eso, pero no es lo mío —dijo, encogiéndose de hombros.

—Y eres muy bueno en lo tuyo —afirmé.

—Gracias, pero mira quién lo dice —dijo, sonriente.

—¿Y cómo lo estás pasando aquí? ¿Te diviertes?

—Para nada, pero ahora que te encontré, puede que lo haga —señaló, con una gran sonrisa, pero de repente se puso serio y añadió—: A no ser que a tu acompañante le incomode.

—Mi acompañante se fue hace un buen rato y no sé nada de él —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Es en serio?

—Estás sentado en la silla que debería estar él, pero que solo ocupó por unos minutos.

Se puso de pie y estiró su mano.

—Doctora, vamos a remediarlo. Bailemos y divirtámonos. Con todo lo que trabajamos en el hospital, ambos nos lo merecemos.

—Estoy de acuerdo —dije, abandonando la silla.

Había muchas personas bailando al compás de canciones muy conocidas que la banda que estaba en el estrado ejecutaba magistralmente en forma instrumental. La mayoría eran baladas y la que sonaba en ese momento era «It Must Have Been Love» de Roxette.

Llegamos al medio del salón donde todos bailaban y Dominic enseguida me tomó por la

cintura. Lamentablemente, lo primero que pensé fue que me hubiera encantado bailar esa pieza con Clemente, pero era un idiota desconsiderado y grosero, y no pensaba gastar un minuto más de mi tiempo pensando en él.

—Esta noche no pareces una doctora... pareces una diosa —dijo, Dominic y yo sonreí y le pegué con el puño en el hombro.

—Gracias, pero creo que prefiero el uniforme verde.

—Naaa, te queda mejor este vestido.

—Perdona. —La respiración se me detuvo por un momento cuando Clemente le tocó el hombro a Dominic y me señaló—. La dama está conmigo.

No me pasó por alto que sus palabras estaban teñidas de un toque de advertencia. Dominic me miró desconcertado y me soltó. Lo que me sorprendió fue que, la mirada de Clemente ya no era confusa y lejana, había vuelto la mirada ardiente y posesiva.

Con Dominic nos despedimos con un abrazo efusivo y se alejó de nosotros, no sin antes mirar a Clemente con seriedad, y sentí que lo hizo como advirtiéndole que no me volviera a abandonar.

Clemente enseguida ocupó su lugar. Me tomó por la cintura y me acercó a su cuerpo, llevando una de mis manos con la suya hacia su pecho y obligándome a subir mi otra mano para apoyarla en su hombro. En ese momento la canción interpretada en forma instrumental era aún más romántica, sonaba «Love Me Like You Do» de Ellie Goulding. Mi cuerpo reaccionó enseguida a su contacto y me tensé. Estar entre sus brazos y tener su cuerpo pegado al mío estaba haciendo que me olvidara del cabreo que él me había provocado.

Era inevitable.

Suspiré, abandonándome a la confusión. Clemente alejó un poco el rostro y reclamó mi mirada. Por unos minutos solo nos miramos a los ojos, quizás, tratando de indagar que era lo que estaba pensando el otro.

—Me estás matando, Damaris.

—No te entiendo.

—Ya no aguanto esta tortura. Después de besarte estoy... estoy peor... estoy desesperado. Por eso...

—Por eso te fuiste y me dejaste sola en un lugar donde no conozco a nadie y al que vine solo para acompañarte a ti.

—Tal parece que sí conoces a alguien —dijo, apuntando a Dominic, pero eso me enfureció aún más. Encima que me había dejado sola, ¿estaba ofendido porque había bailado con un conocido?

¡Imbécil!

—¿Es en serio? —pregunté, con seriedad—. Y ten mucho cuidado con lo que respondes, Bradbury, porque estoy a un pelín de dejarte plantado en el medio del salón e irme con Dominic.

—Clemente —gruñó, porque era evidente que yo lo llamaba por el apellido para marcar distancia—. No puedes coquetear con otros en mi presencia, Damaris. Te juro que estoy por enloquecer.

Bajó la mirada. Parecía que no podía mirarme a los ojos. Su inquietud era evidente, parecía devastado. Y yo no sabía cómo reaccionar.

—Dominic es solo un compañero de trabajo.

Sus ojos se elevaron para encontrarse con los míos.

—Me fui porque me desconcertaste.

—¿Te desconcerté? ¿Qué hice para desconcertarte? —pregunté, confundida, y él se pasó una mano por el pelo con nerviosismo.

—Estoy malditamente confundido. Lo juro, estoy a punto de perder la cabeza.

¿Eso era bueno o malo?

—Sigo sin entender.

—Lo que sigues es estando ciega, Damaris —afirmó, acercando su boca a la mía, y el corazón estuvo a punto de salirse del pecho.

—No estoy ciega.

—¿Me ves, Damaris?

¡A la mierda el cabreo!

—Siempre te he visto.

Capítulo 13

«Nunca se llega tarde a los labios que son tuyos.»

—Iván Inzunza

Clemente



Esas maravillosas palabras eran las que quería escuchar. La tomé de la mano y la saqué de allí. Necesitaba besarla sin ningún tipo de contención. Cuando llegamos a una especie de corredor que estaba solitario y en penumbras, la acorralé entre la pared y mi cuerpo sintiendo el calor que desprendía el suyo, incliné la cabeza hacia adelante y... la besé.

¡Santo Dios!

La estaba besando nuevamente, y era como estar en el cielo. Su boca era increíblemente pecaminosa. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza cuando su lengua rozó suavemente la mía. Mantuve una de mis manos en la parte posterior de su cabeza y la otra la llevé a su trasero para poder pegarla más a mi cuerpo y mi erección. Nos besábamos con desesperación. Nos devorábamos el uno al otro.

El beso adquirió una voracidad casi desesperada.

Quería más.

Necesitaba más.

Tenerla así no era suficiente, solo era un dulce alivio a mi anhelo.

Con ella nunca sería suficiente.

Su fragancia se había metido en mi cuerpo con la constancia y la sutileza de una enfermedad.

Damaris fue quien se alejó, pero apoyó su frente en la mía.

El *déjà vu* volvió con más intensidad.

—¿Esto es real? ¿Eres tú? —pregunté.

—Soy real, Clemente. —La voz de Damaris y la calidez de su aliento rozándome los labios me hicieron comprender que había realizado la pregunta en voz alta—. Debemos hablar.

Era la segunda vez que lo decía en esa noche y entendía sus dudas, pero en realidad, más que hablar necesitábamos saciar ese deseo que nos estaba consumiendo.

—Lo que deberíamos es irnos de aquí —propuse, porque salir de allí lo más rápido posible era la única opción. Nunca había sentido esa vibración en todo mi cuerpo, ese deseo de seguir sin que nada importase.

Le volví a tomar la mano y la arrastré con premura hacia la mesa para levantar nuestras cosas. La mesa estaba desierta porque todos estaban en la pista de baile, así que me ahorré el tener que despedirme y perder tiempo. Mientras caminábamos hacia la salida comprendí que la necesitaba cuanto antes. La deseaba con una necesidad que nunca había sentido, algo que ya escapaba de mi control.

Cambié de opinión y me dirigí hasta la recepción del hotel. ¿Para qué hacer un viaje de treinta minutos si estábamos en un hotel?

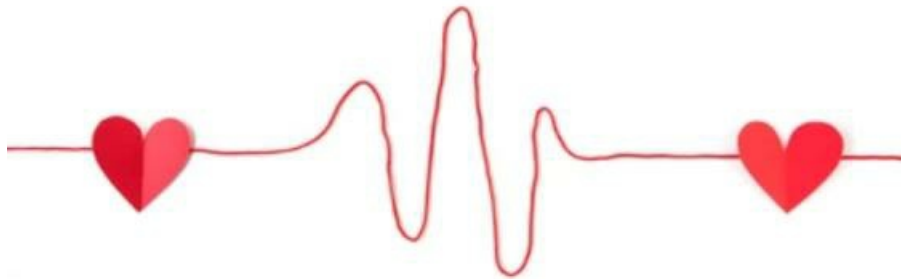
—¿Adónde vamos? —preguntó, Damaris, confundida, pero siguiendo mis pasos ya que íbamos de la mano.

Me detuve y la observé de frente.

—Voy a pedir una habitación. Nos quedaremos aquí. No voy a aguantar todo el viaje sin tocarte. ¿Estás de acuerdo?

La miré a los ojos y por un momento noté vacilación. Se mordió el labio inferior, dubitativa, y yo me quedé unos segundos en silencio observando ese gesto tan sensual. Enseguida asintió con la cabeza y sentí que mi alma me volvía al cuerpo.

—Sí —dijo, luego, con determinación.



En cuanto cerré la puerta de la *suite* la volví a inmovilizar contra la pared. La lujuria y la necesidad me arrasaron por dentro con solo mirarla.

¡Dios!, desde que la había visto quería tenerla así, en una habitación a solas conmigo y dando rienda suelta a todo lo que sentíamos.

—Clemente... —jadeó, ante la sorpresa.

Mi cuerpo temblaba de la necesidad de ella. Era una locura, nunca me había sucedido nada igual. Era como si me hubiera olvidado de todo lo que conocía tan bien, de toda mi experiencia, y solo hubiera quedado Damaris, el tacto de su cuerpo contra el mío y su cálida boca.

Incliné la cabeza y aspiré su aroma deslizando mi nariz por su cuello. Ella volvió a jadear. En ese momento me vino a la mente una visión de nosotros. Yo acariciando su suave piel, besándola, tomándola de su hermoso y suave cabello para ladearle la cabeza y hundir mi rostro en su cuello y luego en sus pechos.

¿Cómo podía ser?

Con Damaris nunca había llegado a eso. Pero tampoco me extrañaba porque ella me causaba un desbarajuste de emociones como nadie lo había hecho.

Quedaba indefenso ante ella.

Mis labios se encontraron con los suyos y nos besamos. Fue un beso brutal. Nos besábamos como si nos necesitáramos para respirar. Nos besábamos con hambre. Le sujeté la nuca e incrementé la presión de mi boca invadiéndola con mi lengua. Era embriagador. Ambos gemimos. Mis manos se metieron bajo su vestido y la tomé del trasero para levantarla. Damaris me rodeó con sus piernas y fue mi perdición.

Una necesidad cruda y visceral arrasó con todo.

Sin interrumpir el beso la llevé hasta la cama. Nos besábamos, nos acariciábamos, nuestras manos estaban por todos lados. La acariciaba con desenfreno, disfrutando de sus delicadas manos en mi cuerpo. Todo parecía poco para expresarle lo mucho que la deseaba. Las manos me temblaban, aunque no sabía decir si era debido al brutal deseo o a los nervios.

¿Cuándo me había puesto nervioso una mujer?

NUNCA.

Solo me sucedía con ella.

Y nuevamente sentí como si ya hubiera vivido ese momento. Era ese maldito *déjà vu* que me invadía con Damaris, solo con ella, y me hacía experimentar una extraña confusión, pero dejé de lado cualquier pensamiento y me dediqué a sentir.

—Te deseo tanto, Damaris.

—Y yo a ti.

Después de un largo y ardiente beso la hice sentar y le saqué el vestido. No llevaba sujetador y quedé hipnotizado con sus pechos. Eran perfectos. Bajé mi boca hacia ellos y me di un festín. Damaris no dejaba de gemir y retorcerse. Sus gemidos me atravesaban haciéndome vibrar todo el cuerpo. Una de sus manos abandonó mi espalda y me acarició la erección por encima del pantalón.

—Quiero sentir tu piel —susurró, en mi oreja.

Me incendié.

En un par de segundos me desnudé por completo.

Damaris se apoyó en los codos y me miró con deseo, humedeciéndose los labios. Creo que nunca, nadie, me había mirado como ella... o, quizás, sí, pero solo la ninfa de mis sueños.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunté, sonriendo con complicidad y logrando que se sonrojara, lo que en otra mujer me hubiera disgustado en ella lo encontraba encantador—. ¿Está sonrojada, doctora Dorian?

—Puede, pero me gusta mucho lo que veo —respondió, con seguridad.

—Y, a mí, lo que veo me tiene al borde de la locura. Eres una visión bellísima, sensual e hipnótica.

Prácticamente le arranqué las bragas y me tomé el tiempo para agasajar todo su cuerpo, para adorarlo. Ambos jadeábamos sin aliento. Mis dedos jugaban con su cuerpo, acariciando un rastro imaginario desde su tobillo hasta su entrepierna. Por la forma en que mi corazón martillaba en mi pecho sentía que me abandonaría en cualquier momento. Mis dedos jugaron con la otra pierna y, esa vez, cuando llegué a su sexo, empujé dos dedos dentro de ella.

—Muy mojada para mí —susurré, apoyando mi frente en la de ella.

Damaris temblaba de pies a cabeza.

Y yo estaba fascinado.

Absolutamente jodido.

—Por favor —susurró, e incrementé el ritmo y me hundí más profundamente hasta que gritó y su cuerpo colapsó.

No podía contenerme más. Fui por la cartera rebuscando en los pantalones. Rompí el envoltorio del condón con los dientes y me lo coloqué. Sin perder más tiempo me acomodé entre sus muslos.

—Necesito estar dentro de ti —dije, con la voz totalmente ronca, y Damaris cerró los ojos—. No cierres los ojos, cariño. Quiero que me mires cuando te penetre y cuando te corras.

Nuestras miradas se encontraron y algo vibró en mi pecho e hizo que sintiera algo extraño, algo que nunca había sentido y que me acojonó bastante. Fue tan intenso que, por un momento, quedé paralizado. Los movimientos de caderas de Damaris apretándose contra mí, reclamándome, me hicieron reaccionar.

Cuando mi miembro rozó su sexo pensé que me correría allí mismo. Un instinto posesivo se adueñó de mí, quería marcarla como mía. Empujé mis caderas y comencé a adentrarme en su cuerpo.

—JO-DER, Damaris —murmuré—. Llevo queriendo hacer esto desde que te vi.

Era el puto paraíso.

Nuestros cuerpos estaban conectados al fin como tanto había esperado... deseado. Me hundí cada vez más hasta que conseguí enterrarme por completo. A ambos se nos cortó la respiración cuando estuve totalmente enterrado en ella. Su jadeo fue casi inaudible, pero lo escuché.

—¿Estás bien? —pregunté, con voz tensa y sin moverme porque quería que se acostumbrara a mi tamaño.

—Dios, sí —jadeó.

Damaris estaba demasiado apretada y... no, no, mejor no pensaba en lo apretada que estaba porque si no me iba a correr en ese instante y quería que ella disfrutara. No recordaba un solo segundo en el que no hubiera deseado estar así con ella. Un solo segundo en el que no estuviera absolutamente desesperado por Damaris.

La besé en los labios, el cuello, las mejillas. Sentí sus manos en mis glúteos agarrándome con fuerza y atrayéndome aún más hacia ella mientras susurraba mi nombre.

Después de eso, todo se volvió borroso para mí.

Y comenzamos a movernos. Lentas y profundas embestidas que me hicieron perder el sentido y anhelar más, pero era muy estrecha y debía ir despacio. Envites suaves y largos, hasta que perdimos el control y... la razón.

—Bésame... —pidió, y al segundo estaba devorando su boca, así como ella devoraba la mía.

Y nos dejamos ir.

Sentí las contracciones de su orgasmo cerrándose en torno a mí y su gemido liberador. El sonido más sexy que hubiera escuchado en mi vida, y ya no me contuve. Un segundo después el orgasmo me atravesó el cuerpo entero activando cada una de mis terminaciones nerviosas y nublándome la visión. Las oleadas de placer amenazaron con hacerme perder el sentido y un gruñido gutural y áspero surgió de mi garganta.

Nunca había sentido algo tan intenso.

Me sentía más vivo de lo que me había sentido jamás.

Le aferré el rostro y la besé con pasión. Luego me desplomé sobre su cuerpo y enterré mi rostro en su cuello, abrazándola mientras el mundo regresaba poco a poco a mí. Ambos temblábamos y respirábamos con dificultad.

Había disfrutado de encuentros íntimos con infinidad de mujeres, pero todos palidecían al lado de lo que acababa de experimentar.

—Nunca había sentido así. —No había sido mi intención hablar en voz alta, pero el pensamiento llegó con tal fuerza que me fue imposible contenerme.

No dijo nada y eso me hizo sentir una gran decepción y hasta una molestia en el pecho.

Damaris me gustaba.

Me gustaba de verdad.

Mucho más de lo que nunca me había gustado nadie.

Y nuestro encuentro no había hecho más que aumentar la atracción que sentía por ella.

No había nada más maravilloso, hermoso y sensual que Damaris dejándose llevar por la pasión.

Pero se había quedado en silencio.

Todavía seguíamos sin movernos cuando, al cabo de unos segundos, su susurro me hizo levantar la cabeza y mirarla.

—Debemos hablar, Clemente. Tengo algo que confesarte.

Capítulo 14

«No sé si nuestro amor es un secreto, o si nuestro secreto es que lo nuestro es amor.»

—Ligia García y García

Damaris



Había llegado el momento de liberarme de mi secreto. El corazón me latía muy deprisa, pero después de lo sucedido esa noche, no podía seguir guardándomelo.

Clemente merecía saber la verdad.

Debía confesarle lo sucedido entre nosotros siete años atrás. Solo me quedaba confiar en que lo comprendiera. No podía negar lo mucho que disfrutaba estando en su compañía, pero siempre con el remordimiento sobre mis hombros, ese de saber que le ocultaba algo importante.

No podía seguir sintiéndome así.

Por mucho que me gustara estar con él, me sentía una traidora, una mentirosa. No me gustaba tener secretos o decir las verdades a medias. Para mi paz, necesitaba hablar con él porque desde que nos relacionábamos mi mente no me daba descanso.

Inhalé profundamente y me preparé.

Sentía el estómago hecho un nudo.

Él me observaba.

—¿Qué sucede, Damaris?

—No sé cómo decir esto —murmuré.

—Prueba con las palabras, cariño —dijo, y no fue broma porque su rostro seguía serio.

Lo miré con nerviosismo y exhalé con resignación haciendo acopio de la entereza necesaria.

—No he sido totalmente honesta contigo. Quizás sea mejor que nos sentemos —sugerí, porque Clemente seguía sobre mí.

La expresión de su cara mudo de relajada a tensa.

—Dame unos segundos —pidió, y sentí sus músculos tensos bajo mis manos, salió de mi cuerpo, se quitó el condón y fue hasta el baño.

Cuando volvió se sentó junto a mí. Yo ya estaba sentada y había cubierto mi desnudez con el cobertor.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Te escucho, Damaris —dijo, y lo vi tragar saliva.

Me obligué a respirar.

—Esta no fue la primera vez que estuvimos juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Me dijiste que mi rostro te resultaba familiar... y eso tiene una explicación —dije, y mi voz sonó más baja de lo habitual.

—No te entiendo, Damaris. ¿Qué quieres decirme?

—Antes de esta noche... nosotros ya habíamos tenido sexo.

Clemente parpadeó, sus oscuras pestañas bajaron y subieron varias veces. Parecía aún más desconcertado que antes.

—¿De qué hablas? —preguntó, mirándome como si me hubiera vuelto loca.

—Hace siete años estuvimos juntos en el piso que yo compartía con Nate.

—¡¿QUÉ?! —Su cuerpo se puso rígido—. Por el amor de Dios, ¡no tengo ni puta idea de lo que estás diciendo!

—La noche que llegaste desde Nueva York y... habías bebido de más... —La expresión de alarma y la palidez de su rostro detuvieron mi explicación.

Se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación. Se mesó el pelo con ambas manos, despeinándose más de lo que ya estaba. De pronto se detuvo y me miró. Parecía confundido y aterrado.

—Esa noche tuvimos sexo en el sillón del *living* —susurré, y él respiró profundo, como si le faltara el aire. Se acercó y se sentó en la cama tomándose la cabeza con ambas manos.

—Estaba borracho... dime, por favor, que no te forcé ni te hice daño —suplicó, sin poder mirarme.

—¡No! Te aseguro que no lo hiciste, no me obligaste. Yo... te deseaba..., lo disfruté —afirmé, y apoyé mis dedos en su mentón y lo hice levantar el rostro para mirarlo a los ojos—. Ambos estuvimos de acuerdo. Fue consensuado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no lo recordabas —dije, encogiéndome de hombros.

—Pero no hiciste el menor esfuerzo por ponerte en contacto conmigo. Te fuiste mientras dormía. —Volvió a pasarse las manos por el pelo—. Tú... tú... eras real.

—¿Me recordabas?

—¡Pensé que habías sido un sueño! ¡Maldita sea! —Fue imposible pasar por alto el tono incrédulo e indignado de su voz.

—Lo lamento.

—¿Qué lamentas? ¿Haberte acostado conmigo o habérmelo ocultado? —cuestionó, y en ese momento su voz estaba teñida de reproche.

—Habértelo ocultado, de lo otro no me arrepiento. Era muy joven, ingenua, completamente inexperta, Clemente. Te dormiste y no supe que hacer. Al final decidí irme a lo de mi tía porque tuve miedo de que al despertar me rechazaras. Después de mucho pensar decidí que, si al otro día le preguntabas a Nate por mí, entonces lo hablaríamos, sino, prefería guardarme el secreto.

Sus ojos se agrandaron con desconcierto y me pareció que emitió como un gemido.

—¿Completamente inexperto? ¿Eso significa...? —Palideció como si estuviera a punto de desmayarse.

—Fuiste el primero... mi primero... Cuando estuvimos juntos era virgen.

Guardó un silencio prolongado y decidí darle tiempo para que procesara lo que acababa de decirle. Clemente respiró profundo. Su mirada desaprobatoria fue como un puñal.

—¿Me entregaste tu virginidad?! ¡Estaba borracho, por Dios! —Negó con la cabeza.

Me cubrí mejor con el cobertor. Me sentía avergonzada.

—No me arrepiento, Clemente. Esa noche... fue... fue... fuiste delicado y me hiciste sentir cuidada y cómoda.

—¿Sabía que eras virgen? ¿Me lo hiciste saber? —Negué con la cabeza y el bufó—. ¿Te lastimé?

—Te dije que no, es más, recuerdo esa noche como algo... especial, es un buen recuerdo —dije, sin querer decirle que había sido mucho más que eso.

—Un buen recuerdo... ¡No puedo creerlo! Ahora entiendo todo lo que sentía cuando te veía. Ahora lo entiendo... —dijo, negando con la cabeza—. ¡Debiste decírmelo! ¿Usamos protección?

—No quiero tus sermones, Clemente. Me atraías y tuvimos sexo. Éramos dos adultos buscando y necesitando compañía. Esa noche... creo que ambos estábamos vulnerables y... bueno... pasó.

—Desde esa noche he pensado que eras un sueño... ¡Un maldito sueño! —exclamó, y me llamó la atención que se miró el tatuaje de su brazo, y luego comenzó a vestirse con rapidez—. Necesito pensar, Damaris.

—Lo entiendo —dije, y conseguí sonar tranquila a pesar de la desilusión que sentía.

—No creo que lo entiendas.

¿Se iba a ir?

Sí.

Eso fue precisamente lo que hizo y... sin mirar atrás. Tomó todas sus cosas, abrió la puerta y, antes de salir, me miró por arriba del hombro.

—Debiste decírmelo, Damaris. —Salió y cerró la puerta tras de sí.

Me quedé mirando la puerta por la que había salido sin saber qué hacer. Solté las manos del cobertor, alarmada al ver que me temblaban presa del abatimiento que se iba apoderando de mí.

No pasa nada, Damaris, me dije.

Abandoné la cama para ir a darme una ducha y salir de allí lo antes posible.

Antes de decírselo tenía claro que no le iba a gustar que me hubiera guardado ese secreto, quizás hasta pensara que me había burlado de él, pero su reacción me había desconcertado por completo y la consideraba un poco exagerada.

¡Me había dejado sola en el hotel!

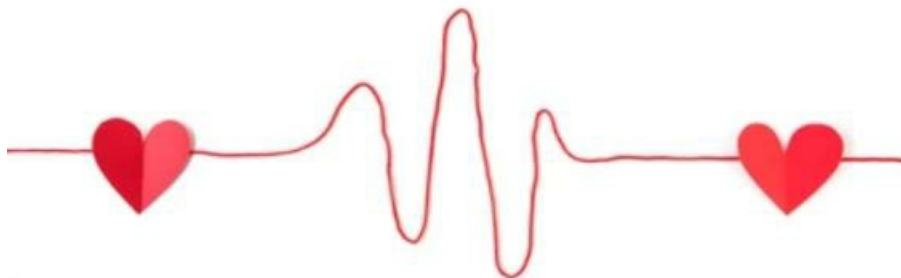
¡Pero a la mierda ir por ahí lamentándose! No lo haría.

Si bien sentía culpa por habérselo ocultado, no estaba arrepentida de lo que había sucedido y no tenía sentido que le diera más vueltas al asunto. Podía haberme equivocado siete años atrás al haber huido, pero esa noche se lo había confesado.

Tenía que desenredarme de la maraña de emociones que sentía. Cada vez que pensaba en la indignación que había visto en sus ojos se me retorcían las entrañas.

Pero martirizarme no me serviría de nada.

Después de ducharme y vestirme decidí ir a lo de mi tía. Hacía bastante que no la veía y ella siempre me inyectaba energía y optimismo. Era de madrugada, pero no era descabellado llegar a esa hora porque por mis horarios en el hospital, muchas veces lo hacía.



Salí del hotel y me subí a un taxi. Aunque estaba abrumada y un tanto decepcionada, mi corazón se sentía más ligero.

Veinte minutos después el taxi se detenía en la puerta de la casa de mi tía Nancy. Tenía llave de su casa, pero en ese momento no la tenía conmigo porque el bolso de mano que usaba esa noche era pequeño y solo había llevado lo necesario. Era posible que se extrañara al verme vestida de gala, pero también se alegraría de que hubiera salido a divertirme porque ella siempre me aconsejaba que lo hiciera. Me saqué los zapatos y subí los escalones del porche de la casa sintiendo la madera cálida bajo mis pies. Siempre que estaba allí los recuerdos de mi vida en esa casa me asaltaban. Eran recuerdos felices y amargos porque allí tuve que aprender a vivir sin mis padres, aunque mi tía hizo todo lo que estuvo a su alcance para que me sintiera lo mejor posible.

Y lo logró.

Con ella y la ayuda de una psicóloga había salido adelante.

El timbre sonó un par de veces antes de escuchar su voz.

—¿Damaris? —preguntó, seguramente porque me había visto por la mirilla de la puerta.

Unos segundos después la puerta se abría y mi tía me recibía con una inmensa sonrisa.

—Hola, mi pichona. Qué alegría verte. —Me miró de pies a cabeza—. ¿Qué haces vestida así?

Me abalancé sobre ella y la abracé fuertemente. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba un abrazo.

Su abrazo.

—Sé que es tardísimo, tía. Discúlpame por venir a esta hora.

—¿Disculparte? Tenerte acá es una inmensa alegría, además, esta es tu casa y puedes venir cuando quieras. —Se apartó un poco para mirarme—. ¿Por qué no tienes tus llaves? —preguntó, en tono maternal, mientras cerraba la puerta.

—Porque vengo de un evento benéfico y no las puse en el bolso de mano.

—Bueno, vamos a meternos en la cama y me cuentas como estuvo y si conociste a alguien interesante —dijo, tironeando de mí—. ¿Estás muy cansada o antes podemos tomarnos un té? Porque me da la impresión de que lo necesitas.

La mirada expectante que me lanzó me hizo comprender que me atormentaría hasta que le contara que era lo que me había hecho ir a las dos de la madrugada hasta su casa, vestida de gala y después de un evento como en el que había estado.

—Quiero ese té.

—Me lo imaginaba. Hoy tienes cara de que te hace falta un orgasmo... o varios.

—¡Tía!

—No me vengas con eso porque sabes muy bien lo importantes que son los orgasmos. El sexo es bueno para la salud de todas las personas —señaló, y yo solo reí y me alegré de haber ido allí porque la verdad es que me sentía un poco deprimida y mi tía ya había logrado levantar un poco mi ánimo.

Mi tía Nancy estaba por cumplir sesenta años, pero parecía de cuarenta por su personalidad vital. Siempre estaba alegre, tenía una piel sin arrugas y un carácter estupendo. Siempre risueña. No tenía pelos en la lengua a la hora de hablar de sexo, y lo hacía con muchos detalles y a todo color. Era un espíritu libre, decididamente ajena a lo que pudieran decir de ella y despreocupada a la hora de hablar de sexo y su práctica. En ese tema no tenía filtro. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza sin importarle quien fuera su interlocutor. Yo estaba acostumbrada y Nate también. Mi amigo disfrutaba y se divertía mucho escuchándola. Muchas veces iba a visitarla con él y siempre, sin excepción, terminaba dándonos consejos sexuales.

Mientras mi tía preparaba el té, fui hasta mi habitación y me puse un camisón. En su casa tenía mi propia habitación y algo de ropa. Cuando bajé a la cocina ella ya me esperaba sentada a la mesa y con las dos tazas de té humeantes.

—Y ahora puedes empezar a contarme lo que sea qué te sucedió esta noche.

Suspiré y bebí un sorbo de la infusión, siempre bajo su atenta mirada.

—O eres muy observadora o yo estoy perdiendo mi habilidad de esconderte lo que de verdad pienso y siento —dije.

—Nunca pudiste ocultarme nada, eres muy transparente.

Suspiré, derrotada. Los acontecimientos de horas antes regresaron a mí. Se me hizo un nudo en el estómago.

—Estuve con alguien... sexualmente, pero se largó cuando le confesé algo que le había ocultado y qué había sucedido hace un buen tiempo —dije, y mi tía dejó su taza en la mesa y frunció el ceño.

—¿Hace un buen tiempo? ¿Y cuánto hace que sales con esa persona?

—Solo salí un par de veces en las últimas semanas, pero lo conocí hace siete años y... él fue el primero.

—¿Con el que perdiste tu virginidad? —preguntó, sorprendida—. Y supongo que te reencontraste después de tanto tiempo y volvieron a acostarse —afirmó.

—Sí, esta noche, pero ya habíamos salido a almorzar y había estado por el hospital.

—¿Y qué hay de malo en eso? Me parece maravilloso, mi pichona. Porque, aunque puedes autocumplacerte, lo ideal es que sea un ser humano el que te proporcione los orgasmos. Si necesitas algún consejo, siempre estoy aquí para ayudarte.

—No necesito consejo en eso, tía. El tema es que... hace siete años, cuando me acosté con él, estaba borracho y luego no lo recordó. Yo tampoco se lo dije... hasta esta noche.

Mi tía escupió el té.

—¿Perdiste la virginidad con un hombre borracho?

—Era conocido... bueno... algo así.

—¿Perdiste la virginidad con Nate?!

—¡No, tía! ¿Cómo se te ocurre? Fue con... su hermano.

—¿El hermano de Nate? ¿Lo conozco?

—No, y yo tampoco lo conocía mucho.

Los ojos de mi tía estaban a cada minuto más abiertos. Me miraba con sorpresa, pero con una sonrisa. Estaba segura de que quería que le explicara detalladamente todo lo sucedido. Sin entrar en los detalles íntimos, aunque a ella le hubiera gustado, pasé a relatarle todo lo sucedido con Clemente. Parecía como si le estuviera contando un cuento de princesas a una pequeña.

—Eso fue lo que sucedió —dije, al terminar el relato y encogiéndome de hombros—. ¿Qué opinas?

—Puede que tu enamorado esté furioso porque se lo ocultaste, pero esta noche no debió irse y dejarte sola. No creo que haya sido para tanto —dijo, haciendo un gesto con la mano como para restarle importancia.

—No es mi enamorado, y estoy segura de que estaba bastante indignado y lo puedo entender. Seguramente, yo me hubiera sentido igual que él si me lo hubieran ocultado.

—¡Por favor! No es para tanto. —Bebió un sorbo de tu té y añadió—: ¿Es bueno en el sexo?

—Tía...

—Mi pregunta no tiene nada de malo. ¿Es bueno? ¿Te hizo llegar al orgasmo?

—Es muy bueno —dije, interrumpiéndola y poniendo los ojos en blanco.

—Entonces ve por él, mi pichona.

—Tía, ¿entendiste la parte en la que se fue del hotel y me dejó sola?

—Sí, fue un maldito idiota, pero no todo está perdido. ¿Es guapo?

—Mucho —respondí, sin dudar, y mi tía entornó los ojos.

—¿Estás enamorada?

—¡Por supuesto que no! Solo me gusta y no me molestaría volverlo a ver, por eso tenía que decírselo.

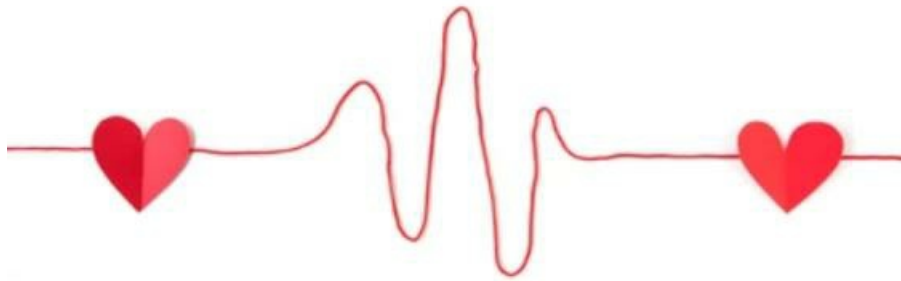
—¿Te gusta o te gusta demasiado y por eso tienes miedo?

—No tengo miedo. ¿Por qué lo tendría? Tienes claro que yo no quiero tener una relación seria con nadie, sin excepciones, pero más allá del tipo de relación que mantuviéramos, ya sabes cuál es la primera regla de una buena relación.

—El sexo —respondió, sin ninguna duda y con una gran sonrisa.

—La sinceridad, tía, la sinceridad —señalé, y largó una carcajada haciéndome reír.

Estar con ella hizo que la sensación de vacío en el pecho que tenía desde que Clemente había cerrado la puerta de la suite del hotel, no fuera tan grande y molesta.



Me desperté con el sonido de la risa de mi tía. O estaba al teléfono o había recibido la visita de alguien. Le di un vistazo al reloj que estaba sobre la mesa de noche y vi que eran casi las nueve de la mañana. Era mi día libre así que podía dormir hasta la hora que quisiera. Bostecé, cerré los ojos y volví a dormirme.

No sé cuánto tiempo había pasado desde que me había vuelto a dormir, pero me desperté con la sensación de que no estaba sola en la habitación, y el exquisito y conocido perfume masculino que llegó hasta mis fosas nasales me hizo abrir los ojos de golpe.

Clemente estaba en mi dormitorio, sentado en una silla con una pierna apoyada en la rodilla de la otra. Su codo derecho descansaba en el brazo de la silla y su mano izquierda en su barbilla.

Me observaba con intensidad.

¿Seguía dormida y era un sueño?, me cuestioné, aunque parecía muy real.

Me restregué los ojos para enfocar mejor.

¡ERA REAL!

—¿Clemente? ¿Qué haces aquí? —pregunté, desconcertada y sentándome en la cama.

—Tu tía me permitió pasar.

—¿Mi tía? — cuestioné, todavía un poco adormilada.

—Tu tía Nancy. Es una persona muy simpática y... un tanto peculiar —dijo, y me pareció que la comisura de sus labios se curvaba un poco hacia arriba, señal de que mi tía le había estado dando sus consejos sexuales.

—¿Cómo supiste que estaba aquí y ...? —No terminé la frase, no era necesario.

—Nate me dijo que te buscara aquí y me dio la dirección.

—¿Por qué viniste?

—Porque debemos hablar —respondió, con seriedad y sin disminuir ni un ápice su intensa mirada.

—Anoche yo dije lo mismo y no terminó muy bien. Me dejaste sola en el hotel.

—Lamento haberlo hecho, pero tu confesión me sorprendió y confundió demasiado. Necesitaba pensar y fui hasta el bar del hotel. Cuando volví a la suite, ya te habías ido —afirmó, pasándose la mano por el pelo.

—¿Pretendías que me quedara esperándote? —ironicé—. Ya te pedí disculpas por habértelo ocultado, de verdad lo lamento, pero no nos vimos más y, cuando te volví a ver, ya había pasado demasiado tiempo y ni siquiera sabías quien era yo. La noche que fuiste por la emergencia del hospital me di cuenta de que ni siquiera recordabas mi nombre. No valía la pena decirte lo que había sucedido entre nosotros porque pensé que ya tendrías tu vida hecha, me refiero a que tendrías pareja y hasta podrías estar enamorado, además de que era probable que no te volviera a ver —asegué, encogiéndome de hombros.

Me miró con seriedad y hundió los dedos en su cabello con frustración.

—No tienes ni idea, Damaris. No tienes ni puta idea de lo que significó esa noche para mí —advirtió.

—¿Qué? ¿La recordabas?

—¡Cada segundo! —exclamó, y abandonó la silla para comenzar a caminar frenéticamente por la habitación.

—¿Me recordabas, Clemente? —Se detuvo y me miró.

—No recordaba tu rostro y siempre pensé que habías sido un sueño, la ninfa de mis sueños que me salvó de la desolación y la mierda que rodeaba mi vida. Por ese rato fuiste la pureza que me hizo ver la luz. Fuiste el sueño que me permitió seguir adelante porque todo lo padecido había minado mi confianza en la gente, pero tú me la devolviste. Esa noche... me salvaste... me hiciste sentir vivo porque me estaba muriendo por dentro. Y por eso llevo esto grabado en mi piel como recuerdo de esa noche tan especial —dijo, se dobló la manga de la camisa del brazo derecho dejando a la vista el tatuaje de las alas—. Como te dije, estas alas simbolizan mi sueño, el que pensé había tenido esa noche. Simbolizan a la ninfa que me hizo sentir querido e importante para alguien. Esa noche me devolviste mi autoestima y la confianza que me habían arrebatado, Damaris.

Estaba tan impactada y aturdida que me temblaban las manos y el corazón me latía a una velocidad supersónica. Lo que veía en sus ojos me dejó sin aliento. Una vulnerabilidad tan grande que me dieron ganas de protegerlo, de cuidarlo y hacer lo imposible para que fuera feliz.

Una lágrima me cayó en el antebrazo.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando. Sus palabras me habían conmovido. Saber que para él esa noche también había tenido tanto significado, me emocionaba. Me sequé los ojos con los dedos porque no quería que Clemente lo notara.

—Para mí también fue muy especial. Nunca me arrepentí de que hubieras sido el primero.

Se acercó lentamente y se sentó en el borde de la cama, junto a mí.

—Creo que en el fondo de mi ser siempre supe que eras tú. Desde que te vi en ese hospital mi sueño tiene tu rostro.

—¿Estás enfadado?

—Nunca estuve enfadado, estaba impactado y confuso. —Estiró la mano y tomo mi barbilla entre sus dedos, inclinando mi cabeza hacia arriba.

—¿Pensabas que era una ninfa? —pregunté, y él sonrió tímidamente y asintió con la cabeza.

—La mujer más bella y dulce que había visto jamás. Y ahora la tengo delante de mí. Soy el hombre más afortunado del puto mundo.

—¿Eso crees?

—Estoy seguro —afirmó, me tomó de la cintura y, con destreza, me sentó a horcajadas sobre su regazo e intentó besarme, pero puse mi mano en sus labios para impedirselo.

—Mi tía.

—No está. Me dijo que tenía que hacer varias cosas y que no volvería hasta dentro de dos o tres horas.

Esa maldita casamentera ya me iba a escuchar.

—No lo dudo —dije, poniendo los ojos en blanco.

—También me dio un montón de consejos que me gustaría poner en práctica cuanto antes.

—¡No puede ser! La voy...

No pude terminar. Sus labios sellaron los míos. Correspondí a su beso y no tardé en sentir sus manos levantando mi camisón, acariciando y presionando mi cuerpo contra el suyo. Me entregué totalmente a él. Comencé a desabrochar los botones de su camisa y se la saqué de los pantalones para luego bajársela por los hombros. Acaricié su pecho, sus musculosos brazos, su rostro y su cabello. Clemente gemía y comenzaba a mover sus caderas para tener mayor contacto con mi cuerpo.

—Damaris... mi ninfa... eres real...

—Soy real... —susurré, en su oreja y sentí que se estremeció.

Sus labios se deslizaron de mi boca a mi cuello con suaves besos que me estremecieron el cuerpo entero. Me acariciaba con una mezcla de delicadeza y rudeza que me excitaba hasta un punto inimaginable. Sentí como una de sus manos bajaba por mi espalda, a través de las nalgas y se internaba entre mis piernas y dentro de mis bragas. Comenzó a mover el pulgar en círculos. Ambos jadeamos, mirándonos a los ojos. Me apartó la ropa interior y me levantó para poder bajarse los pantalones y los bóxer, luego me ayudó a descender sobre su duro miembro. Los párpados se le cerraron y separó los labios emitiendo un gran gemido. Nunca me había sentido tan viva. Sus manos sujetaron mis caderas para guiarme en los movimientos. Me deslizaba sobre él entregándome a cada embestida. Y el orgasmo comenzó a gestarse en mi interior. Reconocí las cosquillas, esa sensación del inicio de ese algo tan placentero. Me fijé en cómo se aceleraba su respiración y como echaba la cabeza hacia atrás cuando intensificamos las embestidas. Todo era tan potente que asustaba.

Y se creó la magia.

Los temblores nos sacudieron rompiéndonos en mil pedazos. Ambos llegamos al orgasmo y gritamos el nombre del otro para luego buscar nuestros labios y besarnos con desesperación. Fue tan intenso que tardamos mucho tiempo en recuperar el aliento.

—Eres real, Damaris... no estoy soñando —susurró y su corazón se volvió a acelerar.

Y el mío dio un redoble.

Capítulo 15

«Incluso antes de que llegaras yo ya vivía enamorado de ti y a veces, no pocas, te extrañaba como si supiera que me hacías falta.»

—Edel Juárez

Clemente



Al enterarme de que todo lo que siempre había creído que era un sueño era real y que la mujer de mis sueños era Damaris, había salido corriendo de la habitación del hotel. No sabía si mi huida había sido por asombro, desconcierto, miedo, o porque sentía la más absoluta felicidad. Y nunca me había sentido así.

Mi ninfa era real.

Damaris era mi ninfa.

Y había dejado una huella profunda en mi vida.

En ese momento entendí la sensación que me asaltaba las primeras veces que la toqué, era porque la conocía, mi cuerpo la reconocía.

Damaris se había entregado a mí y yo había sido su primera experiencia sexual.

¿Cómo había podido olvidarla?!

Lamentaba tanto no recordar a la jovencita que se había entregado a mí. Seguramente ella se había sentido avergonzada y herida en su orgullo. Damaris había dicho que, si yo le hubiera preguntado a Nate por ella, entonces habiéramos hablado de nuestro encuentro. Pero yo, no solo no había hablado de ella, ni siquiera la recordaba... todos estos años había creído que había sido producto de mi imaginación.

Sentado en el bar del hotel había pedido un *whisky*. Necesitaba un trago, pero mientras lo bebía comprendí el gran error que estaba cometiendo volviendo a perder el control. Dejé el vaso en la barra del bar y regresé a la habitación lo más rápido que pude, y me encontré con la habitación vacía.

Damaris se había ido.

Lo primero que hice fue llamarla, pero mis llamadas siempre terminaban en el buzón de voz. Finalmente desistí y decidí ir hasta su edificio, pero tampoco la encontré allí. No quería que pensara que era un cobarde y, mucho menos, quería perder la oportunidad de conocerla mejor.

Sin dar más vueltas decidí llamar a mi hermano, él era el único que podía darme una idea de dónde buscarla. Para que Nate me revelara algún dato tuve que contarle algo de lo sucedido esa noche, pero nada de lo sucedido siete años atrás. No sabía si él estaba enterado ni si Damaris quería que lo supiera. Solo me limité a explicarle que habíamos salido un par de veces y que había cometido un error que quería enmendar. Nate la adoraba y, si bien al principio me llevé un buen sermón y se negó a darme cualquier tipo de información, terminó cediendo y pasándome la dirección de su tía, que era donde mi hermano suponía que debía comenzar a buscarla.

Cuando su tía me abrió la puerta y me miró, comprendí que no debía seguir buscándola. Damaris estaba allí. Los ojos de su tía al verme no me dejaron dudas. Esa mujer era increíble. Si bien antes de dejarme verla me dio todo un sermón, dos cosas me habían dejado, no solo perplejo, sino también demasiado eufórico:

«Necesita verte tanto, que ni siquiera lo sabe»

«Y hazme caso, con lo poco que he hablado contigo, ya tengo claro que están hechos el uno para el otro. Y hacen una pareja monísima».

Y el encuentro con ella fue más increíble de lo que lo había imaginado.

Ahora la observaba y no podía creer que esa hermosa mujer fuera con la que siempre había soñado.

Después de hacer el amor nos habíamos duchado juntos y habíamos vuelto a hacerlo en la ducha. Si hubiera sido por mí me hubiera quedado todo el día en la cama con ella. Tenía una inmanejable necesidad de tocarla, de comprobar que no era producto de mi imaginación. Que no estaba soñando. Que Damaris era real, que estaba a mi lado.

Pero su tía estaba por llegar y no era apropiado que nos quedáramos en la cama.

Por ese motivo la había invitado a almorzar y en ese momento estábamos en un *restaurante* que quedaba a unas calles de la casa de su tía. Ambos habíamos pedido pasta y estaba deliciosa, y si bien disfrutaba de la comida, no podía dejar de mirarla. Esa mujer me tenía totalmente hipnotizado. Era hermosa, sensual, inteligente, y no podía sacarla de mi cabeza.

Pero tenía que ir despacio.

Desde que había descubierto la traición de Gladys no había vuelto a estar en una relación de pareja, mis relaciones no trascendían de las sábanas, eran simples intercambios de placer. No involucraba sentimientos ni brindaba compromisos. Era mejor así porque no quería volver a sentirme traicionado.

Pero el mundo era un lugar menos aterrador con Damaris a mi lado.

No tenía claro si era solo atracción física, solo sabía que debía ser cuidadoso. Ella era la que provocaba el profundo anhelo que siempre había sentido en mi alma. No estaba seguro de lo que estaba pasando entre nosotros, pero la idea de no pasar más tiempo con ella me provocaba una contracción en mis entrañas.

Damaris había aparecido en mi vida y, de repente, no entendía cómo había podido vivir sin ella.

Debía reevaluar mi postura sobre las relaciones de pareja.

—Espero que mi tía no te haya incomodado con sus temas... sobre sexo. Es un tanto... descarada, pero te aseguro que es una persona fantástica —dijo, mirándome un tanto avergonzada.

—No me ha incomodado en absoluto. Reconozco que me sorprendió su actitud tan... abierta, pero no me hizo sentir incómodo.

—Es raro que no hayas salido corriendo despavorido —dijo, con una sonrisa sincera que me sacudió el alma.

—No estaba allí por tu tía, Damaris, estaba allí por ti. Me hubiera enfrentado a lo que sea para poder verte —confesé, y le devolví la sonrisa aferrándome a esa sensación de victoria que sentía desde esa mañana por la esperanza de poder estar más tiempo con ella.

No quería ilusionarme antes de tiempo porque Nate me había dicho que Damaris no salía más de un par de veces con sus citas, pero, en cualquier caso, tenía claro que quería a la doctora Damaris Dorian en mi vida.

El «cómo» me daba igual.

Al volver a la casa de su tía la noté nerviosa, inquieta, y estaba seguro de que era porque nunca había llevado a una pareja. Nate también me había contado que los encuentros de Damaris con sus citas nunca tenían lugar en su piso. Daba por hecho que eso era un síntoma de su sentido de la independencia y de su forma de poner distancia. Por supuesto, no tenía nada que objetar al respecto porque yo me comportaba igual, pero haría todo lo posible para que lo nuestro fuera distinto.

Pasito a pasito, me dije.

—Voy a quedarme todo el día con mi tía —afirmó, antes de entrar.

—Pensé que nos iríamos juntos.

—Le prometí a mi tía que pasaría el día con ella.

—Bien, lo entiendo —dije, desilusionado, pero no quería presionarla.

Al entrar encontramos a su tía preparando un pastel que olía delicioso y nos recibió con una genuina y pícara sonrisa. En ese punto se solía explicar la relación entre la persona que presentabas y uno mismo, así que estaba ansioso por escuchar que le decía Damaris a su tía sobre nuestra relación.

—Hola, tía —saludó, y le dio un beso en la mejilla—. Sé que ya conoces a Clemente Bradbury, es el hermano mayor de Nate —dijo, sin más explicación que esa, pero su tía, ávida por saber detalles de nuestra relación, no se conformó con esa escueta explicación. Yo tampoco.

—Sí, tuve el gusto de conversar con él esta mañana, pero aún sigo sin saber qué relación hay entre ustedes.

Damaris parpadeó y la quedó mirando con expresión de asombro.

—Tía, no creo que...

—Nos estamos conociendo —respondí, al ver que Damaris me miraba inquieta.

—Somos amigos —dijo, haciendo que esas palabras me hicieran sentir una punzada de desilusión que ni yo entendía.

—Amigos... que se están conociendo... Y ¿cómo se conocieron?

—Por Nate —dijo, Damaris, enseguida, pero su tía no pareció escucharla y a juzgar por la mirada que me dirigía estaba esperando una respuesta de mi parte.

—Nos conocimos hace unos años en el piso que Damaris compartía con mi hermano —afirmé, y noté que Damaris me miró perpleja, supuse que no se esperaba que mencionara nuestro

primer encuentro, pero mi respuesta era la verdad y no lo pensaba negar ni ocultar.

—Y se volvieron a encontrar... Interesante... El destino hace sus propios planes —afirmó, con una sonrisa inteligente, aguda, picaresca.

Ambos la quedamos mirando. Damaris con reproche, yo con diversión.

—Clemente, estoy preparando pastel de manzana. ¿Nos acompañarías a probarlo acompañado de una taza de té?

—Huele delicioso y te agradezco mucho la invitación, Nancy, pero debo irme porque tengo una reunión. —Preferí poner una excusa e irme porque no quería que Damaris se sintiera invadida en su intimidad, además de que parecía estar muy tensa.

Me despedí de Nancy y Damaris me acompañó hasta la puerta.

—Me debes un trozo de pastel de manzanas y un té —dije, me reí y apoyé mi cuerpo contra el marco de la puerta.

—No te entiendo.

—Por supuesto que lo entiendes, y yo también lo entendí —indiqué, para que tuviera claro que me iba porque era ella la que estaba incómoda, no yo, y la quería librar de esa situación.

—No es lo... —La estreché contra mí y la besé.

Mi beso la pilló desprevenida y aproveché su exclamación de sorpresa para invadir su boca y acariciarla totalmente con mi lengua. El profundo gemido que brotó de su garganta me puso a mil y reverberó por todo mi cuerpo, sobre todo en la entrepierna. Su cuerpo se pegó al mío haciendo que mi espalda golpeará en el marco de la puerta. Si no frenaba ese beso la tendría que cargar sobre mis hombros y llevarla rápidamente a su dormitorio. No creía que su tía pusieras pegas a mi plan, seguro que hasta me alentaría, pero no era lo correcto.

El beso se volvió poderoso y malditamente apasionado, y fue momento de detenerlo porque estaba a nada de perder totalmente el control.

Con un gemido de frustración separé mi boca de la de ella. Con solo mirar sus labios enrojecidos y sus acaloradas mejillas estuve a punto de volver a asaltar su boca y olvidarme de todo.

¡Joder que me lo ponía difícil!

—Mejor me voy porque si no te voy a foll...

—Adiós, Clemente —dijo, aún más roja y haciéndome sonreír.

—Te llamo más tarde.

Damaris entró y cerró la puerta rápidamente. Mi sonrisa se ensanchó y, ajustando la entrepierna como pude, me dirigí hacia donde estaba aparcado mi coche. Apenas podía seguir el ritmo de mis confusos pensamientos. Estaba hecho un lío, pero hacía mucho tiempo que no me sentía con tanta energía.

Pero... tenía que pensar muy bien el siguiente paso.

No estaba en mis planes que una mujer me hiciera sentir así y hacerme replantearme mis prioridades.

En ese momento no tenía ni idea de lo que era lo nuestro o a dónde podría llegar..., pero estaba bastante seguro de lo que me sucedía con Damaris.

Y estaba totalmente jodido.

Capítulo 16

«“Yo me maté en esa curva”, dije señalando su sonrisa.»

—Julio Cortázar

Damaris



Pasé todo el día con mi tía y llegué a mi piso pasadas las ocho de la noche. No pensaba cenar porque mi tía me había hecho varios de mis platos favoritos y había comido para tener reservas como para tres días. Como era de esperarse, después de que Clemente se fuera, mi tía me había acosado a preguntas sobre él, pero yo apenas había respondido con monosílabos y, aunque no me resultó fácil que se desanimara, al final se había rendido y había dejado de indagar.

Sonreí al recordar su consejo al despedirme. Típico de ella, me había estrechado en un fuerte abrazo y me había susurrado: «*Pórtate mal y pásala bien*».

Apenas llegué a mi piso me di una reparadora ducha, me puse un camisón cómodo y me senté frente al televisor que pocas veces encendía porque nunca dedicaba mi poco tiempo libre a mirar algo en la tele, ni siquiera a hacer *zapping*. De vez en cuando me prendía con algún documental interesante, y ese día pretendía ver algo así. Me acosté en el sillón del *living* con la tele encendida, pero realmente ni la miraba. Nada lograba calmarme. No podía aquietar los pensamientos frenéticos que inundaban mi mente. Todo lo sucedido con Clemente me tenía inquieta. No podía dejar de pensar en él y eso de estar enfocándome en un hombre era lo que siempre había evitado.

Pero, ¿por qué me sentía así? No estaba interesada en tener algo serio con Clemente. O por lo menos eso creía. Todo lo que quería de él era volver a tener sexo grandioso y ya había más que cumplido con ese objetivo.

¿Quería seguir viéndolo? ¿Ser su amiga?

En realidad, todavía no estaba segura de lo que quería, y eso nunca me había sucedido.

A ver..., quería volver a tener sexo con él. ¿Quién no? Las experiencias con él eran memorables. Pero si ocurría nuevamente, ¿qué sucedería después? ¿Eso significaba que teníamos una relación seria? Las relaciones serías no eran lo mío, eso ya lo había decidido hacía mucho tiempo. No quería depender emocionalmente de nadie. Era mucho más fácil enfrentarse a la locura de la vida sin preocuparme por nadie. Obvio que lo hacía por Nancy y Nate, pero ellos tenían, o tendrían algún día, a una persona a su lado a quien amar y que los amara.

¿Yo?

Yo no necesitaba a nadie. Estaba bien así como estaba.

Entonces... ¿dejaba de ver a Clemente?

Lo pensé, les aseguro que lo pensé.

Pero... eso no parecía ser una opción, o por lo menos eso me decía la amarga sensación que experimentaba al imaginarlo.

Estaba demasiado confundida como para que en ese momento nada tuviera sentido.

¡Ay, santo Dios!

Resoplé sonoramente y negué con la cabeza.

Mi teléfono sonó sacándome de mis enloquecidos pensamientos. Miré la pantalla por si era del hospital, pero era Nate.

—Hola, precioso —saludé.

—Otra vez con eso. Ya te dije que uses otro adjetivo; a los hombres no nos gusta que se nos llame «preciosos». Puedes decirme guapo, *sexy*, semental...

—¡Puaj! —exclamé, y soltó la risa—. Prefiero precioso. Ahora dime a qué se debe tu llamada.

—Te escucho muy entusiasmada por charlar conmigo —ironizó.

—Lo estoy, pero no para escuchar tus chorradas.

—Esas chorradas siempre me funcionan con las mujeres.

—Ya ves que conmigo no sucede.

—Tú no cuentas.

—Gracias, precioso. —Bufó.

—Estoy en Río de Janeiro, vine a ver a mi padre. Quería avisarte porque seguramente me quede una semana. No tenía pensado venir, pero preferí acompañarlo en estos días.

—¿Está todo bien?

—Sí, algo así. Me avisó que se estaba haciendo unos exámenes médicos y vine a ver como estaba todo y a acompañarlo.

—¿Y cómo está?

—Por ahora bien, aunque tiene pendientes algunos más.

—Si tu papá está de acuerdo, pásame los resultados y te doy mi opinión.

—Pensaba hacerlo, gracias.

—¿Clemente lo sabe? —consulté, porque él no me había hecho ningún comentario.

—Mi hermano no se lleva bien con nuestro padre, así que ni le dije. Seguro que no le interesa —comentó, dejándome sorprendida, pero era algo tan personal, tan íntimo, que no pregunté nada más—. ¿Y por qué te preocupa Clemente?

Suspiré.

Sabía que esa pregunta iba a llegar en cualquier momento y no tenía intención de ocultárselo.

—Nos volvimos a ver —respondí, porque no tenía intención de ocultárselo.

—Me imaginé porque me llamó desesperado para que le dijera donde te podía buscar y ya veo que te encontró. ¿Y qué fue lo que hizo? Porque parecía que mi hermanito había metido la pata hasta el fondo.

—Se lo conté. Le dije lo que había sucedido entre nosotros hace siete años.

—¿Y? ¿Cómo lo tomó?

—Más o menos, quizás al principio más menos que más.

—¿Se ofendió? —preguntó, y la sorpresa tiñó su voz.

—Estaba desconcertado y un tanto molesto, por así decirlo. Por eso después quería verme para hablarlo mejor.

—No entiendo. ¿Por qué quería verte? ¿Se lo dijiste por teléfono?!

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Es que cuando se lo dije se fue y...

El timbre interrumpió la conversación.

—¿Qué fue eso? —preguntó, Nate.

—El telefonillo de la portería. Después te llamo para terminarte la historia.

—¡Ni te atrevas, Damaris! —gritó, pero igual le corté la llamada.

Cuando tomé el telefonillo el conserje me avisó que Clemente Bradbury estaba en el ascensor subiendo hacia mi piso. Seguramente le permitió hacerlo porque ya lo había visto un par de veces conmigo, pero eso me daba poco tiempo para salir de la sorpresa de su visita. Vivía en el piso diez, así que solo contaba con unos pocos minutos. Y yo... no sabía qué hacer. Salí corriendo hacia mi dormitorio y me puse una bata encima del camisón. Me miré en el espejo y, con las manos, me arreglé un poco el pelo. Mucho más no podía hacer, así que me dirigí hacia la puerta sintiendo algo extraño.

¿Era mi corazón dando volteretas en mi pecho?

Sí, lo era, y lo más preocupante era que esas piruetas se debían a la... emoción.

¡Jesús! Estaba peor de lo que pensaba.

Sentía una mezcla de nerviosismo y emoción.

¿Qué me estaba pasando?!

Era hora de centrarme de una maldita vez.

Abrí la puerta con decisión.

Auch...

¿Había dicho centrarme?

Ay, Dios.

¿Cómo podía centrarme teniendo a ese hombre frente a mí? Eso era difícil, por no decir imposible. Y, para más, me miraba como si fuera su postre predilecto esperando a ser devorado de un bocado. El palpable deseo que oscurecía sus ojos me dejó sin aliento y una ráfaga de calor estalló dentro de mí, calor que amenazó con hacerme arder.

¡No contaba con ese detalle!

Me había metido en un buen lío. En uno descomunal.

El rostro del hombre era una obra de arte.

Y su apariencia...

Vestía con *jeans* oscuros y un suéter gris del mismo color que sus ojos.

ALUCINANTE.

—Clemente, que sorpresa —dije, sin poder evitar que mi voz delatara mi nerviosismo.

—¿Buena o mala?

—Eeeh..., inesperada. —Sí, ya lo sabía, era una COBARDE, y su gesto demostró la desilusión que le causó mi respuesta.

—Aún puedo hacer que pienses que es buena.

—Es buena, claro; solo que me sorprendiste porque no dijiste que nos volveríamos a ver. Pasa, por favor —dije, apartándome de la puerta para darle paso.

Clemente entró y cerró la puerta tras de sí. No me podía mover. Las piernas me temblaban, las manos comenzaron a sudarme, se me cortó la respiración y todo a mi alrededor desapareció.

Salvo él.

—¿Estás sola? —preguntó, con su profunda voz de barítono, y una bandada de mariposas enloquecidas me atacó las entrañas. ¡Cabronas mariposas!

—Sí —respondí, y se acercó hasta estar a escasos centímetros de mi rostro.

—Mierda, Damaris, me lo estás poniendo muy difícil... no puedo dejar de pensar en ti.

Se inclinó y me besó el cuello, y a mí se me escapó un suspiro involuntario. Sus labios se desplazaron a lo largo de mi cuello haciéndome temblar de placer. Cuando llegó a mi mandíbula, ya no aguanté más y giré la cabeza para que nuestras bocas se encontraran. Clemente pegó su boca a la mía y me besó reclamándolo todo. Su lengua se coló en el interior de mi boca de forma exigente y mi cuerpo dejó de ser mío para rendirse a él. Nos besábamos con lentitud, pero con hambre. Era un beso absolutamente increíble. Un gemido ronco surgió de su garganta y mi vientre se contrajo en respuesta.

—Te deseo desesperadamente... —susurró, me cubrió un pecho con su mano sobre la fina tela del camisón, haciendo rodar mi pezón entre sus dedos arrancándome un gemido.

—Yo también —afirmé, y coloqué la palma de mi mano sobre su endurecido miembro.

El rostro de Clemente se tensó e inmediatamente me desabrochó la bata dejándola caer al suelo.

—Eres tan perfecta... tan bella... —Volvió a besarme y me tomó en sus brazos, aplastándome contra su pecho para comenzar a caminar hacia el sillón largo del *living*. Me tumbó allí y se cernió sobre mí.

Eso sí que era un *déjà vu*, y, por lo que dijo a continuación, él también lo sintió así.

—Esto me trae recuerdos —susurró—, hermosos y ardientes recuerdos. —Se quedó quieto, mirándome con un brillo en los ojos que no pude interpretar, porque era deseo, pero había algo más.

—¿Suced algo?

—Me gusta contemplarte... lo disfruto... eres hermosa.

—Aaah... mi hermosura te dejó abrumado —bromeé, sonriente, y la comisura de sus labios se curvó hacia arriba.

—Sin duda, y ahora voy a besarte y a hacerte el amor hasta dejarte sin aliento.

Ay, Dioos mío... en ese momento la que quedó totalmente aturdida fui yo, pero no pude pensar mucho.

Me volvió a besar.

Su cuerpo enardecido me empujó contra el sillón. Mis dedos se enredaron en su pelo y ambos jadeamos. Me hizo sentar para sacarme el camisón y luego se encargó rápidamente de las bragas de satén negro, en ese momento no llevaba sostén. Dondequiera que sus labios me tocaban, una potente energía penetraba y se extendía por mi cuerpo, haciendo vibrar todas mis terminaciones nerviosas.

Clemente deslizó los dedos por mi entrepierna y dibujó un par de círculos alrededor de mi parte más sensible. Gemí y mis caderas se dispararon sin poder evitarlo. Comencé a sentir una presión dentro de mí que amenazaba con explotar.

—Oooh... Dios.

—Tan húmeda por mí.

Sí que lo estaba. Totalmente empapada. Sin esperar más, desabroché el botón de sus *jeans* y, con manos temblorosas, bajé la cremallera. Eso pareció enardecerlo. Rompió el beso y me observó.

—Eres tan preciosa. Mi ninfa...

—Tu ninfa...

Se puso de pie y a la velocidad de la luz se deshizo de toda su ropa, no sin antes sacar un preservativo de la cartera que tenía en su pantalón. En cuanto quedó desnudo delante de mí, me tomé un momento para admirarlo. Clemente Bradbury era perfecto, sensual como un demonio y... enorme. Estiré la mano y pasé los dedos por su duro abdomen. Él se estremeció y su respiración se volvió irregular. Sorprendiéndome, me tomó de las piernas y me hizo girar de manera que mis piernas colgaran fuera del sillón. Tiró de mí y me atrajo hacia él, mientras él se acomodaba para que su miembro quedara justo donde él quería.

—Eres pura perfección. Mírame —ordenó, mientras tomaba su miembro y presionaba en mi sexo.

Lo vi cerrar los ojos antes de penetrarme con fuerza sumergiéndose hasta el final.

—Esto es el puto paraíso —susurró, con los dientes apretados.

Y comenzó a deslizarse dentro y fuera con más frenesí, haciéndonos perder la noción de todo, excepto de nosotros y el placer que nos brindábamos. No podía apartar mis ojos de los de él mientras me miraba con esa pasión. Me di cuenta de que estaba cerca y mis gemidos se lo hicieron saber. Mi cuerpo estaba en llamas. Y una embestida profunda y el placer me golpeó tan fuerte que casi perdí la conciencia. Todos mis músculos se contrajeron mientras gritaba de éxtasis. Unos segundos después sentí el momento en que Clemente llegó al orgasmo y lo escuché gritar mi nombre, pero mis ojos se cerraron. Cuando los abrí, él me miraba con los ojos nublados de placer.

—Dios... ha sido increíble —susurré.

—Y este es solo el comienzo, doc.

Me abrazó, estrechándome contra a él. Ambos temblábamos. Me acurruqué en sus brazos sintiéndome tan maravillosamente bien que no recordaba cuando había sido la última vez que me había sentido así.

Y eso no era todo...

Cuando levanté el rostro para mirar a Clemente, me miraba con la sonrisa más brillante, maravillosa y sincera que le había visto.

Y algo en mi pecho se abrió de par en par.

Y supe, con total certeza, que me había metido en un gran lío.

Capítulo 17

*«Es usted, lo sé...
Desde hace muchos sueños atrás.»*
—Joel Montero
Clemente



Cuatro horas después seguíamos acostados, pero habíamos abandonado el sillón y estábamos en la cama de Damaris. Después que aterrizamos en esa cama no nos levantamos más, solo nos dedicamos a darnos placer. En ese momento tumbado allí, rodeado de su calidez, me sentía increíblemente bien y satisfecho. Ella me abrazaba con fuerza y sentía su corazón latir aceleradamente al compás del mío.

Damaris me gustaba, me gustaba de verdad.

Mientras acariciaba su espalda desnuda, un pensamiento me asaltó. No estaba seguro de lo que estaba pasando entre nosotros, pero fuera lo que fuera, quizás podría funcionar.

La voz de Damaris me sacó de mis pensamientos y lo que dijo me hizo olvidar de todo lo que pasaba por mi cabeza en ese momento.

—Cuando llegaste estaba hablando con Nate. Está en Brasil acompañando a tu padre que se está haciendo unos chequeos médicos.

Mi mano en su espalda detuvo la caricia y mi cuerpo se quedó rígido.

Si ella supiera que me importaba una mierda lo que le pasara a ese hombre, ¿qué diría? Puede que fuera mi padre biológico, pero conmigo nunca se había comportado como tal. Lo detestaba y lo iba a detestar toda mi vida. Es más, ni siquiera tenía claro de lo que era capaz si me veía cara a cara con él. Ya me había deshecho de todo cuanto me recordara a ese despreciable sujeto, aunque lamentablemente llevaba su sangre y su apellido. Negué con la cabeza intentando sacar de mi cabeza esos recuerdos que pesaban demasiado.

No dije nada porque todo lo relacionado con mi padre me lo quedaba para mí, era mi gran secreto, pero Damaris debió haber notado el cambio que se produjo en mi cuerpo.

—¿Estás bien?

Bajé la mirada y vi que había posado la mano en mi pecho y me miraba con gesto de preocupación.

—¿Por qué no lo estaría? —respondí, molesto por haberme dejado afectar por los recuerdos.

Me miraba con esos ojos marrones tan claros que parecían dorados, y sentía que podía leer mi alma. Pero era mejor que no lo hiciera porque no le iba a gustar lo que viera allí.

—No lo sé... me pareció que algo te molestó. —Me recorrió un escalofrío.

—No, nada me molestó, pero será mejor que me vaya porque ya es muy tarde —señalé, porque con ese comentario y, sin saberlo, se había cargado el ambiente y mi humor se había agriado.

Damaris no tenía culpa en eso, ella no tenía por qué saber cómo era mi relación con mi padre o, mejor dicho, que no había ningún tipo de relación, pero yo no hablaba de eso con nadie, sin excepciones. Ni siquiera mi hermano sabía que mi padre me había golpeado por años, que me había criado desde la crueldad y el odio, moliéndome a golpes. Ese hombre me había destrozado la vida, pero había evitado que lo hiciera con la de Nate. Mi hermano tenía una buena relación con él y nunca se lo había contado. Toda mi vida lo había engañado. Nate nunca había visto más allá de mi máscara de desapego, de hombre mujeriego y sin ataduras. Había perfeccionado esa habilidad y cada vez lo hacía mejor.

Era mejor así.

Ese era y seguiría siendo mi secreto.

Cada vez que recordaba esos años experimentaba una ira tan grande que era incapaz de ocultarla, y en ese momento tampoco pude. No quería que Damaris me viera así, no quería estropear todo lo bueno que estaba sucediendo entre nosotros.

Era mejor que me fuera.

Miré el reloj como si tuviera algo urgente que hacer, cosa que era ridícula porque era de madrugada.

—¿Te vas? —preguntó, sorprendida, y tenía razones porque fue evidente que mi estado de ánimo se había derrumbado y me maldecía por eso, sin embargo, no había podido hacer nada para evitarlo.

—Tengo un montón de trabajo que poner al día. Suelo trabajar en la noche.

Entornando los ojos, clavó su desconfiada mirada en mí por lo que supe que no me creía.

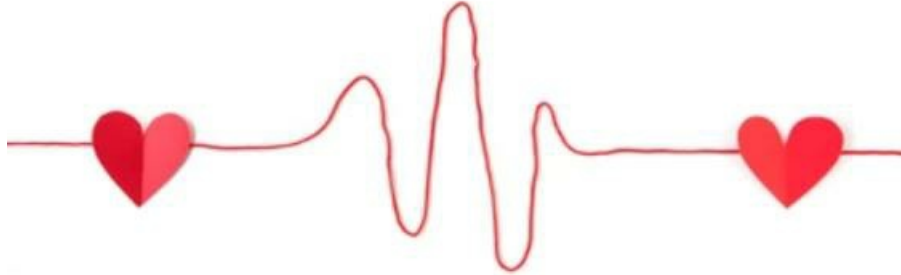
Antes de abandonar la cama me llevé su mano a los labios y la besé.

—Mañana te llamo —afirmé, tratando de que mi tono fuera neutro, y ella asintió con la cabeza, aunque seguía notando su desconcierto.

Me vestí rápidamente, le di un suave beso en los labios y, cuando me estaba apartando, sentí la calidez de su mano en la mía.

—¿De verdad estás bien? —preguntó, con verdadera preocupación, y yo solo pude asentir con la cabeza—. Es que...

Me marché antes de que pudiera terminar, luchando contra el nudo que contraía mi garganta.



Llegué a mi piso sintiéndome miserable.

La desazón era como una sombra cerniéndose sobre mí. Enseguida me serví un *whisky* y me lo bebí de un trago. El alcohol quemó mi garganta y calentó mi estómago, pero no me hizo sentir mejor. Me sentía como la mierda no solo por haber dejado que los recuerdos me arruinaran la noche con Damaris, sino también por haberme ido de su piso de la forma en que lo había hecho.

A eso se sumaba que me sentía confuso.

Sí, maldición, me sentía confuso por no entender lo que ella me hacía sentir.

Me serví otra copa. Quería anestesiarse mi mente. No quería sentir nada, pero el arrepentimiento no me daba tregua.

¿Por qué había dejado que los recuerdos arruinaran un momento feliz? Sí, en los ratos que había pasado con ella me había sentido feliz.

Era un estúpido por haber permitido que ese cabrón mezquino siguiera estropeando mi vida. Me tenía que liberar del pasado... y debía pensar en mi futuro, aunque aún dolieran los últimos golpes que me había propinado ese miserable.

Debía seguir adelante.

Tomé mi teléfono y presioné sobre el contacto de Damaris.

—¿Hola? —respondió, al primer timbre.

—Disculpame por haberme ido así —dije, tomándome la cabeza con la mano libre.

—No tengo nada que disculparte, Clemente.

—No tengo ninguna relación con mi padre. —Casi no podía continuar, pero algo en mi interior me decía que lo hiciera, necesitaba que entendiera lo que me había sucedido. Tal vez había llegado el momento de confiar en alguien.

—Lo lamento.

—No lo hagas. Es lo mejor que me pudo haber pasado. Mi padre me desprecia y yo a él. Es un cabrón sin escrúpulos. —A continuación, exhalé y me pasé una mano por el pelo.

—No tenía idea.

—Me padre me... me... —Tomé aire—. Ese hombre me golpeaba. Lo hizo hasta que me fui de casa. —Nunca se lo había contado a nadie y sentía una mezcla de angustia, resentimiento, pero también como si una gran carga abandonara mi pecho—. Nate no lo sabe y no debe saberlo jamás. En realidad, no lo sabe nadie... solo tú.

No dije más nada, miedoso de lo que podría salir de mi boca si intentaba explicarle algo más. Después de un silencio que duró una eternidad, escuché su voz.

—Dios mío, Clemente. Nunca imaginé que...

—No me gusta hablar de toda esa mierda... por eso me fui de tu piso —afirmé, porque lo que menos quería era su compasión.

—Lamento haberlo nombrado. Lamento haberte traído esos recuerdos.

—Yo lamento haberme comportado de la forma en que lo hice —insistí.

—Preguntarte cómo estás —empezó a decir en voz baja y dulce—, sería una pregunta demasiado absurda, pero créeme, necesito saberlo.

—Estoy bien —respondí, pero no lo estaba, aunque el hecho de que le importara me hizo sentir que ella era capaz de contener todo lo que se me estaba removiendo por dentro. Nadie se preocupaba por mí, con la excepción de Nate y, ahora, de Damaris.

—¿Necesitas algo?

A punto estuve de decirle que la necesitaba a ella, pero no lo hice. Ni siquiera sabía si eso era bueno o malo.

¿Necesitar a alguien?

¿Desde cuándo yo necesitaba a alguien en mi vida?

Yo no *debía* necesitar a nadie.

—No, gracias.

—Bueno... que descanses.

—Tú también.

Corté la llamada sintiendo que algo se me había quedado atorado en la garganta y no había sido lo suficiente valiente para dejarlo salir.

Miré el vaso de *whisky* que estaba por la mitad, pero lo aparté. No volvería a beber. Me dirigí al *living* y tomé el mando del equipo de música, seleccioné una canción cualquiera y comenzó a sonar «Rescue» por Lauren Daigle. Me senté en el sillón y apoyé la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

No sé el rato que estuve allí, cuando la canción terminaba la repetía, fueron unos golpes en la puerta de entrada los que me hicieron abrir los ojos. Lo primero que hice fue mirar mi reloj. Eran las tres y media de la madrugada. Me puse de pie y caminé rápidamente hacia la puerta y la abrí. El corazón se me aceleró y mi respiración se detuvo en mi garganta.

Damaris estaba frente a mí y me miraba... no sé a qué se debía el brillo maravilloso de sus ojos, tampoco pude pensar mucho porque dejó caer su mochila al piso, se lanzó a mis brazos y me envolvió con los suyos apretándome con tanta fuerza que pensé que me quebraría una costilla, aunque juro que no me hubiera importado porque era un abrazo protector y que transmitía un gran sentimiento y paz. Nunca había sentido algo así. A Damaris le importaba y, como aquella noche siete años atrás, me estaba salvando.

—Tenía que venir porque creo..., en realidad, estoy segura de que Sí necesitas algo. Necesitabas un gran abrazo y yo necesitaba dártelo.

Mi corazón dio una voltereta mortal. Sentir la calidez de su cuerpo junto al mío y esa fuerza que me transmitía su abrazo era... conmovedor, era como si mi mundo volviera a estar en su sitio. Sonreí.

—¿Cómo supiste dónde vivo? —La respuesta no me importaba, pero quería decir algo y solo

pude articular esa pregunta.

¿Por qué me ardía la garganta?

¿Eso que sentía era emoción?

—Nate... Ya ves... no eres el único cotilla.

La risa que brotó de mi garganta me sorprendió. Un rato antes hubiera pensado que era imposible reír así, pero ella lo había logrado.

—Y debo confesar que también soborné a tu conserje para que me dejara subir.

Y estallé en más risas. Al escucharme reír así, apartó su rostro y me miró, pero siguió rodeándome con sus brazos protectores.

—No puedo creer que hayas corrompido al señor Sánchez.

—Me gusta verte reír. —Acarició mis mejillas y me besó suave y dulcemente.

Gemí de decepción cuando su boca me abandonó, pero enseguida extendió su mano en mi dirección.

—Puedo quedarme contigo aquí o puedes ir a dormir conmigo a mi cama. Te dejo elegir.

Volví a sonreír.

—¿Estas segura, doc? —pregunté, porque no olvidaba lo que ella pensaba de las relaciones y eso que me proponía era un gran paso.

—Lo estoy —dijo, levantando la mochila y mostrándomela.

—Quédate conmigo. No quiero que te vayas ni pienso dejarte marchar —afirmé, con seguridad y tirando de ella para que volviera a mis brazos.

—Y yo no pienso dejarte solo.

Sonreí, y nos volvimos a besar.

Capítulo 18

«En un beso sabrás todo lo que he callado.»

—Pablo Neruda

Damaris



Cuando corté la llamada con Clemente supe, con seguridad, lo que tenía que hacer. Le envié un mensaje a Nate pidiéndole me pasara la dirección de su hermano y, sorprendiéndome, me pasó el dato sin preguntarme nada. Me vestí rápidamente, guardé lo necesario en una mochila y salí en dirección a su edificio.

Seguía impresionada, angustiada y furiosa por lo que me había contado Clemente. No lo podía creer.

¿Cómo un padre podía lastimar a un hijo? ¡Cobarde, hijo de puta!

Clemente estaba herido. Su padre no solo lo había herido físicamente, sino también emocionalmente. Su imagen y sus palabras habían roto mi corazón. Recordaba su mirada de ojos grises, distante. Su tono de voz ausente, como si estuviera en otro lado, seguramente en el infierno en que le había tocado vivir.

¡Su padre era un cabrón hijo de puta!

Pero tenía claro lo que debía hacer.

No pensaba dejarlo solo.

Si él quería echarme que lo hiciera, pero yo le iba a demostrar que podía confiar en mí y que yo no lo dejaría solo en su dolor y tristeza, aunque con eso me estuviera arriesgando demasiado a hacerme mierda.

En ese momento me encontraba frente a su puerta. Mis manos temblaban, pero no de los nervios, sino de anticipación.

No estaba nerviosa, estaba decidida.

Respiré hondo antes de golpear la puerta con los nudillos.

¿Y si estaba durmiendo? No se escuchaban movimientos, aunque me parecía escuchar música.

La ansiedad me estaba matando, hasta que la puerta se abrió y lo tuve frente a mí. Me moría por abrazarlo, por consolarlo, por protegerlo. La seriedad de la sorpresa fue desapareciendo y una sonrisa suavizó sus comisuras.

Sin decir nada me lancé sobre él y lo abracé. Tenía la cabeza apoyada en su pecho y no lo quería soltar, seguro que hasta le costaba respirar.

—Tenía que venir porque creo..., en realidad, estoy segura de que Sí necesitas algo. Necesitabas un gran abrazo y yo necesitaba dártelo.

—¿Cómo supiste dónde vivo?

—Nate... Ya ves... no eres el único cotilla —respondí, recordando que él también le había preguntado muchos datos míos a su hermano. La risa que escuché me aceleró el corazón, raramente lo había escuchado reír, pero cuando lo hacía..., era como dardos a mi estómago—. Y debo confesar que también soborné a tu conserje para que me dejara subir.

Y más risas que le dieron un gran alivio a mi corazón. Tenía que mirarlo reír, no me podía perder ese espectáculo.

—No puedo creer que hayas corrompido al señor Sánchez —dijo, sin dejar de sonreír.

—Me gusta verte reír —afirmé, sin poder contenerme, acaricié sus mejillas fascinada por la sensación áspera de su barba en la palma de mi mano. Busqué sus labios y lo besé—. Puedo quedarme contigo aquí o puedes ir a dormir conmigo a mi cama. Te dejo elegir.

—¿Estás segura, doc?

—Lo estoy —afirmé, con decisión, y para que no le quedaran dudas levanté la mochila del piso y se la mostré.

—Quédate conmigo. No quiero que te vayas ni pienso dejarte marchar —dijo, y el brillo de su mirada me confirmó que realmente estaba seguro de lo que decía.

—Y yo no pienso dejarte solo —afirmé, sabiendo que lo que estaba haciendo era lo que siempre había evitado con mis citas, pero ¿a quién quería engañar? Clemente era más que eso.

Él fue quien buscó mis labios y me besó. Ladeé mi cabeza para que el beso fuera más profundo y su lengua no me dio tregua, explorando mi boca con ansia.

—Bueno, ahora que ya decidimos dónde dormiremos, ¿podemos ir a dormir? Estoy cansada y mañana debo madrugar.

—¿Dormir? —Su mirada sensual hizo un barrido lento por mi cuerpo—. De la forma en que te me abalanzaste pensé que querías estar sobre mi cuerpo, no sobre mi cama.

—Más quisieras, pero mañana tengo que estar a las ocho en el hospital —dije, levantando la mochila, que había vuelto a dejar caer para utilizar mis manos en algo más placentero... abrazarlo y besarlo.

Cerró la puerta y se quedó en silencio por un momento, y a continuación dejó escapar un suspiro derrotado.

—Muy bien, doc. No puedo permitir que vayas a trabajar sin dormir, porque si empiezo con lo que tengo en mente, seguro que te tengo despierta lo que queda de la noche —dijo, y yo hice un puchero como si fuera una niña, haciéndolo sonreír.

Me sacó la mochila de la mano y entrelazó sus dedos con los míos para tironear de mí y conducirme por su piso hasta su dormitorio.

—¿Qué tienes en esta mochila? Pesa demasiado para ti.

—Soy muy previsora y traje todo lo necesario para mañana... por si me quedaba aquí.

Había tantas otras cosas que quería decirle: *Porque quería hacerte compañía. Porque quería asegurarme de que estuvieras bien. Porque quería cuidar de ti.*

Pero no dije nada.

—¿Trajiste un camisón sexy o sueles dormir desnuda? Ambas opciones están bien para mí, pero te advierto que, si pretendes dormir, será mejor que te pongas una de mis camisetas.

Vacilé un segundo, luego lo miré y sonreí, él me miraba con seriedad, pero estaba segura de que hacía un esfuerzo por no reír.

—Dame una de tus camisetas —afirmé, y él chasqueó la lengua.
—Mierda... ¿por qué no me habré mantenido callado?

A punto estuve de decirle que lo había hecho porque era un buen hombre y me cuidaba permitiendo que descansara lo suficiente como para enfrentar un día en el hospital, pero preferí no decir nada.

Esa noche todo era demasiado intenso.

Llegamos al dormitorio y al encender la luz me encontré con una habitación grande. Desde los ventanales se veían otros edificios tan altos como el suyo, todos iluminados, conformando el inconfundible perfil urbano de la ciudad. Era una vista increíble, pero no tanto como la que tenía frente a mí. Ese hombre era hermoso, realmente hermoso. Embriagada por su cercanía y estando a un metro de su cama, el deseo me invadió repentinamente. ¿Qué pasaría si iba al hospital sin dormir?

¡No!, exclamó, mi conciencia totalmente alarmada, y tuve que darle la razón, yo jamás había sido una persona irresponsable y nunca lo sería.

—¿Te ayudo a desvestirte? —preguntó, y durante unos segundos ambos quedamos en silencio, manteniéndonos la mirada, como si el tiempo y el espacio hubieran quedado suspendidos.
—¡Qué amable, muchas gracias! Pero, no; puedo sola.

Clemente sonrió, se apartó y se dejó caer en el borde de su gran cama, inclinándose hacia atrás sobre sus codos.

—Entonces, adelante. Me quedaré aquí disfrutando del maravilloso espectáculo.

—Mejor te levantas y me das una de tus camisetas. Además, me voy a cambiar en el baño —dije, señalando la puerta que supuse era su baño privado.

—¡Qué aburrida que eres, doc!

—Lo soy, es bueno que lo sepas.

Bufó y fue hasta una cómoda de dónde sacó una camiseta y me la entregó. Le agradecí y entré al baño con la mochila en mi mano.

—Puedes dejar la mochila aquí, no te la voy a revisar. ¿Tienes juguetes sexuales adentro? —preguntó, mientras yo cerraba la puerta del baño en su cara.

Me gustaba ese Clemente divertido, podía lidiar con sus bromas. Lo que no quería era volver a ver la tristeza en sus ojos.

Con eso no podía.

—¡Qué estúpido eres! Tengo mis cosas, ya sabes... cepillo de dientes...

Su risa ronca volvió a acelerarme el corazón.

—No me opongo a los juguetes sexuales, pero conmigo no los vas a necesitar.

Resoplé fuerte para que me escuchara.

—Te espero en la cama. No demores, doc.

El moderno baño estaba impecablemente limpio y me parecía detectar el rastro de su perfume en el aire. Sin darme cuenta, me encontré inhalando profundamente y suspirando. Al verme en el espejo haciéndolo, negué con la cabeza y expulsé esos pensamientos lujuriosos de mi cabeza. Me desconocía. ¿Desde cuándo suspiraba por un hombre?

Desde que él está en tu vida, dijo, mi conciencia con el ceño fruncido.

Volví a negar y me concentré en lo que debía hacer. Me quité los zapatos y, rápidamente, empecé a desvestirme hasta quedarme en ropa interior. Me puse su gran camiseta que me quedaba como un camisón, me miré en el espejo y salí.

¡Ay, santo Dios!

Clemente ya estaba en la cama cuando salí y solo llevaba puesto unos calzoncillos tipo *bóxer* de color negro. Apoyaba su ancha espalda en el cabecero cruzando sus musculosos brazos sobre su musculoso pecho.

¿Les quedó claro que era puro músculo?

A mí, Sí.

¡Por el amor de Dios!

Me recorrió el cuerpo con la mirada y luego palmeó la cama a su lado. Se bien me miraba con deseo, también podía ver el agotamiento en su rostro.

—Vamos, acuéstate de una vez que mañana tienes que madrugar y ya son más de las cuatro.

Me acerqué he hice lo que me había dicho, tumbándome junto a él. Al instante pasó su brazo alrededor de mis hombros y tiró de mí hacia su cuerpo.

—No puedo creer que haya una mujer en mi cama y ninguno de los dos esté desnudo. En realidad..., no puedo creer que haya una mujer en mi cama.

Eso me sorprendió.

—¿Eso qué significa? —pregunté, y como tenía mi cabeza apoyada en su pecho, la levanté para mirarlo apoyando mi mentón en mis manos.

—Que no traigo a mis citas aquí —respondió, y me llevó un segundo comprender lo que eso significaba, y me morí de la vergüenza.

—¡Dios! Discúlpame por invadir tu casa. Te aseguro que de haberlo sabido no... —No pude terminar, uno de sus dedos se apoyó en mis labios para silenciarme.

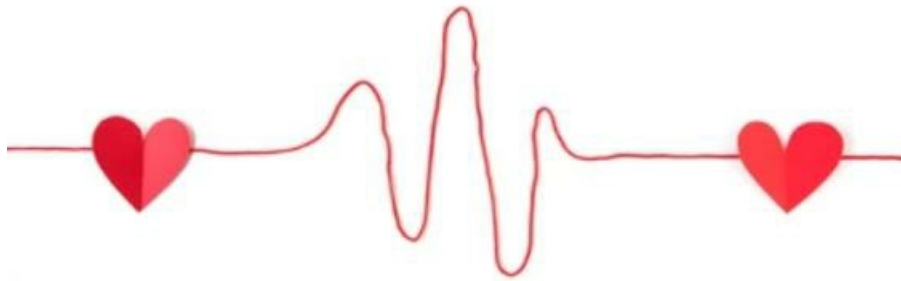
—No sigas. No tengo nada que disculparte. Me alegro de que estés aquí. —Suspiró—. Nosotros ya cruzamos el umbral de una simple cita, pero ya hablamos demasiado. Ahora, duérmete.

Volví a apoyar mi cabeza en su pecho y extendí mi brazo sobre él. No hice ningún comentario, en realidad, no sabía que decir a eso ni darle nombre a lo que sea que hubiera entre nosotros.

—Buenas noches, Clemente.

—Buenas noches, Damaris —respondió, acercándose más a él.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la paz que sentía en ese momento. Estaba tan cansada que unos segundos más tarde, me olvidé del mundo.



Mis ojos se abrieron poco a poco y lo primero que sentí fue calor, mucho calor, y la culpa era mía porque estaba totalmente enredada en el cuerpo de Clemente, acurrucada contra él, quien dormía plácidamente abrazándome. Nunca había dormido con nadie, y aunque reconocía que su calidez se sentía muy bien, no debía olvidar lo que siempre me repetía Nate: *Clemente no puede mantener su polla dentro de los pantalones. Estoy seguro de que cambió por la infame traición de su entonces prometida.*

Él solo se acostaba con sus citas, no iba más allá. Me resultaba difícil imaginar a Clemente tan enamorado como para querer compartir toda su vida con una sola mujer. ¿Cómo se pasaba de ser monógamo al hombre que me describió Nate? ¿La traición lo había hecho cambiar de manera tan drástica? En realidad, no importaba, yo solo debía recordar su forma de ser en el presente, su pasado ya no contaba.

Teniendo en cuenta eso, decidí abandonar la cama para evitar la intimidad que suponía estar abrazados de esa forma.

La habitación estaba sumida en sombras porque Clemente había cerrado las cortinas. Miré mi reloj. Iban a ser las siete, así que debía levantarme. Tal cual contorsionista, me fue moviendo para intentar salir sin despertarlo. Lo logré. Con mi mochila en la mano me fui al baño que estaba fuera del dormitorio para prepararme para el trabajo. La camiseta la guardé en mi mochila, era muy cómoda y olía a él, así que no pensaba devolvérsela. Cuando estuve lista volví al dormitorio y me senté en el borde de la cama, a su lado. Con delicadeza le aparté unos mechones de pelo de la frente.

—Me tengo que ir —susurré.

Sus parpados intentaron abrirse, pero no lo logró, así que no dije más nada para evitar despertarlo. Yo estaba acostumbrada a dormir poco y funcionar bien, pero no tenía dudas de que para Clemente tres horas de sueño no le eran suficientes.

Salí de puntillas de la habitación y, haciendo el mayor silencio posible, cerré la puerta detrás de mí.

Ni siquiera desayuné porque podía hacerlo en el hospital, así que salí de su piso sin saber si algún día volvería a estar allí.

Capítulo 19

«Tú eres.
Lo sé.
Lo supe.
Te reconocí.
Eres.
Desde hace muchas coincidencias.
Desde antes de encontrarte.
Lo sé, amor.
Eres tú.»
—Anónimo
Damaris



Cuando llegó el mediodía estaba agotada y famélica. Ese día había sido duro y mi cuerpo se sentía extenuado. Era una sensación de agotamiento físico y mental. De hecho, tenía una jaqueca que prometía subir de intensidad y hacerse insoportable, así que fui hasta mi oficina y me tomé dos pastillas de paracetamol. Aún tenía varias horas más en el hospital, pero antes debía comer algo porque mi estómago estaba rugiendo tan fuerte que casi no escuchaba mis pensamientos.

Al llegar a la cafetería del hospital busqué una mesa solitaria y alejada. Miré mi teléfono y vi que tenía varios mensajes, pero primero debía saciar el apetito de mi estómago.

Quince minutos después había revivido. La jaqueca ya no era tan fuerte y me sentía mejor.

Panza llena, corazón contento, como siempre decía mi tía después de comer.

Tenía algo de tiempo como para hacer sobremesa así que me pedí un café y aproveché para leer los mensajes. Nate me contaba de la salud de su padre que parecía no estar bien, pero después de lo que me había enterado, eso no me produjo ningún sentimiento de compasión, al contrario, por ese hombre solo sentía desprecio. Ni siquiera pude enviarle un comentario a Nate, preferí mantenerme en silencio. Luego de eso me concentré en el mensaje de Clemente.

Clemente Bradbury:

«Buenos días, doc. Discúlpame
q en la mañana no te escuché.
Por q no me despertaste?
Me hubiera gustado desayunar
contigo. A q hora sales?
Paso a x ti»

Si bien la idea de volverlo a ver me resultaba tentadora, tenía que protegerme, no debía olvidar lo que yo pensaba de las relaciones de pareja y, sin duda, tampoco debía olvidar la forma en la que Clemente se vinculaba con las mujeres. Lo de la noche anterior solo se había dado porque me había resultado imposible dejarlo solo habiéndome confesado el sufrimiento y la violencia que había vivido a manos de su padre. Lo hubiera hecho por cualquier amigo.

¿En serio? ¿Te hubieras metido en la cama con cualquiera?, ironizó, mi conciencia, pero la ignoré.

Yo:

«Hola. Recién pude ver el mje.
xq el día ha estado complicado.
No es necesario que vengas x
el hospital xq tengo mi coche y
además no sé a q hora termine.
Grax.»

Lo envié.

Fui consciente de que no me despedí ni puse nada de llamarlo o volverlo a ver. Casi me tuve que atar las manos para no teclear algo de eso, pero era mejor comenzar a poner distancia. Clemente era un peligro para mi corazón porque con él tambaleaba. Tambaleaban los muros tras los que tenía guardadas mis emociones. Había salido con otros hombres, pero nadie se acercaba a lo que sentía estando con él.

Yo no estaba hecha para un «para siempre», por eso alejaba de mí a cualquiera que se acercara demasiado.

Y Clemente se había acercado como nunca nadie.

Sí, no podía negar que él me causaba emociones que nadie había logrado hacerme sentir, y yo no podía enamorarme. Enamorarse de alguien significaba dejarlo entrar, y eso solo significaba dolor. La gente se marchaba y te dejaba sola.

No.

Eso no iba a volver a pasarme.

Tomé el café y volví a la sala de cirugía. Ese día salí del hospital a las nueve de la noche. Mi espalda y mis pies me estaban matando. Había estado muchas horas de pie y solo había dormido tres horas. Eso era bastante habitual, salvaba vidas, alguien tenía otra oportunidad de vivir gracias a mí, y eso me hacía sentir profundamente feliz, pero al llegar a mi piso el cansancio se me venía encima.

Cuando llegué fui directamente a la ducha. Por más que me había duchado en el hospital, necesitaba una larga ducha reparadora. Al tumbarme en la cama mi cuerpo ya no podía más. Necesitaba dormir, por lo menos, seis horas seguidas. Me quedé dormida al instante, pero desperté un rato después escuchando golpes en la puerta principal. Antes de levantarme le di un vistazo al reloj y vi que era la medianoche. A punto estuve de girar y seguir durmiendo, pero la insistencia de los golpes no me lo permitieron. Ni siquiera me puse una bata, caminé medio dormida hasta la puerta y la abrí.

Clemente me miraba con preocupación.

—Esta noche es mi turno de rescatarte.

—¿Rescatarme? —pregunté.

—Fui por el hospital y me dijeron que trabajaste hasta hace unas horas. Anoche, por mi culpa, dormiste solo unas horas. Así que, me siento en la obligación de cuidar de ti y asegurarme de que te alimentas bien y descansas.

Por unos segundos me quedé observándolo en silencio. En su mano tenía un bolso como si quisiera quedarse, tal cual lo había hecho yo la noche anterior en su casa. Su comportamiento hizo que estuviera extrañamente conmovida, pero debía centrarme.

—Es medianoche ¿por qué no estás durmiendo? —pregunté, y el exhaló.

—Necesitaba... saber de ti. No hagas tantas preguntas y déjame pasar. Me comprometo a cuidar de ti esta noche.

Mi garganta se cerró tanto que apenas podía hablar. Eso no era bueno.

—Pasa, pero deberías saber que no necesito que me cuiden —señalé, apartándome para permitirle ingresar a mi piso.

—¿Cenaste?

—Algo comí —respondí, mientras cerraba la puerta.

—Un café y un dulce no cuentan como cena, Damaris —dijo, con el ceño fruncido, mientras yo lo miraba sorprendida por su actitud —. ¿Y bien?

—¿Me estás vigilando? —pregunté, con las manos en las caderas y él bufó y negó con la cabeza.

—Lo imaginaba. Vamos que te voy a preparar algo para cenar. En vez de la cirujana vas a terminar siendo paciente en ese hospital. ¿Cómo puede ser que después de estudiar medicina y saber todo lo que te puede pasar cuando no te alimentas bien, no te tomes tu tiempo para comer?

—Estoy bien —dije, mientras él tironeaba de mí.

—Trabajas demasiado, lo haces hasta el agotamiento y hasta olvidas comer. Como ahora que es de madrugada y sigues sin cenar. No quisiera sabes las horas que llevas sin comer —señaló, y realmente se veía preocupado.

—¿De verdad vas a cocinar? —pregunté.

—Por supuesto. ¿A qué hora tienes que levantarte?

—Mañana entro al mediodía —respondí, sin creerme lo que estaba sucediendo.

—Perfecto, entonces puedes cenar y luego nos metemos en la cama —dijo, y siguió caminando.

Tironeé de su mano para detenerlo.

—¿METERNOS en la cama?

—¿Por qué la sorpresa? ¿No crearás que vine hasta aquí a esta hora y regresaré a mi casa para dormir en mi cama? Si no quieres que duerma en la tuya, puedo dormir en el sofá.

Tras un instante, mis hombros cayeron y dejé salir un suspiro.

—Puedes dormir en mi cama.

—¡Ey! Podrías demostrar un poco más de entusiasmo, doc. Estás hiriendo mi orgullo.

Su gesto me hizo sonreír y, sin pensar lo que hacía, me abalancé sobre él. Me agarré con fuerza a él y presioné mi cuerpo contra el suyo apoyando mi cabeza en su pecho.

—Disculpame, el cansancio me hace ser una bruja. Gracias por preocuparte por mí. —Me tomó del mentón para hacerme levantar la cabeza de su pecho y mirarme a los ojos.

—Ahora está mejor, bruja —expresó, y me dio un beso en los labios—. Vayamos a comer. Yo preparo algo. —Me tomó en brazos y me llevó hasta la cocina donde me sentó en un taburete de la barra de la cocina americana abierta al *living*.

Apoyé los codos en la barra y el mentón en las manos y me dediqué a observarlo.

—¿Tienes algo con lo que cocinar?

—Hay verduras y suprema de pollo —respondí, sin sacar mis ojos de él—. ¿Cenaste?

—No lo hice porque quería hacerlo contigo. Estaba seguro de que no habías comido nada, y ya ves que no me equivoqué —dijo, mientras se doblaba las mangas de la camisa.

Se movía por la cocina como si la conociera de siempre, además de ser sexy y elegante hasta para realizar esa tarea. Todo lo que podía hacer era mirarlo boquiabierto. Había servido dos copas de vino y, mientras él se dedicaba a preparar lo que fuera que estaba haciendo, conversábamos sobre nuestro día de trabajo. Parecía muy asombrado cuando le contaba todas las cirugías que había realizado ese día. Todo me resultaba muy hogareño y... me gustaba. Estaba demasiado aturdida y conmovida con su actitud.

—Huele genial —dije, cuando puso los platos en la barra y se sentó frente a mí.

Comimos lo preparado por Clemente que realmente estaba delicioso y luego, juntos, limpiamos todo. Quería hacerlo sola porque él había cocinado, pero fue imposible convencerlo, solo logré ayudarlo.

Cuando nos dirigíamos al dormitorio lo abracé y le di un delicado beso. Él apoyó su frente en la mía.

—Gracias por hacer la cena.

—Cuando quieras y lo que quieras, doc.

Lo miré y me armé de valor.

—¿Lo que quiera?

—¿Qué tienes en mente? —preguntó, con una sonrisa ladina.

—Lo que quiero ahora es... sexo, ardiente y lujurioso sexo.

—No hay nada que desee más, doc. —Sus manos presionaron mis caderas para pegarme a su cuerpo mientras sus labios se apoderaron de los míos besándome con ganas.

Inmediatamente mis manos se deslizaron hacia su nuca para apretarme más contra él. Abrí la boca sobre la de él y su lengua se deslizó dentro para devorarme. Clemente gimió y unos segundos después volvía a estar en sus brazos. Empecé a desabrochar los botones de su camisa de las ganas que tenía por desnudarlo. Caímos sobre mi cama frenéticos por encontrar el modo de desnudarnos el uno al otro sin dejar de besarnos ni tocarnos. Yo fui la primera en quedar desnuda mientras él me observaba como si estuviera viendo lo más hermoso que había visto en su vida. Su mirada maravillada lograba estremecerme de pies a cabeza. Se desvistió con tal rapidez que una sonrisa curvó mis labios. Lo tenía desnudo delante de mí, y no podía estar más agradecida por saber que iba a disfrutar de ese sensual y maravilloso hombre.

—Necesito estar dentro tuyo, hacerte gemir y estremecerte de placer —susurró, sobre mis labios, me sujetó las manos por encima de la cabeza y me volvió a besar. Su absoluta virilidad desencadenó una descarga de necesidad en mí como nunca me había sucedido.

Necesitaba más.

Necesitaba todo.

Lo necesitaba a él, solo a él.

El gemido ronco que dejó escapar hizo que mi pulso estallara. Mis pechos sensibles estaban aplastados contra su duro pecho y podía sentir el martilleo enloquecido de su corazón.

Y perdí el control.

Mi cuerpo ya no era mío.

Le pertenecía a Clemente Bradbury.

Sus ardientes labios abandonaron los míos y recorrieron mi mandíbula hasta mi cuello saboreándome con su lengua y dejando besos allí por donde pasaban. Sentía escalofríos en todo mi cuerpo. Y beso a beso comenzó el camino hacia el sur. El primer roce de su lengua en mi sexo me produjo una corriente eléctrica en todo mi cuerpo y pensé que me correría en ese instante. Lo que hacía me estaba volviendo loca y no podía dejar de gemir y moverme frenéticamente. Cuando uno de sus dedos se metió dentro de mí, el orgasmo me alcanzó y grité tan fuerte que pensé que quedaría ronca. La oleada de placer me transportó a otro lugar y juro que hasta vi luces de colores.

El sonido del plástico desgarrándose rompió el silencio y abrí los ojos para ver a Clemente poniéndose un condón. Se colocó sobre mi cuerpo y se hundió en mí hasta estar llena. En ese momento emití un sonido gutural que me pareció una mezcla de placer y desesperación. Mis músculos internos lo apretaron y solo con escucharlo jadear y verlo tan excitado estuve a punto de volverme a correr.

Él dejó salir una respiración larga y entrecortada.

—Oh, mierda... esto es... eres...

No terminó la frase, pero comenzó a moverse. Los movimientos lentos duraron poco y dieron paso a un ritmo frenético, rápido y profundo.

Abrí los ojos y lo miré.

Gran error.

El intenso placer que brillaba en sus ojos grises nublados por el deseo me fascinó, así como la expresión de su rostro con sus facciones tensadas. Y eso bastó para que mi cuerpo colapsara y sintiera como si fuera lanzada al vacío. El orgasmo me golpeó tan fuerte que pensé que perdería el conocimiento.

Grité.

Grité su nombre.

El del hombre que me hacía sentir el placer más grande que había sentido en mi vida mientras lo escuchaba emitir un profundo gemido y desplomarse de placer. Se dejó caer sobre mí mientras intentábamos que nuestros cuerpos volvieran a respirar con normalidad.

Una vez estuvimos algo recuperados y el condón ya había desaparecido de su cuerpo, se tumbó a mi lado y me abrazó. Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él, distraídamente, acariciaba la piel desnuda de mi espalda.

Estaba segura de que nunca me había sentido más apreciada y satisfecha que en ese momento.

Capítulo 20

«Sólo imagina lo precioso que puede ser arriesgarse y que todo salga bien.»

—Mario Benedetti

Clemente



Habíamos pasado unas horas increíbles y, no solo por el sexo que era extraordinario, sino por todo. Todo el tiempo con Damaris era maravilloso. Por primera vez en mi vida no quería irme. Quería quedarme junto a ella y dormir toda la noche abrazado a su cuerpo.

En su cama.

En su vida.

La idea de no pasar más tiempo con ella me hacía sentir una sensación de malestar tan grande que era como si mi estómago se retorciera.

¿Eso qué significaba?

Significa que debes marcharte. ¡Ya!, gritó, mi conciencia, pero la aparté de una patada mental.

Porque, en realidad, no tenía dudas.

Lo tenía claro.

Con Damaris no era solo sexo. La intimidad, la conexión al mirarnos a los ojos, el anhelo de permanecer a su lado. Por más vueltas que le diera, todo ello me hacía llegar a la misma conclusión.

Problemas, insistió esa maldita voz interior.

O, quizás, no.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó, mientras sus delicados dedos acariciaban lentamente mi pecho, he hice un esfuerzo por no reír porque jamás le daba datos personales a ninguna de mis citas, pero estaba fascinado por el hecho de que ella se interesara en mí, que quisiera conocerme más allá del interés de querer acostarse conmigo. Igualmente, justo la fecha de mi cumpleaños era un tema muy delicado para mí.

—No pienso en eso —respondí, sin poder evitar que mi voz delatara la amargura que me provocaba pensar en ese día, además de tensarme.

—No te gusta tu cumpleaños porque eres un anciano —bromeó, y levantó la cabeza y me miró con una sonrisa que se le borró en cuanto vio mi rostro tenso, sombrío y la ira brillando en mis ojos—. No importa. Fue una broma y...

—La primera vez que mi padre me golpeó fue el día que cumplía once años. No sé qué hice para enfurecerlo. Ya me maltrataba emocionalmente y de palabra, pero hasta ese día no me había golpeado, o por lo menos no con la crueldad que lo hizo ese día. Me rompió la nariz.

Suspiré y Damaris se sentó y entrelazó sus dedos con los míos, en otro momento hubiera apartado mi mano porque jamás me había gustado que se compadecieran de mí, pero con ella no me sucedía, así que en vez de apartar la mano se la apreté.

—Mi madre había salido con Nate a comprarme el obsequio de cumpleaños y cuando volvieron mi padre les dijo que me había caído del árbol que solía trepar y me había roto la nariz. —Me reí sin humor—. Mi madre siempre le creyó y Nate... solo tenía cinco años.

—Dios mío, Clemente. Lo siento tanto. ¿Tu mamá nunca se dio cuenta de que tu padre te golpeaba?

—No. Siempre pensó que yo era muy inquieto y mis travesuras me hacían terminar lastimado. —Apreté más su mano y ella, sorprendiéndome, la llevó a sus labios y la besó, haciendo que el nudo que tenía en la garganta creciera tanto que casi no podía seguir hablando—. Mi madre murió un año y medio después de eso.

—¿Y Nate?

—Tampoco lo sospechó. Estando mi hermano él se comportaba como un padre... supongo que uno normal, jamás fue cariñoso ni siquiera con Nate, pero estando mi hermano no me golpeaba, solo me gritaba por cualquier cosa, pero si Nate no estaba en casa... él era...un monstruo. Me tenía amenazado... si yo decía algo... Nate también recibiría sus golpes.

—¿Cuándo te fuiste de tu casa?

—A los dieciséis años. Me conseguí un trabajo y me las arreglé como pude. Estuve un par de años sin ver a Nate, aunque me aseguraba de que ese hombre no le pusiera las manos encima. —Suspiré—. Te juro que si me hubiera enterado de que lo golpeaba... lo hubiera matado con mis propias manos. Me volví a comunicar con mi hermano cuando ya estaba emocionalmente más fuerte y a partir de ese momento nos vimos con regularidad.

—¿Por eso te fuiste a vivir a EE. UU.? —preguntó, y yo asentí con la cabeza.

—Sí, quería dejar todo atrás y Nate ya era lo suficientemente grande para defenderse si llegaba a intentar golpearlo. —Volví a reír sin humor—. Aunque esa experiencia también resultó desastrosa —dije, recordando la traición de Gladys.

—¿La amabas mucho?

La miré y por unos segundos no supe que responder, pero tuve mi respuesta en cuanto comprendí que a Gladys no se me hubiera ocurrido confesarle todo lo que le estaba diciendo a Damaris. Jamás le hubiera abierto mi corazón como lo estaba haciendo con ella. En realidad, ni siquiera nos conocíamos lo suficiente. Ella nunca había hecho el intento de conocerme.

No.

No la había amado.

—No estaba enamorado de ella, en su momento pensé que la amaba, pero hoy me doy cuenta

de que no la amé. Ella fue la seguridad que necesitaba en ese momento, ella me convenció de irnos y me aseguró que seríamos felices. Yo... le creí. Lo que más quería en ese momento era lograr un poco de felicidad y... un hogar, ese hogar que no tenía. Puede parecer una estupidez, pero por eso le propuse matrimonio. Quería borrar los amargos recuerdos y empezar de cero. Quería sentirme querido. —Exhalé—. No, no la amaba, y está visto que ella tampoco.

Su mano libre subió para acariciar mi mandíbula. Me miraba con los ojos brillantes. Se acercó y me dio un delicado beso en los labios. Un beso que me supo a gloria.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, Clemente? —insistió.

—En diciembre —respondí, y también subí mi mano para acariciar su bello rostro.

—Entonces vamos a tener que hacer algo para que lo comiences a recordar con alegría —dijo, y sus ojos brillaron con picardía cuando volvió a darme un dulce beso en los labios.

La miré y, aunque me parecía imposible sonreír en ese momento, lo pude hacer.

—¿En qué estás pensando, doc?

—Te voy a dar algunas opciones y tú vas a elegir —dijo, sentándose a horcajadas sobre mí y haciendo que mi miembro se endureciera al instante, cosa que hasta mí me sorprendió porque acababa de confesarle mi secreto más oscuro y angustiante.

Nuestras caderas empezaron a moverse y el roce comenzó a enloquecerme de placer.

—Mis opciones, doc —reclamé, con la voz ronca por el deseo.

—Sexo ardiente..., sexo ardiente y... —Su propio gemido la interrumpió—... sexo ardiente.

No pude evitar reír.

—Todas me fascinan —susurré, en su oreja.

—Pero... puede que te agote —susurró, con la voz entrecortada, y mi sonrisa se amplió.

—Será mi mejor cumpleaños... sin duda. —Y fui por su boca y la saqué.

Esa noche la hice mía. Una vez. Dos veces. La tercera vez se quedó dormida en cuanto apoyó su cabeza en mi pecho con su pierna entre las mías y su brazo sobre mi abdomen. La sostuve en mis brazos toda la noche, por alguna extraña razón no la quería soltar. De vez en cuando mis ojos intentaban cerrarse, pero despertaba minutos después debido a los miles de pensamientos que corrían a toda velocidad por mi cabeza. La duda no me dejaba dormir. No estaba en mis planes que Damaris me gustara de esa forma ni encontrarme en una situación que contemplara la posibilidad de...

¿De qué?

¿Qué quería de Damaris?

Eso era fácil.

Quería sexo.

Bien, eso ya lo había conseguido y... éramos incendiarios en la cama, el mejor sexo que había tenido.

Entonces...

¿Qué sucedía después?

¿La apartaba de mi vida como había hecho siempre con mis otras relaciones? Porque lo mío

era un polvo y después olvidar que había pasado.

Con ella, eso no me resultaba tan fácil.

De repente me encontré sonriendo como un idiota mientras miraba su cuerpo desnudo enredado en el mío.

¡Maldición! Quería besarla de nuevo... en todo ese glorioso cuerpo. Quería sentir sus labios sobre todo mi cuerpo. Quería oír los sonidos que salían de su boca cuando llegaba al orgasmo. Lo que sentía cuando me tocaba era algo que nunca había sentido en toda mi vida.

Maravilloso. Nuevamente estaba duro como una roca, pero ella estaba agotada y debía dejarla dormir.

Me tenía que olvidar del cuerpo de Damaris y centrarme en resolver mi relación con ella.

Tarea difícil la de olvidarme de su cuerpo... la otra.... no tanto.

No.

No quería que se fuera de mi vida.

Reconocerlo no me asustó.

Mi ninfa era real y ya no solo ocupaba mis sueños... ocupaba mi vida e iba a hacer todo lo posible por mantenerla allí.

Pero... las relaciones formales no eran lo mío.

Quizás era hora de reevaluar mi postura sobre ese tema.

Capítulo 21

*«No sé si cometo
una locura contigo,
o si es una locura no cometerla.»*

—Mind of Brando

Damaris



Clemente se había ido poco después de las ocho de la mañana porque tenía que estar en su oficina a las nueve. Lo había hecho sin desayunar para evitar que me levantara de la cama. Es más, había sido tan silencioso al vestirse que solo me había despertado con su suave beso en la mejilla cuando se estaba yendo.

El vínculo que manteníamos me estaba comenzando a preocupar. Estaba claro que la relación de amigos con derecho a roce había cambiado y nos estábamos adentrado en un nebuloso territorio al que ninguno de los dos quería dar nombre. Por lo menos eso pensaba yo, porque él tampoco opinaba sobre nuestra relación.

Pero ¿teníamos una relación?

Quizás solo nos dejábamos llevar.

Y... ¿a dónde?

Dejé escapar un suspiro cansado.

Tal vez me estaba agobiando innecesariamente porque Clemente nunca me había insinuado que quisiera algo más serio conmigo.

Si solo quería sexo, yo era perfectamente capaz de tener una aventura con él, pero... ¿era eso lo que verdaderamente quería?

Seguía confundida y, cada día que pasaba junto a él, la confusión crecía.

Pasé toda la mañana limpiando, ordenando mi piso y... pensando en Clemente. Quería conseguir entender qué demonios era lo que estaba sintiendo por él.

Sin duda alguna, Clemente Bradbury me fascinaba. Me excitaba a tal punto que quería arrancarle la ropa en cuanto lo veía, además de ser increíble en la cama.

Y estaba el otro tema que me tenía preocupada.

El de los secretos que habíamos compartido el uno con el otro.

Yo le había confesado que él había sido mi primera experiencia sexual.

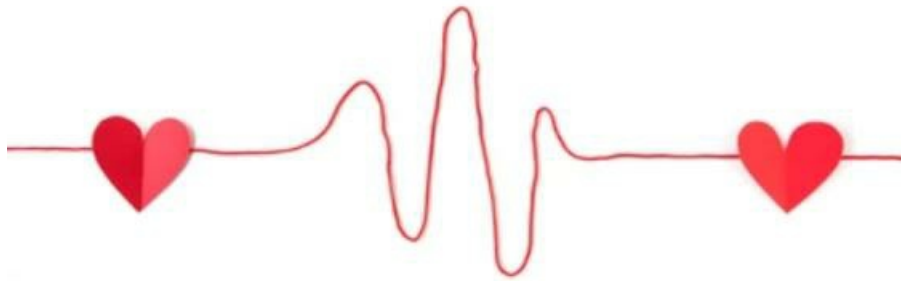
Él me había confesado algo terrible. Clemente, había sido víctima de violencia doméstica por parte de su padre, y odiaba a su padre por eso. De solo pensarlo me daban unas inmensas ganas de llorar y protegerlo. Me lo había confesado y, por lo que había dicho, nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Nate.

¿Por qué me lo había contado a mí?

No había querido preguntarle los motivos por los que me lo había confesado porque me aterraba pensar que le estaba dando demasiada importancia.

¿Qué sabía yo acerca de las relaciones?

Joder, no sabía NADA.



Un rato antes del mediodía estaba en el hospital. Iba caminando por los pasillos rumbo a mi consultorio cuando el director del hospital me interceptó. Tomas Palladino era un hombre con la edad suficiente para jubilarse, pero siempre tenía una energía envidiable y una alegría contagiosa.

—Doctora Dorian, dichosos los ojos que la ven —saludó, con su amabilidad habitual y yo sonreí.

—¿Cómo está doctor Palladino?

—Muy bien, y ¿tú cómo estás? Porque sabes que a mí no se me escapa nada de lo que sucede en este hospital y tengo claro que pasas demasiadas horas aquí dentro. Existe un mundo allá afuera, Damaris. Eres muy joven y tienes la obligación de vivir. Desde que te conozco, apenas te has tomado un par de días libres.

—Estoy bien, no se preocupe —afirmé, y él negó con la cabeza mirándome como si desconfiara de lo que le estaba diciendo.

—Quería hablar contigo, ¿tienes unos minutos para acompañarme hasta mi despacho?

—Sí, por supuesto —respondí, deseando que lo que me tuviera que decir no fuera una imposición de vacaciones.

Lo seguí y mientras me sentaba en la silla de visita frente a su escritorio, él buscaba algo en un cajón.

—Toma —dijo, entregándome unos papeles—. Quiero que al congreso de este año vayas en mi lugar. Es en Brasil, en la ciudad de São Paulo.

En ese momento estaba tomando los papeles y mis manos quedaron en el aire.

—Yo lo acompañé el año pasado, este año corresponde que concurra otro doctor —afirmé, porque las reglas del hospital eran que el director fuera acompañado por un doctor distinto cada año, no se podía concurrir dos años seguidos para que todos tuvieran esa oportunidad.

—Así es, pero este año tú irás en mi lugar y el doctor que te acompañará será Keno. Ya lo hablé con él.

—¿Quiere que vaya en su lugar? ¿Cómo directora del hospital? —pregunté, totalmente sorprendida.

—Eso fue lo que dije.

—Pero yo...

—Tú eres la mejor cirujana de este hospital sin mencionar que eres la que más horas pasa aquí dentro. Yo... me estoy por jubilar, Damaris —señaló, encogiéndose de hombros—, y debes saber que quiero que ocupes mi lugar, siempre y cuando te interese, por supuesto.

Fruto de la sorpresa y el desconcierto que me produjeron sus palabras fui incapaz de reaccionar. Palladino me miraba sonriente esperando por mi respuesta, pero yo seguía procesando lo que acababa de escuchar y lo seguía mirando sin pronunciar una sola palabra. Me estaba ofreciendo la oportunidad de mi vida, pero... salvar vidas era mi prioridad.

—Puedes decir algo, Damaris.

—Es que... me sorprendió.

—Pero ¿te gusta la idea de ser la directora de este hospital?

—Por supuesto, y le agradezco muchísimo que piense en mí para ocupar ese cargo, pero... no creo estar hecha para estar detrás de un escritorio, a mí me gusta el quirófano. Estudié para salvar vidas y es lo que quiero hacer —me sinceré.

—Lo sé, y entiendo eso, pero estoy seguro de que serás capaz de armonizar ambas cosas y que tu dirección será distinta a la mía, porque estoy seguro de que eres la persona idónea para transformar este hospital en el mejor, para actualizarlo en todo sentido. Yo quiero entregarte el testigo^[3] de esta carrera maravillosa porque yo ya cumplí con mi trayecto. Eres mi mejor relevo.

»Pero entiendo que debemos empezar poco a poco. Por eso quiero que al congreso de este año vayas en mi lugar. Nuestra profesión es tan exigente como esperanzadora, dedicamos muchas horas de nuestra vida para prepararnos y luego salvar vidas, y tú eres la persona más comprometida con eso. Te he visto, Damaris, te he observado. Tus largas horas de guardia, las lágrimas y las alegrías en el quirófano, el cansancio del que jamás te escuché quejarte... —Suspiró—. Te mereces lo que te ofrezco. Mereces tener la oportunidad de comandar esto y hacerlo aún mejor, además de ser la persona idónea para ello.

—Gracias, doctor, es un verdadero honor. Me emociona profundamente la confianza que deposita en mí, de verdad, gracias.

—Ahora bien... ¿irás al congreso en mi lugar?

—Lo haré y le aseguro que representaré al hospital con orgullo y responsabilidad.

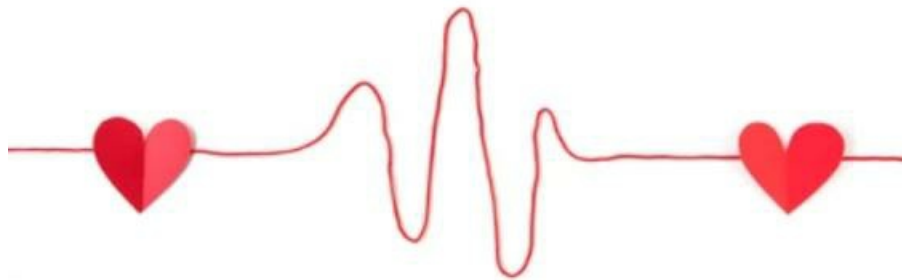
—Pero eso ya lo sé —dijo, riendo—, lo que quiero es que te entusiasme, que te interese, que te guste, sino...

—Me entusiasma y me interesa mucho, se lo aseguro —expresé, interrumpiéndolo.

—Perfecto. Entonces arreglaré todo. Este año te tocará ser la oradora principal del tema cirugía vascular. ¿Puedes preparar algo? Sé que puedes hacerlo porque te he visto hablar en público y los tenías a todos comiendo de la palma de tu mano. Eres una excelente oradora.

—Muchas gracias —respondí, emocionada por sus palabras y la confianza que depositaba en mí.

—Te mereces todo lo bueno que te sucede.



Ya era medianoche y me dirigía a paso rápido hacia el vestuario para ducharme y cambiarme. Mientras lo hacía, no dejaba de darle vueltas a lo que me había dicho Palladino. El congreso era

en tres días y tenía que organizarme. Al pensar en eso la imagen de Clemente vino a mi mente y me asaltó una gran duda.

¿Debía llamarlo para decirle de mi viaje?

Él no me daba explicaciones de su vida ni yo las quería porque no éramos novios, en realidad no éramos nada. O éramos algo demasiado complicado que en ese momento no me veía capaz de definir. De cualquier modo, entendí que lo mejor era no decir nada, por lo menos no llamarlo expresamente para decírselo. Porque incluso, si lo hacía, quizás él llegaba a pensar que le estaba exigiendo una formalidad en la relación que estaba muy lejos de pretender.

No, no iba a llamarlo para contárselo.

Respecto al viaje, otra cosa que me preocupaba era el hecho de tener que viajar con André. Si bien teníamos una buena relación, su empecinamiento en salir conmigo me fastidiaba.

Y cómo si lo hubiera convocado con el pensamiento, en el instante en el que pensé en él, el mismo rey de Roma hizo su aparición, en realidad, escuché su voz detrás de mí.

—Damaris. ¡Damaris, espérame!

Ahogué un gemido. Me di la vuelta y lo encontré caminando rápidamente hacia mí. Estaba cansada, pero no podía ser tan descortés, así que detuve mi andar.

—Palladino me dio la buena noticia. Nos vamos juntos al congreso en Brasil —afirmó, entusiasmado.

—Sí, me lo dijo en la mañana cuando estuve reunida con él —comenté, poniendo mi guardia en alto.

—A mí también me lo informó esta mañana, y no solo de que yo era el doctor elegido para ir este año, sino que tú vas en su lugar. ¡Enhorabuena! —Sin darme tiempo a reaccionar me abrazó, aunque yo permanecí inmóvil.

—Eres muy amable —dije, apartándome de él.

—Y tú una excelente doctora y... persona. Bueno, así que entonces partimos el miércoles al mediodía. Sería bueno que antes nos reuniéramos para organizarnos, incluso te puedo ayudar con tu discurso. ¿Quieres que hoy salgamos a cenar y ya vemos todo lo referente al viaje?

¡Cómo no! No dejaba pasar oportunidad. Ya me estaba imaginando que en esos días en São Paulo iba a ser bastante pesado con ese tema.

—Te agradezco mucho, pero no creo tener tiempo libre ya que debo cubrir los días en los que no voy a estar en el hospital y organizarme en algunas cosas de mi casa.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No, gracias, pero lo tengo en cuenta —dije, para no ser tan grosera—. Ahora te dejo porque quiero cambiarme para irme. Nos hablamos, André.

Giré para seguir mi camino al vestuario, pero André me tomó del brazo deteniendo mi huida.

—Sabes que cuentas conmigo para todo lo que necesites, ¿verdad, cariño?

—¿Cariño? —dije, y le di me mejor mirada de reproche—. No te pases, yo no soy tu cariño. —Me deshice de su agarre dando dos pasos atrás y su decepción fue evidente.

—No te enfades, es una forma «cariñosa» de llamarte. Sabes que te aprecio mucho —señaló, y su tono avergonzado o amargado, fue algo que interpreté o traté de interpretar, como una señal

prometedora.

Era tenaz, eso desde luego, pero ya me tenía harta. No me malinterpreten, André no era mala persona ni mal doctor, solo era idiota con las mujeres.

No le respondí, pero el gruñido que había estado reprimiendo se me escapó.

Continué con mi camino hacia el vestuario sabiendo que André Keno era un caso serio en lo que a darse por vencido se trataba, pero yo estaba segura de que también podía lograr que se rindiera.

Cuando llegué a las duchas expulsé todos los pensamientos sobre André y nuestro viaje. Luego de vestirme rebusqué en mi bolso hasta localizar mi teléfono. Mientras estaba en el hospital me olvidaba completamente del aparatito. A no ser que estuviera esperando algún mensaje o llamada importante, ni lo sacaba de mi bolso.

A continuación, analicé los mensajes que había en la pantalla. Tenía varios, pero me concentré en el de Clemente que había sido enviado poco después del mediodía, hacía más de doce horas.

Clemente Bradbury:

«Como estuvo tu día?
Comiste? Lograste descansar
aunque sea un poco?
Ojalá lo hayas podido hacer.
Mi día fue agotador. Ahora
mismo solo desearía una
ducha caliente y meterme
en la cama... ambas cosas
contigo»

Mi corazón se aceleró sin remedio y por una fracción de segundo casi le respondí que yo deseaba lo mismo, pero no lo hice. Estaba por responderle que mi día también había sido agotador y que ya estaba saliendo del hospital, cuando me entró otro mensaje suyo. Con solo leer la única oración que había escrito comprendí que ese mensaje, para nada, era como el anterior. Pude detectar el humor de Clemente al escribirlo y no era bueno, se percibía enfadado.

¿Por qué?

Ni idea.

Clemente Bradbury:

«Necesito hablar contigo»

Esa frase nunca me había gustado. No sé, pero cuando una persona me decía eso, en lo primero que pensaba era en que se trataba de algo malo, aunque la realidad no tenía que ser así. Sin duda, esas tres palabras eran capaces de echar a temblar a todo aquel que las escuchaba. Y sí, no lo vamos a negar, cuando alguien te soltaba esa frase era síntoma de que existía un tema importante que había que tratar.

No tenía idea de lo que Clemente tenía en mente, pero estaba claro que en el primer mensaje quería ducharse y acostarse conmigo y en el último solo necesitaba hablar.

Algo había cambiado rotundamente.

Yo:

«Hola. Estoy saliendo del hospital

xo es tan tarde q imagino que
hablaremos mañana.
Bss.»

La respuesta no se hizo esperar.

Clemente Bradbury:

«Estoy en el hospital.
Te espero»

Me quedé mirando el teléfono sintiendo que lo que fuera que me tenía que decir era importante.

Y sí, me preocupé.

Dada la hora y el hecho de que hubiera venido a esperarme al hospital solo me hacía pensar que era algo serio. Pero en vez de darle más vueltas al asunto, decidí salir y enfrentarme a él.

Capítulo 22

«Tal vez yo no sepa dónde ir. Pero si pudiera una mañana abrir los ojos y ver los tuyos, sabría donde quedarme.»

—Irela Perea

Clemente



Decidido a tratar de conquistar a Damaris para mantenerla en mi vida, había ido al hospital a buscarla. No tenía ni puta idea de lo que estaba pasando entre nosotros. Estaba malditamente confundido y necesitaba aclarar las cosas. Necesitaba saber que le pasaba a ella conmigo. Solucionar la confusión de no entender bien lo que ella me hacía sentir.

Sabía que trabajaba hasta la medianoche, aunque, conociéndola, también podía salir varias horas después. La espera no me importaba. Quería cuidarla, asegurarme de que estuviera bien. Esa terca mujer cuidaba la salud de todos menos la de ella, así que alguien lo tenía que hacer y yo estaba más que dispuesto. No tenía idea de si mi presencia en el hospital le agradaría, quería pensar que sí, pero no lo sabría con seguridad hasta verla. Nate me había asegurado de que Damaris no estaba interesada en una relación, pero siempre se podía cambiar de opinión. Yo era un claro ejemplo de ello. Así que me había propuesto intentar convencerla de mantener una relación conmigo, o por lo menos de ser exclusivos. Porque Damaris con otro no era una opción. Pensar en ella con otro me revolvía el estómago. Así que sí, haría todo lo que estuviera a mi alcance para que se quedara a mi lado.

Al llegar al hospital fui directamente al sector de cirugía con tanta mala suerte que al primero que vi fue al idiota de André Keno. Su nombre me había quedado grabado a fuego en la memoria porque sabía que estaba interesado en Damaris, así como le había dejado claro que yo también. El tipejo no tenía pinta de doctor sino de actor de cine, y estaba claro que las mujeres caían rendidas a sus pies y estaban dispuestas a meterse en su cama, pero, por las veces que los había visto juntos, también estaba convencido de que eso no sucedía con Damaris.

—Bradbury, ¿estás perdido? Porque la urgencia del hospital es en planta baja, no aquí — ironizó, seguramente percibiéndome como una amenaza para sus planes con Damaris, y no estaba equivocado, porque no iba a permitir que ese cretino se acercara a ella.

—Estoy donde quiero y debo, porque vine por Damaris —respondí, con una sonrisa burlona que lo enfureció, porque no pudo disimularlo, me miraba con franco odio.

—No puedes pasar al sector donde se encuentra Damaris, es restringido para el personal del hospital —señaló, con desdén.

—Lo tengo claro, la voy a esperar por aquí —respondí, con tranquilidad.

Keno estaba celoso de muerte y lo estaba dejando más que patente, pero ese idiota ni me importaba. Ya estaba celebrando mi triunfo y, de repente, una sonrisa de suficiencia se fue dibujando en su rostro y supe, con certeza, que lo que iba a decir a continuación no me gustaría.

—No creo que Damaris termine temprano porque tiene que organizar sus próximos turnos debido a NUESTRO inminente viaje a Brasil. Me voy a encargar de que en esos días se relaje y se divierta como nunca.

¿NUESTRO viaje?

¿De qué mierda estaba hablando?

El tiempo y mi corazón se detuvieron por un segundo. No podía ser cierto. Damaris no se iría de viaje con él después de todo lo que había sucedido entre nosotros, ¿verdad?

Era tremendamente difícil hablar con el nudo en la garganta que se me había formado, pero gracias a la furia que comenzaba a crecer a pasos agigantados en mis entrañas, conseguí responder con un tono carente por completo de emoción.

—No te preocupes por mí, el dormir con ella vale cualquier espera que pueda tener.

Un músculo en su mandíbula se contrajo. La sorpresa se dibujó en su rostro, pero inmediatamente la sustituyó por desdén y... furia, una enorme furia.

Búscame y me encontrarás, cretino.

Si todo el desprecio que era capaz de sentir un ser humano se pudiera recoger en una mirada y en un silencio, habría sido en los ojos y la mudez de ese imbécil.

Sin decir nada más, me dirigió una última mirada despectiva, giró y se marchó con rapidez.

Lo miré caminar por el corredor sintiendo un cansancio en mi pecho como nunca había sentido. Mi cabeza iba a mil kilómetros por segundo. No quería creerle, pero no tenía por qué mentirme ya que era algo fácil de comprobar.

¿Damaris se iba de vacaciones con él?

¿Lo había estado planificando mientras se acostaba conmigo?

Los celos me consumían, pero era otra emoción la que más me preocupaba. Sentía una profunda molestia al comprender que yo no significaba nada para ella. Solo de pensarlo esa molestia se hizo tan grande que no pude evitar una patética mueca de dolor.

¡Mierda!

No me gustaba esa sensación.

No sé por qué, pero recordé el instante en que había regresado a casa y había descubierto a Gladys en la cama con otros hombres. Obviamente que la situación no se podía comparar porque mi relación con Damaris ni siquiera tenía etiqueta, pero me sirvió para entender que lo que había sentido en aquel entonces no podía compararse a la grieta en el pecho que estaba sintiendo en ese

momento.

¡Me sentía un idiota!

Era un auténtico y completo idiota por dejarme llevar y bajar mi guardia, cuando en realidad, con Damaris debí haberla subido varios metros.

Dudé entre largarme de allí o acercarme a una enfermera para pedirle que fuera por ella.

No hice ninguna de las dos cosas.

En lugar de eso le envié un mensaje.

Yo:

«Necesito hablar contigo»

Y esperé.

No pensaba irme de allí hasta tener respuestas. Quería saber el motivo por el que se iba de viaje con ese tipo. Creía que Damaris era sensata. Ese hombre no era para ella.

¿Tú lo eres?

Ignoré a la insistente vocecita en mi cabeza.

Me acerqué a la máquina expendedora de café e introduje unas monedas. Segundos después estaba apoyado en la pared con un vaso de plástico en la mano del que bebía un desastroso café.

Ella ni siquiera había leído el mensaje, pero sabía que estando en el hospital se olvidaba totalmente del teléfono, así que no me sorprendió.

Ya lo leería.

Ya saldría por esa puerta.

Me encontraba nervioso. Ansioso. Inquieto.

¿Furioso?

Sí, también.

Le di otro sorbo al café sin dejar de estar pendiente de la puerta.

Tenía la sensación de que Damaris iba a salir en cualquier momento.

Y...

Veinte minutos después esa puerta se abrió y Damaris aparecía frente a mí, y me miraba con preocupación.

Había leído mi mensaje.

Y había llegado la hora de hablar y dejar las cosas claras.

Capítulo 23

«Abre tu corazón y no tengas miedo de que te lo rompan. Los corazones rotos se curan. Los corazones protegidos acaban convertidos en pierda.»

—Penelope J. Stokes

Damaris



Apenas traspasé la puerta lo vi de pie, apoyado en la pared y mirándome con seriedad. No tenía idea del tiempo que llevaba allí, pero parecía estar cansado y preocupado, aunque sus ojos grises se habían oscurecido y tenían un destello de ¿furia? Eso parecía. Seguramente no me había equivocado cuando leí su mensaje. Estaba cabreado y su lenguaje corporal así lo transmitía. Pero yo seguía sin tener idea de los motivos. Apenas me vio se irguió tanto que se podría haber dibujado una línea recta con su espalda.

Saludé a la enfermera que pasaba por allí y me dirigí hacia él un poco intranquila por lo que me esperaba. Clemente se enderezó, pero no separó sus ojos de los míos ni cambió su gesto hosco.

—Hola —saludé—. ¿Te encuentras bien?

—¿Por qué no lo estaría?

Se suponía que una pregunta debía ir seguida de una respuesta. ¿De dónde venía esa manía de responder con otra pregunta? Era algo que siempre me había molestado.

—No lo sé, por eso mismo lo pregunté.

—¿Ya te puedes ir del hospital? —preguntó, sin darme respuesta.

—¿Por qué no podría irme? —Y sí, eso era absoluto sarcasmo.

Me miró con el ceño fruncido, me sujetó el brazo con firmeza y me dirigió por el largo pasillo hacia los ascensores. Si bien yo era una chica alta, tenía que casi correr para no quedarme atrás de sus largas zancadas. Cuando llegamos había un ascensor abierto y algunas personas estaban entrando. Esperamos y entramos en último lugar. Descendimos en silencio. Las puertas se abrieron en planta baja y me tomó de la mano con fuerza para tirar de mí y salir. Sus manos estaban frías, pero sentí una corriente recorriendo todo mi cuerpo y mis latidos se aceleraron como siempre que él me tocaba. Cruzamos toda la entrada sin hablarnos y a la misma velocidad de antes. En ese momento sentí una gran molestia y estuve a punto de detenerme y obligarlo a que me dijera que mierda era lo que le sucedía. No lo hice porque no quería dar un espectáculo en el hospital, además de que ya estábamos a unos pasos de la salida.

Apenas salimos solté su mano.

—¿Se puede saber qué te pasa?! —exigí, logrando que se detuviera y me mirara con muuucha seriedad.

—¿Te vas de viaje a Brasil con Keno?! —soltó, inclinándose hacia mí y observándome furioso, mientras yo lo miraba desconcertada. Por lo que parecía, las noticias corrían como la pólvora. No tenía idea de cómo se había enterado ya que no había llegado a contárselo a nadie, ni siquiera a Nate.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Te vas o no? —Su mirada estaba fija en la mía.

—Sí, es verdad. Viajamos este miércoles.

Lo dije alto y mirándolo a los ojos porque quería ver su reacción, y lo conseguí. Clemente no despegaba sus ojos de los míos y pude identificar la chispa de la furia arder en ellos y ver como sus fosas nasales se dilataban.

—¿QUÉ?! ¡No me jodas!

—¿Por qué gritas? Yo no le veo nada de malo —señalé, porque estaba disfrutando de su tortura. Eso le pasaba por pensar lo peor.

—No le ves nada de malo —afirmó—. ¡Perfecto! —dijo, levantando las manos, exasperado—. ¿Sabes qué? Vete a ese viaje y disfruta con el doctorcito ese. ¡Me importa una mierda lo que hagas!

Comenzó a alejarse, y más que furioso, en ese momento parecía herido. Yo no estaba preparada para eso, para lo que sentí al verlo alejarse así. No me gustó. No sabía que quería, pero seguro que no era dejarlo marchar así.

—¡Detente! —No lo hizo—. Clemente Bradbury, ¡detente AHORA mismo! —Maldijo y lo hizo, pero no giró para mirarme.

Me acerqué y me quedé de pie junto a él, que me daba la espalda.

—¿De verdad te importa una mierda el que me vea con otro? —Nada—. ¿Vas a darte la vuelta y a mirarme?

Se volvió y me miró con una gran intensidad.

—¿Acaso importa lo que sienta, Damaris?

—A mí me importa.

—Y por eso te vas de viaje con otro —ironizó.

—Puedo explicarlo, pero...

—Pensé que éramos tú y yo, Damaris —expresó, con pesar, y algo se apretó en mi corazón y creo que tardé un segundo en acordarme de respirar.

—¡Déjame hablar, Clemente!

—Ya has dicho más que suficiente.

—NO; no lo he hecho, así que mantente calladito y déjame explicarte. —Suspiré—. En primer lugar, nosotros nunca hablamos de los términos de nuestra relación así que no deberías enojarte por eso —aclaré, porque era la verdad—; y en segundo lugar, yo no salgo con otros.

—¿Me estás tomando el pelo? —inquirió, sacudiendo la cabeza con enfado.

—Mira... —Volví a suspirar—. Estoy cansada y no quiero discutir en plena calle ni en ningún otro lugar, pero debes saber que el viaje que haremos con el doctor Keno es a un congreso en Brasil y vamos en representación del hospital, como lo hemos hecho en otras oportunidades. NO

es un viaje de placer ni salgo con él.

Su rostro se relajó y me miró con confusión.

—¿No te vas de vacaciones con él?

—Por supuesto que no. Creo haberte dicho que solo éramos compañeros de trabajo. Además, no saldría con más de un hombre porque no me parece honesto ni tengo el tiempo o la paciencia para lidiar con más de uno.

Sus hombros que se habían relajado volvieron a tensarse.

—No quiero que salgas con nadie, solo conmigo. Quiero que sea una relación exclusiva porque no estoy dispuesto a compartirte —admitió, y sus ojos grises me observaron con inquietud.

¿Eso era lo que YO quería?

La realidad era que, pensar en él con otras mujeres, me enfermaba.

¿Para qué seguir autoengañándome?

«*No pasa nada entre nosotros*» era una gran mentira.

Teníamos una relación, aunque no le diéramos nombre.

Debía dejar de pelear contra eso.

Negar que me pasaba algo con él no lo desaparecería, incluso me generaba más estrés porque vivía pensando en ello.

Sí; me había propuesto no dejar que ningún hombre entrara en mi vida —Nate era mi excepción—, y tenía claro los motivos de mi decisión.

Yo era así, conocía la mochila que cargaba sobre mis hombros y las heridas que seguían abiertas.

Pero...

Era el momento de sincerarme conmigo.

Clemente me había hecho replantearme lo que quería.

Quizás debía darle una oportunidad a ese hombre exasperante, aunque pareciera ser el menos indicado.

Quizás, en vez de ser tan estricta con mis planes de vida, debía dejar que la vida misma se encargara y me enseñara a vivir.

Quizás debía alivianar un poco esa pesada mochila que cargaba desde que me había resentido con la vida.

Exhalé.

—No sé si esto saldrá bien. Creo que ambos somos reacios a las relaciones formales, pero... no quiero perderte —confesé, y una tímida sonrisa iluminó su rostro.

—Si no lo intentamos, nunca lo sabremos.

—¿Y si fracasamos? Creo que estamos sentenciados al fracaso —susurré, y él me puso un dedo en los labios para silenciarme, y luego me rodeó la cintura con sus brazos y me acercó a él.

—Puede que lo hagamos, doc, pero también podemos hacer que funcione. —Y apoyó su frente en la mía mientras yo sentía que el corazón me aporreaba el pecho tan fuerte que parecía que se iba a escapar.

—Clemente —llamé, y apartó un poco su rostro y me miró, su sonrisa hizo que perdiera todo

temor—. Solo me importas tú.

Y lo que hizo a continuación me dejó totalmente desconcertada. Clemente largó una sonora carcajada. Nunca lo había visto reír así. Parecía... FELIZ. Súper feliz.

—¿Me vas a cantar la canción «Solo me importas tú» de Franco de Vita o me estás pidiendo que yo te la cante? No te hacía tan romántica.

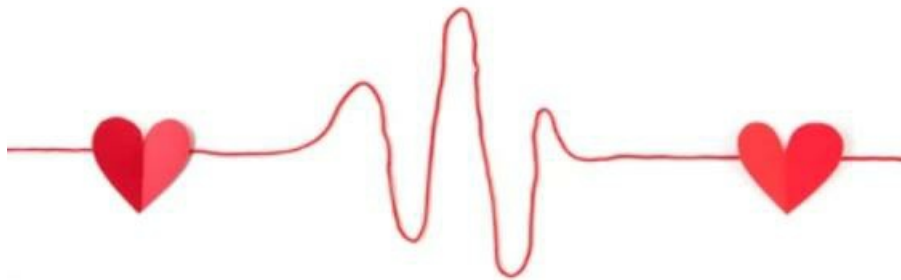
—Si serás idiota —dije, golpeándolo en el hombro con el puño, pero él me abrazó fuerte y sentí que no era solo un abrazo físico, sino algo más profundo—. TÚ, ¿escuchas a Franco de Vita? Imposible. No ERES tan romántico.

Negó con la cabeza, pero sin perder esa sonrisa que iluminaba todo su rostro.

—No lo comprendes, ¿verdad? A mí también... solo me importas TÚ, doc.

Y a continuación me besó.

Y acalló todas mis dudas.



Estábamos en mi piso. Mi coche había quedado en el estacionamiento del hospital porque Clemente me había cargado sobre sus hombros y me había llevado al de él. Por más que había chillado como una cría, no se había detenido hasta llegar a su coche.

En ese momento estábamos en mi dormitorio luchando con la ropa para quedar piel con piel, pero sin dejar de besarnos. Con movimientos rápidos nuestra ropa había salido volando en su totalidad, y nos tocábamos directamente la piel. Mis manos recorrían sus hombros y su cintura, mientras observaba su musculoso cuerpo. Clemente me empujó, no a la cama, sino contra la pared y me levantó con sus fuertes manos para que lo rodeara con mis piernas. Me penetró con fuerza hasta que lo sentí muy dentro de mí. Mis manos bajaron a sus nalgas y las empujé para que se pegara más a mí, para que entrara más, para que hiciera con mi cuerpo lo que quisiera. Le pertenecía... solo a él. Los gemidos llenaron el ambiente junto con el sonido rítmico de nuestros cuerpos sudorosos chocando. Nos besábamos con pasión mientras nuestras manos recorrían cada rincón de nuestros cuerpos. Sus embestidas se hicieron más rápidas, fuertes y salvajes. Respirábamos entrecortadamente y no podíamos reprimir gritos de placer. Aquello era una auténtica locura.

La presión de mi cuerpo aumentó.

Estaba cerca.

—¡Oh, Dios santo!

El placer recorrió mi cuerpo. Mi vientre se retorció por el éxtasis. Me sujeté de su espalda

mientras convulsionaba y me dejaba arrastrar por ese placer que solo él podía hacerme sentir. Clemente dejó salir un profundo gemido, echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo dio una gran sacudida, tensándose después. Tras una última embestida, dejó caer la cabeza en mi hombro. Nuestras respiraciones eran aceleradas y el corazón nos galopaba en el pecho. Subí una mano y le acaricié el pelo.

—¿A qué hora tienes que estar en el hospital? —preguntó, casi sin aliento y mientras me daba dulces besos en el cuello.

—Al mediodía.

—Perfecto... entonces... podemos continuar...

Y vaya si continuó.

Vivimos una noche plena.

Y en ese momento, mientras descansábamos enredados en el cuerpo del otro, lo observaba y mi mente volvía a registrar, sin saltar nada, lo vivido horas antes.

Todo había sido increíble.

Él era increíble.

Sus manos acariciándome con desesperación y delicadeza; sus dedos explorándolo todo; su boca saboreando todo mi cuerpo...

Algo se agitó en mi pecho y no pude evitar estremecerme.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, solo me dio un poco de frío —mentí.

Inmediatamente tomó el cobertor y nos cubrió a ambos. Volvió a abrazarme y yo volví a apoyar mi cabeza en su hombro mientras sentía sus cálidos labios dándome un beso en el pelo.

—¿Cuántos días vas a estar en Brasil?

—Viajo el miércoles y vuelvo el viernes —respondí, y sentí que se tensó.

—No me agrada nada que viajes con ese tipo. Él fue el que me comentó lo del viaje y lo hizo haciéndome creer que se iban en un viaje de placer.

No me extrañaba. André nos había visto besarnos y seguramente estaba molesto porque a él lo rechazaba. Simple necia vanidad.

—Sé cómo detener sus avances, lo vengo haciendo desde que nos conocemos. Aunque es un hombre insistente, yo lo ignoro.

—Así que insistente. ¡Es un cabrón! El tipo está desesperado por meterse en tu cama, pero espero que tenga las cosas claras porque si no me voy a encargar de aclarárselas. Y lo digo en serio. Nadie se mete con mi novia.

El corazón volvió a agitarse mientras una bandada de mariposas levantaba vuelo y comenzaba a revolotear salvajemente en los confines de mi estómago. Mi cuerpo volvió a estremecerse. Si Clemente lo notó, esa vez no dijo nada.

MI NOVIA...

Esas dos palabras debieron aterrarme y hacer que saliera corriendo de mi propia cama, sin embargo..., me acurruqué más contra su cuerpo.

Capítulo 24

«Serás amado el día en que puedas mostrar tu debilidad sin que el otro se sirva de esta para afirmar su fuerza.»

—César Pavese

Damaris



Esos días previos al viaje a Brasil para asistir al congreso fueron... alucinantes. Las horas que pasaba junto a Clemente me resultaban pocas porque eran increíbles. Si bien durante el día nuestros horarios de trabajo impedían que pudiéramos pasar mucho tiempo juntos, el que estuviéramos ocupados no imposibilitaba que nos viéramos todas las noches. Nos habíamos planteado tomarnos las cosas con calma, pero tal parecía que no podíamos estar separados. Solo llevábamos unas noches de noviazgo, pero que habían sido una sucesión de besos, caricias y sexo, el mejor sexo del mundo.

En esos días yo había salido del hospital a la medianoche y Clemente me pasaba a buscar por allí para luego ir a su piso o al mío. Incluso, y aunque había sido en su horario de trabajo, se había tomado unas horas y me había llevado en su coche hasta el aeropuerto el día de mi partida hacia la ciudad de São Paulo para el congreso médico. Fue evidente que también lo había hecho para demostrarle a André que estábamos en pareja, pero realmente, no me importaba. André había traspasado los límites al darle a entender a Clemente que nos íbamos en un viaje de placer y, cuando se lo había hecho saber, él le había quitado importancia aduciendo que había sido Clemente quién había interpretado mal sus palabras. Yo tenía claro que no había sido así.

Ya instalada en el hotel, en ese momento me encontraba alistándome para ir al salón de actos de este porque era donde se llevaba a cabo el congreso. Esa tarde era mi turno de subir el estrado y exponer al público sobre los últimos avances en el campo de la cirugía vascular. André se hospedaba en una habitación junto a la mía y pasaría por mí para ir juntos. Desde que me había visto con Clemente en el aeropuerto estaba de mal humor y parecía enfadado, pero yo hacía como que no me daba cuenta. No quería estropear nuestra estadía porque el congreso era muy importante para mí.

Me estaba terminando de maquillar y mi teléfono sonó.

Era Clemente y sonreí como una boba cuando leí su nombre en la pantalla.

—Hola —saludé, tratando de no demostrar demasiado mi emoción por escuchar su voz.

—Hola, doc. ¿Cómo estás? ¿Lista? —preguntó, porque ya me había llamado para saber cómo había llegado y también me había preguntado el horario en el que exponía.

—Casi lista para enfrentar al exigente público —bromeé.

—Me gustaría estar allí para ayudarte con los nervios. Se me ocurren muchas cosas para ello —dijo, haciéndome reír, además de fantasear sobre él haciéndome esas cosas—. Además de que debería estar allí porque estoy seguro de que todos esos doctorcitos te van a tirar los tejos.

—Naaah.

—No me digas que no te ha pasado porque me estarías mintiendo. Eres una invitación sexual

andante.

—¿Qué? Estás queriendo decir que yo los provoqué a conciencia.

—No, solo digo que cuando entras en una habitación disparas la imaginación y los deseos de todos los hombres, incluido de quién habla, y, sin duda, el del cretino ese que, en este momento, tiene la suerte de estar más cerca de ti.

—Entonces, estás diciendo que mi mera existencia te pone cachondo —afirmé, sonriendo con satisfacción y evitando seguir hablando de André.

—¿Lo dudabas?

—No lo sé, pero me gusta escucharlo. Además, me has dado la confianza que necesitaba para entrar en esa sala y, como dice Palladino, tener a todos comiendo de la palma de mi mano.

—No, no, no, que ni se les ocurra tocar alguna parte de tu cuerpo, ni siquiera la palma de la mano —bromeó, haciéndome reír nuevamente—. ¿Y quién es Palladino?

—El director del hospital.

—¿Otro del que tengo que preocuparme?

—No debes preocuparte por nadie, solo eres TÚ, no lo olvides —afirmé, y escuché cuando exhaló.

—Contigo, PREOCUPACIÓN es mi segundo nombre.

—Eres un idiota. Palladino está para jubilarse, es más, el otro día me propuso algo que...

—¿Te hizo una propuesta indecente?! ¡Viejo verde! —exclamó, volviendo a hacerme reír.

—¿Puedes dejar de decir estupideces? Palladino es un señor respetuoso y educado.

—Pero te hizo una propuesta.

—De trabajo, pero te la contaré después porque me tengo que ir.

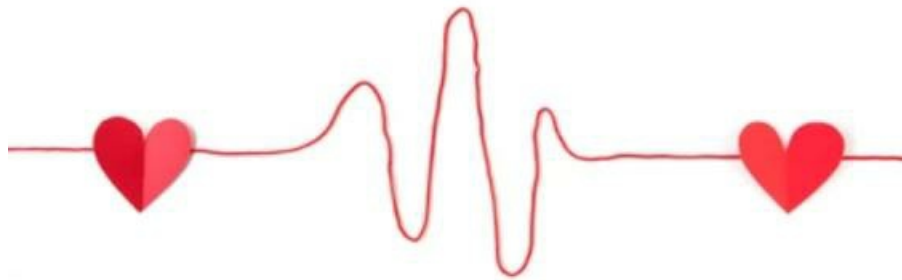
—¿QUÉ?

—Recuérdame hacerte una prueba de audición cuando llegue a Montevideo.

—Lo que me vas a hacer es una prueba de... —Le corté la llamada sin dejarlo terminar y sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

Con Clemente íbamos forjando una relación que me hacía sentir plena y feliz. Esa emoción que sentía me había sorprendido y no me arrepentía de mi decisión de tenerlo en mi vida. Iríamos viendo que acontecía, pero de momento, iba todo genial.

Y lo más asombroso, o no, era que lo extrañaba.



La conferencia había sido un éxito y mi discurso también. Cuando estaba subiendo en el ascensor para dirigirme a mi habitación estaba cansada y tensa. André me había invitado a cenar, pero había rechazado la invitación porque solo necesitaba una ducha caliente y una cama. Casi me había dado pena. ¡Casi! Porque unos minutos después se las había arreglado muy bien para irse con una chica que había conocido esa tarde, así que yo no había sentido ni una pizca de remordimiento.

Abrí la puerta de la habitación con la tarjeta llave y, ya dentro de la habitación, inserté la tarjeta en el interruptor para que se encendieran las luces. Antes de la ducha llamé al servicio de habitaciones para pedir la cena porque ya eran las nueve de la noche. Mientras caminaba hacia el baño me iba despojando de la ropa. Estaba en ropa interior cuando tocaron a la puerta. Si era la cena era el hotel más rápido y eficiente de todo el mundo, si era André lo despacharía sin miramientos. Me puse el albornoz y me dirigí a abrir.

No eran ninguna de las opciones que había imaginado.

Quien me miraba intensamente eran unos ojos grises que me tenían hipnotizada.

—Me cortaste la llamada —dijo, como si eso fuera fundamento suficiente para estar allí, en una ciudad que estaba a más de dos horas de viaje en avión desde Montevideo.

Antes de que me diera tiempo a reaccionar la boca de Clemente descendió sobre la mía, hambrienta y desesperada. Toda la tensión que había sentido ese día explotó para luego desvanecerse por completo. Me rendí a él. Mis manos se hicieron puños sobre su camisa, atrayéndolo hacia mí. Como si hubiera alguna posibilidad de que, ahora que lo tenía allí, fuera a alejarse. El beso se profundizó y ambos gemimos.

—Te extrañaba —susurré, apartando un poco mis labios de los suyos.

Clemente aprovechó para hacerme retroceder y entrar a la habitación. Cerró la puerta de un puntapié y me miró.

—No sé qué has hecho conmigo... pero no podía pasar la noche sin ti —afirmó, encogiéndose de hombros.

Sonreí y volví a lanzarme a sus brazos besándolo con desesperación, devorándole los labios.

—No sé qué es lo que he hecho... pero lo que haya sido... lo hice súper bien porque estás aquí.

Sonrió y, sin despegar sus labios de los míos, me tomó en sus brazos y se dirigió hacia la cama. Caímos en la cama frenéticos sin dejar de besarnos y tocarnos como si estuviéramos poseídos, mientras encontrábamos el modo de desnudarnos el uno al otro. Yo fui la primera en quedar desnuda. Clemente se apartó y me miró de arriba abajo, como si fuera el postre preferido que está a punto de devorar. Sin dejar de mirarme se desabotonó la camisa y se soltó el cinturón. Los pantalones cayeron y quedó de pie ante mí, sin otra cosa que los calzoncillos tipo bóxer que le quedaban de maravilla y su miembro duró presionando contra ellos. Reptó por mi cuerpo y fue delineando un rastro de besos por mi clavícula hasta que nuestras bocas se encontraron y nos besamos con pasión. Podía sentir los latidos de su corazón golpeando ferozmente mi pecho. Mis piernas se enrollaron en su cintura y ambos gemimos ante ese contacto.

—Necesito estar dentro de ti —susurró, y parecía como si estuviera luchando por asirse al último resquicio de su control.

—Y yo necesito que lo estés. —De inmediato saltó de la cama y volvió segundos más tarde con varios preservativos.

—Esta noche vamos a necesitar varios de estos —dijo, y comenzó a colocarse uno, pero lo detuve colocando mi mano en la suya y logrando que me mirara con sorpresa.

—Comencé a tomar la píldora... ya podemos hacerlo sin protección —dije, porque ambos estábamos sanos y habíamos acordado que, cuando yo quisiera, comenzaría con los anticonceptivos orales.

Su rostro se iluminó. Íbamos a sentirnos sin impedimentos.

—Nunca lo hice sin protección —susurró.

—Yo tampoco.

Con rapidez descartó el preservativo que iba a usar y me miró. Jamás había visto tanta pasión en el rostro de alguien.

—¿Lista?

—Más que lista.

Se situó en mi entrada y empujó, se fue hundiendo lentamente hasta hacerlo por completo. Ambos gemimos de placer al sentirnos de verdad. Me aferré a él y me olvidé de todo.

—El paraíso... el puto paraíso —susurró, con la voz entrecortada.

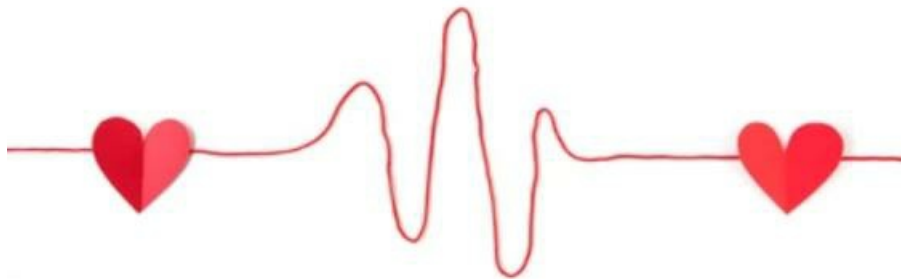
El mundo desapareció y se silenció. Solo estábamos él y yo y nuestros sonidos eróticos que nos envolvían.

Nuestros cuerpos se acoplaron en una forma perfecta, Clemente embestía con fuerza y yo lo acompañaba. Nuestras caderas chocaban una y otra vez en una sintonía sublime. Él llevó una de sus manos a mi sexo y frotó el botoncito hinchado que rogaba por su atención. Comencé a sentir los signos reveladores del orgasmo inminente y mis jadeos se hicieron más fuertes. Clemente bajó la cabeza y su boca comenzó a jugar con mis pechos, y eso fue mi perdición.

—Oh... Dios... —Jadeé.

—Mírame —exigió, y me encontré con sus ojos grises nebulosos y brillosos fijos en los míos y quedé como hipnotizada. Tuve un orgasmo tan fuerte que mis ojos se nublaron de placer y convulsioné furiosamente bajo su cuerpo arrastrándolo a él que, con un gruñido ronco, dio un empujón final y arqueó su espalda gritando mi nombre.

—Damaris... Oh, mierda...



Habíamos cenado en la habitación del hotel y aprovechado ese momento para hablar mucho, conociéndonos poco a poco uno al otro y conociendo como éramos juntos. También se había interesado mucho por mi discurso de ese día y el que tenía al día siguiente, y no paraba de

preguntar. Me maravillaba verlo tan concentrado e interesado en todo lo que le decía. Había descubierto también que, si bien éramos muy parecidos en muchas cosas, también teníamos grandes diferencias: Clemente era racional, yo más emocional; él más estructurado y yo un poco más desorganizada; él más impaciente, yo más relajada; y así muchas cosas más, pero, sobre todo, habíamos descubierto que nos encantaba estar juntos.

Ya era de madrugada y estaba agotada, pero demasiado exaltada como para dormirme. Descansaba mi cabeza en su pecho y su respiración acompasada me hacía pensar que dormía, pero entonces se produjo un leve movimiento y lo vi acomodarse para quedar de costado apoyando la cabeza en un codo. Me sorprendió ver que estaba despierto. Yo también giré para que quedáramos de frente. Estábamos en penumbras, pero mis ojos se habían acostumbrado a esa poca luz y lo podía ver perfectamente.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—Estoy un poco desvelada, pero pensé que dormías —dije, y no comentó nada, pero me siguió mirando como si algo lo preocupara.

—¿Librando una batalla interna? —preguntó, y supe que su preocupación se debía a que creía que yo seguía con dudas sobre lo nuestro. Estiré una mano y le acaricié su mejilla.

—No, en absoluto. Solo que... creo que... estoy demasiado eufórica por tenerte aquí. —Su rostro se iluminó en una amplia sonrisa, borrando todo rastro de preocupación.

—Eso es bueno para mí, doc.

—Gracias por haber hecho el esfuerzo de venir hasta aquí.

—Sin duda valió la pena..., y juro que ahora estoy haciendo un esfuerzo enorme por no perder la compostura y abalanzarme sobre ti —dijo, y reí.

—¿Lo haces para que descanse, por mi discurso de mañana? —pregunté, y el asintió con la cabeza.

—¿Te preocupa el discurso?

—No me preocupa, pero si es verdad que me ponen un poco tensa.

—Tú puedes, doc —dijo, y con un dedo recorrió mi sien y luego colocó un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Y hablando de tu trabajo, cuéntame cual fue la propuesta que te hizo el director del hospital.

—El doctor Palladino se está por jubilar y me dijo que quiere que ocupe su lugar.

—Guauuu. ¡Felicitaciones! Eso es tremenda responsabilidad, imagino que si te ofreció el cargo es porque eres una profesional responsable y un genio médico —expresó, con una sonrisa de admiración tan sincera que me dejó sin respiración.

—Aún no lo decidí, como le dije a Palladino, a mí me gusta el quirófano, estudié para salvar vidas y es lo que quiero hacer. Si bien me aseguró que podría hacer ambas cosas, aún no estoy segura. Voy a tener que evaluarlo.

—Tienes mi absoluto apoyo sea cual sea la decisión que tomes —señaló, con mucha naturalidad, y aunque intenté no demostrarlo, quedé perpleja porque eso significaba que pensaba en un futuro juntos.

—Gracias —respondí, sin saber que más decir, y llevé una mano a su rostro y delineé su mandíbula, su nariz, sus cejas y, en ese momento, me fijé en una pequeña cicatriz blanca encima de la ceja derecha. Pasé el dedo sobre ella y él se tensó.

—Fue uno de los golpes de mi padre y tuvieron que darme unos puntos —explicó, y se me encogió el corazón. Cada célula de mi cuerpo quería consolarlo. Llevé mis labios hacia la cicatriz y deposité un beso en ella, inmediatamente su cuerpo se aflojó.

—Lamento mucho todo lo que tuviste que vivir, ojalá yo pueda hacer algo para borrar, aunque

sea un poco, esos horribles recuerdos. —Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras lo imaginaba siendo pequeño, golpeado de esa forma tan brutal y escondiéndolo para proteger a su madre y su hermano.

—No creo que se borren —dijo, pero enseguida agregó—: pero se alejan, pierden fuerza y... no es por el paso del tiempo, es por ti. —Mis ojos no se apartaron de los suyos—. Tu alejas esos terribles recuerdos, doc. Desde aquella noche en la que te entregaste a mí, siempre fue así entre nosotros. No dejes de mirarme, Damaris. Tus ojos no solo me seducen..., me guían y me deslumbran como un destello dorado.

Mi corazón se aceleró al escuchar esas palabras, pero ese momento era para concentrarme en él. Clemente me necesitaba.

Volví a acariciar su rostro sin apartar mis ojos de los suyos. El dolor le oscurecía sus hermosos ojos.

—Convirtió mi vida en un verdadero infierno, y nunca supe qué había hecho tan mal para merecer semejante furia. Nunca, nunca supe por qué era el destinatario de sus golpes y maltrato, pero por alguna razón que desconozco, me odia, no soporta mi presencia.

»Le pregunté muchas veces que había detrás de su odio hacia mí, y su respuesta siempre era que yo era el responsable de todo lo malo que le pasó en la vida, además de acusarme de que era un inútil y propinarme otro golpe por preguntar.

»Pero llega un momento en que todo deja de doler, incluso los golpes —susurró, y ladeó su rostro para que mi mano quedara más en contacto con su mejilla—. Por esa razón asumí que fui un hijo no deseado por él y que debió casarse obligado debido al embarazo, aunque nunca me lo confirmó y mi madre tampoco.

—¿Ellos se amaban?

—Tenían una relación cordial, aunque quizás todo era apariencias, no sabría decirte. No sé si se amaban porque no sé qué es ese sentimiento ya que nunca lo experimenté. Discutían como cualquier pareja, pero ni con mi madre ni con Nate lo vi usar la violencia física. Cuando ellos estaban tenía la habilidad de comportarse con «normalidad», si es que se puede decir que ese hombre tiene algo de normal. —Tomó aire profundamente y lo exhaló despacio—. De adulto comprendí que mi padre nunca aceptó la responsabilidad de tener hijos, y yo era el hijo inútil que le había hecho cargar con eso que no quería. El inútil a quien culpar de su frustración.

El dolor que sentí al escucharlo fue hasta físico. Un llanto silencioso y doloroso pugnaba por salir, pero hice un gran esfuerzo para mantenerlo a raya.

Lo abracé tan fuerte que parecía que nuestros cuerpos se iban a fusionar. Él también me abrazó y apretó la nariz contra mi cabello.

Hubiera podido quedarme así, abrazándolo, sintiéndolo, hasta que el mundo desapareciese.

Y por primera vez en mi vida tuve una realidad que movió mis convicciones. Quería que ese hombre fuera feliz, aún si tenía que ser por encima de mi felicidad. No sabía si solo lo sentía por lo terrible que había sido su infancia y por lo conmovida que me sentía, pero temía que era por algo más, algo que pasaba dentro de mí, algo que Clemente había despertado. Era como si mi corazón estuviera en la difícil disyuntiva de querer traspasar la fina línea que separaba la atracción del amor. En el fondo de mí sabía que esa línea ya se estaba desdibujando.

—No eres un inútil, Clemente. ¡No lo eres! Piensa en lo lejos que has llegado. Eres una persona increíble. No puedes imaginar hasta qué punto siento que hayas sufrido tanto. Has

cargado con un peso que no te correspondía. Creciste junto a un maldito hijo de puta, un hombre cruel y despiadado, pero que no logró doblegarte.

Vislumbré un esbozo de sonrisa en sus labios y mi corazón se llenó de alegría. Solo lo quería ver feliz.

—No te preocupes. Ya no me importa... ya no importa.

—Sí, importa. Sí, joder, importa mucho. A MÍ me importas —afirmé, con tal convicción que hasta yo me sorprendí.

Acercó su rostro y me besó la punta de la nariz para luego abrazarme con fuerza.

—Solo importas tú, doc. Solo ME importas tú.

Y sentí su corazón latir aceleradamente al compás del mío.

Capítulo 25

«El mejor tipo de amor es el que despierta el alma y nos hace aspirar a más, nos enciende el corazón y nos trae paz a la mente. Eso es lo que tú me has dado y lo que yo esperaba darte siempre.»

—Nicholas Spark – The Notebook

Clemente



Cuando llegué a Montevideo sentía algo extraño en mi pecho, y no era por problemas de salud, aunque estaba relacionado con una doctora.

Por un lado, estaba contento de haber viajado, de haber podido darle la sorpresa y pasar esas horas con Damaris, pero no me había gustado alejarme de ella y saberla a tantos kilómetros de distancia de mí.

Al despedirnos me había dado un beso apasionado y susurrado sobre mis labios: «Estoy aquí para ti, siempre estaré para ti».

Y en vez de preocuparme, el que hubiera dicho «SIEMPRE» me había dejado fascinado.

Nunca me había sucedido nada igual.

Todo me parecía un poco abrumador.

Libraba una batalla con todo tipo de emociones contradictorias.

No podía negarme que cada día que pasaba me sentía más unido a ella y lo sorprendente era que no me inquietaba en absoluto.

Siempre me había ocultado bajo la fachada de hombre frío y calculador, una persona incapaz de implicarse emocionalmente, incapaz de comprometerse e ignorante totalmente de los sentimientos, pero, la realidad era que esa era la versión que yo quería que vieran.

Yo... siempre ocultaba mis emociones.

Me ocultaba.

Por lo menos hasta que la había conocido a ella, porque con Damaris esa táctica ya no me funcionaba. La doctora me había sacado de mi zona de confort y no estaba tan incómodo como

suponía que estaría.

Estando con ella me sentía bien..., más que bien.

Damaris había visto al verdadero Clemente, mi verdadero yo. Damaris me escuchaba. Cuando hablaba con ella siempre tenía la sensación de que le importaba todo lo que le decía y sus ojos brillaban con interés.

Y, aún conociéndome, se había quedado a mi lado.

No solo se había quedado, Damaris me estaba ayudando a curar.

Ella... se había acercado.

Y eso, más allá de hacerme sentir débil y vulnerable, me hacía sentir comprendido.

Quizás, y solo quizás, solo era una confusión provocada por el deseo abrumador que sentía por ella, y no era solo por el placer, sino porque cuando estábamos juntos parecía que nos fusionábamos en una sola persona.

O...

Puede que, incluso, me estuviera enamorando de Damaris Dorian.

El cuerpo se me estremeció y sentí que el pecho se me contraía por la magnitud de esa afirmación.

Estaba en mi oficina, sentado en mi escritorio y, de repente, quedé paralizado. No podía mover un solo músculo de mi cuerpo. Comencé a mirar el monitor de mi ordenador como si fuera a darme una respuesta mientras esperaba a que mi pulso recuperara su ritmo normal.

Aunque la respuesta ya la tenía.

¿Estaba enamorado de Damaris?

Seguro que sentía algo a lo que en ese momento no podía dar nombre.

Pero, ¿amor?

¿Tanto me había cambiado?

Probablemente, sí.

Tachen «probablemente».

Sí.

Damaris me había cambiado y... sentía algo muy fuerte por ella. Además de que la deseaba con desesperación. La lujuria de unas pocas horas antes continuaba agitándose en mi cuerpo.

Tuve que tragar saliva para bajar el nudo que se me había formado en la garganta.

Siempre me había asegurado de que cualquier cambio que ocurriera en mi vida dependiera solo de mí, pero ahora también dependía de ella..., y era aterrador.

Porque Damaris Dorian podía hacerme daño.

Tenía que asimilarlo y entender que había cosas que no iba a poder controlar, pero que estaba en mis manos decidir si quería evitar la posibilidad de sufrir.

¿Valía la pena darle una oportunidad?

Lo pensé.

Lo pensé y lo volví a pensar.

la idea de no tenerla más a mi lado y de que alguien me la arrebatara me dolía demasiado.

Sí, la mera posibilidad de perderla me destrozaba.

Quería que fuera mía sin importarme nada más.

No podía dejarla escapar.

Había iniciado el juego...

Yo calcularía los movimientos con exactitud.

Damaris decidiría la partida.

Capítulo 26

«Jamás entendí la magia, hasta que me encontré con tu mirada.»

—Anónimo

Damaris



Los días en el congreso habían ido muy bien y mi participación había sido todo un éxito. Palladino había estado en comunicación conmigo y estaba muy contento, no así André que apenas me hablaba y estaba distante. Lamentaba que se hubiera enfadado, y estaba claro que era por mi relación con Clemente, sobre todo se había enfurecido cuando había llamado a mi habitación y lo había recibido él, pero quería suponer que se le pasaría pronto porque éramos compañeros de trabajo y debíamos seguir manteniendo un trato cordial.

En ese momento estábamos en el aeropuerto esperando para abordar el vuelo que nos llevaría de regreso a Montevideo. Hablábamos poco y, si bien yo lo seguía tratando como siempre, él me respondía con monosílabos y frialdad, así que, como era evidente que no estaba dispuesto a entablar una conversación, yo había decidido ponerme a leer algunos mensajes y correos en el teléfono y no insistirle más.

Si no quería hablar, no lo iba a obligar.

Mientras miraba el teléfono me llegó una llamada de Nate.

—Hola, precioso —saludé, y me pareció que, a mi lado, André gruñó, pero ni lo miré.

—¡Qué manía con llamarme así! —protestó, pero yo sabía que estaba sonriendo—. ¿Cómo estás? ¿Sigues en São Paulo?

—Estoy en el aeropuerto por embarcar hacia Montevideo. ¿Tú ya llegaste? —pregunté, sin mencionar a su padre porque no quería saber nada de ese hombre.

—Me voy a quedar unos días más por aquí para acompañar a mi padre. Pude organizarme con el trabajo y estoy trabajando desde acá, mi socio me está dando una mano. —En otro momento le hubiera preguntado por los exámenes que se estaba realizando el padre y por su salud, era lo que correspondía porque, suponía que, si se estaba quedando más tiempo las cosas no estaban saliendo del todo bien. Seguro que Nate estaba sorprendido de que no estuviera interesada, pero no podía ni siquiera mencionar a su padre. Lo odiaba—. ¿Has hablado con Clemente? Porque lo he llamado y le he enviado mensajes, pero no me ha respondido.

Imaginaba que el silencio de Clemente se debía a que sabía que Nate estaba con su padre, y lo entendía, por supuesto que lo entendía.

—Sí, hemos tenido contacto y está bien —respondí, sin decirle que había estado conmigo porque Rio de Janeiro, ciudad en la que vivía el padre, estaba a tan solo una hora de avión desde São Paulo.

—¿La relación de ustedes?

—Bien. Nos estamos conociendo y, por el momento, lo pasamos bien —respondí, sin querer darle más datos, porque mientras Nate estuviera con su padre, no me salía contarle de lo nuestro

y, sobre todo, hablarle de Clemente. Ese hombre no tenía derecho a saber de su vida.

—Has obrado un milagro —dijo, y por su voz, noté que sonreía—, Clemente de novio, quien lo diría.

—Nate, te tengo que dejar porque tengo que abordar. Después hablamos. Te mando un beso. —Corté la llamada sin darle tiempo a decirme nada más.

Cuando levanté el rostro me encontré con los ojos de André fijos en los míos.

—A no ser que abordemos el avión con destino a Madrid, aún no tenemos que subir a ningún avión —dijo, con sarcasmo.

—Es de mala educación escuchar conversaciones ajenas —recriminé, y una risa desdeñosa, carente de todo humor, salió de su boca.

—Hablando de normas de educación, mentir también lo es —retrucó, con razón porque acababa de mentirle a Nate, pero ya estaba harta del mal genio de André.

—Mira, no sé qué es lo que te hice para que te molestaras tanto, pero...

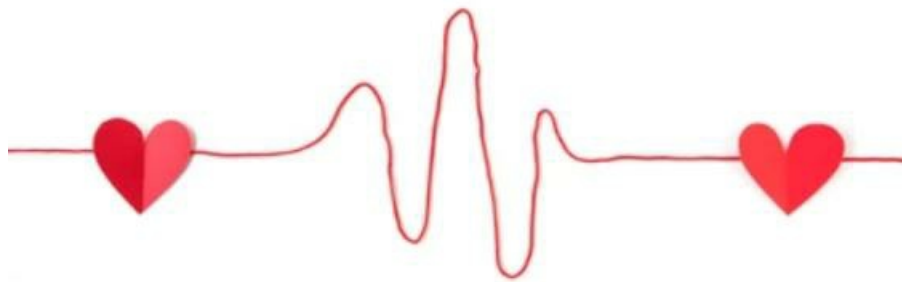
—¿De verdad no lo imaginas, *sabelotodo*? —Lo miré con el ceño fruncido.

—Seamos directos, entonces. ¿Estás ofendido porque no acepté salir contigo? ¿Por qué estoy saliendo con Clemente Bradbury? ¿Es eso? Pues lo siento, pero nosotros solo somos compañeros de trabajo y eso no va a cambiar, siempre te lo dejé bien claro.

—No hay mucho más para decir, entonces. Ahora si me permites, voy a ir a por un café. ¿Te apetece?

—No, gracias —respondí, y en cuanto se alejó, suspiré.

Era mejor dejar las cosas claras, aunque eso implicara que se había abierto un abismo entre nosotros.



Llegué a mi piso cercano a las seis de la tarde. Esa noche tenía pensado ir al hospital a hacer el turno de la noche, pero el director me había llamado para decirme que había cubierto mi turno y que me reintegrara al día siguiente. Si bien hubiera podido enfrentar unas cuantas horas de trabajo, agradecí poder descansar un poco.

Después de darme una larga ducha me puse ropa cómoda y me fui a la cocina a preparar algo para cenar. Miré la hora y vi que iban a ser las ocho de la noche. El rostro de Clemente vino a mi mente y el deseo de tenerlo a mi lado, compartiendo la cena, charlas, abrazos..., momentos, ya era un hecho que no podía negar.

Él había hecho el esfuerzo de viajar para estar unas horas conmigo. Al recordarlo una gran calidez apareció en mi pecho, al punto que me llevé la mano hacia allí y me masajéé esa zona.

¿Qué me sucedía?

Volví a pensar en él y en todas las horas compartidas y la calidez comenzó a extenderse por todo mi cuerpo.

Clemente..., que a pesar del infierno que lo había hecho vivir su padre, se había transformado en un gran hombre, que cuidaba y protegía a su hermano y... a mí.

Él, que estaba logrando derribar todos los muros que yo había erigido y los suyos propios.

Él, que escondía sus emociones porque había sido lastimado por su padre y por esa maldita mujer que lo había engañado.

Y, sin embargo, era una persona protectora, cariñosa, divertida...

Clemente era mucho más de lo que mostraba.

Y yo... lo había visto.

Y quería seguir conociendo todo de él.

De repente se me cayó la venda de los ojos y fue como si me hubiera iluminado.

Yo también debía confiar en él y darle una oportunidad a lo que estaba pasando entre nosotros.

No quería seguir aferrada al pasado, a la muerte de mis padres y al temor de que alguien se convirtiera en importante para mí y... lo perdiera.

No quería continuar pensando que lo mejor era estar sola evitando, a toda costa, que alguien se acercara a mi corazón.

No sé cómo lo había logrado, pero Clemente se había acercado... mucho, y no quería alejarlo, no quería soltarlo, y no quería que él me soltara.

Tomé el teléfono para llamarlo, pero me detuve antes de presionar en su contacto. Clemente era un abogado prestigioso y tenía mucho trabajo, así que quizás aún estaba en la oficina y no quería ser interrumpido.

¿Qué se hacía en esos casos?

¿Qué sabía yo de estar en una relación?

Nada, absolutamente nada.

Era la primera vez que estaba en una relación y no tenía idea de qué hacer. Analizaba algo tan simple como una llamada.

Dejé el teléfono sobre la barra de la cocina y negué con la cabeza.

Las emociones me superaran.

Mientras miraba dentro de la nevera para decidir que prepararme de cenar, el teléfono sonó haciéndome dar un respingo.

Era mi tía.

—Hola, tía.

—Hola, mi pichona. ¿Ya estás en Montevideo?

—Sí, llegué hace unas horas. Pensaba ir al hospital, pero el director me dijo que me tomara el resto del día y me reintegrara mañana.

—Bueno, mejor así puedes descansar. ¿Cómo está todo? —indagó, y tuve claro que «todo» significaba mi relación con Clemente.

—Todo bien, ahora estaba haciéndome la cena y luego aprovecharé para meterme temprano en la cama

—¿Sola?

—Sola —respondí, y mi tía bufó sin pizca de discreción.

—¿Y cómo van las cosas con el bombón de tu novio? —Reí sin poder evitarlo.

—¿Bombón?

—Desde luego que es un bombón, pero tú lo debes saber más que yo porque lo has degustado. Seguro que cuando lo ves te hace pensar en todos los cosquilleos de tu cuerpo que quieres que él te alivie.

—¡Tía!

—¡Ay, por favor! Después de haber estado separados tantos días, deberías estar encerrada con él y disfrutando de su cuerpo. ¡¿Qué haces sola?!

—No fueron tantos días porque Clemente fue a visitarme a São Paulo —respondí, porque sabía que con eso la iba a dejar sin palabras, aunque en realidad, pocas veces se quedaba sin ellas.

—¿Es en serio? Maravilloso, simplemente maravilloso. ¡Ese hombre está totalmente enamorado de ti! —afirmó, y aunque no podía verme, puse los ojos en blanco.

—No inventes. Recién nos estamos conociendo y nos gusta...

—Tener sexo. Es comprensible y lo lógico. Me alegro de que tu vida sexual se haya puesto en movimiento. Debes desear y disfrutar la sexualidad.

—Bonito tema de conversación mientras preparo mi cena, tía —bromeé.

—En vez de preparar la cena deberías estar cenando en un lindo y romántico restaurante con él y luego dedicarse toda la noche para ustedes.

—Clemente está trabajando, tía. No quiero molestarlo.

—¡¿Qué?! ¿Molestarlo? Ese hombre te adorará si apareces de sorpresa en su oficina para seducirlo. Debes ir vestida con un conjunto de lencería sexy, una gabardina y zapatos de tacón. Cuando una mujer aparece en la puerta de un hombre con una gabardina, ellos saben muy bien que no hay mucho más debajo.

—Has perdido la cabeza, tía —afirmé, porque era evidente que si me daba ese consejo era porque no me conocía lo suficiente—. No pienso ir medio desnuda a su oficina. La gente que trabaja con él sabrá para que he ido. ¿Cómo se te ocurre?

—Bueno, si eres la novia es hora de que conozcas el lugar donde trabaja. ¿No me has dicho que él ha ido de madrugada al hospital?

—¡Pero no ha ido medio desnudo!

—Eso porque el hospital está repleto de gente, pero imagino que, como todo abogado, él tiene su propio despacho.

—Absolutamente, NO.

—Hazme caso y sorpréndelo. Te aseguro que le darás una sorpresa maravillosa. Ese hombre te ama, Damaris.

—¿Por qué estás tan segura? —pregunté, ansiosa por la respuesta.

—Porque los he visto juntos —suspiró, como si fuera ella la enamorada—. Es como si no hubiera nadie más en la habitación. Solo tienen ojos el uno para el otro.

—¿Me estás queriendo decir que piensas que yo también estoy enamorada?

—Lo estás, pichona. Y no te imaginas la alegría que eso me provoca.

—No estoy enamorada, tía. Nunca lo estuve, y creo que hay algo disfuncional en mí y por eso no me enamoro —señalé, sin estar muy convencida de lo que decía, y por lo visto mi tía tampoco porque largó una sonora carcajada.

—Puedo ser muchas cosas, pero no soy idiota. Lo sé..., y tú también lo sabes. Ahora, si tienes dudas de lo que te está pasando, es momento de que lo averigües. Ve a sorprender a ese hombre enamorado y... sorpréndete a ti también. Después me cuentas. Te quiero, Damaris, y quiero lo mejor para ti, nunca lo olvides.

Mi tía cortó la llamada dejándome totalmente perpleja, pero también pensativa.

Él debía creer que estaba en el hospital porque no le había llegado a contar del cambio de planes, seguramente por eso no se había comunicado conmigo.

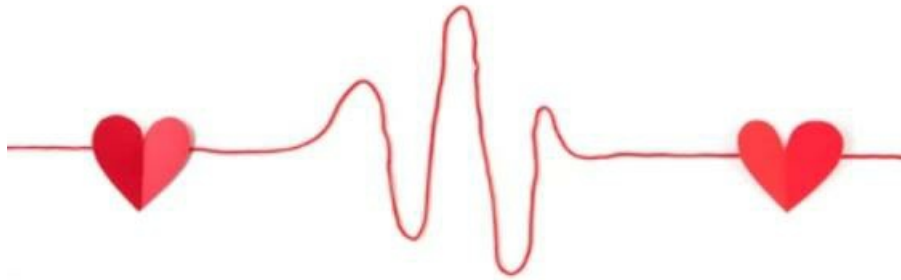
Quizás no era una mala idea sorprenderlo.

Si lo pensaba bien, Clemente se había subido a un avión para pasar unas horas conmigo, yo

solo debía ir hasta su oficina. Pero no había manera en el infierno de que fuera vestida como lo había sugerido mi tía. Me arreglaría bastante y usaría, lencería sexy y un lindo vestido, pero la idea de la gabardina estaba descartada.

Me decidí por un vestido rojo ajustado a mis curvas. Me arreglé el pelo y lo dejé suelto como a él le gustaba. Me maquillé resaltando mis ojos y los labios y me puse perfume siguiendo el consejo de Coco Chanel: «Una mujer debe usar perfume donde desea ser besada».

Creo que dejé el envase casi vacío.



Llegué a un enorme edificio de más de veinte plantas y traspasé las puertas acristaladas de la entrada. Cuando entré en el elegante vestíbulo eran casi las diez de la noche y la única persona que estaba allí era un guardia de seguridad. Cabía la posibilidad de que Clemente ya no estuviera en la empresa, pero me arriesgaría.

Cuando me estaba dirigiendo hacia los ascensores, el guardia me interceptó. Era lógico, solo a mí se me ocurría que me permitirían subir sin dar aviso.

¡Adiós a la sorpresa!

—Buenas noches, señorita. ¿En qué la puedo ayudar?

—Buenas noches. Vengo a ver al abogado Clemente Bradbury —respondí, teniendo claro que no eran horas para presentarse en una empresa, incluso, ni siquiera sabía si él seguía allí.

—¿A quién anuncio?

—Mi nombre es...

—¿Damaris? —La voz sorprendida de Clemente hizo que el guardia y yo giráramos hacia él.

Como siempre que lo tenía delante, todo quedó relegado a un segundo plano. La expresión que detecté en sus ojos fue de sorpresa, pero se notaba, sobre todo por su sonrisa, que la sorpresa había sido de su agrado. Una sensación de calidez se extendió por mi pecho.

Quizás debería seguir más a menudo los consejos de mi tía.

—Vine a por ti —dije, cuando encontré la voz y sin poder evitar que me saliera un poco vacilante.

Nos miramos fijamente el uno al otro durante una eternidad. Estaba guapísimo con un elegantísimo traje gris oscuro, camisa blanca y corbata en distintas tonalidades de gris y azul. Comenzó a acercarse a mí a grandes pasos, me tomó el rostro entre sus manos y me dio un delicado beso en los labios.

—Gracias —me susurró al oído. Saludó al guardia y me tomó de la mano para comenzar a caminar, pero solo habíamos dado dos pasos y se detuvo, volteó y volvió a mirar al guardia—. Señor Martínez, la señorita es mi novia, permítale pasar sin necesidad de avisarme y sin importar

la hora.

El guardia asintió con la cabeza y sonrió. Retomamos la marcha mientras yo sentía que esas dos palabras me hacían estallar en el pecho algo parecido a la felicidad absoluta.

—¿Volvemos a tu oficina? —pregunté, confundida cuando noté que nos dirigíamos hacia los ascensores, porque había supuesto que él se estaba yendo de la empresa.

—Quiero que conozcas mi despacho. Voy a dejar tu nombre en la recepción para que siempre te permitan subir sin tener que avisarme. Me gustan mucho estas sorpresas.

¿Cómo podía decir que no a eso que había sugerido? No podía.

Entramos al ascensor y, cuando las puertas se cerraron, me abrazó.

—Me alegra saberlo porque no sabía si venir. Lo hice porque se me ocurrió darte una sorpresa e invitarte a cenar para agradecerte el que hayas ido hasta São Paulo.

—No tienes nada que agradecerme, pero estoy realmente feliz de que lo hayas hecho. Me alegra mucho que estés aquí. —Y de repente había calor en su mirada, tanto que se me debilitaron las rodillas. Se acercó con una sonrisa sensual, apoyó suavemente su mano en mi mejilla y me miró intensamente—. No te imaginas cuánto me alegra.

Sin darme tiempo a nada me arrinconó contra la pared del ascensor, inmovilizándome con sus caderas. Estaba atrapada entre sus duros músculos y la pared, y estaba fascinada. Sus labios rozaron los míos y yo solo podía pensar en lo mucho que deseaba sentirlos nuevamente. Pasó su lengua por mi labio inferior y lo mordisqueó dulcemente, entonces jadeé y aproveché para deslizar su lengua dentro de mi boca y tomarla sin contemplación ninguna. Su boca sabía a café y ese sabor que tanto me gustaba impregnó mis papilas gustativas. Ladeé mi cabeza para que el beso fuera más profundo y él emitió un gruñido grave que hizo que todo mi cuerpo vibrara. En ese momento su aliento eran jadeos.

Entonces el ascensor se detuvo y se apartó.

—Vamos —dijo, con la respiración acelerada y la voz ronca, me tomó de la mano y salimos.

En el piso había una recepción, pero estaba vacía. Clemente me llevó hasta una gran puerta de madera en la que había un letrero que indicaba a quién pertenecía ese despacho:

Dr. Clemente Bradbury

Director

Abrió la puerta y me dio paso. Cuando ambos estuvimos dentro la cerró y pasó llave.

—Este es mi despacho.

Era un espacio enorme. Lo que más llamaba mi atención eran los ventanales panorámicos que en ese momento mostraban las luces nocturnas de la ciudad. Había una mesa de madera rectangular alrededor de la cual se podían sentar ocho personas, un sillón de piel en color negro y un gran escritorio de madera con su silla de oficina, y encima del escritorio un ordenador.

Cuando giré para mirarlo, se había arrecostado contra su escritorio, cruzado los brazos sobre el pecho y me miraba intensamente.

—Es muy lindo e inmenso.

—Ven aquí.

La sensación de nerviosismo en mi estómago por la anticipación aumentó exponencialmente. Me acerqué a él y me rodeó la cintura con sus brazos para acercarme y darme un casto beso, pero sin darme tiempo a prever su siguiente movimiento, me giró haciéndome sentar sobre el escritorio. La sorpresa me hizo lanzar un pequeño gritito ahogado. Se inclinó hacia mí colocando sus manos sobre mis rodillas y me abrió las piernas ubicándose entre ellas. Mis manos se deslizaron por su cabello mientras nos mirábamos a los ojos con intensidad y otra cosa que en ese momento no podía identificar con un nombre, pero que él se encargó de aclarar.

—Me estoy enamorando de ti, Damaris Dorian. Lo que siento por ti es muy fuerte. —Mi corazón se detuvo, no me había esperado semejante confesión, pero me parecieron las palabras más maravillosas que había escuchado en mi vida—. ¿Qué sientes por mí? Y no salgas corriendo, por favor, solo dame una oportunidad.

—Yo... también creo que me estoy enamorando de ti, Clemente Bradbury. —Lo vi sonreír como nunca y mi corazón se volvió a acelerar.

—Descuida, tu secreto está a salvo conmigo —bromeó.

—¿Y si esta vez no quiero que sea secreto? ¿Si esta vez no me quiero guardar lo que sucede entre nosotros?

—Me harías muy feliz porque yo tampoco quiero que esta vez sea un sueño... quiero que sea real. —Lo siguiente que supe es que me estaba besando con una intensidad abrumadora. Podía sentirlo mientras sus manos iban subiendo lentamente por la piel desnuda de mis muslos, tocando, acariciando, hasta llegar a ese lugar especial.

—Estás empapada, cariño. —Y su boca volvió a tomar la mía mientras ambos gemíamos en la boca del otro.

—Clemente... —llamé, casi sin voz, y se detuvo y me miró.

—¿Pasa algo?

—¿Hay cámaras aquí? —pregunté, porque se me ocurrió en ese momento y me hizo sentir avergonzada de no haberme dado cuenta antes, pero él sonrió y apoyó su frente en la mía.

—No; dentro del despacho no hay, pero debiste preguntar antes —dijo, sin dejar de sonreír, porque ya tenía mi vestido por la cintura y a él entre mis piernas.

—Lo sé... tú me haces perder la cabeza.

—Créeme, tú a mí me la haces volar —susurró, y luego de darme un suave beso en los labios, preguntó: ¿Podemos continuar?

—¡Hazlo! —exclamé, con tanta efusividad que volvió a reír, pero solo un segundo porque su boca volvió sobre la mía.

Me besó mientras sus manos quitaban mi vestido por arriba y me despojaban de la ropa interior, dejándome solo con los tacones altos. Sin dejar de mirarme, me empujó suavemente hasta lograr que me recostara sobre su escritorio. Se quitó el saco y la camisa, se abrió los pantalones y se los bajó junto con los *bóxer* ajustados de una reconocida marca. Mi cuerpo hormigueaba ferozmente. Se inclinó sobre mí y su boca se apoderó de mis pechos haciéndome gemir. Después de dedicarles varios minutos a cada uno, siguió para abajo hasta llegar a mi

intimidad y quedarse allí, moviéndose despacio y volviéndome loca. Lo que me hacía era tan bueno que tenía que morderme el labio para no gritar.

—Por favor —gemí, y levantó la cabeza para mirarme, pero sus oscuros y ardientes ojos grises no me ayudaban, además de que tenía todo el pelo revuelto, seguramente porque mis manos habían pasado por él demasiadas veces, pero le quedaba sensual como el infierno.

Sonrió con suficiencia y volvió a mi sexo, y al segundo exploté en un orgasmo tan intenso que no pude evitar gritar su nombre.

Aunque mis ojos estaban nublados por el reciente orgasmo, pude ver cuando se colocaba entre mis piernas y se hundía en mí, dejándome totalmente llena. Siempre que estaba dentro de mi cuerpo sentía la sensación más deliciosa que había experimentado jamás. Mis músculos internos lo apretaron y él se estremeció y gimió. Sus dedos se clavaron en mis caderas para acercarme y comenzar a empujar. Las embestidas fueron creciendo en intensidad hasta que el ritmo se hizo enloquecedor. Lo miré y su expresión tensa me hizo estremecer. Noté cuando llegó al orgasmo y su estremecimiento desencadenó el mío haciendo que gritara aún más fuerte. Con una última embestida se dejó caer sobre mi cuerpo y me besó. Sus cabeza se apoyó en el hueco de mi cuello y sus labios presionaron allí.

A los minutos subió hasta mi oreja y susurró:

—Esto recién empieza. Vamos a tu casa o a la mía y pasemos toda la noche juntos.

—De acuerdo —murmuré, casi sin voz.

—Quiero que estas visitas sean frecuentes... por favor.

—Lo pensaré —dije, y el subió el rostro y me miró a los ojos.

—Me equivoqué, Damaris —dijo, lo que me hizo fruncir el ceño—, no me estoy enamorando de ti, ya estoy totalmente enamorado de ti.

Mi corazón enloqueció, lo que acababa de decirme era, al mismo tiempo, mi mayor temor y mi mayor ilusión.

Clemente me amaba.

Y sabía, con seguridad, que yo lo amaba a él.

¿Era una locura?

NO

Nunca había sido más sensata en la vida.

Todos mis temores se esfumaron por completo y supe, con certeza, que había llegado el momento.

—Yo también te amo.

Era la primera vez que le decía a un hombre que lo amaba, y me sentía... feliz.

Jamás en la vida me había sentido como en ese instante.

Clemente sonrió.

Fue la sonrisa más hermosa del Universo.

Una sonrisa de felicidad.

Y comprendí que jamás en la vida me había sentido como en ese instante.

Capítulo 27

«Si te vieras con mis ojos... entenderías»

—Anónimo

Damaris



Me había acostumbrado a tener a Clemente en mi vida y a pasar con él la mayoría de las noches en las que no estaba en el hospital. Esas semanas juntos habían sido divertidas, apasionadas, llenas de sorpresas, de alegrías y cansancio porque dormíamos poco, pero disfrutábamos mucho. Pasábamos juntos cada rato que teníamos libre y nos veíamos casi todos los días. No sé cómo podía echar tanto de menos a alguien y algo que no tenía hasta hace unas semanas atrás, pero la realidad era que, echaba de menos a Clemente y todo lo que él me hacía sentir cuando estábamos juntos. Si pasaba un día sin verlo todo en mí lo añoraba.

Me inquietaba sentirme así.

Pero, todo lo relacionado al amor era complicado. Le entregabas tu corazón a alguien y esperabas, rogándole a Dios, que no lo rompiera.

Exactamente te sentías de esa forma.

Pero, aunque vulnerables, vivíamos cada día con felicidad.

Avanzábamos día a día.

Y lo más importante, mirábamos hacia adelante, no hacia atrás.

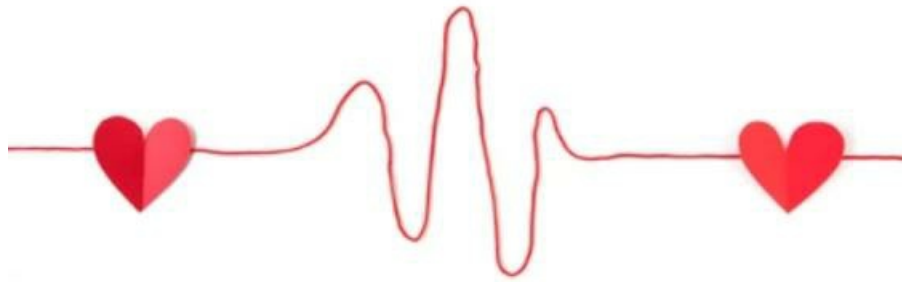
Con Nate, aunque estábamos comunicados, hacía bastante que no lo veía porque seguía en Brasil acompañando a su padre en su chequeo médico. Me había contado que le habían descubierto una insuficiencia cardíaca y me había enviado por correo el resultado de los exámenes que le habían practicado. Por Nate, y SOLO por Nate, los había mirado y le había transmitido tranquilidad porque entendía que estaba bien atendido y le estaban haciendo los controles que necesitaba. Lo que los médicos aún no le habían asegurado era que su padre tuviera que someterse a una cirugía, solo lo habían manejado como una posibilidad, y era en lo único que discrepaba y se lo había hecho saber. En mi opinión, para que su cuadro no empeorara, la cirugía cardíaca era necesaria, no opcional. Su padre tenía una insuficiencia cardíaca compleja que requería de una cirugía de válvula cardíaca. Pero hasta allí había llegado mi intervención. No quería saber más nada de ese hombre.

A Clemente no le había hablado sobre el tema porque sabía que no quería saber nada sobre su padre, incluso había hablado muy poco con su hermano y le había pedido expresamente que no se lo nombrara.

Lo que más me molestaba era que Nate estuviera ofendido con él. Entendía que se debía a su ignorancia sobre el maltrato que había recibido Clemente, pero igual me indignaba que Clemente fuera el blanco de su enfado ya que su silencio se debía a que quería protegerlo. Era injusto que siguiera recibiendo malos tratos de su familia cuando lo único que había pretendido guardándose ese horrible secreto, era cuidar a su hermano.

Nate estaba al tanto de nuestro noviazgo, pero debido a su disgusto con Clemente apenas me preguntaba sobre nuestra relación, y para mí era mejor así porque me negaba a que su padre se

enterara de nuestra vida. Igualmente, tenía la sensación de que se estaba abriendo un abismo entre Nate y yo, y me dolía, pero confiaba en que al regresar a Montevideo esa distancia la pudiéramos salvar.



Eran las siete y media de la mañana y estábamos desayunando en la barra de la cocina del piso de Clemente. Él tenía que estar a las nueve en la empresa y yo a las ocho y media en el hospital.

Esa mañana hablaba poco y no me gustaba porque sabía que estaba angustiado debido al enfado de su hermano. La noche anterior lo había escuchado discutiendo con él por teléfono.

—¿Estás bien? —consulté.

—Sí. —Fue su única respuesta, y como no me miraba, lo tomé del mentón y tiré de su rostro para que lo hiciera.

—No quiero que me ocultes tus emociones —pedí.

—Estoy bien, de verdad. —Se acercó y me dio un delicado beso en los labios.

Estuvo toda la mañana perdido en sus pensamientos, sumergido en su propia cabeza, pero cuando me estaba marchando para el hospital, me estrechó con fuerza.

—No te preocupes, estoy bien. Ahora, como el ángel que eres, ve a salvar vidas.

—Algo te aflige, Clemente. Lo sé. No puedes disimular tu tormenta interior y lamento no poder ayudarte —dije, y luego de unos segundos en los que permanecemos en silencio, se pasó una mano por el pelo y exhaló.

—Mi relación con Nate no está bien, creo que me odia. —Lo abracé fuerte.

—Nate no te odia, siempre ha estado orgulloso de ti. —Sin soltarlo me aparté un poco para poder mirarlo a los ojos—. ¿No has pensado en confesárselo?

Se apartó de mí y me miró con seriedad.

—Mi hermano NO debe enterarse de nada. Prométeme que no se lo dirás —advirtió, con seriedad, y solo pude asentir con la cabeza—. No puedo permitir que él conozca lo sucedido. Le provocaría un dolor tan grande que no podría vivir con ello —afirmó, negando con la cabeza y haciendo que mi corazón se encogiera por el dolor, la rabia y la impotencia.

—¿Y el dolor que tú sientes?

—Yo puedo con eso, siempre he podido. —Encogió sus hombros como si le diera igual, pero yo sabía que no era así y me dolía mucho verlo sufrir tanto.

Me acerqué y lo abracé con ímpetu. Quería cobijarlo entre mis brazos, consolarlo y hacer que todo su dolor desapareciera. Pero no podía, y eso me dolía.

—Yo estoy y estaré siempre para ti. Te amo, Clemente.

—Nunca me voy a cansar de escuchártelo decir. —Esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos —. ¿Tienes idea de lo increíble y maravillosa que eres, Damaris? Jamás seré lo bastante bueno para alguien como tú —musitó, haciendo que mi corazón se estrujara.

Lo quedé mirando fijamente a los ojos. Con un dedo recorrí las líneas de su hermoso rostro. Lo besé lentamente, un beso lleno de sentimiento. Cuando aparté mis labios de los suyos, apoyé la frente contra su sien, cerré los ojos y le susurré al oído:

—No vuelvas a decir nada parecido en tu vida. No solo eres lo bastante bueno para mí, eres TODO para mí, Clemente Bradbury. Yo tenía miedo a lo que me podían provocar mis propios sentimientos, pero tú desencadenaste una verdadera avalancha de ellos y, sin embargo, CONTIGO... no le temo a nada.

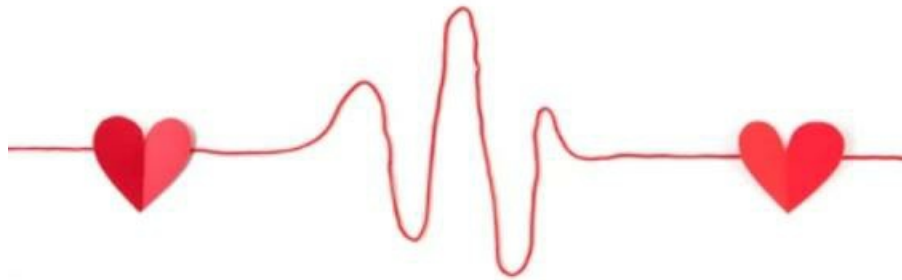
Se apartó y me miró.

Y sonrió.

Realmente sonrió por primera vez en esa mañana, fue una sonrisa radiante.

Y mi corazón se apaciguó de repente.

Y comprendí que el hecho de que él fuera feliz era mucho más importante para mí que cualquier otra cosa.



Ese día el hospital había sido una locura de trabajo debido a un accidente de tránsito con varios heridos. Eran las cinco de la tarde y aún no había probado bocado desde el desayuno. Me dirigía hacia la cafetería cuando escuché el grito de la enfermera Miranda, llamándome.

—¡Doctora Dorian! Doctora, la necesitan con urgencia.

—¿Dónde me necesitan, Miranda? —pregunté, con tranquilidad, aunque ella parecía nerviosa y hasta agitada, como si hubiera venido corriendo.

—En urgencia, doctora. Y me dijeron que tiene que ser usted porque es su amigo Nate.

—¿QUÉ?

Eché a correr sin prestar atención a lo que me seguía diciendo Miranda.

¿Nate estaba en urgencia? ¿Era uno de los heridos del accidente?

Cuando llegué vi que unos compañeros entraban a un hombre en una camilla y junto a ellos estaba Nate.

¿Nate?

¿Y entonces...?

¿CLEMENTE?

Me acerqué a toda velocidad y Nate me vio y me abrazó, pero yo solo tenía ojos para el

hombre que estaba acostado en la camilla. Pude respirar cuando vi que no era Clemente, sino una persona con cabellera canosa.

Me aparté de Nate.

Tenía un mal presentimiento.

—¿Qué sucede, Nate?

—Gracias por venir tan rápido, Dami.

—¿Qué sucede, Nate? —repetí—. ¿Quién es el señor?

—Es mi padre. Le ha dado un infarto.

¡NO! ¡Dios, no! Ese hombre no.

Sentí deseos de volver a correr y salir de allí, pero me quedé donde estaba. Todos me miraban, incluyendo a los enfermeros que esperaban mis órdenes.

Tomé aire.

No podía atender a ese hombre por más que fuera el padre de Nate.

Pero tampoco podía no hacerlo.

Los doctores no pueden negarse a atender a un paciente sin una causa justificada.

¡Odiaba a ese hombre!

Pero esa no podía ser una causa para rechazarlo como paciente.

—Siendo así, va a tener que verlo el doctor Fati que es cardiólogo —argumenté, mirando a Nate y esperando a que aceptara mi sugerencia, aunque sabía que tenía poca chance de que lo hiciera.

—¡No! Confío en ti, Damaris. ¿Qué sucede? —preguntó, supuse que al ver mi tensión.

Me di cuenta de que no podía responder a su pregunta, pero la situación de su padre era crítica y tenía que tomar una decisión.

Y por supuesto, primó la vocación y el juramento hipocrático.

Suspiré.

—Está bien. Llévelo enseguida a quirófano —ordené a los enfermeros que trasladaban la camilla.

Era un paciente peleando por su vida y yo debía intervenir con un acto médico para ayudarlo.

Me había formado para salvar vidas, no para tomar esas decisiones.

Aunque en ese momento me pareció una gran ironía que mi decisión de estudiar medicina se debiera al deseo de salvar la vida de padres o seres queridos de alguien, y no dejar hijos desamparados.

Aunque este padre no se lo mereciera.

Lo haría. Mi misión era salvar vidas sin importar quién fuera.

Haría todo lo que estuviera a mi alcance para salvar a ese hombre que había sido un miserable cobarde con Clemente, un golpeador, un hombre que había lastimado a su propio hijo, que había herido física y emocionalmente al hombre que yo amaba.

Lo haría.

Sería una lección en contra del odio y de la venganza.

Cuando volví a mirar a Nate lo encontré mirándome con el ceño fruncido.

—No quiero pensar que tu indecisión se debe a la enemistad que existe entre mi hermano y mi padre. Quiero suponer que estás agotada y por eso quedaste paralizada, porque si tu comportamiento y negativa a atenderlo es por Clemente, te desconocería, Damaris. Y no solo eso... me llevaría la desilusión más grande de mi vida.

—Clemente no tiene nada que ver.

—Hice viajar a mi padre para ponerlo en tus manos porque eres la persona en la que más confío, lamentablemente el viaje debe haberlo afectado.

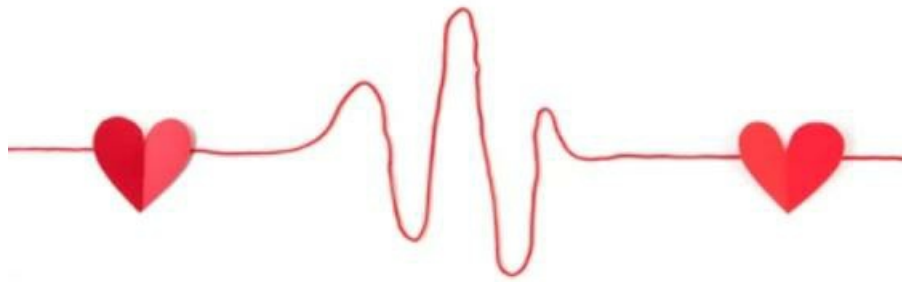
—Tranquilo, va a estar bien —dije, aunque mi corazón se sentía entre la espada y la pared—. No puedo perder más tiempo. Me voy a preparar. Luego hablamos.

Comencé a caminar por el corredor y la voz de Nate me detuvo.

—Damaris... cuando un amigo te necesita, se para el mundo si hace falta. Eso fue lo que siempre dijimos. Ahora te necesita mi padre y pongo su vida en tus manos. Eres una cirujana excepcional y sé que lo vas a salvar. Confío en ti.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

Comencé a caminar sintiendo que, por primera vez en la vida, odiaba mi profesión.



Cinco horas más tarde salía del quirófano.

Había tenido que realizarle una cirugía de reparación de válvula. La cirugía había ido bien y ahora le esperaban varios días de recuperación en la unidad de cuidados intensivos. Mientras le realizaba el procedimiento había dejado de pensar en quien era ese hombre. Solo era un ser humano al que debía salvarle la vida. Y si bien había que esperar por la recuperación, estaba segura de que se la había salvado... le había salvado la vida al hombre que había arruinado la de Clemente maltratándolo física y emocionalmente.

Me saqué parte del uniforme que usaba en *block*, inclusive el gorro, y me dirigí hacia la sala de espera para hablar con Nate.

Estaba agotada física y anímicamente, pero por lo menos le daría la buena noticia y tranquilidad a mi amigo.

Tranquilidad... fue lo que yo perdí cuando abrí la puerta que daba a la sala de espera. En ese preciso momento, Clemente entraba y quedaba paralizado al ver a su hermano allí. Noté como comenzó a pasear su mirada entre nosotros, pero los tres nos quedamos en silencio.

Nate fue el primero en reaccionar, se puso de pie y vino rápidamente hacia mí.

—¿Cómo está? ¿Cómo salió todo?

—Puedes estar tranquilo, se va a recuperar —respondí, pero siendo muy consciente de que Clemente se acercaba sin apartar sus ojos de mí.

—¿Quién se va a recuperar? —preguntó, y Nate y yo lo miramos.

—No creo que te interese, pero igual te informo porque también es tu padre. Hoy de tarde papá hizo un infarto y Damaris le salvó la vida. Acaba de finalizar la intervención y ella me estaba informando. Te puedes quedar para escuchar lo que tenga para decirnos.

Inmediatamente me miró.

—Le salvaste la vida —afirmó, con la sorpresa reflejada en su rostro.

Asentí con la cabeza.

—Se está recuperando en cuidados intensivos pero...

—Gracias, Damaris —dijo, Nate, abrazándome mientras yo no podía despegar los ojos de Clemente que me miraba con sorpresa. Sus ojos grises me observaban con intensidad, y yo sabía lo que había detrás de eso. Desilusión.

Nate se apartó de mí y miró a su hermano.

—¿No vas a agradecerle a tu novia por salvar a tu padre?

—¿Agradecerle? —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. No tengo nada que agradecerle.

Nate lo miró con tanto desprecio que el corazón se me encogió.

—Si mamá pudiera verte ahora, lloraría al darse cuenta de que te has convertido en un pedazo de mierda.

—Nate, cálmate porque...

—Si eso crees...

Antes de que pudiera darme cuenta, un puño impactó contra la cara de Clemente y él cayó con fuerza contra la pared. Ahogué un grito, lo mismo que las dos personas que estaban sentadas en la sala. Miré a Clemente y corrí hacia él, pero me detuvo levantando su mano en el aire. Sangraba por la nariz y respiraba con dificultad mientras abría y cerraba sus puños.

Eso no era bueno.

Volteé para mirar a Nate y noté que sus ojos brillaban de furia.

—Nate, por favor...

—No te preocupes, los golpes ya no me hacen nada —ironizó, Clemente, mientras se ponía de pie.

—¡Cabrón, hijo de puta! —exclamó, entre dientes mientras se dirigía hacia su hermano.

Y no me dio tiempo a nada.

Nate se fue encima de él. Ambos cayeron al piso. Clemente recibía golpes, pero fui consciente de que no los estaba devolviendo, simplemente se dejaba golpear. Estaba congelada, pero el corazón me latía con fuerza. Nate volvió a pegarle un puñetazo en el rostro y vi cuando Clemente hizo una mueca de dolor y soltó el aire, pero en esa ocasión tampoco lo golpeó.

—¡Basta! —grité, cuando pude encontrar mi voz, pero notaba que los ojos me ardían y empecé a parpadear como una desquiciada. Me sentía tan abrumada que apenas podía respirar.

Ninguno me miró, y yo solo vi al puño de Nate que iba a impactar nuevamente en su hermano.

—¡Basta! Deténganse. Son hermanos.

Todo siguió igual, pero pude ver en los ojos de Clemente la resignación.

En ese momento lo vi como un niño siendo golpeado por su padre. Un niño que se dejaba golpear porque se sentía impotente y desamparado ante esa situación. Un niño que sentía que, independientemente de lo que intentara, el resultado sería infructuoso.

Lo seguirían golpeando.

Y no pude más.

Él no debía ni merecía recibir más golpes.

Fui hasta allí y comencé a tironear de Nate.

—¡Déjalo en paz! Clemente no se merece que lo golpees. ¡Ya recibió bastantes golpes de tu padre! ¡TU PADRE LO GOLPEABA SALVAJEMENTE! —grité, con lágrimas en los ojos.

El puño de Nate se detuvo en el aire.

—Lo golpeó desde que era un niño y hasta que se fue de tu casa —susurré, porque el silencio era sepulcral y se oían hasta las respiraciones.

Clemente clavó sus ojos en mí y en ellos solo pude ver reproche.

Nate se apartó y se puso de pie con el horror dibujado en su rostro.

—¿Qué dijiste?!

Yo solo miraba a Clemente que ya ni siquiera me miraba. Intentaba levantarse y se frotaba la mandíbula.

—Lo siento, mi amor. De verdad lo siento. En la desesperación de ver que te golpeaba y no te defendías se me escap... —Volvió a levantar la mano para detenerme, pero no dijo nada.

—¿Lo que dijo Damaris es verdad? —preguntó, Nate.

No lo miré, solo tenía ojos para Clemente, pero él no me miraba.

—¡Mierda, Clemente!, ¿ES VERDAD?

No respondió.

Yo di un paso hacia él, pero retrocedió.

Nate dio un paso atrás como si acabara de recibir un golpe físico.

—¡Oh, Dios mío! ES VERDAD... —exclamó, Nate, agarrándose la cabeza.

Clemente miró a su hermano con tristeza y luego me miró. Tenía la mirada empañada por la decepción y la incredulidad.

No fue necesario que dijera nada.

Sabía que el haber atendido a su padre podía haberlo desilusionado, pero lo terminaría aceptando, pero el que revelara su secreto a Nate no me lo perdonaría jamás. Para él era una

traidora. Me había dejado muy claro que no quería que se enterase, y yo había faltado a mi palabra.

Cerré los ojos, lo que hizo que algunas lágrimas me resbalaran por las mejillas. Noté cómo una presión insoportable se iba instalando en mi pecho.

Nate se había ido a sentar a una silla, apoyaba los codos en las rodillas y se agarraba la cabeza con ambas manos mirando hacia el piso.

Clemente me dedicó una mirada furibunda y empezó a andar hacia la salida. En sus ojos había una dureza que yo no le había visto jamás.

—Clemente —llamé, llegando hasta él, pero ni me miró, aunque vi que apretó los dientes. Parecía un hombre distinto, uno inflexible, duro y colérico. Sentí una ominosa sensación en el pecho.

—Gracias por recordarme que confiar en otra persona que no seas tú mismo es una mala idea —susurró, pero con convicción, y algo en mí se partió en mil pedazos y sentí que me asfixiaba.

Quería decirle que lo amaba. Que era lo más importante para mí. Quería pedirle disculpas..., pero controlé el impulso y no dije nada en absoluto. En ese momento no necesitaba escucharme diciéndoselo.

Me detuve y agaché la cabeza, vencida. Nada me había costado tanto en la vida como controlarme en ese instante, pero tenía que dejarlo ir.

Necesitaba espacio. Necesitaba tiempo. Reflexionar. Dejar que se le pasara la rabia.

Lo entendía.

Vi cómo abría la puerta, salía y la cerraba tras él.

Cerré los ojos sintiendo como si muchas esquirlas de vidrio se me clavaran en el corazón hiriéndolo fatalmente, y lo peor era que, siendo doctora, no sabía qué hacer con ese dolor desgarrador que sentía dentro de mí.

Capítulo 28

«He sobrevivido otro día sin saber de ti, sin escribirte, sin decirte que te extraño.

He sobrevivido otro día...

Ahora solo me falta el resto de mi vida.»

—Anónimo

Damaris



Después de que Clemente se fuera me había sentado junto a Nate, pero en silencio. Mi amigo ni siquiera había levantado la cabeza. Seguía sentado, cabizbajo y mirándose fijamente las manos. La presión que yo notaba en el pecho era alarmante, y llegó un momento en el que casi me impedía seguir respirando.

Me puse de pie con la intención de irme de allí porque ya no me quedaban energías, pero la voz de Nate me detuvo.

—Mi padre es... —No terminó la frase, probablemente no podía hacerlo.

Yo..., Sí.

Volteé y lo miré.

—Un golpeador.

Levantó el rostro y me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué clase de hombre golpea a su propio hijo? —caviló, mientras lágrimas silenciosas comenzaban a rodar por sus mejillas.

—Un monstruo. Un maldito monstruo despiadado. —No debía seguir hablando, pero era tal mi indignación, que no lo podía evitar.

—¿Por qué? ¿Por qué, Damaris?

—No lo sé, Nate —dije, negando con la cabeza—, y creo que Clemente tampoco lo sabe con seguridad.

—¿Por qué no me lo dijo? ¿Por qué me lo ocultó? Yo... yo lo hubiera defendido.

—Eso fue exactamente lo que él hizo por ti. Te defendió de la violencia de tu padre. No quiso que te enteraras para evitarte el dolor de la desilusión y la posible golpiza de tu padre. Siempre se aseguró de cuidarte.

—¡Oh, Dios! Y yo me comporté como mi padre, yo... lo golpeé —dijo, volviendo a tomarse la cabeza.

—Habla con él, Nate, habla con tu hermano. Ahora te necesita. Yo... no creo que vuelva a tener oportunidad de hablar con él. Soy la única persona a la que se lo confesó... y lo traicioné.

—La voz se me quebró en las últimas palabras y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Damaris. Ahora entiendo todo... pero... ¿por qué salvaste la vida de mi padre?

—Se detuvo y abrió los ojos con angustia—. Porque yo te presioné —respondió, el mismo.

—No, Nate. Lo hice porque en el hospital, el ÚNICO enemigo es la enfermedad. Estudié para salvar vidas, y fue lo que hice.

—Lo siento tanto, Damaris.

—Tu hermano es un hombre honorable y de buen corazón. No solo estoy enamorada de él, estoy orgullosa de Clemente. A pesar de lo que le tocó vivir, del rechazo, el maltrato y los golpes, él nunca utilizó la violencia... ni siquiera para defenderse.

De su garganta escapó un sonido torturado, y luego algo así como un ronco estertor.

—Habla con él y cuídalo. Solo merece amor —pedí.

—Lo amas. Realmente lo amas.

—Con todo mi corazón, Nate. Pero entiendo que no quiera volver a verme. —Al decirlo sentí un enorme dolor en el pecho—. Me tengo que ir. Lo que necesites saber deberías preguntárselo a él. Se deben una charla.

—Y ustedes también. Saldrán de ésta, te lo prometo.

No dije nada.

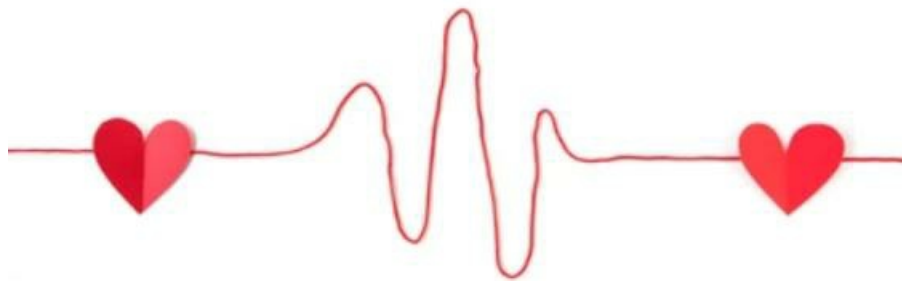
No podía decir nada porque en ese momento tenía la certeza de que lo había perdido.

Mi corazón estaba roto por él, por el dolor que había pasado a manos de su padre y el que Nate y yo le acabamos de provocar.

Había confiado en mí. Lo bastante como para hablar del pasado. Y yo lo había traicionado y desilusionado.

Nate me miró y no dijo nada más, no era necesario, en la mirada se reflejaba la tristeza mutua que nos invadía.

Antes de girar para irme, miré la puerta por la que había salido con la esperanza de verlo entrar, pero la puerta permaneció cerrada.



Los días pasaban muy lentamente. Me sentía como un papel arrastrado por el viento en cualquier dirección, lo único que me pesaba era el corazón en el pecho.

Después de lo sucedido en el hospital, había dejado pasar un día para darle espacio y luego lo había intentado contactar, pero sin éxito.

Clemente no quería contactarse conmigo.

No me enviaba mensajes.

No me llamaba.

No existía para él.

Unos días después había ido hasta su edificio, pero el conserje me había dicho que Clemente no se encontraba y que no le había informado cuando regresaría. No es que desconfiara del conserje, pero Clemente podía haberle pedido que dijera eso para evitarme, así que decidí ir hasta su empresa.

Nos debíamos una charla que no quería seguir postergando.

Lo había defraudado y necesitaba darle una explicación. Necesitaba saber cómo estaba.

Si bien en la empresa me conocían porque había ido un par de veces a buscarlo y él había dejado mi nombre en la recepción para que me permitieran el ingreso, también allí me dieron malas noticias. Lamentablemente, su secretaria me informó que Clemente se había tomado vacaciones sin dar datos de su regreso ni del destino elegido. Tragué saliva con dificultad varias veces seguidas e intenté reprimir las lágrimas que amenazaban con escapar de mis ojos nada más oír aquellas palabras.

Se había ido. Era cierto.

La realidad me atravesaba dolorosamente, tanto como un dolor físico.

Lo que siempre había temido, se hacía realidad.

La persona que amaba se había ido de mi vida de un día para el otro... como mis padres. Nuevamente me sentía abandonada y experimentaba un sufrimiento similar al que había sentido al perder a mamá y papá, aunque con Clemente se sumaba la responsabilidad que cargaba sobre mi espalda como una gran y pesada mochila, porque su alejamiento se debía enteramente a mi culpa.

Yo había traicionado su confianza.

A mi mente vinieron sus ojos mirándome con decepción, y el dolor me resultó insoportable.

Llegué a mi coche y permanecí sentada mirando a la nada.

Me di cuenta de que había empezado a llorar en el momento en que las lágrimas comenzaron a caer sobre mis manos.

Y en ese momento dentro de mí se rompió en pedazos todo lo que había estado tratando de mantener de una pieza y estalló como un volcán en erupción. La avalancha de emociones que había contenido y controlado se apoderaron de mí y tuvieron vía libre.

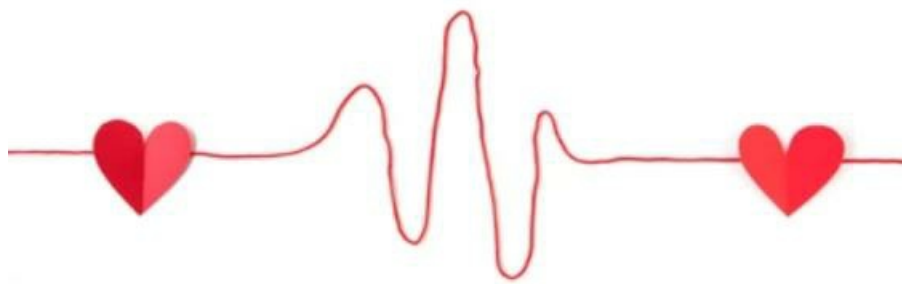
Se abrieron las compuertas.

Porque lo había perdido.

Y lloré.

Lloré como hacía años que no lo hacía.

Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas.



Al igual que yo, Nate no había podido localizarlo y estaba igual de desesperado, pero si bien había hecho muchas averiguaciones, no había tenido éxito en ninguna.

Su padre, fuera de peligro, aunque aún convaleciente, había vuelto a Brasil. Nate lo había acompañado hasta su casa en Río de Janeiro y se había encargado de que una persona lo cuidara debido a que aún no podía hacer muchos movimientos, porque Nate ya no quería quedarse con su padre.

No sabía que era lo que habían hablado padre e hijo, pero estaba al tanto de que, por el momento, Nate no quería tener ningún tipo de relación con él.

Yo... me había entregado al trabajo con todas mis fuerzas. Estaba como en estado de supervivencia. Agotaba mi cuerpo trabajando largas jornadas para no pensar y me daba resultado. Poder ocupar mi mente en algo que no fuera Clemente había sido mi salvación, porque si no hubiera enloquecido pensando en dónde estaría, cómo estaría y con quién.

Lo echaba de menos.

¡Dios! ¡Cuánto lo echaba de menos!

Todavía se me rompía el corazón cuando pensaba que me había dejado porque sentía que lo había traicionado.

Y, en realidad, había sido así.

Y... los días pasaron.

Las semanas también.

Mis días se convirtieron en una rueda permanente en el que cada uno se unía al siguiente. A pesar de estar rodeada de gente, siempre me sentía sola y había llegado a creer que jamás volvería a sonreír.

Hasta que un día lo hice. Me reí a pesar de todo. Y me reí de verdad.

El mes de diciembre había llegado y con él los festejos de Navidad. Era un mes mágico donde todos parecían felices, salvo Nate y yo. Aunque reconozco que él era más fuerte y se veía mejor, o actuaba mejor que yo.

Ese día estábamos con mi amigo en la casa de mi tía, era medianoche e íbamos a abrir los obsequios de Navidad. Era mi turno. Rompí el envoltorio del obsequio que me había dado mi tía y me encontré con una caja. La sonrisa de mi tía me hizo sospechar que lo que encontraría dentro sería... ¡un consolador! Un gran y brillante consolador. Lo saqué de la caja y me quedé mirando «esa cosa» boquiabierta mientras Nate apretaba los labios para no reír. Como para añadir más surrealismo, mi tía presionó un botón a un lado del susodicho y éste cobró vida y comenzó a vibrar en mi mano. Casi lo tiro como si se tratara de una serpiente venenosa.

—¡Qué lo pases bien! —dijo, mi tía, con una gran sonrisa, y Nate no aguantó y largó una carcajada—. Ya te había regalado uno, pero este es moderno, mejor y... más grande —dijo, haciendo un guiño.

—Muy atento de tu parte tía. Lamento haberte comprado solo un *sweater*. Fui una desconsiderada al no tener en cuenta tu vida sexual.

—¡Ay, no te preocupes! Ya de eso me encargo yo solita.

Mientras yo seguía con «la cosa» vibrando en mi mano y Nate se desternillaba de la risa, llamaron a la puerta los vecinos de mi tía que venían a saludarnos. El problema fue que, como tenían confianza porque eran amigos, entraron a la casa sin esperar respuesta. Miré «la cosa» y me puse tan nerviosa que quise esconderlo bajo el cojín del sofá, pero con tan mala suerte que cuando lo iba a hacer, mi tía levantó la mano para indicarles que se acercaran y chocó con la mía. El consolador resbaló de mi mano y salió volando por los aires. Observé la escena como en cámara lenta mientras mis ojos seguían el vuelo del fugitivo, grande y colorido consolador que trazó un alto arco en el aire antes de estrellarse contra el piso. Intenté reprimir un grito de pánico, aunque sin éxito. Las carcajadas de Nate eran cada vez más fuertes y estaba doblado de la risa. «La cosa» quedó en el camino de la vecina de mi tía que, obviamente, tropezó con él. La vi agitar los brazos de forma desesperada y comenzar a caer, aunque no llegó al suelo porque su marido y Nate la salvaron de una estrepitosa caída. De un salto fui hasta allí para levantar el consolador aunque mi amigo fue más rápido y lo tomó con disimulo y lo escondió en uno de los bolsillos traseros de su *jeans*, aunque sobresalía la mitad y seguía vibrando. Con mi tía lo

miramos y luego nos miramos entre nosotras y...

Sucedió el milagro.

Sonreí.

Por primera vez desde que Clemente se había marchado, sonreí.

Y luego reí.

No solo reí. Eché la cabeza hacia atrás y largué una enorme carcajada... y luego otra y otra y no podía parar.

Reí hasta que me saltaron las lágrimas.

Me senté en el sofá y me incliné hacia adelante riendo sin parar. Entre risa y risa le pedía disculpas a la vecina de mi tía por si creía que me reía de su tropezón, aunque ella parecía que había brindado de más y poco le importaba mi risa.

Mi tía me miraba con una sonrisa radiante de tranquilidad y alegría, y Nate, en dos zancadas había vuelto junto a mí, se me había abalanzado y me abrazaba fuerte.

—Echaba de menos esta risa —dijo, Nate.

Y abrazados, seguimos riendo juntos.

Y así, gracias a las locuras de mi tía y a un consolador fugitivo, volví a reír.

Capítulo 29

«Aunque no tenemos el poder de elegir de dónde venimos, todavía podemos elegir hacia dónde vamos.»

—Stephen Chobosky

Clemente



Había necesitado poner distancia de todo y todos. No había sido fácil, pero en ese momento estaba convencido de que era lo mejor.

Debía romper las cadenas y liberarme de mi pasado.

Debía librar mis propias batallas.

Debía conectar conmigo.

Debía sanar mis heridas emocionales.

Sanar por mí y por mis afectos porque no podía permitir que mis heridas los lastimaran.

Alejarse era una muestra de mi amor por ellos.

Por Damaris y por Nate.

Después de varias semanas en las que, poco a poco, fui curándome y haciéndome fuerte, en ese momento me encontraba frente a la puerta que, de abrirse, cerraría mi viaje emocional.

Tenía que enfrentarme a él. Arrancarme del pecho todas las dudas y el dolor.

Después de eso dejaría todo atrás.

Levanté el brazo para golpear a la puerta sintiendo que me pesaba horrores, pero lo hice.

Para mi sorpresa fue una mujer quien abrió la puerta. Parecía tener unos cuarenta y tantos, pero era difícil de adivinar.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenas tardes. Mi nombre es Clemente Bradbury y soy uno de los hijos de Zac Bradbury.

—Ah, mucho gusto. Mi nombre es Eduarda y soy la señora que lo ayuda en la casa. El señor Nate me contrató.

—Mi hermano —dije—. Necesito ver a mi padre. Le agradecería que le avise.
—Por supuesto, si me permite, voy a preguntarle al señor porque...
—Déjalo pasar —ordenó, una voz brusca y autoritaria, esa voz que tanto recordaba y odiaba.

La señora Eduarda sonrió nerviosa y se apartó para que pudiera entrar. Mi cuerpo emanaba tensión y estaba seguro de que ella lo notaba. Sentía el nerviosismo recorrerme de pies a cabeza, pero no sentía miedo como años atrás. El miedo ya no formaba parte de mi vida.

—Su padre está en el *living*. La puerta a la izquierda.
—Gracias.

Al interior de la casa ni le presté atención. Solo quería estar frente a él. Cuando traspasé la puerta lo encontré sentado en un gran sillón. Me detuve en seco apenas verlo. Estaba avejentado y parecía más débil, pero seguía teniendo en sus ojos el brillo de la maldad.
Me miró con frialdad.

—¿Qué haces aquí?
—Sanar.
—¿Sanar? ¿Eres tan debilucho que estás enfermo?
—No estoy enfermo, aunque te moleste saberlo, estoy mejor que nunca.
—Tu vida me importa una mierda —afirmó, con desprecio—. ¿Qué es lo quieres?
—Saber ¿por qué?
—¿Por qué, qué?
—¿Por qué me odias?

Me miró y frunció el ceño diabólicamente. Un pétreo silencio se prolongó por varios minutos en los que nos miramos desafiantes.

—Por tu culpa mi vida se arruinó, maldito desagradecido. Me obligaron a casarme por ti.
—Mi culpa... ¿Por nacer? Solo por haber nacido —dije, negando con la cabeza y confirmando lo que siempre había pensado.
—¡Lárgate!
—Aún no, pero no te preocupes porque voy a estar poco tiempo
—¡Lárgate o te juro que...! —exclamó, el muy hijo de puta, levantando el puño, pero ni me inmuté.

Nunca voy a olvidar la mirada en sus ojos la primera vez que me defendí, no lo golpeé, pero le bloqueé el golpe que se dirigía directo a mi cara, deteniendo su puño con mi mano.
Era la misma mirada que tenía en ese instante.

—Vine a decirte lo que tengo atorado en la garganta. Vine a decirte que eres un maldito hijo de puta. Una mierda de persona, mezquino, mal marido y peor padre, pero por más que intentaste hundirme, quiero que sepas que me va bien. Soy exitoso y, lo más importante, soy feliz.

Me miró y largó una risotada, pero yo sabía que estaba furioso. Conocía muy bien su furia.
Me obligué a respirar.
Unas respiraciones largas y tranquilizadoras que me ayudaran a mantener el equilibrio.

—¿Feliz? ¿Con la doctorcita que me salvó la vida? Si te quisiera tanto me hubiera dejado morir.

—No te dejó morir porque ella es un ángel. Ella es una mujer extraordinaria que estudió para salvar vidas, aunque esa vida no valga la pena.

—¡Lárgate, desgraciado, bueno para nada!

—Por supuesto que me voy a ir y espero no volver a verte por el resto de mi vida. Solo vine a decirte que soy feliz porque sé que esa es la mejor forma de venganza, porque tú estás ahí, enfermo, solo y dependiendo de otros. Vine a decirte que ya no puedes hacerme daño. Sin embargo, yo podría hacértelo. Yo podría golpearte tanto que no recordarías ni quién te lo hizo, pero mi venganza va más allá, no se satisface con eso, sino mostrándote que estoy muy por encima de ti y que logré lo que nunca conociste ni conocerás. Amor.

Terminé la frase y noté que tenía las piernas débiles, pero me sentía más liviano.

—¡Fuera de mi casa! —gritó, poniéndose de pie y acercándose a mí.

—¿Qué vas a hacer? —me burlé, señalando sus puños—. ¿Pegarme? Inténtalo, bastará que suba la mano para que caigas de culo.

Mi respiración se aceleró mientras le miraba fijamente a sus ojos enfurecidos.

—Pero nunca te golpearé, aunque sea lo que más desee, porque no me voy a rebajar a tu nivel.

—Quisieras ser como yo, no serías tan patético.

—NUNCA SERÉ COMO TÚ, pero por elección. Porque jamás me convertiría en el monstruo que tú eres.

—¡Fuera de mi casa!

Sacudí la cabeza con incredulidad y salí de allí con una sonrisa.

Mis cuerpo temblaba con tal fuerza que fue un milagro el que llegara hasta la puerta, pero una vez que la traspasé, me sentí liberado.

Ya no miraría hacia atrás.

Miraría hacia adelante y lo más importante, no lo haría solo.

Era hora de volver a mi hogar.

Capítulo 30

«Ni la ausencia ni el tiempo son nada cuando se ama.»

—Alfred de Musset

Damaris



La Navidad había llegado y se había ido con rapidez. Era veintiséis de diciembre y me encontraba en mi piso, mirando la ciudad nocturna desde el balcón del *living*. La ciudad se veía bonita con el colorido de las luces navideñas, pero ese año no había podido disfrutar de su encanto, mi estado de ánimo me lo había impedido. Era una noche calurosa y en otro momento me hubiera sentado allí para aprovechar la agradable brisa nocturna, pero esa noche estaba agotada. Hacía unas horas que había llegado del hospital después de haber trabajado quince horas seguidas, así que de di una última mirada al espectacular cielo estrellado con la intención de entrar e irme a la cama, y un brillo inusual llamó mi atención. Una resplandeciente estrella fugaz iluminaba el cielo oscuro dejando en su estela un reguero luminoso que se extinguía lentamente.

Cerré los ojos y pedí un deseo...

Regresa a mí, Clemente.

Cuando los abrí la estrella ya había desaparecido, pero parecía que había iluminado mi pecho con algo parecido a la esperanza.

Volví a cerrar los ojos, respiré hondo y abandoné el balcón para ir a la cama y tratar de descansar.

Entonces lo vi.

Ahogué un grito y me llevé la mano al pecho.

De pie, en el medio del *living* y mirándome con intensidad... estaba él.

Estaba Clemente.

A su lado había una maleta y, si bien estaba distinto, se veía igual de atractivo... o quizás más. Se había dejado crecer un poco la barba y llevaba el pelo un poco más largo.

Parpadeé porque al principio tuve temor de estar soñando o de haberme desmayado del cansancio, pero... era real.

Clemente tenía llave de mi piso, pero me costaba creer que estuviera allí, en mi *living*.

El corazón comenzó a latirme de forma desbocada, pero el resto del cuerpo me quedó paralizado.

Comenzó a caminar hacia mí sin despegar sus ojos de los míos, que se me llenaron de lágrimas sin que nada pudiera hacer.

Se detuvo a mi lado, ahuecó mis mejillas con sus manos y limpió suavemente mis lágrimas.

—Discúlpame, Clemente por haberle revelado a Nate tu secreto. Sé que no tengo derecho a pedirte perdón, pero te pido que... —Me puso un dedo en los labios para impedir que siguiera hablando.

—Sssh, estás disculpada. Sé que lo hiciste para defenderme, ahora lo entiendo. —Me

sorprendió la intensidad de su voz y la emoción que brillaba en sus hermosos ojos grises.

—¿Por qué te fuiste? Me dejaste sin decirme nada. —Nuevas lágrimas salieron y rodaron por mis mejillas.

—Debía alejarme. No fue solo un viaje físico..., fue un viaje de mi alma. Un viaje al pasado para dejarlo ir. —Me estrechó aún más fuerte contra su pecho y yo absorbí la serenidad que nos envolvió en ese instante—. Tenía que alejarme para pensar. Tenía que curar, mi amor. Tú me ayudaste en muchas cosas, pero igual tenía muchas heridas abiertas y... debía curarlas yo solo. —Soltó el aire despacio—. No se trataba de nosotros porque nunca tuve dudas de mis sentimientos hacia ti. Mi corazón es y será tuyo. Tenía que cerrar el pasado que no estaba resuelto y dejarlo en el pasado, sanar las heridas que seguían abiertas y recuperar mi dignidad. No puedo devolver el tiempo para cambiar lo que me hizo mi padre, pero ya no viajaré al pasado, a los recuerdos dolorosos. Ahora viviré el presente con libertad. Ya no hay secretos, me he liberado de todos ellos.

—Eres un gran hombre. Te mereces ser feliz. Te amo, Clemente.

—¿Qué he hecho para merecer a una mujer maravillosa como tú? ¿Para merecer tanto amor? —Una sensación de calidez se extendió de repente en mi interior.

—Ser tú. Solo ser tú. Yo siempre te he visto tal y como eres. Un hombre noble que cuida de los demás. —Sonrió y me dio un delicado beso.

—Hablé con Nate. Estuve en su casa —dijo, y lo miré expectante—. Yo nunca le había hablado del maltrato sufrido a manos de nuestro padre. Había hecho todo lo que estaba en mis manos para actuar como si no pasara nada y que él pensara que simplemente teníamos una mala relación, pero ahora sabe la verdad. Está al tanto de todo lo que sucedió, no me guardé nada. Ya no tenía sentido seguir ocultándoselo, aunque me dolió tener que abrirle los ojos. —Suspiró—. Nate se quebró ante mis ojos, pero nos hizo bien descargarnos de todo. Siempre lo había protegido, pero entendí que Nate ya es un hombre y debía saber la verdad. Entendí que yo no tenía por qué cargar con su resentimiento cuando debería estar dirigido hacia nuestro padre.

»Lloramos juntos, ¿sabes? —Se estremeció—. Nos hizo bien. Nunca me había sentido tan unido a mi hermano como en ese momento. Nate me dijo que a partir de ahora no va a permitir que ese hombre me haga daño. —La voz se le quebró—. Y si bien ya no necesito que me defiendan, me hizo bien escucharlo. —Sonrió sin ganas—. Nate me dijo: «Ya no actúes como un grandulón al que nada lo afecta y todo lo puede. Somos un equipo y estaremos siempre juntos».

Me abrazó fuerte y lo sentí estremecerse, supuse que porque estaba llorando.

Lo dejé llorar y lloré con él.

Cuando se calmó, me aparté un poco para mirarlo y le limpié las lágrimas delicadamente, luego le di un pequeño beso en la punta de la nariz.

—Te amo. Te amo tanto, Clemente.

Me volvió a abrazar fuerte.

—También estuve en la casa de mi padre, y respecto a eso solo voy a decirte que me hizo bien para cerrar ese capítulo de mi vida. Pero no voy a hablar más porque no pienso gastar un segundo más de mi vida en ese hombre.

—¿Qué puedo hacer por ti, mi amor? —La sonrisa de su rostro me dijo que algo se le había ocurrido.

—Ahora que lo dices, hay una promesa que me hiciste y no has cumplido.

Lo volví a abrazar.

—Sé que falté a mi palabra. Cada vez que cierro los ojos y recuerdo el dolor en tu mirada, la decepción en tu expresión y saber que yo fui la culpable ... no puedo seguir... no puedo seguir sin ti. Quiero que sepas que... —Exhaló, deteniendo mi explicación.

—Es verdad que contándoselo a Nate faltaste a tu palabra, pero eso ya quedó en el pasado. Lo entendí y te perdoné. Ahora me estoy refiriendo a otra promesa. A lo que me habías prometido para el día de mi cumpleaños. ¿Qué hay de esa experiencia que me hará olvidar las anteriores? —Lo miré sorprendida—. Sí..., hoy es mi cumpleaños —afirmó, con una expresión dulce que se fue transformando en una hermosa sonrisa.

Su dedo en mis labios comenzó a moverse en una delicada caricia.

—¿Hoy es tu cumpleaños? —balbuceé, emocionada, y él asintió con la cabeza.

Y ya no aguanté y me lancé a sus brazos, aferrándome a él con todas mis fuerzas. Aferrándome para no soltarlo más.

—Sé que no puedo deshacer todas las cosas malas que has tenido que soportar, pero haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte a olvidarlas y te demostraré todos los días lo mucho que te amo. Tú... ¿todavía me amas?

—Nunca dejaré de hacerlo. Te amo más que a nada en este mundo. Y te he echado mucho de menos. Sin ti estaba vacío y moría un poco cada día.

Sin soltarlo, me aparté un poco para mirarlo.

—No vuelvas a dejarme, por favor.

—Nunca más lo haré. Estoy en casa —afirmó, y volví a llorar, pero con lágrimas de felicidad.

—Yo me juré que, si volvías, me arrodillaría ante ti para pedirte disculpas por fallarte..., por traicionar tu confianza. —Negó con la cabeza.

—No quiero que te arrodilles para eso, tengo otra cosa en mente para cuando estés arrodillada ante mí —dijo, sonriendo.

Lo miré y sonreí negando con la cabeza.

—Tienes una mente muy pervertida, Bradbury. Y te has cargado el momento romántico.

Volvió a negar con la cabeza y comenzó a reír, ese sonido fue como música para mis oídos.

—Eres tú la que tiene la mente muy pervertida y te aseguro que no me he cargado nada, al contrario.

—Entonces, ¿qué tienes en mente que implique que me arrodille y sea romántico? —pregunté, con escepticismo y entrecerrando los ojos, y de repente se puso serio y me miró con lo que me pareció era nerviosismo.

—Lo que tengo en mente es... —Tomó aire—... creo que ahora es cuando me pides que me case contigo.

Contuve el aliento y parpadeé unas cuantas veces para salir del estupor, aunque mi corazón comenzó a galopar en mi pecho como si fuera un caballo desbocado.

—¿Qué has dicho? —consulté, por si había oído mal, pero Clemente sonrió y me tomó de ambas manos.

—Ya me has oído, pero te lo repetiré para que por fin lo entiendas. Deberías pedirme que me case contigo. Hazlo ya, estoy preparado —afirmó, y lo miré a los ojos buscando algo que me dijera que estaba de broma, pero no lo parecía, sus ojos eran el reflejo de su corazón, y estaba esperando... esperando por mí.

Por supuesto que yo quería casarme con él.

No tenía nada que pensar.

Hiné una rodilla en el suelo y, sin soltar sus manos, lo miré.

—Clemente Bradbury, te amo y deseo pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Me harías el honor de ser mi esposo?

Sus ojos brillaban de felicidad y... diversión.

—Yo también te amo, doc. No te imaginas cuánto.

—Bien, ahora responde la maldita pregunta, Clemente, porque me está matando la ansiedad.

Largó una carcajada y tironeó de mí para que cayera en sus brazos. Me miró con esa mirada traviesa que tanto me gustaba, se inclinó hacia mí y me dijo al oído.

—Me voy a casar contigo. —Tomó mi mano y deslizó un precioso anillo de compromiso. Un enorme solitario sobre una banda de oro.

Y nos besamos. Al principio fue un beso lento y lleno de sentimiento. Encerró mi cara entre sus manos y hundió los dedos en mi pelo, y enseguida el beso se hizo más hambriento y necesitado. Empujó su lengua en el interior de mi boca para encontrarse con la mía de forma desesperada. Le rodeé el cuello con los brazos para fundirme con él. Sus labios suaves y cálidos en los míos era una sensación tan intensa que me resultaba difícil de describirla.

El mundo se desvaneció a mi alrededor.

Solo existían Clemente y su amor, su boca húmeda, su sabor, su pasión, todo lo que me brindaba. Cuando nos separamos apoyó su frente en la mía. Ambos respirábamos con dificultad.

—¿Te gusta el anillo?

—Es hermoso —respondí, jadeante.

—No tanto como tú. Y ahora que acepté ser tu esposo, deberíamos ir a la cama así cumples tu promesa de... —Se llevó la mano al mentón como si estuviera pensando—, aaah sí..., sexo ardiente, sexo ardiente y sexo ardiente.

—Será un verdadero placer.

—No tengo dudas.

Me levantó en volandas y me cargó sobre su hombro de un modo que me hizo emitir un pequeño grito, pero enseguida comencé a reír. Recorrimos el corto pasillo hasta mi dormitorio con rapidez.

—¡Eres un loco!
—No lo discuto.
—¡Y te acabo de proponer matrimonio! —exclamé, sin dejar de reír.
—Tendremos una buena historia para contarle a nuestros nietos.

Me dejó de pie junto a la cama y me quedó mirando con tanto amor que el corazón amenazó con salirse del pecho. Con un dedo recorrió las líneas de mi rostro y luego la de mis labios. Y se acercó y me besó la comisura de los labios y continuó a lo largo del mentón. Volvió a los labios y me besó con ardor. A los segundos comenzamos a desnudarnos con desesperación dejando nuestra piel expuesta para deleite del otro.

—Eres tan hermosa, Damaris. Y eres mía, siempre lo serás.
—Y tú eres mío y siempre lo serás.

Se acercó y capturó mis pechos que suplicaban por su boca. Nos dejamos caer en la cama mientras Clemente seguía lamiendo mis pechos. Arquee mis caderas para tener más contacto con su dura erección. Lo necesitaba. Volví a arquear la espalda y gemí alto.

—¡Oh, Dios, por favor, te necesito!

Clemente buscó mi sexo con sus dedos y me acarició con suavidad en lentos círculos. Hundió un dedo en mi interior y lo retiró lentamente. Ambos gemíamos y nos retorcíamos de placer.

—Ya estás preparada para mí, mi amor. Tengo que estar dentro de ti o te juro que voy a morir —dijo, y nos besamos. Su sabor era el paraíso.

Clemente se posicionó para luego empujar dentro de mí. Ambos jadeamos fuertemente. Por unos segundos se mantuvo inmóvil, pero luego se hundió por completo con una profunda estocada. Cerramos los ojos ante esa maravillosa sensación de volver a estar unidos de esa forma.

Unidos en cuerpo y alma.

Arquemos el cuerpo por la sensación tan maravillosa y placentera, y luego comenzó a moverse dentro y fuera. Al principio con envites lentos, pero nuestros cuerpos pedían más. Y el ritmo se aceleró volviéndonos totalmente locos de placer. Subí las piernas para enredarlas en sus caderas y mis manos volaron a sus nalgas para apretarlas y acercarlo aún más. Y en esos instantes, entre sus brazos, mientras escuchaba las palabras que me susurraba al oído asegurándome que yo era todo para él, nos desbarrancamos en un orgasmo que amenazó con hacernos perder el sentido.

Lo único importante éramos nosotros.

El mundo no importaba.

Clemente hundió la cara en mi hombro mientras me susurraba cuanto me amaba.

Mientras recuperábamos el aliento me envolvió en sus brazos y luego de unos minutos extendió el cobertor para taparnos. Me volvió a abrazar fuerte mientras masajeaba mi espalda.

—Feliz cumpleaños, mi amor.

—Sin duda el mejor cumpleaños de mi vida... y esto recién comienza, doc. —Ambos sonreímos.

—Te amo —dije, con ternura y mirándolo a los ojos.

—Yo también te amo, mi ninfa. Tú siempre me diste esperanza de algo mejor, hasta en aquella

noche, hace ya tantos años, en que te entregaste a mí y me salvaste, estas alas que llevo tatuadas dan fe de ello... y por eso ahora llevan tu nombre —dijo, señalándose el tatuaje en el que ahora decía *Damaris* debajo de las alas—. Luego me salvaste creyendo en mí y entregándome tu amor, y ahora dándome la esperanza de una gran vida a tu lado. Una gran vida, porque ya no hay resentimiento, está llena de amor, llena de ti, porque mi palabra para el amor es «Damaris» —afirmó, mientras me miraba con los ojos brillantes de emoción.

—Y la mía es «Clemente» —dije, acariciando su rostro, mientras lloraba emocionada.

—Te *Damaris* mucho —dijo, sonriendo, y llevando mi mano a sus labios para besarla.

—Y yo te *Clemente* más.

Ambos comenzamos a reír.

Reír de felicidad.

Epílogo 1

«En toda historia de amor siempre hay algo que nos acerca a la eternidad y a la esencia de la vida, porque las historias de amor encierran en sí todos los secretos del mundo.»

—Paulo Coelho

Damaris y Clemente

Exactamente, tres años después...



Salí del hospital a toda velocidad para dirigirme a la oficina de Clemente. Eran las diez de la mañana del veintiséis de diciembre y era su cumpleaños número treinta y ocho. Aún no lo había podido saludar porque había estado trabajando en el hospital durante doce horas seguidas. Ni siquiera habíamos podido hablar por teléfono. Estaba desesperada por verlo y saludarlo como correspondía, además de *entregarle* el regalo que mantenía en secreto.

Ya no había secretos entre nosotros, nos habíamos liberado de todos, pero este era su regalo y los regalos se *entregan* el día del cumpleaños, así que valía la pena haber esperado.

Primero pasé por una pastelería y compré dos *capuccinos* y una torta de chocolate que sabía era su preferida.

Nos habíamos casado un mes después de que yo le propusiera casamiento en una sencilla, pero hermosa ceremonia, y éramos inmensamente felices. Nos teníamos un amor incondicional que jamás había soñado con poder encontrar, pero lo había hecho en ese hombre increíble que era mi esposo.

Clemente Bradbury.

Llegue al edificio, saludé a la recepcionista y el guardia y me dirigí a los ascensores. Ya todos me conocían y ni siquiera me pedían la tarjeta que me habilitaba a ingresar.

Su secretaria me sonrió apenas me vio salir del ascensor.

—Buenos días, Mirna. ¿Está en su oficina?

—Buenos días, doctora. Sí, allí está —dijo, señalando la puerta cerrada del despacho de Clemente—. Hoy llegó muy temprano. ¿La ayudó con todo eso? —preguntó, señalando la caja en la que llevaba el postre y los dos vasos.

—No, muchas gracias. Quiero darle una sorpresa. ¿Está ocupado?

—No, está solo y en la mañana no tiene reuniones fijadas.

—Perfecto.

Me dirigí hacia su despacho y, haciendo malabares con todo lo que traía en las manos, golpeé suavemente la puerta.

—Adelante.

Abrí la puerta y me lo quedé mirando.

Ese hombre seguía dejándome sin aliento. ¡Era hermoso! Y ni hablar de cómo le quedaban los

trajes. ¡ESPECTACULARES!

Levantó la vista de su ordenador y me miró. Una gran sonrisa iluminó su rostro.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor!

De un salto se puso de pie y vino hasta mí. Miró todo lo que traía y su sonrisa se amplió.

—¿Qué traes allí?

—Nuestro desayuno y tu postre preferido. —Me lo sacó de las manos y lo dejó sobre la mesa de reuniones, mientras yo cerraba la puerta para que tuviéramos privacidad.

—Ven aquí. ¿Aún no sabes que mi postre preferido eres tú?

—¿En serio? No lo sabía —bromeé—. ¡Entonces no sé para que compré la torta de chocolate!

Clemente rio. Ambos nos fuimos acercando al otro y, en cuanto estuve a su lado, lo abracé para darle un ardiente beso.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias. Desde que estás en mi vida adoro mis cumpleaños.

—Eso es muy bueno —dije, rozando sus labios—, porque para este tengo un obsequio que lo va a hacer inolvidable.

—Mmm... te pusiste esa lencería que me encanta y me vas a hacer un *striptease* en la oficina para luego hacerme una mama...

—¡Qué predecible que eres! —exclamé, interrumpiéndolo y haciéndolo largar una carcajada.

—¿Lo vas a hacer? Yo ya estoy a tu disposición. Además, ya van dos mañanas que me despierto sin ti y eso hace que mi humor no sea el mejor, así que debes compensarme.

—Así que estás... gruñón.

—En realidad *estaba* gruñón, pero desde que entraste por esa puerta ya no lo estoy.

—Bien, entonces te voy a compensar haciendo exactamente todo lo que pediste y...

—Después te voy a hacer el amor encima de esta mesa de reuniones, hasta dejarte sin aliento —susurró, sin apartar sus labios de los míos y sonriendo ladinamente.

—También, pero antes de comenzar te voy a dar otro regalo —dije, sonriente.

—¿Otro? Mmm esta mañana promete ser muy divertida.

—Eso espero porque sabes que me encanta sorprenderte en tus cumpleaños.

—Y vaya si lo haces. Adoro mis cumpleaños, esposa mía —exclamó, y ambos reímos, pero enseguida me puse seria y me acerqué a su oreja.

—Mi otro regalo es una sorpresa que espero te haga muy feliz.

—¿Más aún? —dijo, y noté que sonreía.

—Yo creo que sí. Felicidades, mi amor, vamos a ser padres.

Se apartó un poco para mirarme y nuestros ojos se encontraron. Se me detuvo el corazón.

—¿Estás...? —La voz se le quebró de la emoción y yo asentí con la cabeza con una gran sonrisa en los labios.

Su expresión se llenó de ternura y me acarició la mejilla con la mano mientras yo me inclinaba para sentir su caricia.

Y me besó.

—Mi hermosa mujer, mi amor, mi ninfa... —Me abrazó fuerte—. Me haces el hombre más feliz del universo. Te amo. Te amo tanto.

—Y tú a mí me haces inmensamente feliz. Más de lo que alguna vez soñé. Yo también te amo muchísimo, Clemente.

—¡Vamos a ser padres! Me acabas de hacer el mejor regalo del mundo. Tú sí que sabes hacer que mis cumpleaños sean inolvidables.

—Después de esto voy a tener que pensar muy bien que regalarte el próximo año.

Nos miramos y largamos una carcajada.

Reíamos felices.

Juntos nos habíamos liberado de los secretos que nos mantenían encadenados a un pasado que debíamos dejar atrás y solo mirábamos hacia adelante sabiendo que lo que nos esperaba, si estábamos juntos, solo podía ser algo bueno.

Epílogo 2

«Ama un solo día y el mundo habrá cambiado.»

—Robert Browning

Damaris y Clemente

Tres años después...



Me desperté porque noté su ausencia, me faltaba el calor de su mi esposa, sus brazos a mi alrededor, su contacto. Ese contacto maravilloso que me brindaba su espalda contra mi pecho, mi brazo alrededor de su cintura..., era la mejor sensación del mundo.

Mi esposa, el amor de mi vida, Damaris.

Me senté en la cama y miré a mi alrededor. La encontré en el balcón de nuestro dormitorio contemplando la noche estrellada. Eran las tres de la mañana de una noche de verano, por lo que supuse que no podía dormir.

Sin que ella lo notara, me quedé contemplándola.

Era tan hermosa.

Perfecta.

La mujer más hermosa que había visto en mi vida. Hermosa por fuera y por dentro.

Y era mía en cuerpo y alma.

Ella era mi ninfa.

Damaris fue el origen de mi felicidad y seguía siendo el motivo de ella. Sin Damaris no habría existido para mí nada de cuanto alegraba mi existencia y me hacía feliz.

Abandoné la cama y me acerqué a ella. Rodeé con los brazos su abultada cintura para poner las manos sobre su vientre y sentir cómo se movía nuestro bebé en su interior. Damaris ni siquiera se sobresaltó, solo apoyó sus manos sobre las mías y se apoyó en mi pecho. Me incliné para besarle el cuello y aspirar su aroma pasando mi nariz por su piel. Ese aroma que era mi preferido en todo el mundo.

—Lo siento. No pretendía despertarte, amor.

—No lo has hecho. ¿El bebé te mantiene despierta o es el calor?

—Estaba un poco inquieto, no ha parado de moverse, pero vamos a tener que prepararnos porque es inquieto como su padre y su hermanita —dijo, sonriente y haciéndome reír.

Nuestra primer hija se llamaba Lía y era un torbellino, pero nuestra paciencia con ella era infinita y estábamos totalmente enamorados de esa chiquitina de dos años que, físicamente, era igual a mí, de pelo castaño y ojos grises, pero con la ternura y la delicadeza de la madre.

Hice girar a Damaris y la besé.

—Ven a la cama y te doy un masaje —sugerí, y Damaris suspiró satisfactoriamente.

La tomé en mis brazos y, con mucha delicadeza, la tumbé en la cama y antes de apartarme la

besé en los labios haciendo que ella volviera a suspirar. Fui hasta el equipo de música y puse una canción que nos gustaba y era la que siempre nos cantábamos porque era ideal para nosotros: «Thank You For Loving Me» por Bon Jovi.

Yo le agradecería toda la vida que me amara.

Damaris sonrió apenas la escuchó.

Me acerqué a ella mientras le cantaba la canción y ella me tiró un beso al aire y se llevó la mano al pecho.

—Gracias por amarme, mi amor —dije.

—Gracias por amarme a mí —dijo, ella, y me acerqué y la besé dulcemente.

—Bueno, ¿espalda o pies? —consulté.

—Que sea completo y... sígueme cantando —respondió, haciéndome reír.

Damaris se puso de lado y comencé a masajear su espalda con delicadeza haciendo que suspirara de placer.

—Te amo, doc.

—Yo también te amo. Pero no te distraigas y sigue con tu tarea —dijo, mientras mis manos comenzaban a bajar para, también, acariciar su hermoso trasero haciendo que, irremediablemente, mi miembro se endureciera por la excitación.

—Señora Bradbury, ¿crees que después te puedas encargar de mí?

Damaris giró y me miró sonriente. Luego bajó su mirada a mi miembro y sonrió aún más.

—¿En serio? ¿Me traes a la cama para hacerme un masaje y terminas proponiéndome sexo? —dijo, y comenzó a reír.

Me encogí de hombros y, sin dejar de reír, pegué mi cuerpo al suyo, porque ya la conocía y sabía que ella también estaba excitada. Su cuerpo y el brillo de su mirada la delataban.

—Estoy seguro de que te ayudará con el insomnio —dije, mirándola traviesamente.

—Eres terrible, señor Bradbury.

—Pero me amas igual, ¿verdad?

—Sí. —Me dio un beso lento y seductor—. Te amo de todos modos... y muchísimo. —Se sentó a horcajadas sobre mí.

—¡Oh, yeah! —exclamé, y Damaris largó una carcajada.

Nuestros labios se volvieron a encontrar y nos envolvió el amor y la pasión.

Le había prometido que la amaría siempre y lo había hecho con la seguridad de que siempre sería solo ella. Y cada noche antes de dormirnos se lo repetía.

—Solo tú, siempre tú, mi amor.

—Solo tú, siempre tú, señor Bradbury.

Imposible ser más feliz.

FIN



Damaris y Clemente

Otras obras de D.D. Gianni:

Déjame amarte



SINOPSIS:

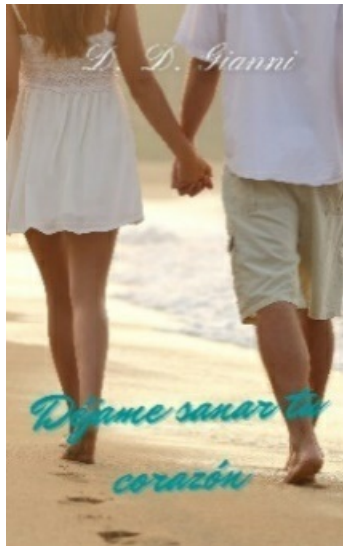
Dayanna Degreen es una joven de 25 años, bella, exitosa y millonaria, pero con una vida marcada por la tragedia familiar. Si bien disfruta de su trabajo, su vida es ordenada y solitaria. Vive en un lujoso hotel ubicado en la ciudad de Madrid del cual es propietaria. Se refugia en el trabajo para acallar su soledad, se conforma con su vida tranquila y piensa que no necesita nada más para ser feliz. Le huye al amor, la aterra volver a necesitar a alguien, a perder a esa persona que se convierta en importante en su vida. Ella piensa que, si no lo tiene, no lo pierde, pero lo que no sabe es que, del amor no se puede huir.

Kyle Adams es un actor de fama mundial, ídolo de todas las generaciones tras cosechar grandes éxitos en su carrera y tener gran carisma con la gente. Es atractivo y sexy a rabiar, pero a sus 31 años sigue sin querer ningún compromiso sentimental y vive la vida sin ataduras de ningún tipo. Las mujeres deliran por él, lo consideran un hombre irresistible, lo que hace que tenga una larga lista de conquistas amorosas.

Sus caminos se cruzan en un país distinto al que viven. Para ella, un país con recuerdos de su infancia. Para él, un país que no conocía, pero no olvidará jamás. Una noche que invita al romanticismo y una amiga que insiste en que Dayanna olvide su ordenado mundo y, por una vez, solo disfrute y se deje llevar. Si él es el candidato imposible y ella la chica que no está preparada para dejarse amar, seguro que será solo sexo, ¿no?

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify: <https://open.spotify.com/playlist/1LFErBbleVxYsACmX7z1yP?si=eec10a7a930d411f>
(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Déjame sanar tu corazón



SINOPSIS:

Dafne Davidsson es una brillante y bella joven de 26 años, con una carrera profesional exitosa y con una idea clara sobre el amor: No existe. Por eso ha decidido disfrutar de la vida y no comprometerse con nadie. Su corazón está blindado y nadie tiene la llave para abrirlo. Es la CEO de una cadena hotelera y su vida transcurre entre el trabajo, sus amigas y relaciones esporádicas.

Alvar Hills es contratado como gerente general por la empresa en la que trabaja Dafne. Es un hombre atractivo y sexy, que inmediatamente se integra a la empresa y congenia bien con todos, aunque Dafne lo trate de evitar a toda costa porque le hace sentir emociones que nunca había experimentado.

Unas miradas intensas, un viaje de negocios que los hace compartir más tiempo del que tenían planeado, atracción y pasión arrolladoras imposibles de negar, y todo lo planeado se olvida en una noche que los cambiará para siempre.

Pero ¿serán esos sentimientos tan poderosos que logren que Dafne baje sus barreras? Y Alvar ¿podrá confiar en Dafne luego de que los celos de otro hombre la obliguen a mentirle para evitar que su hermano se vea perjudicado?

Descúbrelo en esta apasionante historia de amor, pasión y sanación.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/6CBJDKE9h74NVaftyvFV9?si=b38517408e374e01>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi ángel



SINOPSIS:

Darcy Davis desde que tiene uso de razón, estuvo enamorada de **Helio Clay**, el mejor amigo de su hermano. Siempre lo admiró desde lejos y tuvo que ver la larga fila de conquistas amorosas que desfilaban por su vida. Ella está convencida de que, aunque ya

sea una hermosa mujer, Helio la sigue mirando como a la hermana pequeña de su mejor amigo. Lo que ella no sabe es que, para Helio ella es inalcanzable, y que ella fue quien le cambió la vida y lo salvó. Ella fue su ángel. Descubre esta historia de amor apasionada y amistad verdadera, en la que te emocionarás, reirás y te enamorarás de todos sus personajes. ¡No te la pierdas! Cerrarás el libro con una sonrisa y también te garantizo alguna lágrima de emoción.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/1LRBQHbbRZpBL3jJLJAfZT?si=2329985174fb4b3e>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Hasta que llegaste tú

SINOPSIS:



Delfina Darner es una joven de 25 años, bella y con una carrera profesional exitosa. Si bien nunca se ha enamorado y disfruta de su soltería junto a sus amigos, no está cerrada al amor. Está convencida de que se enamorará cuando el destino lo decida.

Hermes Darwich a sus 38 años es un hombre poderoso y sumamente atractivo, pero que ha sido traicionado y ha dejado que esa experiencia marcara su vida convirtiéndose en un hombre amargado, desconfiado y negándose a amar, negándose a abrir su corazón y negándose a ser feliz. Juzga y mide a todas las mujeres con la misma vara que mide a la mujer que lo traicionó engañándolo con su mejor amigo.

Ellos se conocen por accidente cuando Delfina vuelca una bebida en su camisa y reconocen en esa mirada a la persona que, sin saberlo, estaban buscando. A partir de allí, sus caminos se comienzan a entrelazar. La atracción entre ellos es inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que corre por sus cuerpos cuando están cerca del otro. Sin darse cuenta, Hermes irá abandonando todas sus reglas y verá como Delfina pondrá sus propósitos y su vida de cabeza, llevando luz a su oscuro corazón. Delfina se rendirá ante la pasión y el amor que siente por ese complicado y sexy hombre y aceptará sus reglas, hasta que su desconfianza la hiera profundamente.

Pero cuando todo parece encaminarse, una persona llegará a sus vidas para poner su relación a prueba.

¿El amor que sienten pasará esta prueba de fuego? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida.

Personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/4Vsn5QrxqWsPHSaKnmg9cr?si=00176b9501d048a2>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Más fuertes que el destino

SINOPSIS:



¿Puede el amor desafiar al destino? Averígualo en esta romántica y apasionada historia de amor.

Cuando una noche en el bar de su hotel, la joven, bella e inexperta en el amor, **Dalina Dukart** conoce al poderoso, atractivo, autoritario e independiente **Henry Woollardy**, no se imagina que la historia de ellos acaba de comenzar y que ese hombre pondrá su mundo al revés, tanto como ella lo hará cambiar todas sus creencias sobre el amor. La atracción entre ellos será inmediata y ninguno podrá luchar contra la pasión que se desata en sus cuerpos cuando están cerca del otro.

Aunque se resistan, el destino, porfiado e implacable, se empeñará en cruzar sus caminos y los embarcará en un romance excitante, sensual, pero repleto de inseguridades y desconfianza. En ese camino y, como si de un juego de montaña rusa se tratara, su relación subirá y bajará emocionalmente y deberán enfrentarse a la traición de una persona cercana y a la desconfianza que los rodea, pero donde su pasión nunca decaerá.

¿Podrán ser más fuertes que el destino?

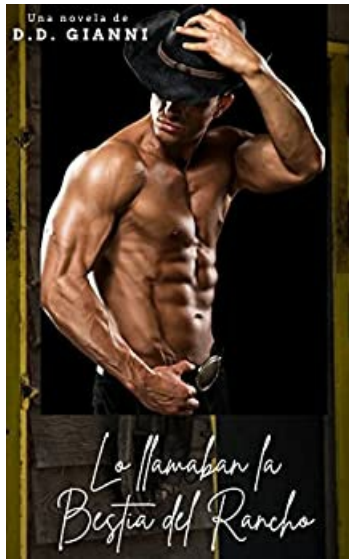
Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión y enseñanzas de vida, con personajes entrañables que los acompañarán en esta aventura y que te harán emocionar y reír, embarcándose, tanto ellos como los personajes principales en sucesos hilarantes.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/3xTp2lp5x3nykIr1SjEy2R?si=b3bee82c5782493b>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Lo llamaban La Bestia del Rancho



SINOPSIS:

Dallas Delmont es una hermosa joven de 25 años que ha dedicado su tiempo al estudio y acaba de recibirse de doctora. Su vida es demasiado tranquila, así que, su amiga Kate, que se acaba de recibir con ella, le propone pasar las vacaciones en su rancho para descansar y salir de juerga con sus amigos antes de comenzar a trabajar en la clínica médica. Lo que Dallas ignora es que el hermano de Kate, que vive en el rancho, pondrá su mundo patas arriba y lo que prometían ser unas divertidas y tranquilas vacaciones con su amiga, se convierten en un viaje que transformará completamente su vida.

Johan Scott a sus 36 años es un hombre amargado, taciturno y con un carácter tan endemoniado que se ha ganado el mote de La Bestia del Rancho. La gente le teme y lo compadece por igual. Su vida cambió unos años atrás cuando en un accidente de tránsito perdió a su mejor amigo y el quedó lisiado de una pierna de por vida. La culpa y los remordimientos lo transformaron en el ser huraño y amargado del presente, un hombre que cree que no merece ser feliz y vive encerrado en sus demonios negándose a ser amado.

Ellos se conocen en el rancho y la atracción es inmediata. Dallas reconoce que al malhumorado, altanero y grosero hermano de su amiga todos lo podrán apodarar La Bestia del Rancho, pero tiene el rostro de un ángel y el cuerpo de un sexy guerrero y que, por más que se lo niegue, le aborrece y le atrae a partes iguales. Por su parte, Johan se siente confundido y aterrorizado porque cada vez que se cruza con la hermosa Dallas, siente que, después de muchos años, alguien lo mira y no ve a una Bestia, sino que ve a Johan, al hombre deprimido, solitario y con un atormentado corazón, pero también siente que él no merece que nadie lo vea de esa forma porque él no merece ser feliz. Además, está convencido que una mujer tan bella como Dallas jamás se fijaría en un hombre lisiado física y emocionalmente.

Pero nada se puede hacer cuando el amor y la pasión te golpean con fuerza. Ninguno podrá luchar contra la pasión arrolladora que les despierta el otro, mientras otro sentimiento más poderoso crece en su corazón.

¿Su amor podrá superar todas las barreras autoimpuestas y las que la propia vida les presente? Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/5mIndWgxh8b26VZCFOGFxP?si=dc6583bf1bc9475a>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Mi destino eres tú



SINOPSIS:

Después de muchos años, **Denise De la Corte**, una hermosa joven de 26 años, vuelve a su país de nacimiento, Uruguay, con el único objetivo de concurrir al velatorio de su padre, Feliciano De la Corte, quien la separó de su vida cuando era una niña, enviándola a un internado en España y condenándola al sufrimiento y la soledad. Su madre había fallecido en el parto y él, un importante hombre de negocios prefirió dedicar todo su tiempo a su empresa olvidándose de su hija. Pero lo que Denise pensó que sería una despedida para dejar atrás los rencores, aliviar el dolor y otorgar el perdón, se transforma en un viaje que cambiará su vida para siempre. Para poder cumplir una promesa se ve obligada a acatar las exigencias establecidas por Feliciano De la Corte, que incluyen trabajar codo a codo en su empresa junto a su joven socio. Esto, y las cartas que le deja en las que le abre su corazón y le confiesa detalles de su vida y de la de otros personajes de la historia, la llevan a un destino muy distinto al que había imaginado para ella.

Aitor Sarraqueta, es el socio minoritario de la empresa De la Corte Corp, y tampoco ha tenido una vida fácil. Hasta el momento del fallecimiento de su socio no conoce a Denise, pero está convencido de que su hija no es más que una mocosa superficial y malcriada que lo único que quiere es el dinero de Feliciano, por eso no duda en que la chica le entregará el control total de la empresa vendiéndole sus acciones. Con eso él podrá cumplir su sueño, y de paso se podrá deshacer de ella para no volver a verla nunca más.

Antes de conocerlo, Denise está convencida de que el socio de la empresa debe ser un señor de la edad de su padre, que al igual que este, su único objetivo en la vida debe ser aumentar su poder y riqueza. Hombres que ella odia y que quiere tener muy lejos de su vida. Por su parte, Aitor cree que Denise es una chica superficial que solo aspira a satisfacer sus caprichos, sin importarle el trabajo ni el esfuerzo que requiera ganar el dinero que ella solicita. Mujeres que el aborrece y en las que jamás se fijaría.

Nada los prepara para la sorpresa que se llevan al conocerse, dejándolos totalmente desconcertados y sintiendo una atracción y un deseo por el otro que les es difícil de manejar.

Pero cuando se rinden a esas emociones, la vida no les da tregua, volviéndolos a sorprender con hechos que pueden alterar su vida para siempre. Las cartas de Feliciano De la Corte les revelan información tan crucial que los puede unir o separarlos para siempre. Sin saberlo, sus caminos estaban entrelazados desde el nacimiento mismo, pero esos caminos ¿los llevarán al mismo destino? ¿Estarán destinados a estar juntos?

Descúbrelo en esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance, momentos divertidos y enseñanzas de vida.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/5wPwKNXiCgOAl8X1zFynqY?si=f6cb73242b1a412f>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Y de repente tú



SINOPSIS:

Historia de amor narrada desde el punto de vista de ambos protagonistas. Si bien la historia comienza siendo narrada por la protagonista femenina, a partir de que la pareja se conoce, la historia es contada por ambos.

Dakota Durban está lista para comenzar sus vacaciones en Alicante, España. Allí pasará unas semanas con su gran amiga Nicole, quien le aseguró que la va a hacer olvidar de su perfecto mundo, de todas sus responsabilidades y sus prejuicios, y la obligará a divertirse como nunca lo ha hecho. Dakota es una hermosa chica de 27 años con una cargada agenda de trabajo, y su forma de ser es recatada, seria y educada, prefiriendo la vida tranquila a las agitadas noches de Alicante que le describe su amiga, pero en sus vacaciones está dispuesta a seguirle la corriente y disfrutar, aunque sea en esas semanas libres.

Almar Suescún es uno de los propietarios del bar «Naked Heart», un lugar en el que aprovecha su irresistible atractivo y sensualidad para estar todas las noches con una mujer distinta, o con varias.

Él es el tipo de hombre atrevido, descarado y sensual, del cual una chica como Dakota prefiere mantenerse alejada a toda costa. Ella es la chica hermosa y sumamente sexy que Almar jamás permitiría que saliera del «Naked Heart» sin lograr lo que él siempre busca en una mujer, solo placer.

Y de repente se conocen y cada uno rompe los esquemas del otro y el control de sus vidas. Se atraen tanto que solo vislumbran problemas. Y los problemas surgen porque la atracción es poderosa y la seducción inevitable.

Pero... no solo son completamente distintos y quieren cosas distintas, también viven en continentes distintos.

Pero... el destino siempre hace de las suyas.

Conoce esta hermosa historia de amor repleta de pasión, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/73O9VO4e6wzsNzJjFC3Ml?si=030135417e174631>

(Ctrl+clic para seguir vínculo)

Doctora de mi corazón



SINOPSIS:

Devon Dulcet es una joven pediatra que ve como su vida se desmorona cuando le determinan incapacidad para lograr un embarazo y, ante el diagnóstico irrevocable, su esposo la abandona sin miramientos, culpándola de arruinar su vida al privarlo de tener hijos. Al sentirse sola a todos los niveles y embargada por un profundo dolor, busca refugio en su amada profesión y en sus amigos, logrando con el tiempo salir adelante. Pero Devon tiene claro que no va a volver a pasar por ese dolor y, para eso, también se hace una promesa, cerrar su corazón al amor y a cualquier emoción parecida porque, ¿quién amaría a una persona que no puede formar una familia con hijos? Ella cree que no merece ser amada, pero se equivoca. Nada la prepara para la sacudida que se produce en su vida cuando se cruza con una pequeña paciente ávida de atención, y con su autoritario, pero atractivo padre.

William Cavaller es viudo, abogado e importante empresario, pero, sobre todo, padre amoroso de Aurora, una niña de 3 años. Su primer matrimonio fue una farsa y juró que nunca más pasaría por ese calvario. Además, ahora que su hija es parte de su vida, no permitirá, por nada del mundo, que una mujer juegue con los sentimientos de la pequeña. Pero ¿qué sucedería si un hermoso ángel se cruza en su vida para cambiar el rumbo que él había marcado?

Sí; sus vidas se cruzan y, aunque ambos hacen todo lo posible para evitarse, es difícil escapar de la pasión y el deseo irrefrenable que se despierta en ellos cuando se enfrentan y, aunque sus planes sean huir de esas nuevas y desconcertantes emociones, parece que el destino tiene otros planes distintos, y la pequeña Aurora también.

Pero cuando ambos se dejan llevar por esa emoción nueva que crece a pasos agigantados y los deja totalmente vulnerables, el pasado regresa con intenciones de estropearlo todo.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/6QBgdk08VmFO7fEbPt9ElW?si=168337f36db84010>

Siempre fuiste tú



SINOPSIS

Fascinación, eso era lo que sentía **Dareen Dayet** por **Alex Kastillén**, el atractivo y sexy hermano mayor de los mellizos Amanda y Elir, sus mejores amigos y, también, el mejor amigo de su hermano. Dareen siempre lo había observado con anhelo, pero sabiendo que él la miraba, pero no la veía, o eso creía ella. A sus 24 años aún no había conocido el amor, salvo el amor platónico que sentía por Alex. Pero una noche y gracias al club secreto «Los Elegidos», puede ocultarse tras una máscara y dejar a Dareen para convertirse en Lady Red, una mujer sensual y atrevida que, no solo despierta la curiosidad de Alex, o Lord Dark, como es llamado en ese club, sino también una pasión arrolladora y un deseo irrefrenable como nunca él había sentido. En la piel de Lady Red, ella ve la posibilidad de cumplir su sueño de besarlo y estar con él, y Alex ve la misma posibilidad en una mujer que le recuerda mucho a la que ha deseado desde siempre en secreto, pero que nunca podrá ser suya.

El problema surge cuando después de esa noche maravillosa, apasionada e inolvidable, cada vez que se ven, sus cuerpos parecen reconocerse y la atracción flota entre ellos y les es imposible dominarla, sobre todo cuando se ven forzados a compartir tiempo en un crucero con sus hermanos para festejar el cumpleaños de los mellizos.

Alex sabía que lo que Dareen le hacía sentir debía enterrarlo en el fondo de su corazón, pero cada vez le resultaba más difícil de reprimir; y Dareen tenía claro que los daños colaterales de ese encuentro íntimo y clandestino serían difíciles de superar, pero no pudo evitarlo.

Y cuando ese sentimiento silencioso y agazapado en sus corazones ya no puede ser ocultado, la vida no les dará tregua, les pondrá obstáculos y les deparará sorpresas que los obligarán a reprimirlo. Pero... el amor es más fuerte y siempre triunfa ¿verdad?

Descúbrelo en esta hermosa historia de profundo amor, colmada de pasión arrolladora, romance y momentos divertidos con personajes entrañables.

La música siempre es una compañera de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/3wPBZzbkvEOTIQV2cU4KpB?si=1ac6017bcdd34da6>

Una reina para King



SINOPSIS:

Carter King, un hombre tan atractivo como egocéntrico y soberbio, ve como el testamento de su padre pone su vida patas arriba al enfrentarlo a la difícil decisión de casarse o perder la empresa familiar. Con todo a su disposición, el pasar por el altar no estaba en sus planes, y la única solución que se le ocurre es hacer un «trato» con alguien y seguir con su vida de soltero con «discreción», eso sí, para hacerlo necesitaría a una mujer que no lo complicara en lo relacionado a temas de enamoramiento, celos, reproches y toda esa «mierda del amor». Ni se le ocurriría planteárselo a alguna de las mujeres con las que salía porque correría el riesgo de que terminaran reclamándole lo que él no estaba dispuesto a dar.

A no ser que la arpía de...

Della Davenport conoce a los King desde que era pequeña, son parte de su familia, salvo el hijo mayor, Carter, con el que nunca se entendió y al que considera el imbécil más pedante y creído que había conocido en su vida. Adora a sus hermanos y a su madre, incluso había querido mucho al señor Lucas King y su muerte le había causado un profundo dolor, pero a Carter no había manera de que pudiera tolerarlo y prefería tenerlo lejos de ella.

Una propuesta inesperada les cambiará la vida y, lo que parecía que sólo los afectaría en... casi nada, termina cambiando su vida por completo.

Acompaña a Della y Carter en esta aventura romántica, apasionada y divertida, donde disfrutarás de una gran historia de amor y en la que, como siempre, no faltará el drama y los personajes despiadados.

Conócelos y descubrirás que, ni él es tan pedante ni ella tan indiferente.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en una playlist de Spotify:

<https://open.spotify.com/playlist/2uGrGM5vxPBI2ePOQ9GKBZ?si=02fc107b69434a00>

Corazón de Fuego



SINOPSIS:

Dixie Daudet es considerada una princesa... pero de hielo. Bella, implacable en los negocios, distante y experta demostrando indiferencia. Pocos saben que eso es solo una fachada, una forma de no mostrar sus sentimientos y vulnerabilidades, y muchos menos conocen la presión a la que se ve sometida en su vida y la soledad que la rodea. Su padre, empresario reconocido,

millonario y padre manipulador, dedicó su vida a su empresa, mientras Dixie lidiaba con el desprecio y el maltrato de su madrastra y la hija de esta. Su padre solo le exigió y le enseñó a manejar la empresa con carácter y temple, convirtiéndola en una persona inflexible, y ella, por conseguir algo de su atención, lo obedeció en todo y se guio por sus preceptos, incluso en las relaciones románticas, porque solo salía con ejecutivos, hombres de traje y corbata, respetuosos y educados. Hombres pulidos y correctos que la gran mayoría de las veces la hacían esconder un bostezo.

«**Harley**» **Chevalier** es todo lo contrario a Dixie y huye del mundo en el que ella se mueve. Vive a su modo sin importarle lo que piensen de él ni lo que se espera que haga. Es increíblemente atractivo y sexy, y las mujeres mueren por su atención.

Dixie se mueve en coches de lujo y viste ropa de diseñador.

Harley conduce una moto y jamás usaría traje y corbata.

Y aunque se mueven en mundos distintos, el destino los enfrenta, o mejor dicho los sienta juntos, y sus mundos comienzan a girar diferente a como lo hacían hasta ese momento. Ninguno de los dos está acostumbrado a tratar con personas tan diferentes a ellos, y aun así, no pueden ignorar lo que el otro les provoca.

Dixie y Harley, dos corazones solitarios que, por esas cosas del destino, se encontraron y se atrevieron a arder juntos rompiendo todo convencionalismo.

Pero el mundo que los rodea nos les pondrá las cosas fáciles. Se verán rodeados de mentiras y traidores que harán cualquier argucia por separarlos. ¿Lo lograrán? Averígualo acompañándolos en esta aventura romántica y apasionada, aderezada con una buena dosis de humor. Te garantizo que disfrutarás de una preciosa, ardiente y emocionante historia de amor.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

<https://open.spotify.com/playlist/2aB248bsHEXNSNXXBmf9YB?si=9f8f0e25469f4283>

Contrato de Amor



SINOPSIS:

Después de residir varios años en España, país al que había viajado para realizar una especialización de su carrera profesional, **Diana Devereux** volvió a su país natal decidida a encontrar un buen empleo y disfrutar con sus amigos todos esos encuentros que tanto había añorado. A sus 26 años y con un currículum brillante, esperaba sacarles provecho a tantos años de estudio y encontrar el trabajo de sus sueños. Con lo que no contaba era con que el hermano mayor de sus mejores amigas la quisiera reclutar para su

empresa y saboteara sus entrevistas para que no tuviera oportunidad de rechazarle.

La vida había hecho que **Alistair Kenna** fuera un hombre exitoso, serio, excesivamente responsable y desconfiado como el demonio. A muy temprana edad se había hecho cargo de sus tres hermanos, pero eso no había evitado que se consolidara como un empresario prestigioso y reconocido. A esa altura de su vida, su empresa era lo más importante y tenía muy claro que jamás se involucraría con una mujer que trabajara para él, como tampoco se involucraría sentimentalmente con una, y en ese último caso sin importar donde trabajara. En su vida no entraba el romance ni los compromisos que no fueran laborales. Acostumbraba a liberar las tensiones del trabajo saliendo con «amigas» que eran sólo el rollo de una noche.

Pero...

Años antes, cuando había visto a Diana, la amiga de sus hermanos, se había sentido tan desconcertado y maravillado que había decidido evitarla a como diera lugar, hacer como si no existiera o ignorar su presencia.

Pero

Años después, la vida o el destino, más porfiados que él, volvieron a ponerla en su camino y, esa vez, vistiéndola solo... ropa interior. Fue entonces cuando ni aunque cerrase los ojos o huyera voluntariamente despavorido, podía sacarse aquella imagen y ese recuerdo de su cabeza. Así que... en contra de sus reglas, hizo todo lo posible por tenerla cerca.

Y firmaron un primer contrato: de trabajo.

Pero...

Sin poder evitarlo y sin voluntad para resistirse, el trato se terminó ampliando e incluyó... sexo. Las reglas eran sexo sin ataduras, sin compromiso.

Pero...

Las reglas están para romperse y las de ese segundo trato comenzaron a desvanecerse hasta que las rompieron como profesionales, convirtiendo ese trato en algo muy distinto.

Acompáñalos en esta aventura apasionada y romántica, y disfrutarás de una preciosa historia de amor y amistad. No faltará el drama y los personajes inescrupulosos que harán cualquier cosa por separarlos.

La música siempre es una compañera y parte importante de la vida de mis personajes. Vive sus historias recreando el momento con ellos. Te invito a escuchar todas las canciones mencionadas en el libro en la siguiente playlist:

<https://open.spotify.com/playlist/6QGsmRFFEDl5UzsqyUuD3n?si=8db51b2656334438>

Sobre la autora:



D.D. Gianni es el seudónimo que uso para escribir. Mi nombre es Daniela. Soy contadora y vivo en Montevideo, Uruguay.

Leer es uno de mis pasatiempos favoritos y, a partir de allí, fue que desarrollé la pasión por escribir. Realicé el curso «Escritura de una Novela paso a paso» dictado por la escritora novelista Cristina López Barrio (dejo el certificado en mi perfil:

<https://www.amazon.com/author/ddgianni>)

¿Por qué deberían leer mis historias? Creo que todos los escritoras/es hemos sido, en mayor o

menor medida, unos apasionados lectores y nos hemos sumergidos en muchísimas historias. Leer es adentrarse en otro mundo, y que ustedes se sumerjan en el mundo que he creado y que pueda transmitirles todas las emociones que siento cuando escribo la historia, es maravilloso y significa todo para mí. Que se emocionen, entristezcan un poquito (nunca mucho), rían y hasta se enfurezcan, es todo un logro y mi mayor recompensa. Mis historias son todas románticas, con muchos momentos apasionados, con un poquito de drama, risas y, en ocasiones, también alguna lágrima. Además del amor romántico, también te vas a encontrar con fuertes lazos de amistad, ese lazo peculiar que tanto necesitamos para ayudarnos a sobrellevar los malos momentos y sacarnos sonrisas cuando creemos que ya no vamos a poder reír. Mis personajes son ficticios, pero te aseguro que representan a cualquier ser humano con sus virtudes y defectos. Te adentrarás en un mundo que te hará sentir todo eso, un mundo que te hará volar la imaginación y experimentar sensaciones tan maravillosas como el amor, la pasión arrolladora, la amistad verdadera e incluso la esperanza. Desde el fondo de mi corazón, gracias por ser parte de este viaje literario, gracias por leer mis historias. No duden en ponerse en contacto conmigo, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores. Con todo mi cariño, 
D.D. Gianni
Espero disfruten mis historias.

Sígueme en redes sociales para enterarte de mis próximos libros y de todas mis promociones. Y no dudes en ponerte en contacto conmigo para cualquier consulta, siempre es un verdadero placer saber de mis lectores.



: @ddgianni_books



: <https://www.amazon.com/author/ddgianni>



: ddgiannibooks@gmail.com

Referencias:

^[1] También conocido como "con los máximos honores", se aplica a quienes obtienen un promedio de graduación entre 95 y 100 puntos.

^[2] El tinnitus es cuando sientes un sonido de timbre u otros ruidos en uno o en ambos oídos. El sonido que sientes cuando tienes tinnitus no es externo y otras personas no lo escuchan.

^[3] En atletismo el testigo, también llamado testimonio, es una barra cilíndrica de metal o de un material similar que se utiliza en las carreras de relevos o postas.